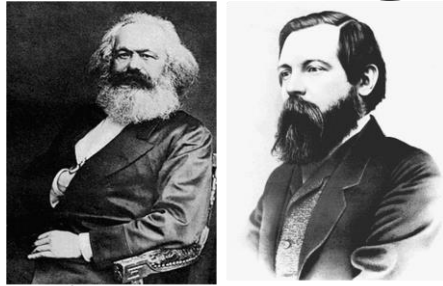


Obras Escogidas



Karl Marx

1818-1883

F. Engels

1820-1895

Carlos Marx y Federico Engels

*

Federico Engels

La situación de la clase obrera en Inglaterra

Edicions internacionals Sedov



Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

Valencia, diciembre de 2021

Tomamos la versión al castellano de la obra desde *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Futuro SRL, Buenos Aires, 1965; también para las notas. Tanto el “Prólogo a la edición norteamericana de 1887” como las “Notas adicionales...” y el “Apéndice a la primera edición norteamericana” están tomados de nuestra serie *Marx y Engels, algunos materiales*. Las cursivas, algunas de las notas y el plano de Manchester como otras tres ilustraciones las hemos tomado de las *OME-6* de la Editorial Crítica, Barcelona, 1978. Escrito por Engels entre noviembre de 1844 y marzo de 1845, en Barmen, tras haber residido y trabajado en Inglaterra entre noviembre de 1842 y agosto de 1844 y haberse entrevistado por segunda vez con Marx, en París, de camino de vuelta a Alemania en 1844. Primera edición en 1845, en Barmen.

Índice

Prólogo a la edición norteamericana de 1887. El movimiento obrero en Norteamérica ..	3
Prefacio de la edición alemana de 1892.....	9
La situación de la clase obrera en Inglaterra	19
A la clase trabajadora de Gran Bretaña.....	20
Prefacio.....	22
Introducción.....	24
El proletariado industrial.....	34
Las grandes ciudades.....	36
La competencia	68
La inmigración irlandesa.....	77
Resultados.....	80
Las ramas aisladas de trabajo. Los obreros industriales en su estricto significado ..	103
Las otras ramas del trabajo	134
Movimiento obrero	148
El proletariado de las minas.....	165
El proletariado agrícola	177
La posición de la burguesía frente al proletariado	186
Apéndice.....	199
La canción de la camisa.....	200
Notas adicionales a la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra. Un <i>turn-out</i> inglés	204
Apéndice a la primera edición norteamericana	213

Prólogo a la edición norteamericana de 1887. El movimiento obrero en Norteamérica

Han transcurrido diez meses desde que, por pedido de la traductora, escribí el “Apéndice” a este libro¹. Durante estos diez meses se ha operado en la sociedad norteamericana una revolución que en cualquier otro país hubiese necesitado por lo menos diez años. En febrero de 1885, la opinión pública de Norteamérica era unánime en el punto siguiente: que en Norteamérica no existía en absoluto una clase obrera, en el sentido europeo del término; que, en consecuencia, era imposible una lucha de clases entre obreros y capitalistas, tal como la que desgarró a la sociedad europea, en la república norteamericana; y que por ende el socialismo era un engendro importado desde el exterior, incapaz de echar raíces en territorio norteamericano. Y, sin embargo, precisamente en ese momento la lucha de clases que se iniciaba proyectaba ante sí su sombra gigantesca en las huelgas de los mineros del carbón en Pennsylvania y de muchos otros gremios, y muy especialmente en los preparativos (en todas las regiones del país) para el gran movimiento en pro de las ocho horas, fijado para el mes de mayo y que se produjo realmente en esa fecha. Mi “Apéndice” demuestra que ya entonces reconocía yo correctamente estos síntomas, que preveía un movimiento de la clase obrera en escala nacional. Pero lo que nadie podía prever era que el movimiento estallaría en tan breve lapso con una fuerza tan irresistible, que se esparciría en torno con la rapidez de un incendio de praderas, y que ya ahora mismo conmovería a la sociedad norteamericana hasta sus cimientos.

El hecho está allí, inexpugnable, indiscutible. El terror que sembró entre las clases dominantes de Norteamérica se me reveló, de manera regocijante, por intermedio de periodistas norteamericanos que me honraron con su visita durante el verano pasado; el nuevo movimiento los había sumido en un estado de temor impotente y lastimero. Y, sin embargo, el movimiento apenas estaba entonces en su origen, sólo consistía en una serie de espasmos confusos, aparentemente incoherentes, de la clase que, en virtud de la abolición de la esclavitud negra y a causa del rápido desarrollo industrial, se había convertido en el estrato inferior de la sociedad norteamericana. Pero ya antes de concluir el año se reveló que esos extraños ataques espasmódicos sociales transcurrían cada vez más en una dirección determinada. Los movimientos espontáneos e instintivos de estas ingentes masas obreras, su difusión a través de un inmenso territorio, el estallido simultáneo y por doquier de su descontento común con una situación social miserable, en todas partes idéntica y debida a las mismas causas, todo ello llevó a la conciencia de esas masas el hecho de que constituían una nueva clase aparte en la sociedad norteamericana, una clase de trabajadores asalariados, de proletarios que, en los hechos, eran de carácter más o menos hereditario. Y con un instinto genuinamente norteamericano, esta conciencia los llevó a dar de inmediato el paso siguiente para su liberación: la formación de un partido político obrero, con un programa propio y con la conquista del Capitolio y de la Casa Blanca como objetivo. En mayo, las luchas por la jornada laboral de ocho horas, los disturbios en Chicago, Milwaukee, etc., el intento de las clases dominantes de

¹ Ver más abajo en el “Apéndice”.

reprimir el movimiento obrero en germinación mediante la cruda violencia y una brutal justicia de clase; en noviembre, el joven partido obrero ya estaba organizado en todos los grandes centros, las elecciones en Nueva York, Chicago y Milwaukee. Hasta ahora, mayo y noviembre sólo recordaban a los burgueses norteamericanos los plazos de vencimiento de los cupones de la deuda pública norteamericana; a partir de ahora, mayo y noviembre también les recordarán los días de vencimiento en los que el proletariado norteamericano presentó al pago, por vez primera, *sus propios* cupones.

En los países europeos, la clase obrera necesitó años y más años hasta comprender por completo que constituye una clase aparte y, en las circunstancias imperantes, permanente, de la sociedad moderna. Y nuevamente requirió años hasta que esa conciencia de clase la llevara a agruparse en un partido político aparte, un partido que enfrentase en forma independiente y hostil a todos los antiguos partidos formados por los diferentes grupos de las clases dominantes. En el suelo de Norteamérica, más favorecido, donde no hay ruinas feudales que obstruyan el camino, donde la historia se inicia con los elementos de la sociedad burguesa moderna ya elaborados en el siglo XVII, la clase obrera ha recorrido esas dos etapas de su evolución en apenas diez meses.

Sin embargo, todo esto no es más que el comienzo. El que las masas laboriosas sientan el carácter común de sus quejas e intereses, su solidaridad en cuanto clase frente a todas las demás clases; el que, a fin de expresar ese sentimiento y tornarlo eficaz, pongan en movimiento la maquinaria política que se halla dispuesta para dar ese paso en todos los países libres, todo ello es apenas el primer paso. El paso siguiente consiste en encontrar el remedio común para esas dolencias comunes, y expresarlo en el programa del nuevo partido obrero. Y este paso (el más importante y difícil de todo el movimiento) aún está por darse en Norteamérica. Un partido nuevo debe poseer un programa positivo determinado, un programa cuyos pormenores puedan cambiar con las circunstancias y con el desarrollo del propio partido, pero después de todo un programa acerca del cual el partido esté acorde en cualquier momento dado. Mientras ese programa no esté elaborado aún, el partido tampoco podrá existir más que en embrión; podrá tener existencia local, pero no nacional; podrá ser un partido por definición, pero no en la realidad.

Pero cualquiera que sea la forma originaria de este programa, tendrá que desarrollarse constantemente avanzando en una dirección que pueda establecerse de antemano. Las causas que han producido una grieta de profundidad abismal entre la clase obrera y la clase capitalista son las mismas en Norteamérica que en Europa; asimismo, los medios para cerrar esa grieta son los mismos por doquier. Y por ello el programa del proletariado norteamericano, cuanto más se desarrolle el movimiento, tanto más deberá coincidir con el programa que, luego de sesenta años de discordia y de debates, se ha convertido en el programa generalmente aceptado del proletariado combativo europeo. Al igual que éste, proclamará como objetivo final la conquista del poder político por parte de la clase obrera como medio para la apropiación directa de todos los medios de producción (suelo, ferrocarriles, minas, máquinas, etc.) por parte de la sociedad, y para la utilización colectiva de estos medios de producción por y para la comunidad.

De hecho, el nuevo partido norteamericano, al igual que todos y cada uno de los partidos políticos, en virtud del mero hecho de su formación, aspira a la conquista del poder político. Pero dista mucho de estar de acuerdo consigo mismo acerca de para qué ha de utilizarse ese poder político. En Nueva York y en las otras grandes urbes del este, la clase obrera se ha organizado en sindicatos, formando en cada ciudad una poderosa *Central Labor Union*. En especial en Nueva York, el pasado mes de noviembre la *Central Labor Union* escogió a Henry George como abanderado; en consecuencia, su programa electoral estaba fuertemente imbuido, a la sazón, de los puntos de vista de Henry George.

En las grandes ciudades del noroeste², la batalla electoral se libró sobre la base de un programa obrero bastante indefinido, en el cual la influencia de las ideas de George apenas si resultaba perceptible, si es que existía en absoluto. Y mientras que en estos grandes centros de población y de la industria el movimiento adquiría una forma decididamente política, hallamos junto a él, diseminadas a través de todo el país, dos organizaciones obreras ampliamente difundidas: los Caballeros del Trabajo y el Partido Socialista Obrero, de las cuales sólo la última posee un programa coincidente con el punto de vista europeo moderno, arriba esbozado.

De estas tres formas más o menos definidas en las que se nos presenta el movimiento obrero norteamericano, la primera (el movimiento dirigido por Henry George en Nueva York) sólo reviste, principalmente y por el momento, significación local. Sin duda, Nueva York es, con mucho, la ciudad más importante del país; pero Nueva York no es París, y los Estados Unidos no son Francia. Y se me ocurre que el programa de Henry George, en su forma actual, es demasiado estrecho como para constituir el fundamento de algo más que un movimiento local o, en el mejor de los casos, de algo más que una efímera fase de transición del movimiento general. Para Henry George, la expropiación de la masa del pueblo con respecto a la propiedad de la tierra es la gran causa general de la escisión del pueblo en ricos y pobres. Pero esto no es totalmente correcto, desde el punto de vista histórico. En la antigüedad asiática y clásica, la forma predominante de la opresión de clases era la esclavitud, es decir no tanto la expropiación de las masas con respecto al suelo, sino antes bien la apropiación de sus personas por parte de terceros. Cuando al decaer la república romana los campesinos libres itálicos fueron expropiados de sus solares nativos, se transformaron en una clase de “blancos andrajosos” (“*poor wites*”, “*white trash*”), tal como la que existía en los estados sureños, esclavistas de la Unión antes de 1861; y entre esclavos y libres harapientos (dos clases igualmente incapaces de liberarse a sí mismas) sucumbió el mundo antiguo. En la Edad Media no fue en modo alguno la expropiación de las masas populares de la tierra, sino más bien su apropiación a la tierra, lo que constituyó el fundamento de la opresión feudal. El campesino *conservaba* su solar natal, pero quedaba encadenado a él como siervo o vasallo, y debía rendir tributo al señor feudal en trabajo o en productos. Sólo al iniciarse la Época Moderna, hacia fines del siglo XV, se llevó a cabo la expropiación de los campesinos en gran escala, y esta vez en condiciones históricas que condujeron paulatinamente a los campesinos, perdidosos de sus posesiones, a la moderna clase de los asalariados, gente que nada posee salvo su fuerza de trabajo y que sólo puede vivir de la venta de esa fuerza de trabajo a terceros. Pero si la expropiación del suelo dio nacimiento a esta clase, hacía falta el desarrollo del modo de producción capitalista, la gran industria moderna y la agricultura moderna en gran escala para perpetuarla, incrementarla y convertirla en una clase particular con intereses particulares y una misión histórica particular. Todo esto ha sido expuesto en detalle por Marx (*Kapital*, t. I, sección VII, cap. XXIV): “La llamada acumulación originaria”. Según Marx, la causa del actual antagonismo de clases y de la actual degradación de la clase obrera reside en su expropiación de *todos* los medios de producción, dentro de los cuales se incluye, como es natural, el suelo.

Una vez que Henry George ha convertido la monopolización del suelo en única causa de la pobreza y de la miseria, es comprensible que encuentre el remedio en que la sociedad como tal reasuma la posesión del suelo. Los socialistas de la escuela de Marx exigen asimismo que la sociedad reasuma la posesión del suelo, y no sólo la del suelo

² Noroeste era todavía, por los años en que Engels escribe estas líneas, la denominación extraoficial de la región ubicada alrededor de los Grandes Lagos y entre el Mississippi y el Ohio, pese a que en ese entonces la misma ya no estaba al noroeste de los Estados Unidos.

sino asimismo la de todos los demás medios de producción. Pero incluso si hacemos abstracción de ello, nos queda aún otra diferencia. ¿Qué ha de hacerse con el suelo? Los socialistas actuales, en la medida en que los representa Marx, reclaman que se lo posea en común y se lo trabaje colectivamente y por cuenta de la colectividad, y que otro tanto ocurra con todos los restantes medios sociales de producción: minas, ferrocarriles, fábricas, etcétera. En cambio, Henry George se da por satisfecho con que el suelo se arriende en forma parcelaria a individuos, exactamente de la misma manera en que se lo hace hoy en día, con tal de que se reglamente el arrendamiento y que la renta del suelo fluya hacia las arcas públicas, en lugar de ir a dar, como actualmente, a bolsillos privados. La exigencia de los socialistas implica un trastocamiento total de todo el sistema actual de la producción social. En cambio, la exigencia de Henry George deja intacto el modo social de producción actual, y de hecho también ha sido propugnada, años atrás, por la corriente más extrema de los economistas burgueses ricardianos. También ellos exigían la confiscación de la renta de la tierra por parte del estado.

Naturalmente que sería injusto suponer que Henry George ya haya pronunciado, de una vez y por todas, su última palabra. Pero ocurre que debo tomar su teoría tal como la encuentro.

La segunda gran división del movimiento norteamericano la constituyen los Caballeros del Trabajo. Y en ello parece reflejarse con la mayor fidelidad el presente estadio de desarrollo del movimiento, del mismo modo que también constituyen, sin duda alguna y con mucho, la más numerosa de las tres divisiones. Se trata de una asociación gigantesca, extendida a través de comarcas inconmensurables y en incontables “*assemblies*”, en las cuales se hallan representados todos los matices de las opiniones individuales y locales de la clase obrera; todas están unidas bajo el techo de un programa de indefinición correspondiente, y cohesionadas mucho menos por su concepción impracticable que por el sentimiento instintivo de que el mero hecho de agruparse en pro de sus objetivos comunes los eleva al rango de gran potencia en el país; un enigma contradictorio auténticamente norteamericano, que viste los anhelos más modernos con un disfraz medieval, y que oculta el espíritu más democrático, y hasta más rebelde, tras un despotismo aparente, pero en realidad impotente; tal es el aspecto que ofrecen los Caballeros del Trabajo a un observador europeo. Pero si no dejamos que nos detengan extravagancias meramente exteriores, no podremos evitar ver en esta colosal acumulación de obreros una masa descomunal de energía potencial y adormecida, que se halla a punto de transformarse lenta pero seguramente en fuerza viva. Los Caballeros del Trabajo son la primera organización nacional creada por la clase obrera norteamericana en su conjunto. No importa cuáles hayan sido su origen y su historia, cuáles sean sus defectos y pequeñas extravagancias, su programa y su constitución: aquí son efectivamente la obra de toda la clase norteamericana de los asalariados, el único vínculo nacional que mantiene su cohesión, que les hace sentir su fuerza no menos que a sus enemigos, que los colma de la orgullosa esperanza de triunfos, futuros. Y de ninguna manera sería acertado decir que los Caballeros del Trabajo son incapaces de evolucionar. Se hallan permanentemente en pleno proceso de desarrollo y revolución, son una masa de materia flexible, que se agita y fermenta, empeñada en hallar la forma y la imagen apropiadas a su naturaleza. Y encontrará esa forma, tan cierto como que el desarrollo histórico, al igual que la naturaleza, tiene sus propias leyes intrínsecas. Si entonces los Caballeros del Trabajo han de conservar su denominación actual o no, es cosa indiferente. Pero el observador lejano difícilmente pueda evitar ver en ellos la materia prima a partir de la cual deberá elaborarse el futuro del movimiento obrero norteamericano, y por ende el futuro de la sociedad norteamericana en general.

La tercera división la constituye el *Partido Obrero Socialista*. Sólo es un partido en cuanto al nombre, pues en ninguna parte de Norteamérica ha podido realmente, hasta el presente, obrar como partido político. Hasta cierto punto es un elemento extranjero en los Estados Unidos; hasta hace muy poco constaba casi exclusivamente de inmigrantes alemanes, quienes se sirvieron de su propia lengua y están poco familiarizados con el idioma nacional inglés. Pero en virtud de la circunstancia de proceder de raíces ajenas, también llegó armada de la experiencia conquistada en largos años de lucha de clases en Europa, y con una comprensión de las condiciones generales de la emancipación de la clase obrera como hasta ahora sólo puede hallársela por excepción entre los obreros norteamericanos. Esto es una, suerte para el proletariado norteamericano, que de este modo se halla en condiciones de apropiarse de las conquistas intelectuales y morales de los cuarenta años de lucha de sus compañeros europeos de clase, y de aprovecharlas, acelerando así su propia victoria. Pues, como ya hemos dicho, no pueden haber dudas al respecto: el programa definitivo del proletariado norteamericano debe ser y será, en lo esencial, el mismo que el actualmente adoptado por todo el proletariado combativo de Europa, el mismo que el del Partido Obrero Socialista germano-norteamericano. De este modo, y en tal medida, este partido está llamado a cumplir una parte de suma importancia en el movimiento. Pero para cumplir esa vocación también tendrá que despojarse de su ropaje extranjero hasta sus últimos restos. Debe volverse total y absolutamente norteamericano. No puede exigir que los norteamericanos vengan a él; ellos, la minoría inmigrada, debe ir hacia la ingente mayoría de los norteamericanos nativos. Y para ello debe aprender, antes que nada, el inglés.

El proceso de fusión de estos diferentes elementos de la tremenda masa que se agita (elementos que, en realidad, no son antagónicos, aunque sí recíprocamente enajenados en virtud de sus diferentes puntos de partida), este proceso requerirá algún tiempo y no transcurrirá sin múltiples fricciones, tales como las que ya se revelan en diversos puntos. Así, por ejemplo, en las ciudades del este los Caballeros del Trabajo se hallan, en algunos casos, en lucha local contra los sindicatos organizados. Pero precisamente esta clase de fricciones existen también dentro de los propios Caballeros del Trabajo, en cuyo seno no imperan, en modo alguno, la paz y la armonía. Pero éstos no son, de ninguna manera, síntomas de desintegración que darían a los capitalistas el derecho a regocijarse. Por el contrario, son sólo pruebas de que las incontables multitudes de trabajadores, que ahora finalmente se ponen en movimiento en una misma dirección general, no han hallado aún, hasta ahora, la expresión apropiada para sus intereses comunes, ni la forma de organización más adecuada. Hasta ahora sólo constituyen las primeras levadas en masa de la gran guerra revolucionaria, reunidas y armadas en grupos locales individuales, aún independientes, todas ellas destinadas a constituir un gran ejército, pero aún sin una organización regular ni un plan común de campaña. Aún se entrecruzan, aquí y allá, las columnas que marchan hacia un punto de reunión; se perciben confusión, disputas y reyertas, y hasta la amenaza de serios choques. Pero, finalmente, la comunidad del objetivo último supera todas las pequeñas dificultades; no pasa mucho tiempo hasta que los ruidosos y dispersos batallones se reúnen en una línea de combate firmemente estructurada, plena del brillo de las armas y de un silencio amenazador, cubierta por arrojados tiradores a su frente y por reservas inmovibles a sus espaldas.

El logro de este resultado, la unificación de estas diversas corporaciones independientes en un único ejército nacional de obreros con un programa común (por muy inmaduro que sea tal programa, con tal de que sea un auténtico programa de clase de obreros), es el próximo gran paso que debe darse en Norteamérica. Nadie puede contribuir más al logro de ese objetivo ni a la confección del programa adecuado a tal objetivo que el Partido Obrero Socialista, con tal de que se decida a seguir la misma

táctica que siguieron los socialistas europeos en la época en que sólo constituían una exigua minoría de la clase obrera. Esta táctica se expuso por vez primera en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1847 con las siguientes palabras:

“Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, *prácticamente*, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario. [...]

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir.”³

Ésta es la táctica que hemos seguido el gran fundador del socialismo moderno, Karl Marx, y con él yo y los socialistas de todas las naciones que trabajan con nosotros, desde hace más de cuarenta años, que nos ha llevado por doquier al triunfo y que ha logrado que hoy en día la masa de los socialistas europeos, tanto en Alemania como en Francia, en Bélgica y Holanda como en Suiza, en Dinamarca y Suecia como en España y Portugal, luche como un único gran ejército bajo una misma bandera.

FRIEDRICH ENGELS

London, 26 de enero de 1887

³ Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*, en estas mismas [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels en español – EIS](#), páginas 31-32 y 44 del formato pdf.

Prefacio de la edición alemana de 1892

El libro que vuelve a ponerse al alcance del público alemán, apareció por primera vez en el verano de 1845. En lo bueno como en lo malo lleva el sello de la juventud del autor. Tenía yo entonces veinticuatro años; hoy soy tres veces más viejo y al rever este trabajo de juventud, encuentro que no debo avergonzarme de él de ningún modo. No pienso borrar en forma alguna esta impresión de trabajo juvenil. Sin cambios, lo pongo de nuevo ante el lector. Solamente he rehecho, para hacerlos más comprensibles, algunos pasajes no completamente claros y, aquí y allá, marcándola con la fecha del año 1892, he añadido alguna breve nota al pie de la página.

De las vicisitudes de este libro, solamente menciono que en 1885 apareció en New York, en la traducción inglesa de la señora Florencia Kelley-Wischnewetzky, y que esta traducción fue reeditada en 1892, en Londres, por Swan Sonnenschein y Cía. El prefacio a la edición americana corresponde a la inglesa y al presente prefacio alemán. La gran industria moderna iguala las relaciones económicas de todos los países que abarca, en tan gigantesca medida, que apenas tengo algo más que decir al lector alemán que lo dicho al lector americano e inglés.

El estado de cosas descrito en este libro pertenece hoy, en gran parte, al pasado por lo menos en lo que respecta a Inglaterra. Aunque no expresamente nombrada en los libros de enseñanza consagrados, es, no obstante, una ley de la moderna economía política, que, cuanto más se desarrolla la producción capitalista, tanto menos puede ella atenerse a las pequeñas prácticas del engaño y del fraude, que distinguían sus grados anteriores. Las mezquinas artimañas del hebreo polaco, del representante del comercio europeo en su grado más inferior, esas mismas artimañas que le prestaban en su patria tan excelentes servicios y que allá, generalmente, se practicaban, lo estorban en cuanto llega a Berlín o Hamburgo. Igualmente, el comisionista hebreo o cristiano, que venía de Berlín o Hamburgo a la bolsa de Manchester, se encontraba, no mucho tiempo atrás, con esto: si quería comprar a buen precio hilados y tejidos, debía desembarazarse de aquellos refinados, pero siempre miserables artificios, y de aquellas maniobras que, en su patria, eran el summum de la sabiduría comercial. Ciertamente, también en Alemania, con el progreso de la gran industria, muchas cosas deben de haber cambiado, y especialmente desde la industrial Jena de Filadelfia, ha de haber caído en descrédito el viejo concepto germánico de probidad: ¡Qué agradable ha de resultarle a la gente que se le mande una buena muestra, y después, malos géneros! En realidad, estos artificios y esta malicia no se emplean en un gran mercado, donde el tiempo es oro y se ha desarrollado un cierto grado de moral comercial, no por un sueño de virtud, sino simplemente por no perder tiempo y fatigas inútiles. Y esto, precisamente, sobrevino en Inglaterra en las relaciones entre el fabricante y sus obreros.

La reanimación de los negocios, después de la crisis de 1847, señaló el despertar de una nueva época industrial. La abolición de las leyes sobre el grano, y las más vastas reformas financieras, ligadas necesariamente a ellas, crearon a la industria y el comercio de Inglaterra el ambiente requerido. En seguida se produce el súbito descubrimiento de las minas de oro de California y Australia. Los mercados coloniales desarrollaron, en medida creciente, su capacidad de absorción de los productos industriales ingleses. El telar mecánico de Lancashire dejó de lado, de una vez por todas, a millones de tejedores

de la India. La China se abría cada vez más. Pero América, de preferencia a todos los otros lugares, se desarrolló con una velocidad inaudita, aun tratándose de este país de progreso gigantesco. Y América, no lo olvidemos, sólo era en aquel entonces un mercado colonial, y en verdad, el más grande de todos, es decir, un país que suministraba la materia prima y recibía de afuera, en este caso de Inglaterra, la producción industrial.

Además de esto, sucedió que al final del último período, los nuevos medios de intercambio (ferrocarril y vapores transatlánticos) llegaron a ser realmente internacionales, con lo que se produjo un hecho que hasta entonces solamente había sido previsto: el *mercado mundial*.

En aquel tiempo, este mercado mundial consistía, principalmente o en forma exclusiva, en un cierto número de países agrícolas, agrupados alrededor de un gran centro industrial: Inglaterra. Esta consumía la mayor parte de su materia prima y les suministraba, en cambio, la mayor parte de los productos industriales que necesitaban. No es extraordinario, pues, que el progreso industrial de Inglaterra fuera colosal e inaudito, tanto que la situación de 1844 nos parece hoy, comparativamente, sin importancia y casi primitiva.

Donde se desarrolló este progreso, en el mismo grado en la gran industria, en su apariencia externa, fue en la moral. La competencia entre fabricantes, por medio de pequeños hurtos en perjuicio de los trabajadores, cayó en desuso. Los negocios eran ahora demasiado grandes para ganar dinero con esos métodos miserables; el fabricante millonario tenía algo mejor que hacer que perder su tiempo en pequeños artificios. Esto era bueno, a lo más, para la pequeña gente necesitada que debía atrapar hasta el menor *groschen*⁴, si no quería sucumbir en la competencia. Así desapareció el *truck-system* de los distritos industriales; el *bill* de las diez horas y una serie completa de pequeñas reformas murieron, porque se oponían al espíritu del libre cambio y a la concurrencia sin freno, aunque hacían todavía más preponderante la concurrencia de los grandes capitalistas frente a sus colegas menos favorecidos.

Más aún. Cuanto más grande era un establecimiento industrial, más numerosos eran sus obreros y tanto mayor era el daño y el descuido de los negocios en cada conflicto con los trabajadores. En consecuencia, los fabricantes, especialmente los más grandes, fueron ganados, con el tiempo, por un nuevo espíritu. Aprendieron a evitar los conflictos innecesarios, a acomodarse con la existencia y la fuerza de las *Trades-Unions*, y, al final, descubrieron en los paros (efectuados en momento propicio) un medio eficaz para la ejecución de sus propios fines. Así ocurrió que los más grandes fabricantes, conductores ya en la lucha contra la clase trabajadora, fueron los primeros en apelar a la paz y la armonía. Y eso, por muy buenos motivos.

Todas esas concesiones a la justicia y al amor por la humanidad eran, verdaderamente, sólo un medio de acelerar la concentración del capital en manos de pocos y aplastar a los pequeños competidores, los que no podían vivir sin esas ganancias excepcionales. En manos de esos pocos, las pequeñas extorsiones de los años anteriores habían perdido toda importancia; ellos se dedicaban a los negocios en grande. Y así, solamente el desarrollo de la producción capitalista ha bastado para suprimir todos aquellos agravios que, en los años precedentes, empeoraban la suerte de los trabajadores, al menos en las ramas dirigentes de la industria, ya que, en cierto modo, no es éste el caso en aquellas menos importantes. Y así se viene revelando, más y más, el gran hecho principal, de que la causa de la miseria de la clase trabajadora se debe buscar, no en esos pequeños inconvenientes, sino en el *sistema capitalista mismo*. El trabajador vende al capitalista su fuerza de trabajo por un determinado jornal. Después de pocas horas de

⁴ Antigua moneda germana que equivale aproximadamente a 10 céntimos.

trabajo, ya ha producido el valor de esa suma. Pero su contrato de trabajo dice que debe dar todavía un número mayor de horas, para completar su jornada de trabajo. El valor que produce en esa hora adicional de sobretrabajo [‘plustrabajo’ en otras versiones] es el supervalor [‘plusvalía’ en otras versiones] que nada cuesta al capitalista, y que, sin embargo, afluye a su bolsillo. Esta es la base del sistema que cada vez divide más a la sociedad, por un lado, en unos pocos Rothschild y Vanderbilt, y, por el otro, en una enorme masa de asalariados que no son propietarios sino de su fuerza de trabajo. Y que tal resultado no se debe a tal o cual perjuicio secundario, sino únicamente al sistema mismo, es algo que hoy se ve bien claro por el desarrollo del capitalismo en Inglaterra.

Más aún. Las repetidas visitas del cólera, el tifus, la viruela y otras epidemias, han impuesto al burgués británico la urgente necesidad de sanear la ciudad, si él mismo no quería ser víctima, con su familia, de esas epidemias. En consecuencia, los males más agudos, descritos en este libro, hoy se han subsanado, o se han hecho menos graves. Se ha introducido o mejorado la canalización, grandes líneas de calles se han trazado en medio de los peores entre los “barrios feos”. La “pequeña Irlanda” ha desaparecido; a los *Seven Dials* también les llegó su turno. Mas, ¿qué quiere decir esto? Distritos enteros, que podía describir todavía casi idílicamente, en 1844, hoy, con el crecimiento de la ciudad, han caído en un verdadero estado de ruina, inhabilitación, miseria. La suciedad y el cúmulo de ruinas, en verdad, no se toleran más. La burguesía ha hecho ulteriores progresos en el arte de disimular la infelicidad de la clase trabajadora. Pero que, en lo referente a las viviendas de los trabajadores, no ha realizado ningún progreso esencial, lo prueba ampliamente el informe de la comisión real “*on the Housing of the Poor*”⁵, del año 1885. Y así en todo lo demás. Las ordenanzas de policía han llegado a ser tan abundantes como las moras; pero ellas sólo pueden limitar la miseria de los trabajadores, no pueden suprimirla.

Pero, mientras Inglaterra se engrandeció en el estadio de juventud del beneficio capitalista, descrito por mí, otros países apenas lo han alcanzado. Francia, Alemania y, ante todo, América son los rivales amenazadores que, como preveía en 1844, socavan más y más el monopolio industrial de Inglaterra. Su industria es joven frente a la inglesa, pero crece con mucha mayor velocidad que ésta, y hoy ha llegado a casi el mismo grado de desarrollo en que estaba la industria inglesa en 1844. En lo que se refiere a América, el paralelo es particularmente maravilloso. Ciertamente, las circunstancias exteriores son bastante distintas para la clase trabajadora americana, pero las mismas leyes económicas rigen el trabajo y los resultados, si no idénticos en todos sus aspectos, han de pertenecer, sin embargo, al mismo orden, ya que hemos encontrado en América la misma lucha por una jornada de trabajo más corta, fijada legalmente, sobre todo para las mujeres y los niños que trabajan en las fábricas. Además, encontramos en pleno florecimiento el *truck-system* y el *cottage-system*, usado en los países de campo por los *bosses*⁶, por los capitalistas y por sus representantes, como medio de dominación.

Cuando, en 1886, recibí los diarios americanos con la noticia sobre los mineros de Pensilvania, en el distrito de Connellsville, me pareció leer la descripción hecha por mí sobre la desocupación de los mineros, que sobrevino en Inglaterra del norte, en 1844. Los mismos engaños, en perjuicio de los trabajadores, con falsas medidas, el mismo *truck-system*, la misma tentativa de romper la resistencia de los trabajadores con el último terrible medio del capitalista: la expulsión de los trabajadores de las habitaciones pertenecientes a la administración de la mina.

Ni aquí, ni en las ediciones inglesas, he procurado adaptar el libro a las condiciones de nuestro tiempo, esto es, de enumerar los cambios ocurridos desde 1844.

⁵ ... de viviendas de los pobres.

⁶ Patronos.

Y ello, por dos razones. En primer lugar, hubiera debido duplicar el volumen del libro, y, en segundo lugar, el primer volumen del *Kapital* de Marx hace una amplia descripción de las condiciones de la clase trabajadora británica hacia 1865, es decir, en el momento en que el proletariado industrial británico alcanzó su punto máximo. Tendría, pues, que repetir lo ya dicho por Marx.

Apenas será necesario señalar que el punto de vista general teórico de este libro (en lo filosófico, económico y político) en nada corresponde exactamente a mi punto de vista actual. En el año 1844 todavía no existía el moderno socialismo internacional que, ante todo, y casi exclusivamente por las obras de Marx, se ha elevado a una ciencia. Mi libro representa solamente una de las fases de su desarrollo embrionario. Y, como el embrión humano en los primeros grados de su desarrollo, reproduce las branquias de nuestros predecesores los peces, así este libro muestra en todas sus partes los rastros del origen del moderno socialismo, derivado de un predecesor suyo, la filosofía clásica alemana. Por eso se da gran importancia (especialmente al final) a la afirmación de que el comunismo no es una simple doctrina del partido de la clase trabajadora, sino una teoría cuya mira final es la liberación de toda la sociedad, incluso los capitalistas, de las condiciones opresivas del presente. Esta afirmación es justa en sentido abstracto, pero en la práctica es más dañosa que útil.

Mientras las clases propietarias no solamente no sientan ninguna necesidad de liberación, sino que se opongan con todas sus fuerzas a la liberación misma de la clase trabajadora, mientras esto dure, la clase trabajadora estará obligada a prepararse sola para la revolución social. Los burgueses franceses de 1789 declararon, sin embargo, que la liberación de la burguesía era la emancipación de todo el género humano; pero nobleza y clero no querían comprender esto; la afirmación (aunque en aquel tiempo, en lo que se refería al feudalismo, fuera una innegable, abstracta e histórica verdad) degeneró pronto en una simple frase sentimental y se evaporó completamente en el fuego de la lucha revolucionaria. Hoy día, existe aún un número bastante grande de gente que, desde el alto punto de vista de la imparcialidad, predica a los trabajadores un socialismo por encima de todas las contradicciones y de la lucha de clases. Pero tales individuos, o son novicios que tienen mucho que aprender, o son los peores enemigos de los trabajadores; son lobos con piel de cordero.

En el texto se dice que “el ciclo de las grandes crisis industriales es de cinco años”. Este fue el término de tiempo que resultó, verosímilmente, del curso de los acontecimientos, desde 1825 a 1842. Pero la historia de la industria desde 1842 a 1868 ha probado que el período real es de una decena de años, que las crisis intermedias son de naturaleza secundaria y, desde 1842, fueron desapareciendo cada vez más. A partir de 1868, la situación cambió de nuevo; de esto hablo más largamente a continuación.

“No he pensado en quitar del texto las muchas profecías, especialmente aquellas de una inminente revolución social en Inglaterra, como me lo sugería, en aquel tiempo, mi entusiasmo juvenil. No tengo ninguna razón para presentar a mi trabajo y a mí, mejores de lo que ambos éramos entonces. Es maravilloso, no que muchas de estas profecías hayan fallado, sino que muchas de ellas se hayan cumplido, y que la condición crítica de la industria inglesa, como consecuencia de la concurrencia continental, y especialmente americana, que entonces preví, ciertamente en un futuro mucho más cercano, haya comenzado realmente. En relación con este punto, estoy en el deber de poner el libro en armonía con el actual estado de cosas. Lo hago reproduciendo aquí un artículo que apareció en inglés, en el *Commonweal* de Londres el 19 de marzo de 1885, y en alemán, en la *Neue Zeit* en junio del mismo año.

“Hace cuarenta años, Inglaterra estaba ante una crisis que, según todas las apariencias, sólo la fuerza podía resolver. El maravilloso y rápido desarrollo de la

industria había sobrepasado la extensión de los mercados extranjeros y el aumento de la demanda. Cada diez años, el curso de la producción era violentamente interrumpido por una crisis general del comercio, a la cual seguían, después de un largo período de crónico decaimiento, unos pocos y breves años de prosperidad que, de nuevo, terminaban en una febril superproducción y al final, en una nueva catástrofe. La clase capitalista pedía en alta voz el libre comercio de granos, y amenazaba obtenerlo con el envío de la población hambrienta de la ciudad a los distritos del campo, de donde venían; y, como dice John Bright: “no como menesterosos que piden pan, sino como un ejército que instala sus tiendas en terreno enemigo”. Las masas trabajadoras de la ciudad demandaron su parte de poder político: la “Carta del pueblo”, y fueron apoyadas por la mayoría de la pequeña burguesía; la sola diferencia entre las dos estribaba en si el reconocimiento de esa Carta debía obtenerse por la fuerza o legalmente. Viene entonces la crisis comercial de 1347 y la carestía en Irlanda, y con ellas, la perspectiva de la revolución.

“La revolución de 1848 salvó a la burguesía inglesa. Las proclamas socialistas de los triunfantes trabajadores franceses espantaron a la pequeña burguesía inglesa y desorganizaron el movimiento de los trabajadores ingleses, que actuaba dentro de límites estrechos, pero más directamente prácticos. Justamente, en el mismo momento en que el Cartismo podía desarrollar toda su fuerza, vino a sacudirla ya, antes de arruinarla exteriormente el 10 de abril de 1848. La actividad política de la clase trabajadora fue abatida. La clase capitalista había vencido en toda la línea.

“La reforma parlamentaria de 1831 fue la victoria de toda la clase capitalista sobre la aristocracia terrateniente. La abolición del impuesto aduanero sobre el grano fue la victoria de los capitalistas industriales, no solamente sobre la gran propiedad terrateniente, sino también sobre las fracciones capitalistas, cuyos intereses estaban más o menos identificados con los de la propiedad terrateniente: banqueros, agentes de la bolsa, gente que vive de renta. etc. La libertad de comercio significó la transformación de toda la política financiera y comercial, interna y exterior, de Inglaterra, en armonía con los intereses de los capitalistas industriales, de la clase que ahora representa la nación. Y esta clase se puso a la obra con ardor. Todo obstáculo a la producción industrial fue despiadadamente suprimido. La tarifa aduanera y todo el sistema de impuestos fueron revolucionados. Todo fue coordinado hacia un único fin, pero hacia un fin de extrema importancia para los industriales capitalistas: el buen mercado de la materia prima, y en especial de todos los medios de subsistencia para la clase trabajadora; la producción de la materia prima y el mantener bajo, si no también reducir, el salario de trabajo. Inglaterra debía convertirse en el “[taller] del mundo”; todos los países debían convertirse, para Inglaterra, en lo que ya era Irlanda: mercados para sus productos industriales, fuentes de suministro de materia prima y de los medios de subsistencia. Inglaterra, gran centro de un mundo agrícola, con un número siempre creciente de satélites productores de granos y algodón, girando en torno de este sol industrial. ¡Qué maravillosa perspectiva!

“Los capitalistas industriales llegaron a la aplicación de esta su gran finalidad, con vigorosa y sana comprensión y con el desprecio por las ideas tradicionales que siempre los ha distinguido frente a sus competidores “filisteos” del continente. El Cartismo estaba a punto de extinguirse. El retorno del florecimiento de los negocios, naturalmente y casi de por sí, después que se hubo disipado el crack de 1847, hubo que adscribirlo, exclusivamente, a la cuenta de la libertad de comercio. En seguida de estas dos circunstancias, la clase trabajadora inglesa llegó a ser, políticamente, la cola del “gran partido liberal”, del partido conducido por los fabricantes. Una vez cosechada esta ventaja se trató de perpetuarla. Y desde la violenta oposición de los cartistas, no al libre comercio, sino a la transformación del libre comercio en la única cuestión vital del país, los fabricantes habían comprendido, y cada día lo comprendían mejor, que la burguesía no

puede alcanzar pleno dominio social y político sin el apoyo de la clase trabajadora. Así cambió, sucesivamente, la actitud opuesta de las dos clases. Las leyes sobre fábricas, antaño terror de todos los fabricantes, fueron no sólo voluntariamente seguidas por ellos, sino más o menos extendidas a toda la industria. Las *Trades-Unions*, poco tiempo antes difamadas como obra del diablo, fueron ahora apoyadas y protegidas por los fabricantes, como organizaciones autorizadas y útiles medios para difundir las sanas doctrinas económicas entre los trabajadores. Los paros, que habían sido declarados perjudiciales antes de 1848, fueron ahora ocasionalmente juzgados útiles, en especial, si los señores fabricantes los habían provocado oportunamente. Fueron abolidas, al menos, las leyes más sediciosas que habían sustraído al trabajador la igualdad de derechos frente a su patrón. Y la otrora terrorífica “Carta del pueblo” se convierte entonces en el punto principal del programa político de los mismos fabricantes que se habían opuesto a ella hasta lo último. Se introdujeron, por ley, la abolición de las *tasas para el electorado* y el *voto secreto*. Las reformas parlamentarias de 1867 y 1884 se acercan ya notablemente al sufragio universal, al menos, tal como existe ahora en Alemania; la propuesta sobre el colegio electoral en torno de la cual delibera hoy el parlamento, crea en todas partes colegios electorales, no diferentes, en su conjunto, de aquellos de Alemania y de Francia. Están sobre el tapete la indemnidad [dietas] y la breve duración del mandato, si ya no también elecciones anuales del parlamento, como ocurrirá, sin duda, en un futuro próximo; y con todo, hay quien dice que el Cartismo ha muerto.

“La revolución de 1848, como otras parecidas que la precedieron, tuvo un extraño destino. Los mismos individuos que la abatieron se han vuelto, como dijo Carlos Marx, sus ejecutores testamentarios. Luis Napoleón fue obligado a crear una Italia unida e independiente; Bismarck fue obligado a revolucionar a su modo a Alemania y a dar cierta independencia a Hungría, y los fabricantes ingleses no tienen nada mejor que hacer que dar fuerza de ley a la “Carta del pueblo”.

“Al principio, los efectos de este dominio de los capitalistas industriales ingleses despertaron estupor. Los negocios se vivificaron y se ensancharon en un grado inaudito de esta cuna de la industria moderna. Todas las inmensas creaciones, anteriores al vapor y la mecánica, quedaron en nada ante el potente desenvolvimiento de la producción en los veinte años transcurridos de 1850 a 1870, con las cifras imponentes de la exportación y de la importación, de la riqueza que se acumulaba en manos de los capitalistas y de la fuerza de trabajo que se concentraba en ciudades gigantescas. El progreso fue interrumpido, como antes, por la vuelta de una crisis cada diez años; en 1857 como en 1866; pero mirábase estos contragolpes como sucesos naturales e inevitables que era preciso atravesar, sin que las cosas dejaran, al cabo, de reanudar su curso normal.

“¿Y cuál era la condición de la clase obrera durante este período? Temporalmente, hubo un mejoramiento también para la gran masa. Pero este mejoramiento descendió al viejo nivel, por la afluencia de la reserva de multitud de desocupados, por la continua depresión de los trabajadores a causa de las nuevas máquinas, por la inmigración de los trabajadores agrícolas que, cada vez más, eran ahora suplantados por la máquina.

“Una elevación duradera se encuentra sólo en dos categorías de la clase trabajadora. La primera es la de los obreros de las fábricas. La fijación, al menos proporcionalmente racional, de una jornada normal de trabajo a su favor, ha reconstituido, relativamente, su constitución corporativa, y ha dado, por su concentración en locales, una superioridad reforzada. Su condición es, sin duda, mejor que en 1848. La mejor prueba de ello es que de diez paros hechos por ellos, nueve son provocados por los fabricantes mismos, y en su particular interés, como único medio de limitar la producción. Vosotros habéis inducido a los fabricantes a entenderse para trabajar poco tiempo, a

menos que sus productos de fábrica sean invendibles. Pero haced parar a los obreros, y los capitalistas cerrarán sus fábricas hasta la exclusión del último hombre.

“En segundo lugar, las grandes *Trades-Unions*. Estas son organizaciones de la rama del trabajo en la cual sólo es susceptible de emplearse, o es predominante, el trabajo de *hombres adultos*. Allí no existe la competencia de las mujeres ni los niños, y las máquinas, hasta ahora, no se hallaron en el caso de romper su fuerza organizada. Los mecánicos, carpinteros, obreros de la construcción, son cada uno, por sí, una fuerza, y ellos mismos pueden resistir con éxito la introducción de las máquinas, como lo hacen los obreros de la construcción. Su condición ha mejorado notablemente, sin duda, después de 1848. La mejor prueba de esto es que, desde hace más de quince años, no sólo sus patrones están contentos de ellos, sino que ellos están contentos de sus patrones. Forman una aristocracia dentro de la clase obrera; han llegado a obtener una situación relativamente buena y la aceptan como definitiva. Son los obreros modelo de los señores León Levi y Gifien (y también del hombre de bien, Lucio Brentano) y son, en verdad, gente muy gentil y tratable, para todo capitalista inteligente en particular y para la clase capitalista en general.

“Pero en lo que se refiere a la gran masa de los trabajadores, el nivel de la miseria y la existencia insegura es hoy tan bajo, si no más bajo que nunca. El *East-end* de Londres, desocupado, es un pantano siempre creciente de miseria estancada, de desesperación y carestía; ocupado, de envilecimiento físico y moral. Y así en todas las otras grandes ciudades, excepción hecha de una minoría privilegiada de trabajadores; y también en la pequeña ciudad y las regiones de campaña. La ley que limita el valor de las fuerzas-trabajo [fuerza de trabajo] al precio de los medios necesarios para la vida, y la otra ley que rebaja el precio medio, por lo general, al mínimo de los medios de subsistencia, actúan ambas sobre ella con la fuerza irresistible de una máquina automática que la destroza entre sus engranajes.

“Esta era, pues, la condición creada por la política del libre cambio en 1847 y durante los veinte años de dominio de los capitalistas industriales. A la crisis de 1866 siguió, en verdad, y hasta 1873, un breve y ligero aumento de los negocios, pero no duró. En efecto, desde el tiempo en que tuvo fin, en 1877 y 1876, no hemos atravesado una crisis completa, pero vivimos, desde 1876, en una crónica condición de estancamiento en todas las ramas principales de la industria. No viene ni la completa catástrofe, ni el tiempo, largamente deseado, del florecimiento de los negocios, al que creíamos tener derecho, tanto antes como después del crack. Una opresión mortal, una crónica exuberancia, en todos los mercados, para todos los negocios, ésta es la situación que atravesamos desde hace diez años. ¿Por qué?

“La teoría del libre cambio se basaba, en el fondo, en una suposición: que Inglaterra debía convertirse en el único gran centro industrial de un mundo agrícola, y los hechos han desmentido completamente esta suposición. Las condiciones de la moderna industria (fuerza a vapor y mecánica) se pueden producir en cualquier parte donde haya combustible, especialmente carbón, y otros países, junto a Inglaterra, poseen carbón: Francia, Bélgica, Alemania, América y la misma Rusia. Y la gente, por su parte, no opinaba que fuese de su interés transformarse en hambrientos arrendatarios irlandeses, sólo para mayor gloria y riqueza de los capitalistas de Inglaterra. Se empezó a fabricar no solamente para sí, sino también para el resto del mundo, y la consecuencia es que el monopolio industrial, que Inglaterra poseyó por casi un siglo, está ahora irreparablemente destruido.

“Pero el monopolio industrial de Inglaterra es el punto cardinal del sistema actual de la sociedad inglesa. Además, mientras duraba este monopolio, los mercados no podían ir al paso de la actividad productiva de la industria inglesa; las crisis decenales fueron la

consecuencia. Y ahora, los nuevos mercados se vuelven cada día más raros, tanto que tuvo que imponerse la civilización a los mismos negros del Congo, la cual deriva de la tela de algodón de Manchester, de la vajilla de Staffordshire y de los artículos de metal de Birmingham. ¿Cuál será la consecuencia, si las mercancías continentales, y especialmente americanas, irrumpen en masa siempre creciente, si la parte del león, que todavía toca a las fábricas inglesas en el mantenimiento del mundo, se reduce de año en año? ¡Responde, libre cambio, cuál es tu remedio universal!

“No soy yo el primero que señala esto. Ya en 1883, en la asamblea de la Asociación Británica de Southport, el señor Inglis Palgrave, presidente de la sección económica, ha expresado justamente que los días de gran beneficio para los negocios de Inglaterra han pasado, y ha sobrevenido una pausa en el desarrollo ulterior de diversas grandes ramas de la industria. Se podría decir que Inglaterra está en vísperas de pasar a una condición no por más tiempo progresista.

“Pero ¿cuál será el fin de todo esto? La producción capitalista *no puede* hacerse estable, debe crecer y extenderse, o morir. Ya ahora, la simple limitación de la parte de león de Inglaterra, en el aprovisionamiento del mercado mundial, se llama estancamiento, miseria, exceso; aquí, de capitales; allá, de trabajadores desocupados. ¿Qué sobrevendrá, en primer lugar, si cesa el aumento de la producción anual? Este es el vulnerable talón de Aquiles de la producción capitalista. Su condición de vida exige continua expansión y esta continua expansión es ahora imposible. La producción capitalista corre por un callejón sin salida. Cada año Inglaterra plantea, ante todo, esta cuestión: o el país se viene abajo, o se viene abajo la producción capitalista. ¿Cuál de las dos cosas se debe creer?

“¿Y la clase trabajadora? Si hasta bajo la increíble expansión del comercio y de la industria, desde 1848 a 1868, debía atravesar tal miseria; si en aquella época su gran masa, en la mejor de las hipótesis, obtuvo solamente un pasajero mejoramiento de su condición, mientras sólo una pequeña minoría protegida y privilegiada obtenía una ventaja duradera, ¿qué acontecerá si este período ilusorio se cierra definitivamente, si el opresivo estancamiento de hoy, este estado de opresión mortal, llega a convertirse en la continua y normal condición de la industria inglesa?

“La verdad es ésta: mientras duró el monopolio industrial de Inglaterra, la clase trabajadora inglesa participó, en cierto grado, de las ventajas de este monopolio. Estas ventajas se distribuyeron muy desigualmente entre la clase trabajadora; la minoría privilegiada se apoderó de la parte mayor, pero para la gran masa había, al menos de cuando en cuando, su ventaja pasajera. Y esta es la razón por la cual, después de la muerte del owenismo, no ha habido en Inglaterra socialismo. Con la catástrofe del monopolio, la clase trabajadora inglesa perderá esta posición privilegiada. Se verá un día (sin excluir a la minoría privilegiada y dirigente) al mismo nivel que los trabajadores del exterior. Y por esta razón en Inglaterra tendremos de nuevo el socialismo.”

Tal es el artículo de 1885⁷. En el prefacio inglés del 11 de enero de 1892 continuaba:

“A esta descripción del estado de cosas, tal como se me presentó en 1885, poco tengo que agregar. No es necesario decir que hoy “está realmente de nuevo el socialismo en Inglaterra”; y en fuerte proporción: socialismo de todas las gradaciones, socialismo consciente e inconsciente, socialismo en prosa y en verso, socialismo de la clase trabajadora y de la clase media. Ya que, en verdad, este horror de los horrores, el socialismo, no solamente se ha vuelto respetable, sino que casi se ha puesto *en toilette* de sociedad y vagabundea negligentemente entre las *causeuses* de los salones. Esto prueba, una vez más, de qué incurable inconstancia está afectado el terrible déspota de la buena

⁷ Federico Engels, *Inglaterra en 1845 y 1885*, Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional – Edicions Internacionals Sedov.

sociedad: la opinión pública de la clase media, y justifica, una vez más, el desprecio que nosotros, socialistas de una generación pasada, sentimos por esa opinión pública. Pero, por lo demás, nosotros no tenemos razón alguna para dolernos de este nuevo síntoma.

“Lo que yo considero de mucho mayor valor que esta momentánea moda de arremeter en grande, en los círculos burgueses, con una aguada solución de socialismo, y hasta de mayor valor aún que el progreso que el socialismo ha hecho, en general, en Inglaterra, es el despertar del East-end de Londres. Este inmenso campo de la miseria no es más el cenagal estancado que era hace seis años. El East-end ha sacudido su inerte desesperanza; ha vuelto a la vida, convirtiéndose en la patria del “Nuevo Unionismo”, esto es, de la organización de la gran masa de los obreros “no técnicos” (*unskilled*). Esta organización puede, en algún sentido, adoptar la forma de las viejas uniones de los obreros “técnicos” (*skilled*); es, con todo, de carácter esencialmente distinto. Las viejas uniones conservan las tradiciones del tiempo en que fueron fundadas; consideran el sistema del salario, dado una vez por todas, como un hecho definitivo, que, en el mejor de los casos, pueden modificar un poco, en interés de sus asociados ... Las nuevas uniones, por el contrario, fueron fundadas en una época en que la confianza en la eternidad del sistema del salario era violentamente alterada. Los fundadores y los protectores de estas nuevas uniones eran socialistas conscientes o de sentimiento; las masas que afluyeron a ellas, y en las que reposa su fuerza, eran incultas, descuidadas, no tenidas en cuenta por la aristocracia de la clase trabajadora. Pero ellas tienen esta inmensa ventaja: sus espíritus son todavía puros, completamente libres de la herencia de los “respetables” prejuicios burgueses, que confunden las cabezas de los “viejos unionistas” mejor ubicados. Y así, vemos ahora cómo estas nuevas uniones toman la dirección del movimiento obrero, y cómo, cada vez más, llevan a remolque a las ricas y orgullosas “viejas” uniones.

“Sin duda, la gente del East-end ha incurrido en errores colosales; pero los cometieron también sus antecesores, los cometen todavía hoy los socialistas doctrinarios, que los miran por encima del hombro. Una gran clase, como una gran nación, nunca aprende más rápido que a través de las consecuencias de sus propios errores. Y a pesar de todos los errores posibles del pasado, del presente y del futuro, el despertar del East-end de Londres queda en primer lugar, como el más grande y fecundo acontecimiento de este *fin de siècle*, y yo estoy alegre y orgulloso de haberlo podido ver.”

Desde que escribí lo que precede, hace seis meses, el movimiento obrero inglés ha dado un nuevo buen paso hacia adelante. Las elecciones parlamentarias, que tuvieron lugar hace algunos días, han hecho notar, a los dos partidos oficiales, a los conservadores como a los liberales, que deben habérselas, de ahora en adelante, con un tercer partido, con el partido obrero. Este partido obrero está en formación; por tanto, sus elementos se hallan ocupados todavía en sacudir prejuicios tradicionales de toda especie: burgueses, viejos, corporativos, y ya también doctrinarios socialistas, de los cuales pueden, por fin, inferir su terreno común.

Y, no obstante, su instinto de cohesión es ya tan grande, que dio resultados electorales no vistos hasta ahora en Inglaterra. En Londres, presentan su candidatura dos obreros y se presentan abiertamente como socialistas; los liberales no pueden oponerles uno de los suyos y los dos socialistas ganan por sorprendente e inesperada mayoría. En Middlesborough se presenta un candidato obrero contra uno liberal y uno conservador, y resulta electo a pesar de los dos opositores; por el contrario, los nuevos candidatos obreros que han hecho alianza con los liberales caen sin remedio, a excepción de uno. Entre los, hasta ahora así llamados, representantes de los obreros, es decir, entre aquellos a los cuales se perdona su calidad de trabajadores, porque ellos mismos quisieran de buena gana anegarse en el océano de su liberalismo, ha caído ruidosamente el más notable representante del viejo unionismo, Henry Breadhurst, porque se declaró en contra de la

jornada de ocho horas. En dos colegios electorales de Glasgow, en uno de Salford y en muchos otros también, se presentaron candidatos obreros independientes contra candidatos de los dos viejos partidos; fueron batidos, pero también lo fueron los candidatos liberales. En resumen: en numerosos colegios electorales de ciudades grandes e industriales, los trabajadores se han decidido a desistir de toda alianza con los dos viejos partidos y de esto se siguió el directo o indirecto resultado que nunca se había obtenido en ninguna otra elección. Y la alegría entre los trabajadores es indecible. Por primera vez, han visto y sentido lo que pueden si utilizan su derecho electoral en el interés de su clase. La superstición por el “gran partido liberal”, que ha dominado por casi cuarenta años a los trabajadores ingleses, está rota. Han visto, con quemantes ejemplos, que estos trabajadores son, en Inglaterra, la fuerza decisiva, con sólo querer y saber lo que quieren; y las elecciones de 1892 fueron la iniciación del poder y del querer. El movimiento obrero continental cuidará del resto; los alemanes y los franceses que, en el parlamento y los consejos locales, poseen ya tan rica representación, sostendrán dignamente, con ulteriores resultados, la emulación con los ingleses. Y si en un no lejano porvenir se encuentra que ese parlamento nacional puede emprender con el señor Gladstone y nada el señor Gladstone con ese parlamento, entonces, el partido obrero inglés estará bastante bien constituido para, de una vez, terminar con el juego de columpio de los dos viejos partidos, que alternan en el gobierno y por esto, precisamente, con el dominio burgués de los dos partidos que en él se perpetúan.

F. ENGELS
Londres, 21 de julio de 1892

La situación de la clase obrera en Inglaterra

A la clase trabajadora de Gran Bretaña

Trabajadores:

A vosotros dedico una obra en la que he intentado poner ante mis conciudadanos alemanes una fiel pintura de vuestra situación, de vuestros sufrimientos y luchas, de vuestras esperanzas y perspectivas. He vivido bastante entre vosotros para conocer algo de vuestra condición; a vuestro conocimiento he dedicado mi mayor solicitud; he estudiado, cuanto me fue posible, los varios documentos oficiales y no oficiales; no me contenté con esto; quise, más que el conocimiento abstracto de mi asunto, sentí la necesidad de veros en vuestras mismas casas, de observaros en vuestra vida cotidiana, de charlar con vosotros respecto de vuestras condiciones de vida y sufrimiento, de asistir a vuestras luchas contra el poder político y social de vuestros opresores. He hecho así: abandoné la compañía, los convites, el vino de oporto y el champaña de las clases medias, y he dedicado mis horas de ocio, casi exclusivamente, a establecer relación con simples trabajadores. Estoy contento y orgulloso de haberlo hecho así. Contento, porque así dediqué horas felices a conocer la realidad de la vida (muchas horas que de otro modo habrían estado ocupadas en discursos a la moda y etiquetas cansadoras); orgulloso, porque de esta manera encuentro una oportunidad de hacer justicia a una clase de hombres oprimida y calumniada, los cuales, a pesar de sus posibles errores y de las desventajas de su condición, sin embargo, imponen respeto a todo el mundo, excepto a un especulador inglés; orgulloso, también, porque de este modo estoy en situación de defender al pueblo inglés del desprestigio creciente en que ha caído en el continente, como necesaria consecuencia de la política brutalmente egoísta y de la conducta general de nuestra clase media gobernante.

Al mismo tiempo, habiendo tenido amplia oportunidad de observar a vuestros adversarios, las clases medias, he llegado pronto a la conclusión de que tenéis razón, perfecta razón en no esperar de ellas ningún apoyo. Sus intereses son diametralmente opuestos a los vuestros, aun cuando se esfuerzen siempre en sostener lo contrario y en haceros creer en su más cordial simpatía, por vuestra suerte. Esperó haber recogido en abundancia pruebas evidentes de que (por más que digan lo que quieran) las clases medias no piensan, en realidad, nada más que en enriquecerse con vuestro trabajo y abandonaros al hambre apenas no puedan continuar sacando provecho de este comercio de carne humana. ¿Qué han hecho para probar la buena disposición que dijeron tener hacia vosotros? ¿Han escuchado alguna vez vuestros lamentos? ¿Qué otra cosa han hecho que pagar el gasto de una media docena de comisiones de encuestas, cuyos voluminosos informes están condenados al sueño eterno entre el montón de papeles de las estanterías del ministerio del interior?

¿Han pensado alguna vez, no digo otra cosa que componer, con estos gastados libros azules, un solo libro legible, en el cual todos puedan fácilmente encontrar cualquier información sobre la condición de la gran mayoría de los free-born Britons?⁸ No, verdaderamente, éstas son cosas de las cuales no gusta hablar. Han dejado a un extranjero la tarea de informar, al mundo civilizado, el estado de degradación en que vosotros debéis vivir.

⁸ Ingleses nacidos libres.

Un extranjero para ellos; aunque, lo espero, no para vosotros. Aun cuando mi inglés pueda no ser puro, todavía me auguro que queráis encontrarlo simple. Ningún hombre trabajador, en Inglaterra y en Francia, me trató como extranjero. Con la más grande satisfacción os he visto libres de esa maldición destructora, el prejuicio y la soberbia nacional, los cuales, después de todo, no son más que grosero egoísmo. He observado que tenéis simpatía por quien ha combatido por el progreso humano, sea o no inglés; he visto que admiráis las cosas grandes y buenas, estén en vuestro suelo nativo o no. Encontráis que sois más que simples ingleses, miembros de una nación aislada; encontráis que sois hombres, miembros de la gran familia humana, conscientes de que son los mismos vuestros intereses y los de la raza humana. Y como tales, como miembros de esta familia humana “una e indivisible”, como seres humanos en la más amplia acepción de la palabra, como tales, yo, y otros muchos en el continente, saludamos vuestro progreso en todas direcciones y os auguramos un rápido éxito. Adelante, pues, como habéis hecho hasta este momento. Mucho queda todavía por sufrir; manteneos firmes e intrépidos; vuestro éxito es seguro y ningún paso de vuestra marcha hacia adelante se perderá para vuestra causa común, la causa de la humanidad.

FEDERICO ENGELS
Barmen (Prusia Renana), 15 de marzo de 1845

Prefacio

Tratan, las páginas que siguen, un asunto que, en principio, quería yo desarrollar sólo como capítulo particular de un amplio y comprensivo trabajo sobre la historia social inglesa; pero la importancia del objeto me constriñó, pronto, a darle un tratamiento independiente.

La condición de la clase trabajadora es el terreno positivo y el punto de partida de todos los movimientos sociales contemporáneos, porque ella señala el punto culminante, más desarrollado y visible, de nuestra persistente miseria social. Ella produjo, por vía directa, el comunismo de los obreros franceses y alemanes, y por vía indirecta, el *fourierismo* y el socialismo inglés, así como el comunismo de la culta burguesía alemana. El conocimiento de las condiciones del proletariado es, por tanto, una necesidad indispensable, para dar a las teorías socialistas, por una parte, y a los juicios sobre su legitimidad, por otra, una base estable, y para poner fin a todos los sueños y fantasías *pro et contra*. Pero las condiciones del proletariado existen, en su forma clásica, en su forma acabada, solamente en el Imperio Británico y particularmente en Inglaterra propiamente dicha; al mismo tiempo, solamente en Inglaterra se ha recogido el material necesario y completo, y se ha aclarado con encuestas oficiales, en la forma requerida para tratar exhaustivamente el tema.

Tuve, por veintiún meses, ocasión de conocer de cerca, por observaciones y vinculaciones personales, al proletariado inglés, sus esfuerzos, sus dolores, sus alegrías, y después pude completar lo que había observado, mediante el uso de las necesarias fuentes auténticas. Todo aquello que he visto, oído y leído está elaborado en este escrito. Estoy dispuesto a ver atacados, no solamente mi punto de vista, sino también los hechos expuestos, especialmente si mi libro cae en manos de los ingleses; sé, igualmente, que, si bien aquí o allá se me podrá probar una insignificante inexactitud, que ni un inglés podría evitar, dada la amplitud del trabajo y todas sus presuposiciones, tanto más que en Inglaterra no existe todavía una obra particular que, como la mía, trate de todos los trabajadores; a pesar de ello, no vacilo un momento en desafiar a la burguesía inglesa a que me pruebe, siquiera en un solo hecho que de algún modo sea de importancia para el punto de vista general, una inexactitud, y probármela con pruebas tan auténticas como las que yo he presentado.

Particularmente para Alemania, la exposición de las condiciones de la clase proletaria del imperio británico (y especialmente en el momento presente) tiene gran importancia. El socialismo y el comunismo alemanes han nacido, más que de otra cosa, de hipótesis teóricas; nuestros teóricos alemanes conocían todavía muy poco del mundo real, para saber que estas condiciones reales habrían debido empujarnos directamente hacia la reforma de esta “desgraciada realidad”. Al menos, de los conocidos representantes de tales reformas, no se ha llegado al comunismo sino a través de la disolución de la especulación hegeliana, cumplida por obra de Feuerbach. Las verdaderas condiciones de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros, que aún las bien intencionadas “Sociedades por el mejoramiento de la clase trabajadora”, en las cuales nuestra burguesía maltrata la cuestión social, continuamente ponen en circulación las más ridículas y absurdas opiniones sobre las condiciones de vida de los trabajadores. Para nosotros, los alemanes, es necesario, ante todo, el conocimiento de los hechos en tal cuestión. Aunque las condiciones del proletariado alemán no sean tan clásicas como las

inglesas, todavía tenemos como base el mismo orden social, que podrá, en breve o a la larga, ser empujado al mismo punto culminante a que ha llegado del otro lado del Mar del Norte, a menos que, a tiempo, la prudencia de la nación tome medidas que den a todo el sistema social una nueva base. Las mismas causas fundamentales que en Inglaterra han determinado la miseria y la opresión del proletariado, existen también en Alemania y deben dar con el tiempo igual fruto. Pero, entretanto, la manifiesta miseria *inglesa* nos ofrecerá una ocasión para comprobar nuestra miseria *alemana*, y una pauta para que podamos calcular su extensión y la importancia (puesta en evidencia en los desórdenes de la Silesia y Bohemia) del peligro que amenaza en esta parte la quietud de la Germania.

Para terminar, debo hacer ahora dos observaciones. En primer lugar, que siempre he usado la palabra *clase media* con el significado de la inglesa *middle-class* (o como casi siempre se dice: *middle-classes*) cuando ella, de modo semejante a la *bourgeoisie* francesa, indica la clase poseedora, especialmente aquella clase poseedora distinta de la llamada aristocracia; la clase que, en Francia e Inglaterra por vía directa, y en Alemania como “opinión pública”, está en posesión de la fuerza del estado. Así he usado también las expresiones trabajadores (*working-men*), proletarios, clase trabajadora, clase no propietaria y proletariado, siempre con el mismo significado. En segundo lugar, que en la mayor parte de las citas he mencionado el partido de los autores, porque muy generalmente los liberales hacen resaltar la miseria de los distritos agrícolas, pero buscan disimularla en los distritos industriales, mientras, por el contrario, los conservadores reconocen la miseria de los distritos industriales, pero no quieren saber de las regiones agrícolas. Por esta razón, también, en donde me faltaron documentos oficiales respecto de los trabajadores industriales, he preferido un documento *liberal*, y generalmente recurrí sólo a los *tories* o a los *cartistas*; así, o reconocía la exactitud del hecho por observación directa, o podía ser convencido de la verdad del documento por el carácter personal o literario de las autoridades invocadas por mí.

Barmen, 15 de marzo de 1845
F. ENGELS

Introducción

La historia de la clase obrera inglesa comienza en la última mitad del siglo pasado, con el descubrimiento de la máquina a vapor y de las máquinas para la elaboración del algodón. Estos descubrimientos dieron, como es sabido, impulso a una revolución industrial, a una revolución que transformó al mismo tiempo toda la sociedad burguesa y cuya importancia para la historia mundial solamente ahora comienza a ser reconocida. Inglaterra es el terreno clásico de esta revolución, que avanzó tanto más potente cuanto más silenciosa, y por esto es Inglaterra también la tierra clásica para el desarrollo del principal producto de tal revolución: el proletariado. Sólo en Inglaterra el proletariado puede ser estudiado en todas sus vinculaciones y sus diferentes aspectos.

Entretanto, aquí nada tenemos que hacer con la historia de esta revolución y con su enorme importancia para el presente y el porvenir. Tal exposición debe ser reservada para un futuro trabajo, más completo. Por el momento, debemos limitarnos a lo poco que es necesario para entender los hechos que siguen y la presente condición del proletariado inglés.

Antes de la introducción de las máquinas, el hilado y tejido de la materia prima se hacían en casa del obrero. La mujer y los hijos extendían el hilo que el marido tejía o ellos vendían si el jefe de la familia mismo no lo trabajaba. Estas familias de tejedores vivían generalmente en el campo, en las cercanías de las ciudades, y podían con su salario arreglárselas bien, porque el mercado del país, que se regulaba según la demanda de las telas, era casi el único mercado, y la importancia de la competencia, que irrumpió después de la conquista de los mercados extranjeros y con el desarrollo del comercio, no ejercía todavía una presión sensible sobre las mercancías del trabajo. Con esto se tuvo, en el mercado natal, un continuo aumento de la demanda, que fue proporcional al gradual crecimiento de la población, y por lo tanto, pudo ocupar a todos los trabajadores; agréguese a esto la imposibilidad de una activa competencia de unos obreros con otros, a causa del aislamiento campestre de sus viviendas. De ahí derivaba que el tejedor estaba casi siempre en condición de poner aparte algún dinero, y arrendarse un fundito [parcelita] que trabajaba en sus horas de ocio, y de éstas tenía cuantas quería, porque podía tejer cuando quisiera y tuviera ganas. En verdad, era un mal agricultor y cultivaba sus campos con negligencia y con poquísimos resultados; pero, al menos, no era un proletario; tenía, como dicen los ingleses, clavada una estaca en la tierra de su patria, tenía domicilio y ocupaba, en la sociedad, un escaloncito más alto que el del obrero inglés de hoy.

De este modo, los trabajadores vegetaban en una dulce y plena existencia, y llevaban una vida honesta y tranquila, en la devoción a Dios y en la probidad; su condición material era mucho mejor que la de sus sucesores; no tenían necesidad de excederse en el trabajo; no hacían más que lo que deseaban y, no obstante, ganaban lo que les era necesario, tenían descanso para un trabajo sano en su campo o jardín, trabajo que era para ellos un pasatiempo, y, además de eso, podían tomar parte en las diversiones y juegos de sus vecinos, y todos esos juegos, birla, juego de balón, etc., contribuían a la conservación de la salud y al fortalecimiento del cuerpo. En su mayor parte, eran gente sana y en la constitución de sus cuerpos nada o casi nada se podía encontrar de diferente con la de sus vecinos agricultores. Sus niños crecían al aire libre, y si podían, ayudaban en el trabajo de sus progenitores; esto sucedía sólo de tiempo en tiempo, y no era cosa de hablar de un trabajo cotidiano de ocho o doce horas.

Fácil es adivinar cuál era el carácter moral e intelectual de esta clase. Excluida de las ciudades, a las cuales jamás llegaba, consignaba el hilado y el tejido a los agentes viajeros, contra pago de la mercadería separada, de modo que viejos residentes, muy cercanos a las ciudades, no fueron jamás a ellas, hasta que, con la introducción de las máquinas, esa clase fue privada de ganancias y obligada a buscar trabajo en las ciudades. Se encontraba en el grado intelectual y moral de la gente de campo, con la cual estaba todavía unida, y en especial, de modo directo, por su pequeño arrendamiento. Estos obreros consideraban a su *squire*⁹ (el más grande propietario terrateniente del país) como a su superior natural, y recurrían a él para aconsejarse; llevaban ante él los pequeños litigios para que decidiese, y le tributaban todos los honores que van unidos a estos hábitos patriarcales. Eran gente “respetable” y buenos padres de familia, vivían moralmente, porque no tenían ningún motivo para ser inmorales: en su vecindad no había tabernas o casas equívocas y el dueño de la hostería, junto al cual, de cuando en cuando, apagaban la sed, era también un hombre respetable y a menudo un gran arrendatario que gustaba de la buena cerveza, del buen orden y de descansar a su tiempo. Durante el día, tenían sus niños consigo y los educaban en la obediencia y el temor a Dios; la condición de la familia patriarcal permanecía sin cambios, hasta que los niños, ya adultos, se unían en matrimonio; jóvenes, crecían en idílica simplicidad y familiaridad, cerca de sus camaradas, hasta que se casaban, y si bien el comercio sexual se verificaba ordinariamente antes del matrimonio, esto sucedía solamente donde era reconocido por ambas partes el deber moral del matrimonio, y éste, que lo seguía, ponía todo en orden. En síntesis, los obreros industriales ingleses de aquel tiempo vivían y pensaban todos de un mismo modo, como ocurre todavía, aquí y allá, en Alemania, retirados y apartados, sin actividad intelectual y sin excitaciones violentas en su condición de vida. Raramente sabían leer y mucho menos escribir, iban regularmente a la iglesia, no hacían política, no conspiraban, no pensaban, se divertían con los ejercicios del cuerpo, oían leer la Biblia con devoción hereditaria y se comportaban noblemente en su modestia, sin pretensiones con las clases elevadas de la sociedad. Pero, por lo demás, estaban muertos intelectualmente, vivían sólo para sus pequeños intereses privados, para el telar y su jardincito, y nada sabían del grandioso movimiento que afuera invadía a la humanidad.

El primer invento que produjo un rápido cambio en la condición existente hasta entonces entre los trabajadores ingleses fue la *jenny* (torno para hilar) del tejedor James Hargreaves, de Standhill, cerca de Blackburn, en el Lancashire del norte (1764). Esta máquina fue el tosco principio de las hilanderías que vinieron después, y se ponía en movimiento con la mano, pero en vez de un huso, como el molinete habitual, tenía de dieciséis a dieciocho, que eran movidos por un solo obrero. Por ello fue posible consignar mucho más hilado que anteriormente; mientras antes un tejedor tenía ocupados tres telares y el hilado no era nunca suficiente, de modo que a menudo el tejedor debía atenderlo, ahora el hilado era más de lo que podía ser tejido por los trabajadores. La demanda de tejidos, que iba ya en aumento, creció todavía más por su bajo precio, consecuencia de la nueva máquina, que bajaba el costo de producción del hilado; fue necesario un número mayor de tejedores y su salario creció. Ahora, el tejedor podía ganar más en su telar y dejaba poco a poco sus ocupaciones agrícolas y se dedicaba totalmente a la tejeduría. En esta época, una familia de cuatro adultos y dos chicos, ocupados en los pequeños husos, ganaba en una semana, con un trabajo diario de diez horas, cuatro libras esterlinas (veintiocho *talers* prusianos) y a menudo todavía más, si los negocios iban bien y si el trabajo era sostenido; ocurría frecuentemente que un solo tejedor en su telar ganase por semana dos libras esterlinas. Poco a poco desapareció la clase de los tejedores-

⁹ Squire: señor.

agricultores y se transformó en una clase de simples tejedores, que vivían de su salario, no tenían ninguna propiedad, ni siquiera la aparente posesión de un arriendo, y con esto se convirtieron en *proletarios* (*working men*). Además, sucedió que también el viejo oficio de hilador se transformó en el de tejedor. Hasta ahora había sucedido que bajo el mismo techo el hilo se hilaba y se tejía. Además, donde la *jenny* (torno de hilar) requería, como el telar, una mano vigorosa, también los hombres comenzaron a hilar, y toda la familia dependía sólo de la *jenny*, mientras que otros, al dejar de lado el envejecido y superado huso, faltándoles medios para comprarse una Jenny, debían vivir sólo del telar del padre de familia. Así más tarde se originó en la industria la completa división de trabajo entre tejedores e hilanderos.

Mientras con la primera máquina, todavía imperfecta, ya se desarrollaba el proletariado industrial, la misma máquina fue causa también del origen del proletariado agrícola. Hasta ahora, esto había dado una gran masa de pequeños propietarios del suelo, que se llamaban *yeomen*, y que habían vegetado en la misma tranquilidad y falta de pensamiento de sus vecinos, los tejedores-agricultores. Los *yeomen* cultivaban sus trozos de tierra con el viejo método, descuidado, de sus padres, y se oponían con terquedad a toda innovación, como a menudo ocurre en generaciones rutinarias.

Entre ellos había muchos pequeños arrendatarios, pero no arrendatarios en el significado actual de la palabra, sino gente que, por arriendo hereditariamente estipulado o por la fuerza de la costumbre, recibían su pedazo de tierra de sus padres o abuelos y se establecía como si fuese de su propiedad. Ahora, librados los obreros industriales de la agricultura, un gran número de parcelas de terreno quedó libre y sobre ellas se estableció una nueva clase de *grandes arrendatarios*, que tomaban en arriendo cincuenta, cien, doscientos y más acres; eran *tenants-at-will*, o sea, arrendatarios cuya locación podía ser denegada cada año, y que, por el mejor cultivo y la economía en grande, sabían hacer aumentar las entradas de las parcelas de terreno. Ellos podían vender sus productos a mejor precio que el pequeño *yeomen* y a éste no le quedaba otro recurso, porque su parcela no le bastaba, que venderla para procurarse una *jenny* o un telar, o entrar como asalariado a jornal, o proletario de los campos, junto al gran arrendatario. Su innata pereza y el método descuidado de cultura del terreno, que había aprendido de sus predecesores y que no podía superar, no le dejaba nada cuando era colocado en la necesidad de competir contra la gente que cultivaba el terreno según principios racionales y con todas las ventajas que daban una gran economía y el empleo de capitales para el mejoramiento del suelo. El movimiento de la industria, entretanto, no cesó. A poco, los capitalistas comenzaron a instalar la *jenny* en grandes edificios y a impulsarla con la *fuerza hidráulica*; así se encontraron en condiciones de disminuir el número de obreros y de vender a mejor precio el hilado de cada uno de los hiladores, los cuales ponían en movimiento la máquina sólo con los brazos. Se produjeron algunos mejoramientos de la *jenny*, de modo que a cada momento una máquina caía en desuso y debía ser modificada en parte o del todo; y si el capitalista, con la aplicación de la fuerza hidráulica, podía todavía sostenerse con las viejas máquinas, esto fue imposible con el tiempo a cada hilador en particular. Y si con la fuerza hidráulica tuvo lugar el principio del sistema de las fábricas, pronto recibió un nuevo impulso con la *Spinning-throstle*, que fue inventada en 1767 por *Richard Arkwright*, un barbero de Preston, en Lancashire del norte. Esta máquina, llamada habitualmente en alemán *kettenstuhl*, es, junto con la máquina a vapor, el descubrimiento mecánico más importante del siglo dieciocho. Está basada en una *fuerza hidráulica mecánica* y en principios completamente nuevos. Por la unión de las propiedades de la *jenny* y de la *kettenstuhl*, Samuel Crompton, de Firwood (Lancashire) descubrió, en 1785, la *mule*, torno, y Arkwright, al mismo tiempo, descubre la *máquina para cardar e hilar*, y así ya dominó solo el sistema de fábrica para el hilado del algodón.

Sucesivamente, comenzaron a aplicarse estas máquinas, con algunas insignificantes modificaciones, al hilado de la lana, y más tarde (en el primer decenio de este siglo) al del lino, y, por lo tanto, para estas materias fue suplantado el trabajo a mano. Pero aquí no termina todo: en los últimos años del siglo pasado, el doctor Cartwright, un pastor de campaña, había inventado el *telar mecánico*, y hacia 1804 fue perfeccionado, de modo que podía competir, con pleno éxito, con los tejedores a mano; y todas estas máquinas tuvieron doble importancia, gracias a la *máquina a vapor* de *James Watt*, la cual fue descubierta en 1764 y se aplicó desde 1785 para el funcionamiento de las máquinas de hilar.

Con estos descubrimientos, que fueron mejorados cada año, se decidió en las ramas principales de la industria inglesa la *victoria del trabajo a máquina sobre el trabajo a mano*, y toda la historia de estos últimos años, a partir de aquel momento, muestra cómo los trabajadores manuales, unos tras otros, fueron desplazados por obra de la máquina. La consecuencia fue, por una parte, la rápida caída del precio de las manufacturas, el florecimiento del comercio y de la industria, la conquista de casi todos los mercados no protegidos del mundo, el veloz aumento de los capitales de la riqueza nacional; por otra parte, un rápido aumento del proletariado, la ruina de toda la propiedad, de toda la seguridad de ganancias para la clase trabajadora, la desmoralización, la agitación política y las mayores vicisitudes para los poseedores ingleses, vicisitudes que observamos en las páginas siguientes. Hemos visto ya qué revolución había traído una sola máquina imperfecta, como la *jenny*, en las relaciones sociales de las clases inferiores, y, por lo tanto, nadie se maravillará de la que ha producido un sistema completo de máquinas hábilmente perfeccionadas, sistema que convertía la materia prima en tejido.

Seguimos el desarrollo de la industria inglesa¹⁰ y más exactamente comenzamos con su rama principal, la *industria del algodón*. En los años 1771-75 fueron importados anualmente, por término medio, menos de cinco millones de libras de algodón bruto; en el año 1841, 518 millones, y en 1844 aumentó, por lo menos, a 600 millones de libras. En 1834, Inglaterra exportó 556 millones de *yards* de tela de algodón tejido, 76 ½ millones de libras de hilado de algodón y por valor de 1.200.000 libras de calcetines de algodón, 1.000.000 hechos a máquina y 2.200.000 con el telar a mano, sin contar los *kettensstuhlspindeln* de servicio en la industria del algodón; según el cálculo de MacCulloch, vivían entonces, directa o indirectamente, casi un millón y medio de hombres en las tres divisiones de este ramo de la industria, de los cuales sólo 220.000 trabajaban en las fábricas; la fuerza necesaria para estas fábricas era de 33.000 caballos de fuerza a vapor, y de 11.000 caballos de fuerza hidráulica. Ahora, todos estos números no rigen más, y se podrá admitir tranquilamente que en el año 1845 la fuerza y el número de las máquinas, como el número de obreros, serán el doble que en 1834. El lugar principal de esta industria es Lancashire, donde tiene su origen; ella ha revolucionado poco a poco este condado, transformando un oscuro y feo pantano mal cultivado, en una región animada y laboriosa, con su población duplicada en ochenta años, y ha hecho crecer, como por encanto, ciudades gigantescas, como *Liverpool* y *Manchester*, con 700.000 habitantes, y entre ambas *Bolton* (60.000 habitantes), *Rochdale* (75.000 habitantes), *Preston* (60.000 habitantes), *Ashton* y *Stalybridge* (40.000 habitantes) y un número de otras pequeñas ciudades industriales. La historia de Lancashire del sur sabe de las más grandes maravillas de los tiempos modernos, y, sin embargo, nadie habla de ella; la industria del algodón ha hecho todas estas maravillas. Además, *Glasgow* forma un segundo centro para los distritos algodonereros de Escocia, de *Lanarkshire* y *Renfrewshire*,

¹⁰ Según el *Porte's Progress of the Nation*, Londres, 1836, I vol., 1838 II vol., 1843 III (de informes oficiales) y también de otras fuentes oficiales (1892). El anterior bosquejo histórico de la revolución industrial es inexacto en los detalles; pero no existe para 1843-44 ninguna fuente mejor.

y aun aquí la población de la ciudad central, desde la introducción de esta industria, ha aumentado de 30.000 a 300.000 habitantes. La tejeduría de *medias* de *Nottingham* y *Derby* recibió igualmente, por el bajísimo precio del hilado, un nuevo impulso y todavía otro por el mejoramiento del telar para medias, porque con un telar podían tejerse dos medias al mismo tiempo. La *fabricación de encajes* se tuvo después de 1777, año en que fue inventada la *máquina para encajes*, una de las ramas más importantes de la industria después, *Lindley* inventó la *máquina point-net* (a malla), y, en 1809, *Heathcote*, la *máquina bobbinnet* (a huso); con esto, la fabricación de encajes fue infinitamente simplificada y, a con secuencia del bajo precio, el consumo tuvo un fuerte ascenso, tanto, que de esta industria viven ahora no menos de 200.000 personas. Tiene su base principal en *Nottingham*, *Leicester* y en el occidente de Inglaterra (*Wiltshire*, *Devonshire*, etc.). Igual desarrollo han tenido las ramas de trabajo dependientes de la industria del algodón, lavado, teñido e impresión. El *blanqueado* por el empleo del cloro en la velocidad del lavado, la tintura y el *estampado* por el rápido desarrollo de la química, y el estampado por una serie de espléndidas invenciones mecánicas, tuvo todavía un desarrollo que llevó, con el aumento de las fábricas de algodón la consiguiente extensión de esta rama de negocios a un florecimiento antes nunca visto.

En la *elaboración de la lana* se desarrolló la misma actividad. Hasta entonces, había sido la rama principal de la industria inglesa, pero la masa de la producción de aquellos años es insignificante comparada con la actual. En el año 1782, toda la cosecha de lana de los tres años anteriores yacía todavía sin elaborar, por falta de trabajadores, y así hubiera quedado, si las nuevas máquinas descubiertas no hubieran venido en ayuda y no la hubieran hilado. La aplicación de estas máquinas al hilado de la lana se hizo con el mayor éxito. Comenzó en los distritos laneros el mismo desarrollo rápido que hemos visto en los distritos algodoneros. En 1738, en *West-Riding* (distrito), de *Yorkshire*, se hicieron 75.000 piezas de paño de lana; en 1817 se hicieron 490.000, y fue tan rápido el desarrollo de la industria de la lana, que en 183 se hicieron 450.000 piezas más que en 1825. En 1801 se trabajaron 101 millones de libras de lana (de los cuales 7 millones eran importados). El distrito principal de esta industria es *West-Riding* de *Yorkshire*, donde, especialmente en *Bradford*, la lana larga inglesa es trabajada para hilo de medias, etc., y en las otras ciudades, como *Leeds*, *Halifax*, *Huddersfield*, etc., la lana corta es usada para el hilado retorcido y para el tejido de los paños; después viene la parte limítrofe del *Lancashire*, el país de *Rochdale*, donde, junto a la elaboración del algodón, se fabrica gran cantidad de franela, y el *occidente de Inglaterra*, que elabora paños más finos. El aumento de la población es igualmente digno de anotarse:

	1801	1831
Bradford	29.000	77.000
Halifax	63.000	110.000
Huddersfield	15.000	34.000
Leeds	53.000	123.000
Todo West-Riding	564.000	980.000

Población que desde 1831 debe de haber aumentado, al menos, en un 20-25 por ciento. El hilado de la lana ocupaba, en 1835, y en las tres ramas, 71.300 obreros con 1.313 fábricas; los primeros con sólo una pequeña parte de la masa que directa o indirectamente vivía de la elaboración de la lana. Están completamente excluidos los tejedores.

El progreso de la *industria del lino* se desarrolló más tarde, porque la condición natural del material bruto hacía bastante difícil la introducción de la máquina de hilar. En

verdad, ya en los últimos años del siglo pasado se hicieron en Escocia tales experiencias; sin embargo, solamente en 1810 el francés Girard consiguió montar de modo práctico el *torno de hilar para el lino*, y las máquinas del mismo Girard, por los perfeccionamientos que tuvieron en Inglaterra y por su general aplicación en *Leeds, Dundee y Belfast*, obtuvieron en el suelo británico la importancia que les correspondía. Ahora, la *industria inglesa del lino* se agrandaba rápidamente. En 1814 fueron importadas en Dundee 3.000 toneladas de lino¹¹; en 1833, 17.000 toneladas de lino y 3.400 de cáñamo. La importación del lino irlandés en Gran Bretaña subió de 32 millones (1800) a 53 millones de *yards* (1825), de las cuales una gran parte fue exportada de nuevo; la exportación de tejido de lino inglés y escocés subió de 24 millones de *yards* (1820) a 51 millones (1833). Las hilanderías para el lino se elevaron en 1835 a 347, con 33.000 obreros; la mitad de las hilanderías estaba en Escocia del sur, 60 estaban en Westriding, Yorkshire (Leeds y contornos), 25 en Belfast, en Irlanda, y el resto en Rortshire y Lancashire.

Con igual éxito se dedicaron los ingleses a la elaboración de la seda. Recibían el material, ya hilado, de Sudáfrica y de Asia, y el trabajo principal era hacer la trama. Hasta 1824, la elevada tarifa de aduana sobre la seda en bruto (4 chelines por libra) constituía un obstáculo serio para la industria inglesa de la seda, y solamente el mercado de Inglaterra y sus colonias estaba, debido a las tarifas proteccionistas, a su disposición. Entonces se rebajó en un penique el impuesto de entrada, y de pronto aumentó sensiblemente el número de fábricas; en un año, el número de *doublirspindeln* subió de 780.000 a 1.118.000, y aunque la crisis comercial de 1825 paralizó por un tiempo esta rama de la industria, sin embargo, ya en 1827 se fabricó más que al comienzo. El talento mecánico y la práctica de los ingleses aseguraban a sus máquinas de hacer la trama la preponderancia sobre la insuficiente capacidad de sus competidores. En 1835, el imperio británico poseía 263 fábricas de hacer trama, con 30.000 obreros; la mayor parte de ellas estaban en Cheshire (Maclesfield, Congleton y sus contornos), Manchester y Somersetshire. Había, además, muchas fábricas para la elaboración de la seda del gusano de seda; con los restos se hacía un artículo especial (*spunsilk*) que los ingleses suministraban a las fábricas de tejidos de París y Lyon. El tejido de la seda hilada en trama se hacía especialmente en Escocia (Paisley, etc.) y Londres (Spitalfields); luego también en Manchester y otras partes. Pero el desarrollo gigantesco que la industria inglesa ha tomado desde 1760 no se limitó a la fabricación de telas para vestidos. Una vez dado el impulso, se extendió a todas las ramas de la actividad industrial y una serie de descubrimientos, en conexión con aquellas ramas ya mencionadas, tuvieron doble valor por ser contemporáneos del movimiento general. Pero pronto, como la inmensa importancia de la fuerza mecánica en las industrias se puso prácticamente de manifiesto, se buscó cualquier medio para utilizarla y explotarla en provecho de cada inventor y fabricante, y, además, todo lo concerniente a la maquinaria, al combustible y al trabajo, puso directamente en redoblada actividad a una masa de obreros y de industrias. La máquina a vapor dio, en primer lugar, importancia a los vastos *depósitos de carbón* de Inglaterra; de ahí nace la construcción de la máquina y con ello se derivó un interés renovado por las *minas de hierro*, que daban la materia prima para las máquinas; el mayor consumo de lana dio incremento a la cría de ovejas en Inglaterra, y la creciente exportación de la lana, del lino y de la seda ensanchó el comercio marítimo inglés. Ante todo, aumentó la *producción del hierro*. Las minas de hierro de Inglaterra habían sido, hasta entonces, poco explotadas; siempre se había fundido el mineral de hierro con los carbones vegetales, que por el mejor cultivo del suelo y por la destrucción de los bosques se habían vuelto cada vez más caros y escasos; en el siglo pasado, se comenzó a usar el

¹¹ La tonelada inglesa es una medida igual a 2.240 libras inglesas, cerca de 1.000 kilos.

carbón fósil sulfúreo (coque) y desde 1780 se descubrió un nuevo método para transformar el hierro fundido con el coque, que hasta entonces había ido usado solamente como hierro de fundición, en hierro que podía utilizarse como hierro batido. Este método, que consiste en la separación del carbono, el cual se mezcla en la fusión con el hierro, es llamado por los ingleses *puddling*, y mediante él se abrió un nuevo campo a la producción inglesa del hierro. Los altos hornos se hicieron cincuenta veces más grandes, se simplificó con fuelles a calor la fusión del metal y por este medio se podía producir el hierro más barato. Una cantidad de cosas que antes se hacían con leña y con piedra, se hicieron desde entonces con hierro. En 1788, Thomas Paine, el conocido demócrata, levantó en Yorkshire el primer puente de hierro, al cual siguieron muchos otros, de modo que ahora casi todos los puentes, especialmente los de ferrocarriles, se construyen en hierro fundido, y en Londres se construyó, por fin, con ese material, un puente sobre el Támesis, el Southwark, Bridge. Las columnas y el esqueleto de las máquinas, etc., son generalmente de hierro y desde que se introdujeron las vías férreas y la iluminación a gas, se abrieron nuevas fuentes de desahogo al tráfico inglés del hierro. En adelante, con las máquinas fueron fabricadas también agujas y clavos; *Huntsman*, de Sheffield, encontró en 1790 un método para fundir el acero y así fue posible un trabajo abundante y la confección de mercaderías completamente nuevas y a poco precio. Por la gran pureza del material, por su perfecto instrumental, por la nueva maquinaria y la minuciosa división del trabajo, la fabricación inglesa, principalmente en el ramo de los metales, asumió gran importancia. La población de *Birmingham* creció de 73.000 (1801) a 200.000 (1844) habitantes; la de Sheffield, de 46.000 (1801) a 110.000 (1844), y el consumo de carbón, sólo en esta última ciudad, se elevó, en 1836, a 515.000 toneladas.

En 1805 se exportaron 4.300 toneladas de materiales de hierro y 4.600 toneladas de hierro en bruto, y la producción completa de hierro, que en 1710 era de 17.000 toneladas, subió, en 1834, a cerca de 700.000 toneladas. La fusión del hierro en bruto consumió, anualmente, más de tres millones de toneladas de carbón; no se puede dar ninguna idea de la importancia que en el curso de los últimos sesenta años alcanzaron las *minas de carbón*. Todos los depósitos carboníferos ingleses y escoceses son ahora explotados, y sólo la mina de *Northumberland* y *Durham* ocupan, anualmente, más de 60 mil obreros. Según el *Durham Chronicle*, en los dos condados nombrados estaban en actividad:

En 1753	14 minas de carbón
En 1800	40 ídem
En 1836	76 ídem
En 1843	130 ídem

Además, ahora todas las minas son explotadas mucho más activamente que antes. Una actividad igualmente redoblada se empleó para la explotación de las *minas de estaño, cobre y plomo*, y junto al desarrollo de la *fabricación del vidrio* surgió un nuevo ramo de la industria, la *fabricación de vajilla*, que, por obra de *Josiah Wedgwood*, asumió importancia hacia 1763. Éste basó toda la fabricación de vajilla en principios científicos, introdujo un mejor gusto y fundó las *fábricas de vajillas* de *Nordstaffordshire*, un distrito de ocho millas cuadradas, que antes era un desierto árido y que ahora está cubierto de fábricas y casas y mantiene a más de 60.000 personas.

En esta vorágine general, todo fue arrastrado. La *agricultura* sufrió igualmente una revolución. Y no solamente, como hemos visto, la propiedad del suelo pasó a manos de otros propietarios y cultivadores, sino que la agricultura también sufrió la acción, de otro modo. Los grandes arrendatarios invirtieron el capital en el mejoramiento del suelo,

demolieron las separaciones inútiles, abonaron, usaron mejores instrumentos e introdujeron una sistemática variación de cultivos.

Se ayudó también al progreso de las ciencias; sir H. Dawy aplicó con éxito la química a la agricultura, y el desarrollo de la mecánica dio un gran número de ventajas. En consecuencia, al aumento de la población siguió el crecimiento de la demanda de productos, de manera que de 1760 a 1834, 684.540 acres de terreno desierto fueron desmontados, y pese a ello Inglaterra se transformó, de país exportador, en país importador de granos.

Igual actividad se nota en la aplicación de los *medios de transporte*. De 1818 a 1829 se trazaron en Inglaterra y en Gales 1.000 millas de carreteras de un ancho legal de 60 pies, y casi todas las viejas fueron renovadas, según los principios de Mac Adam.

En *Escocia*, el ministerio de trabajos públicos, desde 1803, abrió caminos en un total de 900 millas y tendió más de 1.000 puentes, por los cuales, en los Highlands, el pueblo fue llevado de golpe al contacto con la civilización. Los montañeses habían sido hasta entonces, en su mayor parte, cazadores clandestinos y contrabandistas: después se convirtieron en diligentes agricultores y obreros, y como fueron erigidas escuelas para la enseñanza del galés, rápidamente se difundieron las costumbres y la lengua galocéltica, ante el progreso de la civilización inglesa.

Otro tanto sucedió en *Irlanda*. Entre los condados de *Cork*, *Limerick* y *Kerry* existía una extensión de campo inculto, sin carreteras, que, por ser casi inaccesible, servía de refugio a todos los asesinos y constituía el baluarte principal de la nacionalidad célticoirlandesa en el sur de Irlanda. Se lo dividió en trochas de campaña y se abrió así el camino, aun en este país salvaje, a la civilización. Todo el imperio inglés, pero en particular Inglaterra, que poseía hace sesenta años calles tan malas como antaño Alemania y Francia, está cubierto ahora de una red de bellísimos caminos, y son, como en casi toda Inglaterra, la obra de la industria privada, porque el estado poco o nada ha hecho.

Antes de 1755, Inglaterra no tenía casi ningún *canal*. En 1755 fue abierto, en Lancashire, el canal que va de *Sankey Brook* a *St. Helens*; en 1659, *James Brindley* abrió el primer canal importante, el de Bridgewater, que va de Manchester y de las minas carboníferas de los lugares circunvecinos a la desembocadura del *Mersey*, y que, cerca de *Barton*, es conducido en un acueducto a través del río *Irwell*.

De esa época data la canalización inglesa, a la que dio valor Brindley por primera vez; fueron abiertos, en seguida, canales en todas direcciones, y muchos ríos se hicieron navegables.

Sólo en *Inglaterra* hay 2.200 millas de canales y 1.800 millas de ríos navegables; en *Escocia*, fue abierto el *canal de Caledonia*, que divide transversalmente al país, e igualmente en *Irlanda*, fueron excavados numerosos canales. También estos trabajos, como las vías férreas y los caminos, fueron, casi todos, obra privada y de compañías.

Las *vías férreas* han sido instaladas en época más reciente. La primera línea ferroviaria importante fue la de *Liverpool* a *Manchester* (inaugurada en 1830); desde entonces, todas las grandes ciudades se unieron unas con otras por vías férreas. Londres con Southampton, Brighton, Dover, Colchester, Cambridge, Exeter (por Bristol) y Birmingham; Birmingham con Gloucester, Liverpool, Lancaster (por Newton y Wigan y por Manchester y Boston), más tarde con Leeds (por Manchester, Halifax y por Leicester, Derby y Sheffield); Leeds con Hull y Newcastle (por York). Además, anotamos las pequeñas vías férreas que se empezaron a construir, y las líneas proyectadas, que en poco tiempo harán posible ir de Edimburgo a Londres en un día.

El vapor, que ya había revolucionado las comunicaciones por tierra, también daría un nuevo aspecto a las comunicaciones por agua. El primer buque a vapor se construyó en Hudson, en Norteamérica. El primero, en el imperio británico, fue construido en

Layde. Después se construyeron más de 600 en Inglaterra, y en 1836 había en actividad, en los puertos ingleses, más de 500.

Esta es, brevemente, la historia de la industria inglesa en los últimos sesenta años, una historia que no tiene igual en los anales de la humanidad. Sesenta, ochenta años atrás, Inglaterra era un país como todo los demás, con pequeñas ciudades, pocas y simples industrias y una magra pero proporcionalmente grande población agrícola; ahora es un país como ningún otro, con una capital de dos millones y medio de habitantes, con ciudades industriales inmensas, con una industria que provee a todo el mundo y que hace casi todo con máquinas complicadas, con una sagaz, inteligente y densa población, que en sus dos terceras partes entró en relación con la industria, y que está compuesta por una clase totalmente distinta, que forma una nación completamente nueva con otras costumbres y otras necesidades que las del pasado.

La revolución industrial tiene, para Inglaterra, el mismo significado que la revolución política para Francia y la revolución filosófica para Alemania, y el contraste entre la Inglaterra de 1760 y la de 1844 es tan grande como la Francia del *ancien régime* y la Francia de la revolución de julio. Pero el fruto más importante de esta revolución industrial es el proletariado inglés.

Hemos visto antes cómo el proletariado es requerido por el empleo de las máquinas. El rápido desarrollo de la industria reclamó brazos; el salario aumentó y, en consecuencia, cuadrillas de trabajadores emigraron de los distritos agrícolas a la ciudad. La población aumentó rápidamente y casi todo el crecimiento vino de la clase proletaria.

Más aún: desde el principio del siglo decimooctavo se había iniciado en Irlanda una condición de cosas regulada; también aquí creció la población, que, en los desórdenes iniciales, causados por la barbarie inglesa, había sido más que diezmada; pero, después del desarrollo de la industria, una cantidad de irlandeses comenzó a pasar a Inglaterra. Así surgieron las grandes ciudades industriales y comerciales del imperio británico, donde se encuentran, por lo menos, las tres cuartas partes de la población de clase trabajadora y donde la pequeña burguesía está compuesta especialmente de mercaderes y, en mucho menor número, de obreros. Al cobrar importancia la nueva industria, cambió los útiles de trabajo en máquinas, las oficinas en fábricas y, por lo tanto, la clase media trabajadora en clase proletaria y los grandes comerciantes en industriales; así como la clase media fue suplantada y la población se redujo a una lucha entre obreros y capitalistas, en sentido estricto, igual cosa ocurrió fuera del campo de las industrias, en los oficios y en el comercio.

Al lugar de los antiguos patronos y trabajadores pasaron grandes capitalistas y obreros, y estos últimos no tenían nunca la perspectiva de elevarse sobre su clase; los oficios fueron ejercidos como en las fábricas, la división del trabajo fue rigurosamente aplicada y los pequeños patronos, que no podían competir con los grandes, fueron empujados a la clase proletaria. Al mismo tiempo, con la supresión del artesanado, hasta entonces existente por la diferenciación de la pequeña burguesía, le fue quitada al obrero toda posibilidad de volverse él mismo burgués. Hasta entonces había tenido siempre la perspectiva de asentarse en cualquier lugar como patrón estable y tomar, a su vez, con el tiempo, otros trabajadores; pero ahora, cuando los mismos patronos eran arrojados por los fabricantes, cuando para el ejercicio independiente de un trabajo eran necesarios grandes capitales, el proletariado llega a constituir, por primera vez, una verdadera clase, una clase fija de la población, mientras que antes había sido, a menudo, solamente un tránsito hacia la burguesía. El que ahora nacía trabajador no tenía ninguna otra perspectiva que seguir siéndolo toda la vida. Por primera vez, el proletariado estuvo entonces en condición de moverse independientemente.

De este modo se tuvo la prodigiosa masa de obreros que llena actualmente todo el imperio británico, y cuyo estado social se impone cada día más a la atención del mundo civil.

La condición de la clase trabajadora, es decir, la condición de la inmensa mayoría del pueblo inglés, plantea el problema: ¿qué ocurrirá con estos millones de indigentes, que hoy consumen aquello que ayer han ganado, que con sus inversiones y su trabajo han hecho la grandeza de Inglaterra, que día a día van teniendo más conciencia de su fuerza y día a día exigen, con mayor insistencia, su parte en las ventajas de las instituciones sociales? Tal es el problema, que ha llegado a ser una cuestión nacional desde el *bill* de reformas. Todas las discusiones de cierta importancia, en el parlamento, se refieren a ella; y si todavía la clase media inglesa no lo quiere confesar, si procura igualmente evitar esta cuestión candente, y considera sus intereses particulares como los intereses reales de la nación, todo ello no le sirve de nada. En cada sesión parlamentaria la clase trabajadora gana terreno, los intereses de las clases medias pierden importancia, y si bien la clase media es, ciertamente, la fuerza principal, la única fuerza del parlamento, con todo, la última sesión de 1844 fue una continua discusión sobre la condición de los trabajadores (el *bill* de los pobres, el *bill* de las fábricas, el *bill* sobre las relaciones entre patronos y siervos) y Thomas Duncombe, el representante de la clase trabajadora en la misma cámara, fue el hombre de la sesión; mientras, la clase media liberal, con su moción sobre la supresión de las leyes sobre granos, y la clase media radical, con su propuesta sobre el rechazo de los impuestos, representaron una escena lastimosa. Las mismas discusiones sobre Irlanda fueron, en el fondo, sólo discusiones sobre las condiciones del proletariado irlandés y un medio de ayudarlo a levantarse. Pero hace ya mucho tiempo que la clase media inglesa hace concesiones a los trabajadores, que ya no piden, sino que amenazan y exigen. A pesar de todo, la clase media inglesa, y particularmente la industrial, que se enriquece directamente con la miseria de los trabajadores, nada saben de esta miseria. Ellos, que se sienten fuertes, que se sienten las clases que representan a la nación, se avergüenzan de exponer claramente la parte llagada ante los ojos del mundo; ellos no quieren confesar que los trabajadores son pobres porque las clases propietarias e industriales tienen la responsabilidad moral de esta miseria. De ahí el aire burlón que los ingleses instruidos (y solamente ellos, es decir los de la clase media, son conocidos en el continente) suelen asumir cuando se comienza a hablar de la situación de los trabajadores; de ahí la completa ignorancia de la clase media en todo lo que respecta a los trabajadores; de ahí los errores ridículos que esa clase media comete, dentro y fuera del parlamento, cuando las condiciones del proletariado entran en discusión; de ahí la ridícula despreocupación en que vive, con respecto al terreno que se está socavando bajo sus pies y que cualquier día puede hundirse, cuyo derrumbe es tan seguro como una ley de la mecánica o la matemática; de ahí lo sorprendente de que los ingleses no posean todavía un solo libro sobre la situación de los trabajadores, si bien desde hace ya quién sabe cuántos años estudian el asunto. Pero de ahí deriva, también, el profundo odio contra los ricos de toda la clase de trabajadora, de Glasgow a Londres; contra los ricos que los explotan sistemáticamente, dejándolos abandonados a su suerte; un odio que dentro de poco tiempo (se puede casi calcularlo- ha de estallar en una revolución, frente a la cual la Revolución Francesa y el año 1794 serán juegos de niños.

El proletariado industrial

El orden en que debemos considerar las diversas categorías del proletariado resulta de la precedente historia de su origen. Los primeros proletarios pertenecieron a la industria y fueron producto directo de ellas; los *trabajadores industriales*, aquellos que se ocupan de la elaboración de la materia prima, ocuparán en primer término, por tanto, nuestra atención.

La producción del material industrial, de las materias primas y combustibles adquirió importancia en seguida de la revolución industrial, e hizo surgir un nuevo proletariado: los *trabajadores de las minas de carbón y de las minas de metales*. En tercer lugar, la industria desplegó su acción sobre la agricultura, y, en cuarto lugar, sobre *Irlanda*; y conforme a ello, se debe asignar su puesto a las fracciones del proletariado que pertenecen a ella.

Encontraremos también, exceptuados quizá los irlandeses, que el grado de educación de los diversos trabajadores guarda relación, precisamente, con su conexión con la industria y que, por lo tanto, los trabajadores industriales en su mayoría los mineros ya menos y los agricultores casi nada, son conscientes de sus intereses. Volveremos a encontrar este mismo orden entre los trabajadores industriales, y veremos cómo los trabajadores de las fábricas, estos antiquísimos hijos de la revolución industrial, han sido, desde el principio hasta ahora, el alma del movimiento obrero, y cómo los restantes se unieron al movimiento en la medida en que su oficio era atacado por la revolución industrial; comprenderemos, por el ejemplo de Inglaterra, por la concordancia entre la marcha del movimiento obrero y la del movimiento industrial, la importancia histórica de la industria.

Pero, ya que todo el proletariado industrial está tan enlazado al movimiento y a la población de las diferentes categorías, precisamente porque siendo todos industriales tienen mucho de común, trataremos ante todo lo que les es común; más tarde, podremos observar más rigurosamente cada ramificación en sus particularidades.

Hemos observado ya cómo la industria centraliza la propiedad en manos de unos pocos. Ella exige grandes capitales, con los que levanta colosales establecimientos, arruina así a la pequeña burguesía artesana, y hace suyas las fuerzas de la naturaleza para la conquista de mercados y de obreros aislados. La división del trabajo, la utilización de la fuerza hidráulica y especialmente la del vapor y la mecánica, son las tres grandes palancas con que la industria, desde la mitad del siglo pasado, trabaja para desquiciar el mundo. La pequeña industria creó la clase media, la gran industria creó la clase trabajadora y llevó al trono a los pocos predestinados de la clase media, pero sólo para arruinarlos un día con tanta mayor certeza. Entretanto, sin embargo, es un hecho innegable, y fácilmente explicable, que la numerosa pequeña clase media del “buen tiempo antiguo” es destruida por la industria y disociada, de una parte, en ricos capitalistas, y de otra, en pobres trabajadores¹².

Pero la tendencia centralizadora de la industria no se limita a eso. La población se centraliza tanto como el capital; naturalmente, ya que, en la industria, el hombre, el

¹² Confrontar sobre esto mi *Esbozo de crítica de la economía política*, [en *Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional. – EIS*] en los *Anales Francoprusianos*. En esta memoria se trata la “libre concurrencia”; pero la industria es solamente la práctica de la “libre concurrencia” y ésta solamente el principio de la industria.

trabajador, es considerado solamente como una parte del capital, a la que el fabricante concede en compensación, por lo que le da de ganar, ciertos intereses bajo el nombre de salario. El gran establecimiento industrial requiere muchos obreros, los que trabajan juntos en un edificio; deben vivir juntos, forman ya una villa, aun cuando la fábrica es pequeña. Tienen necesidades, y para satisfacerlas es necesaria otra gente; obreros, sastres, zapateros, panaderos, albañiles, carpinteros, son admitidos, pues, en la aldea. Los habitantes de ella, especialmente la joven generación, se habitúan al trabajo de la fábrica, se familiarizan con él, y si la primera fábrica no puede ocuparlos a todos, el salario descende, en consecuencia, se establecen nuevas fábricas. Y así surge del pequeño villorrio, una pequeña ciudad y, de ésta, una grande. Cuanto más grandes son las ciudades, mayores son las ventajas de la colonización. Si tienen vías férreas, canales y caminos, la selección de obreros expertos se hace mayor; a causa de la competencia entre los obreros y las máquinas, que se tienen fácilmente a mano, los nuevos establecimientos de fábrica pueden producir más barato que una región lejana, donde la leña para construcciones, las máquinas, los trabajadores, los obreros de la fábrica, deben ser primero transportados; se tiene un mercado, una bolsa, a la cual afluyen los compradores; se está en unión directa con los mercados que dan la materia prima o aceptan las mercaderías elaboradas. De ahí el maravilloso desenvolvimiento de las ciudades industriales. Es cierto que el campo tiene la ventaja de que allí el salario es más barato; el campo y la ciudad industrial permanecen así en continua competencia, y si hoy la ventaja está de parte de la ciudad, mañana el salario se rebaja, de modo que nuevos establecimientos se ubican en el campo más ventajosamente. Pero la tendencia centralizadora de la industria queda, sin embargo, con plena fuerza, y cada nueva fábrica que se establece en la campaña lleva en sí el germen de una nueva ciudad. Si este excesivo movimiento de la industria prosiguiera todavía durante un siglo, podría suceder que cada uno de los distritos industriales de Inglaterra se transformase en una sola ciudad industrial, y Manchester y Liverpool se encontrarán cerca de Warrington o Newton. También en el comercio se realiza esta centralización de la población, y enteramente del mismo modo; por esto un par de puertos como Liverpool, Bristol, Hull y Londres monopolizan casi todo el comercio marítimo del imperio británico. En estas grandes ciudades la industria y el comercio alcanzan su más completo desenvolvimiento y allí también sus consecuencias, con respecto al proletariado, se muestran de la manera más clara y abierta. La centralización de la propiedad ha llegado al punto más alto; aquí han desaparecido completamente las costumbres y las condiciones del buen tiempo antiguo; aquí se ha ido ya bastante lejos como para no poder pensar más que en el nombre de *Old merry England*¹³, porque la *Old England* ya no se conoce más, ni siquiera a través de los recuerdos y relatos de los abuelos. Aquí hay solamente una clase rica y una pobre, porque la pequeña burguesía desaparece día a día. Esta, que fuera antaño la clase más estable, se ha vuelto ahora la más movable; consiste solamente en unas pocas ruinas de un tiempo pasado y en un número de personas que quieren convertirse en una fuerza, completos caballeros de industria y especuladores, de los cuales uno llega a rico mientras noventa y nueve quiebran, y de estos noventa y nueve, más de la mitad viven sólo de las bancarrotas. Pero la inmensa mayoría de esas ciudades está formada por proletarios, y ahora examinaremos cómo viven y qué influencia ejerce sobre ellos la gran ciudad.

¹³ Vieja, alegre Inglaterra.

Las grandes ciudades

Una ciudad como Londres, en la que se puede caminar horas enteras sin llegar al principio del fin, sin encontrar el más mínimo signo que anuncie la vecindad del campo, constituye algo totalmente particular. Esta colosal centralización, esta reunión de tres millones y medio de hombres en *un solo* punto, ha centuplicado su fuerza, ha elevado a Londres a la categoría de capital comercial del mundo, ha creado los gigantescos docks, ha reunido miles de naves que siempre cubren el Támesis. No conozco nada más imponente que el aspecto que ofrece el Támesis. Cuando se lo recorre desde el mar al *London Bridge* (Puente de Londres) la masas de las casas, los astilleros a ambos lados, en particular desde Wolwich en adelante, las innumerables naves, a lo largo de las dos riberas, que se hacen más numerosas a medida que se avanza, y que, al final, dejan libre solamente una pequeña vía en medio del río, una vía por la que pasan centenares de vapores, todo esto es tan magnífico y gigantesco que no puede uno darse idea sino viéndolo, y nos hace admirar la grandeza de Inglaterra, aún antes de haber puesto los pies en su suelo¹⁴.

Pero las víctimas que todo esto ha costado se descubren sólo más tarde. Si se camina un par de días a lo largo de las calles principales, abriéndose paso, a duras penas, entre la multitud y la serie infinita de coches y carrozas, si se visitan las partes peores de la ciudad mundial, entonces solamente se nota que estos londinenses deben sacrificar la mejor parte de su humanidad para alcanzar todas las maravillas de la civilización, en las que abunda la ciudad; que mil fuerzas latentes han debido quedar irrealizadas y oprimidas, a fin de que algunas pocas se desarrollaran plenamente y pudieran multiplicarse mediante la unión con otras. El tumulto de las calles tiene ya algo de desagradable, algo contra lo cual nuestra naturaleza se rebela. Estos centenares de miles de individuos de todas las clases y de todas las condiciones, urgiéndose los unos a los otros, ¿no son *todos* hombres de la misma calidad y capacidad y con el mismo interés en ser felices? ¿Y no deben *todos* fatigarse para obtener al fin la felicidad, con los mismos medios y por el mismo camino? Sin embargo, avanzan juntos como si no tuvieran nada de común, nada que hacer uno con otro, y el único acuerdo entre ellos, tácito acuerdo, es conservar su derecha en el tránsito para que las dos corrientes de la multitud no se estorben el paso recíprocamente; sin que ninguno se digne lanzar una mirada al otro. La brutal indiferencia, el duro aislamiento de cada individuo en sus intereses privados, aparecen tanto más desagradables y chocantes cuanto más juntos están estos individuos en un pequeño espacio, y aun sabiendo que el aislamiento de cada uno, ese sórdido egoísmo, es, por todas partes, el principio básico de nuestra sociedad actual, en ningún lugar aparece tan vergonzosamente al descubierto, tan consciente, como aquí, entre la multitud de las grandes ciudades. El desdoblamiento de la sociedad en mónadas, de las cuales cada una tiene un principio de vida aparte y un fin especial, el mundo de los átomos, es llevado aquí a sus últimos extremos.

De ahí proviene también que la guerra social, la guerra de todos contra todos esté aquí abiertamente declarada. Como el individualista Stirner, las personas se consideran recíprocamente como sujetos de uso, cada uno explota al otro, y ocurre que los más fuertes

¹⁴ (1892). Esto sucedió hace cincuenta años, en época de los pintorescos navíos a vela; el que ahora llega a Londres, a sus docks, ve el Támesis cubierto de sucios vapores.

aplantan al más débil y que los pocos poderosos, es decir, los capitalistas, atraen *todo* para sí mientras a los más numerosos, los humildes, les queda apenas para vivir.

Y lo que vale para Londres vale también para Manchester, Birmingham y Leeds, vale para todas las grandes ciudades. Por todos lados bárbara indiferencia, duro egoísmo por un lado, y miseria sin nombre del otro; en todas partes, guerra social, la casa de cada uno en estado de sitio, por todas partes, saqueo recíproco bajo la protección de las leyes, y todo esto, tan impunemente, tan manifiestamente, que uno se espanta ante las consecuencias de nuestro estado social, tal como aparece aquí en forma descubierta y se maravilla sólo de que continúe todavía esta vida de locura.

Como en esta guerra social, el capital, la posesión directa o indirecta de los medios de subsistencia, son el arma con que se lucha, es evidente que todas las desventajas de tal situación recaen sobre el pobre. Nadie se ocupa de él; lanzado al confuso torbellino, debe abrirse camino como pueda. Si es tan afortunado que encuentra trabajo, es decir, si la burguesía le hace el favor de permitirle enriquecerla, recibirá un salario que le permitirá apenas tener el alma unida al cuerpo; si no encuentra trabajo, puede robar, si no teme a la policía, o sufrir hambre, y todavía en este caso la policía cuidará de que, muriendo de inanición, no estorbe demasiado a la burguesía. Durante mi estada en Inglaterra, de veinte a treinta personas han muerto precisamente de hambre, en las circunstancias más indignantes, y a la vista de los cadáveres, raramente se encontró un juez que tuviese el coraje de comprobarlo en forma clara. Los testimonios podían ser bien decisivos, pero la burguesía, entre la cual se escogía el juez, encontraba una escapatoria para poder rehuir el terrible veredicto “muerto de hambre”. En tales casos, la burguesía no *debe* decir la verdad; sería pronunciar su propia condena. Además, muchos mueren de hambre indirectamente (muchos más directamente) porque la falta de medios suficientes de subsistencia produce enfermedades mortales, porque dicha privación produce en aquellos que son víctimas de ella un debilitamiento tal del cuerpo, que enfermedades que para otros serían ligeras se hacen para ellos gravísimas y mortales. Los obreros ingleses llaman a eso un homicidio social, y acusan a la sociedad entera de cometer el delito. ¿Están equivocados?

Además, si sólo algunos caen víctimas del hambre, ¿qué garantías tiene el obrero de no caer mañana? ¿Quién les asegura su situación? ¿Si es despedido por sus patrones, con motivo o sin él, qué le garantiza que podrá resistir con los suyos hasta que haya encontrado otra ocupación que le dé el pan? ¿Quién garantiza al obrero que la buena voluntad en el trabajo, la honestidad, la inteligencia, la economía y todas las otras virtudes que le son recomendadas por los prudentes burgueses lo conducirán verdaderamente por el camino de la felicidad? Nadie. Sabe que hoy tiene alguna cosa, pero que no depende de su voluntad el tener algo mañana; sabe que cada soplo, cada capricho del que le da trabajo, cada mala operación comercial, puede volverlo a arrojar a la lucha salvaje, de la que se ha salvado temporariamente y de la que, con frecuencia, le es difícil, si no imposible, salir victorioso.

Pasamos ahora a hacer un examen particularizado de las condiciones a que el conflicto social arroja a la clase desheredada. Analicemos cuál es el salario que, en realidad, suministra la sociedad al obrero por su trabajo, en habitación, vestido y alimentos, y qué asistencia garantiza a los que cooperan en mayor proporción a su subsistencia. Examinemos, ante todo, la habitación.

Toda gran ciudad tiene uno o más “barrios feos” en los cuales se amontona la clase trabajadora. A menudo, a decir verdad, la miseria habita en callejuelas escondidas, junto a los palacios de los ricos; pero, en general, tiene su barrio aparte, donde, desterrada de los ojos de la gente feliz, tiene que arreglárselas como pueda.

En Inglaterra estos “barrios feos” están más o menos dispuestos del mismo modo en todas las ciudades; las casas peores están en la peor localidad del lugar; por lo general, son de uno o dos pisos, en largas filas, posiblemente con los sótanos habitados, e instalados irregularmente por doquier. Estas casitas, de tres o cuatro piezas y una cocina, llamadas *cottages*, son en Inglaterra, y con excepción de una parte de Londres, la forma general de la habitación de toda la clase obrera. En general, las calles están sin empedrar, son desiguales, sucias, llenas de restos de animales y vegetales sin canales de desagüe y, por eso, siempre llenas de fétidos cenagales. Además, la ventilación se hace difícil por el defectuoso y embrollado plan de construcción, y dado que muchos individuos viven en un pequeño espacio, puede fácilmente imaginarse qué atmósfera envuelve a estos barrios obreros. Por último, cuando hace buen tiempo, se extiende la ropa a secar sobre cuerdas tendidas de una casa a otra, perpendicularmente a la calle.

Examinemos algunos de estos barrios. Primero hablemos de *Londres*¹⁵ y del célebre barrio *Ravenrookery* (o sea, lugar habitado por cornejas), *St. Giles*, que por fin ahora está dividido por dos anchas calles, y que debe ser destruido. Este barrio está situado en medio de las partes más pobladas de la ciudad, circundado por calles anchas y espléndidas, en las cuales pasea el gran mundo de Londres; muy cercano a Oxford Street y Regent Street, Trafalgar Street y el Strand. Es un amontonamiento desordenado de casas altas, de tres o cuatro pisos, con calles estrechas y sucias, curvas, en las cuales el movimiento es tan grande como en las principales calles de la ciudad, con la única diferencia que en *St. Giles* se ven sólo personas de la clase obrera. En las calles está el mercado; cestos de verdura y fruta, naturalmente todas de mala calidad, apenas aprovechables, restringen aún más el paso, y de ellas, como de los puestos de los vendedores de carne, emana un olor horrible. Las casas están habitadas desde el sótano hasta el desván, sucias por fuera y por dentro, hasta el punto de que por su aspecto parecería imposible que los hombres pudieran habitarlas. Y todavía esto no es nada, frente a las habitaciones que se ven en los patios estrechos, y en las callejuelas dentro de las calles, a las que se llega por pasajes cubiertos, entre las casas, y en las que la suciedad y el estado ruinoso de las fábricas supera toda descripción; no se ve casi ningún vidrio en las ventanas, las paredes están rotas, las puertas y las vidrieras destrozadas y arrancadas, las puertas exteriores sostenidas por viejos herrajes o faltan del todo; aquí, en este barrio de ladrones, las puertas no son de ningún modo necesarias, al no haber nada para robar. Montones de suciedad y de ceniza se encuentran a cada paso, y todos los desechos líquidos echados en las puertas se acumulan en fétidas cloacas. Aquí habitan los pobres entre los pobres; los trabajadores peor pagados, con los ladrones; los explotadores y las víctimas de la prostitución, ligados entre sí; en su mayor parte son irlandeses o descendientes de irlandeses, que todavía no se han sumergido en la vorágine de la corrupción moral que los rodea, pero que cada día descienden más bajo y pierden la fuerza de resistir a la influencia desmoralizadora de la miseria, de la suciedad y de los compañeros disolutos.

Pero *St. Giles* no es el único “barrio feo” de Londres. Entre la enorme cantidad de calles se encuentran centenares y millares de callejas y callejuelas, con casas que son demasiado indecentes para aquellos que todavía pueden gastar algo por una habitación humana; a menudo, junto a las espléndidas casas de los ricos, se encuentran estos escondrijos de la mayor miseria. Hace poco tiempo, en ocasión de inspeccionarse un cadáver, una localidad muy cercana a Portman Square, una plaza pública decentísima, fue

¹⁵ Después de haber escrito la descripción que sigue, vi sobre los distritos obreros, en Londres, un artículo en el *Illuminated Magazine* (octubre de 1844), que en muchos puntos es casi literalmente semejante a mi descripción y que concuerda con el resto completamente. Se titula *The Dwelling of the Poor, from the notebook of an M. Dr.* (médico).

designada como “la residencia de una cantidad de irlandeses desmoralizados por la suciedad y la miseria”. Así, en avenidas como Long-Acre, etc., que, si no son de las más elegantes, son todavía de las más decentes, se encuentran, en gran número, sótanos habitados, de los que salen a la luz del día figuras enfermizas de niños y mujeres, medio hambrientos y andrajosos. En la proximidad del Drury-Lane Theater (el segundo de Londres) se encuentran algunas de las peores calles de toda la ciudad. *Charles King y Parker Streets*, con casas habitadas desde el sótano al desván, por las familias más pobres. En la parroquia de St. John y *St. Margaret* en Westminster vivían, en 1840, según el *Diario* de la Sociedad de Estadística, 5.466 familias de obreros en 5.294 habitaciones, si es que merecen tal nombre. Hombres, mujeres y niños, todos juntos, sin miramientos por la edad y el sexo, 26.830 individuos; y tres cuartas partes del número de familias citado poseía solamente una pieza. En la aristocrática parroquia de St. George, Hanover-Square, vivían, siempre según el citado diario, 1.465 familias, en total 6.000 personas, en iguales condiciones; también aquí las dos terceras partes del número total de familias estaban comprimidas en una sola pieza. ¡Y cómo la miseria de estos infelices, entre los cuales ni los ladrones esperan encontrar algo, es explotada legalmente por la clase poseedora! Por las horribles habitaciones mencionadas arriba, vecinas a Drury-Lane se pagan los siguientes alquileres, por semana: dos locales en el sótano, tres chelines (un thaler); una cámara de la planta baja, cuatro chelines; una pieza en el primer piso, cuatro chelines y medio; en el segundo piso, cuatro chelines; en el desván, tres chelines; de modo que solamente los hambrientos habitantes de Charlestreet pagan a los propietarios de casas un tributo anual de dos mil libras esterlinas (catorce mil thalers) y las ya citadas 5.366 familias de Westminster pagan un alquiler anual de 40.000 esterlinas (270.000 thalers).

El mayor barrio obrero está al este de la Torre, en *White-chapel* y *Bethnal-Green*, donde está concentrada la masa principal de los trabajadores de Londres. He aquí lo que dice J. Alston, predicador de San Felipe, en Bethnal-Green, sobre el estado de la parroquia: “Ella encierra 1.400 casas, habitadas por 2.795 familias, o cerca de 12.000 personas. El espacio habitado por esta gran población es menor de 400 *yards* (1.200 pies) cuadradas, y con tal aglomeración nada más común que un hombre, su mujer y cuatro o cinco hijos, y todavía también el padre y la madre, habiten una misma pieza de diez a doce pies cuadrados, donde trabajan, comen y duermen. Creo que, antes que el obispo de Londres reclamase la atención pública sobre esta pobrísima parroquia, en el oeste de la ciudad se sabía tanto de esto como de la bárbara Australia o de las islas del Pacífico. Y si nosotros, observando personalmente, nos damos cuenta exacta de los sufrimientos de estos infelices, si observamos su pobre alimento y los vemos curvados bajo el peso de las enfermedades y de la falta de trabajo, encontraremos tal cantidad de miseria y de privaciones que una nación como la nuestra debería avergonzarse de su existencia. He sido párroco de Huddersfield durante tres años, cuando las fábricas andaban mal, pero no he visto jamás allí un abandono tan completo de los pobres como en Bethnal-Green. Ni un padre de familia, entre diez, tiene otro traje que el de trabajo, como no sean guñapos; algunos tienen, para cubrirse, nada más que dichas vestimentas y, por lecho, una bolsa de paja o viruta”.

Ya de esta descripción puede percibirse cómo son tales habitaciones obreras. Pero, sobre todo, sigamos a los funcionarios ingleses que a cada paso llegan a esas casas proletarias.

En ocasión de la inspección realizada por el señor Carter, *coroner* del condado de Surrey, junto al cadáver de Ann Galway, el 14 de noviembre de 1843, los diarios expusieron lo que sigue, relativo a la habitación de la muerta: “Había habitado con el marido y un hijo de diecinueve años en una pequeña pieza del número 3 en White-Lion-Court, Bermondsey-Street, Londres, donde no se encontraron lechos, ni nada parecido a

un lecho, ni otros muebles. Yacía muerta junto al hijo, sobre un montón de plumas esparcidas sobre su cuerpo casi desnudo, ya que no había mantas ni sábanas. Las plumas se adherían tan tenazmente a todo su cuerpo que el médico no pudo examinar el cadáver sino después que fue limpiado, y entonces lo encontró completamente desnutrido, y en algunas partes con picaduras de insectos nocivos. Una parte del suelo estaba rota y el agujero era utilizado por la familia para salir”.

“El lunes 15 de enero de 1844 fueron llevados al tribunal de policía de Worship-Street, Londres, dos muchachos que, hambrientos, habían robado en una bodega una pata de vaca medio cocida y se la habían comido en seguida. El juez hizo hacer investigaciones ulteriores, recibiendo de la policía la siguiente información: La madre de estos muchachos era viuda de un soldado, más tarde hombre de la policía; después de la muerte del marido quedó con nueve hijos y los negocios le fueron muy mal. Vivía en Pool’s Place, N° 2, Quaker Street, Spitalfields, en la mayor miseria. Cuando el agente de policía llegó a la casa encontró a la viuda con seis de sus hijos literalmente amontonados en una pieza interna, sin muebles, exceptuando dos viejas sillas de junco, desfondadas, una mesita con las patas rotas, una taza, también rota, y un platito. En la chimenea, apenas un poco de fuego, y en un rincón, un montón de andrajos, lo que podría llevar una señora en su delantal, que servían como lecho a la familia entera. Por cobertura no tenían nada más que sus miserables vestidos. La pobre señora contó al agente de policía que había tenido que vender la cama el año anterior, para comprar alimentos; había dado las sábanas a un comerciante de comestibles, como prenda por algunos alimentos, y había vendido, en general, todas las cosas para comprar pan. El juez dio a la mujer una suma considerable del fondo de los pobres”.

“En febrero de 1844 fue recomendada a la protección del juez de policía de Warlborough-Street una viuda de sesenta años, Teresa Bishop, con su hija enferma, de veintiséis años. Habitaban en Brown Street número 5, Grosvenor-Square, en una piecita interior, no más grande que un armario, y sin un mueble. En un ángulo había algunos andrajos, sobre los que dormían ambas mujeres: una caja servía de mesa y de silla. La madre ganaba algo limpiando piezas; vivían en este estado desde mayo de 1843, como hubo de declarar el patrón, vendiendo o empeñando, poco a poco, todas las cosas que les quedaban, y todavía sin pagar el alquiler. El juez les dio una esterlina del fondo de los pobres”.

No quiero, ciertamente, sostener que *todos* los trabajadores londinenses vivan en tal miseria, como las tres familias citadas; sé bien que, por uno tan golpeado por la sociedad, hay diez que viven mejor; pero sostengo que miles de familias, honestas y diligentes, mucho más honorables y decentes que todos los ricos de Londres, se encuentran en esta situación indigna de hombres, y que cualquier proletario, sin excepción, sin que sea su culpa, y a pesar de todas las privaciones, puede ser golpeado en igual forma. A pesar de todo, aquellos que todavía tienen un techo de cualquier especie resultan afortunados si se los compara con los que no lo tienen. En Londres, cada mañana se levantan cincuenta mil personas que no saben dónde podrán reposar la noche siguiente. Los felices, entre ellos, que logran ahora un *penny* o dos, irán a uno de los llamados albergues (*lodginghouse*) numerosísimos en todas las grandes ciudades, donde encontrarán con su dinero un asilo. Pero ¡qué asilo! La casa está repleta de camas, de arriba abajo: cuatro, seis lechos en una pieza, tantos como puedan entrar. En cada lecho se ubican cuatro, cinco, seis personas a la par, cuantas puedan caber enfermos y sanos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, borrachos y hambrientos, todos amontonados, como vengas. Hay discusiones, riñas, heridas; y si los compañeros de lecho están de acuerdo, es todavía peor: se combinan robos, o se hacen cosas que nuestra lengua humana no puede reproducir con palabras. ¿Y los que no pueden pagarse tal alojamiento? Duermen donde

encuentran lugar: en los pasajes, bajo arcadas, en un rincón cualquiera donde los propietarios y la policía los dejen dormir en paz; algunos se van a las casas abiertas, aquí y allá, por la beneficencia privada; otros duermen en los bancos de los parques, bajo las ventanas de la reina Victoria.

Leamos lo que dice el *Times* de octubre de 1843:

“De nuestras informaciones de policía de ayer, resulta que un promedio de cincuenta seres humanos duermen cada noche en los parques, sin otra protección contra la intemperie que los árboles y alguna cavidad en los diques. En su mayor parte son muchachas seducidas por los soldados, llevadas a la capital y arrojadas al mundo en el abandono de la miseria, en una ciudad desconocida, en el salvaje abandono del vicio precozmente maduro. “Esta es la terrible verdad. Pobres se encontrarán por todas partes. El vicio hallará por todos lados su camino y descenderá con toda su abominación al corazón de la grande y feliz ciudad. En los miles de callejas y callejuelas de una populosa metrópoli habrá siempre, lo tememos, muchos sufrimientos, muchas cosas que ofenden la vista, muchas que no ven jamás la luz del día. “Pero que en los lugares donde se albergan la riqueza, la alegría y el esplendor, que cerca de la gran mole del palacio real de St. James, cerca del espléndido palacio Bayswater, donde se encuentran los antiguos y los nuevos barrios aristocráticos, donde se ostenta el más cuidadoso refinamiento del moderno arte de construir las ciudades, se levante también la mísera cabaña para la pobreza; que en un lugar que parecía consagrado al exclusivo placer de los ricos, se alberguen la miseria y el hambre, las enfermedades y el vicio, con todos los horrores que de ellos se derivan, consumándose en los cuerpos y en las almas, esto constituye, en realidad, un orden de cosas monstruoso.

“¡Los más grandes goces que pueden reportar la salud del cuerpo, los estímulos espirituales, los más inocentes placeres de los sentidos, en contacto inmediato con la más negra miseria! ¡La riqueza riendo en sus espléndidos salones, con brutal indiferencia por los desconocidos dolores de la indigencia! ¡Alegría que, inconsciente pero cruelmente, hace escarnio del dolor que allá abajo gime! Lucha de contrastes y antítesis, no sólo el vicio que induce en tentación, sino también el vicio que se deja seducir ... Que todos los hombres piensen que, en los más bellos lugares de la más rica ciudad de la tierra, por las noches, en invierno, se encuentran mujeres jóvenes en años, envejecidas en el pecado y los sufrimientos, arrojadas de la sociedad, presas fáciles del hambre, la suciedad y las enfermedades. Puedan ellos aprender, no a teorizar, sino a actuar. ¡Dios sabe si hay mucho que hacer hoy!”

He hablado más arriba de las casas para albergue de los sin techo. Podemos probar, con dos ejemplos, cuán excesivo es el número de los que está en tal condición. El Refuge of the Houseless, abierto recientemente en Upper Ogle Street, que puede albergar cada noche trescientas personas, dio refugio desde su apertura, el 27 de enero, hasta el 17 de marzo de 1844, a 2.740 personas, término medio por noche; y como la estación fuera desfavorable, el número de los que buscaban albergue en este asilo, como en los de White Cross Street y Wapping, fue mucho mayor, y cada noche, por falta de espacio, se debían rechazar muchísimos de los sin techo. En otro, el asilo central de Playhouse Yard, en los primeros tres meses del año 1844, se dio albergue a 460 personas por media noche, en total, 6.681 personas, y se distribuyeron 96.141 raciones de pan. No obstante esto, el comité directivo declara que también este asilo era apenas suficiente para albergar a todos los necesitados, aun cuando el asilo del este de la ciudad hubiera estado abierto a los sin techo.

Dejemos Londres, para ocuparnos ordenadamente de las otras grandes ciudades de los tres reinos. Veamos primeramente a *Dublín*, una ciudad que ofrece, desde el lado del mar, un aspecto tan atrayente como imponente es el de Londres; la bahía de Dublín

es la más bella de todas las del reino, y es comparada, por los irlandeses, a la de Nápoles. La ciudad misma encierra muchas bellezas, y los barrios aristocráticos están mejor dispuestos y con más gusto que los de cualquier otra ciudad inglesa. Por contraste, los barrios más pobres de Dublín son los más feos y repugnantes del mundo. Por otra parte, no es del todo ajeno a este estado de cosas el propio pueblo irlandés, que, en ciertos casos, se siente bien en medio de la suciedad; pero como quiera que en toda gran ciudad de Escocia y de Inglaterra encontramos millares de irlandeses y que toda población pobre debe caer siempre en la misma porquería, no es la miseria de Dublín nada de especial, nada de particularmente propio a esta ciudad irlandesa, sino algo común a todas las ciudades del mundo. Los distritos pobres de Dublín son extensísimos, y la suciedad, la inhabilitación y el abandono de las casas superan toda imaginación. De cómo están hacinados los pobres, se puede tener una idea cuando se sabe que, en el año 1817, y según el informe de los inspectores de las casas de trabajo¹⁶, en Barral-Street, 1.318 personas vivían en 52 casas con 390 piezas, y en Church-Street y alrededores, en 71 casas con 393 piezas, se alojaban 1.997 personas; que “en éste y en el barrio vecino, existe una cantidad de callejas y callejuelas hediondas (*foul*), que muchos sótanos reciben luz solamente por la puerta y que en muchos de ellos los inquilinos duermen sobre la tierra desnuda, bien que la mayor parte posee al menos un lugar para el lecho, pero que, por ejemplo, en la Nicholson’s Court, se encuentran 151 personas en 28 pequeñas y miserables piezas, en la mayor miseria, de modo que en todo el barrio fabril había solamente dos camas y, dos mantas”.

La miseria es tan grande en Dublín, que un solo instituto de beneficencia, la *Mendicity Association*, recoge cada día a 2.500 personas, esto es, el uno por ciento de la población, a las cuales atiende únicamente de día, suministrándole el alimento.

Las mismas cosas nos cuenta el Dr. Alisan en lo referente a *Edimburgo*, ciudad cuya magnífica ubicación le ha valido el nombre de Atenas, y cuyo barrio aristocrático, en la parte nueva de la ciudad, contrasta de modo estridente con la enorme miseria del barrio pobre, en la ciudad vieja. Alisan sostiene que esta parte de la ciudad es sucia y tan fea como los peores barrios de Dublín y que la *Mendicity Association* tendría que socorrer en Edimburgo a un número de gente necesitada, proporcionalmente igual al de la capital irlandesa; agrega que los pobres, en Escocia, y particularmente en Edimburgo y Glasgow, están en peores condiciones que los de cualquier otra parte del imperio británico, y que los más miserables no son los irlandeses, sino los escoceses. El doctor Lee, pastor de la vieja iglesia de Edimburgo, declaró, en el año 1836, ante la Commission of Religions Instruction: “Que no había visto nunca, antes, una miseria como la de su parroquia. La gente no tiene muebles, les falta todo, a menudo habitan dos parejas de esposos en la misma pieza. Un día visitó siete casas en las que no encontró ninguna cama, en algunas ni siquiera paja; personas de ochenta años dormían sobre una armazón de madera, casi todas permanecían vestidas durante la noche. En un sótano había encontrado dos familias de campesinos escoceses: dos de los hijos habían muerto poco después de haber llegado a la ciudad, el tercero estaba moribundo en el momento en que los visitó; para cada familia había sobre el pavimento un montoncito de paja sucia; además, el sótano (donde no era posible reconocer a una persona en pleno día) también daba albergue a un asno. El ver tanta miseria, en un país como Escocia, haría sangrar a un corazón de piedra”. Datos semejantes aporta el Dr. Hennen, en el *Edinburgh Medical and Surgical Journal*. Por un

¹⁶ Citado en Dr. W. P. Ahson, F. R. S. E. Fellow and Late President of the Royal Collegc of Physicians ecc. *Observations on the Mangement of the poor in Scotland and its effects on the Health of Great Towns*. Edimburgo, 1840. El autor es un religioso tory y hermano del historiador Arch. Alison.

informe parlamentario¹⁷ sabemos qué inmundicia reina en las casas de los pobres, en Edimburgo, cosa naturalísima, por lo demás, en tales circunstancias. Sobre los barrotes de las camas, las gallináceas encuentran su refugio por la noche; perros y hasta caballos duermen con los hombres en las *mismas* piezas, y una consecuencia natural es la presencia, en estas habitaciones, de ejércitos de animales parásitos y de una horrible suciedad y hedor. La forma en que está construida Edimburgo favorece todo lo posible este horrible estado de cosas. La ciudad vieja está edificada sobre los dos lados de una colina, sobre cuya loma corre la calle alta (*High street*). De ésta se desparraman a ambos lados, bajando de la colina, cantidad de sendas estrechas y curvas, llamadas, por lo tortuosas, *wynds*, y ellas forman el barrio proletario.

Las casas de las ciudades escocesas tienen, generalmente, cinco o seis pisos (como en París y contrariamente a las ciudades inglesas, donde, en lo posible, cada uno tiene su casa aparte) y cada una está habitada por un gran número de familias; la aglomeración de muchos individuos en una pequeña superficie es, por esta causa, mayor. “Estas calles (dice un diario inglés, en un artículo sobre las condiciones sanitarias de los trabajadores en las ciudades¹⁸), estas calles son tan estrechas, que desde la ventana de una casa se puede entrar en la casa de enfrente, y las casas son altas como torres, de modo que la luz apenas puede penetrar en los patios y las calles. En estos lugares de la ciudad no existen cloacas, ni hay en las casas cañerías o retretes, y, por lo tanto, cada noche, todas las inmundicias, los residuos y excrementos de, por lo menos, 50.000 personas, son arrojados a los albañales, de modo que, a pesar del barrido de las calles, se produce una capa de suciedad estancada y un olor nauseabundo. Y con esto, no solamente se ofende la vista y el olfato, sino que además está dañada, en alto grado, la salud de los habitantes. ¿No es de maravillarse que en tales condiciones estén completamente postergadas todas las normas de salud, la moral y aún de la más elemental conveniencia? Por el contrario, todos los que conocen de cerca las condiciones de los habitantes, pueden testimoniar el alto grado alcanzado por la miseria, las enfermedades y la inmoralidad.

La sociedad ha caído, en estos lugares, en un estado de miseria indescriptible. Las habitaciones de las clases más pobres son, en general, muy sucias, y evidentemente no han sido nunca limpiadas; constan, en la mayoría de los casos, de una sola pieza, que por la pésima ventilación y a causa de las ventanas rotas e inadecuadas, es fría, muchas veces húmeda y se encuentra en parte bajo tierra, siempre mal amueblada y, por lo tanto, inhabitable. A menudo, un montón de paja sirve de lecho a una familia entera; sobre él yacen hombres y mujeres, viejos y jóvenes, en una promiscuidad repugnante. El agua se obtiene sólo de pozos públicos, y la fatiga requerida para bombearla justifica, naturalmente, todas las suciedades posibles.

En otras grandes ciudades marítimas no se ve nada mejor. Liverpool, con todo su comercio, su esplendor y su riqueza, trata a sus obreros con la misma barbarie. Una quinta parte de la población, es decir, 45.000 hombres, habitan en estrechos sótanos oscuros, húmedos y mal ventilados; de éstos existen en la ciudad 7.862. Además, hay 2.275 patios (*courts*), es decir, pequeñas plazas con construcciones a los cuatro lados y con un solo pasaje, en general cubierto y, por lo tanto, *sin ventilación*. De tales habitaciones hablaremos más ampliamente cuando nos ocupemos de Manchester. En Bristol fueron visitadas, en una ocasión, 2.800 familias obreras, y de ellas el cuarenta y seis por ciento tenían una sola pieza.

¹⁷ *Report to the Home Secretary from the Poor-Law Commissioners, on an Inquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Classes of Great Britain. With Appendices. Presented to both Houses of Parliament in July 1842, 3 vol. in folio.* - Recogido y ordenado, sobre informaciones de médicos, por Edwin Chadwick, secretario de la comisión de la ley de los pobres.

¹⁸ *The Artizan*, 1842, opúsculo de octubre, periódico mensual.

Las mismas condiciones encontramos en las ciudades industriales. *Nottingham* tiene, en total, 11.000 casas, de las cuales, de siete a ocho mil están construidas con el muro posterior en común, de manera que es imposible cualquier clase de ventilación; además, existe una sola letrina en común para muchas casas. En una inspección recientemente hecha, se comprobó que muchas filas de casas están construidas sobre húmedos albañales, cubiertos sólo con una capa de pavimento. En Leicester, Derby y Sheffield no se ve otra cosa. Sobre *Birmingham* informa el artículo citado del Artizan: “En las partes viejas de la ciudad existen muchas localidades sucias y descuidadas, llenas de montones de residuos y de cenagales. Los patios, muy numerosos, en Birmingham suman más de 2.000 y albergan a la mayor parte de la clase obrera; son, en su mayoría, estrechos y fangosos, mal ventilados y con malos desagües; encierran de ocho a veinte casas, la mayor parte de las cuales reciben el aire de una sola parte, porque tienen el muro posterior en común con otra casa, y en el fondo del patio existe un depósito de desperdicios, o algo semejante, cuyo aspecto es indescriptible. Debemos señalar que las nuevas construcciones están dispuestas más racionalmente y mantenidas con mayor decencia, y también que, en los patios, los *cottages* están menos apretados que en Manchester y Liverpool. Por esto, en períodos en que dominaban enfermedades epidémicas, Birmingham tuvo un número mucho menor de muertos que Wolverhampton, Dudley y Bilston que están sólo a algunas millas de aquélla. En Birmingham, los sótanos que sirven para habitaciones son desconocidos, aunque algunos locales para sótano sean impropriadamente utilizados como *ateliers*. Las casas de albergue para obreros son bastante numerosas (más de 400), sobre todo en los patios del centro de la ciudad; son casi todas repugnantemente sucias y húmedas, y sirven de refugio a pordioseros, vagabundos (*trampers*; explicaremos después el significado exacto de esta palabra), ladrones y prostitutas, que allí comen, beben, fuman y duermen, sin ninguna consideración a las conveniencias o al *confort*, en una atmósfera soportable sólo para esa gente degradada”.

Glasgow tiene, bajo muchos aspectos, semejanzas con Edimburgo; los mismos *wynd*s, las mismas casas altas. Sobre esta ciudad, el Artizan observa: “La clase obrera constituye acá el 78 por ciento de la población total (300.000 habitantes), vive en partes de la ciudad que en miseria y horror superan los reductos más sórdidos de St. Giles y Whitechapel, las *liberties*¹⁹ de Dublin, los *wynd*s de Edimburgo. En el corazón de Glasgow existen, en gran número, tales localidades (al sur de Trongate, al oeste de Salzmarkt en Calton, lateralmente a la Calle Alta, etc.), laberinto sin fin de callejuelas y de *wynd*s, en los que desembocan, a cada paso, patios, calles o callejas cerradas, formadas por edificios viejos, mal ventilados, altísimos, sin agua y ruinosos. Estas casas están generalmente repletas de inquilinos; en cada piso habitan tres o cuatro familias (tal vez veinte personas) y a veces todo un piso está alquilado sólo por la noche, de modo que de quince a veinte personas están como embaladas, no podemos decir que están alojadas, en una sola pieza”.

Estos barrios comprenden la parte más pobre, más depravada y sin valor de la población, y deben considerarse como la fuente de aquellas terribles epidemias de fiebre que, desde esos lugares, esparcen la desolación por todo Glasgow. Escuchemos cómo es descrita esta parte por J. C. Symons, comisionado por el gobierno, en ocasión de una encuesta sobre la condición de los tejedores a mano²⁰: “He visto la miseria en una de sus fases peores, tanto aquí como en el continente, y no creía, antes de haber visitado los *wynd*s de Glasgow, que en un país civilizado pudieran existir tantos delitos, tanta miseria

¹⁹ Barrios ubicados en las afueras de la ciudad y bajo la autoridad municipal.

²⁰ *Arts and Artizans at Home and Abroad* By J. C. Symons. - Edimburgo, 1839. El autor, evidentemente escocés, es un liberal y, por lo tanto, lleno de prevenciones contra todo movimiento obrero independiente. Los pasajes citados se encuentran en la página 116 y siguientes.

y tantas enfermedades. En las pobrísimas casas de alojamiento duermen sobre el pavimento, en desorden, diez, doce y a veces veinte personas, de ambos sexos y de todas las edades, en variados grados de desnudez. Estos refugios están generalmente tan sucios, húmedos y ruinosos, que nadie quisiera guardar allí ni su propio caballo”. Y en otra parte: “Los *wynd*s de Glasgow encierran una población fluctuante de quince a veinte mil personas. Este barrio de Glasgow consiste en calles estrechas y *courts* en medio de los cuales se encuentra siempre un montón de basuras. Por muy repugnante que fuese el aspecto exterior de estos lugares, todavía no estaba preparado para ver la miseria y suciedad del interior. En algunas de aquellas piezas para dormir, que nosotros (el superintendente de policía capitán Miller y Symons) visitamos de noche, encontramos un piso de seres humanos extendidos sobre el suelo, a menudo de quince a veinte, algunos vestidos, otros desnudos, hombres y mujeres en desorden. Su cama era un lecho de paja podrida, mezclada con algunos andrajos. Poco o ningún mueble; lo único que daba a estas cuevas cierto aspecto de habitación era un fuego encendido en la chimenea. El robo y la prostitución son los principales medios de vida de esta gente. Nadie parece preocuparse de limpiar este establo de Augias, este pandemónium, este cúmulo de delitos, suciedad y pestilencia, que se encuentran en el centro de la segunda ciudad del reino. Un cuidadoso examen de los barrios más bajos de las otras ciudades, no nos ha presentado, nunca, algo que fuese ni la mitad de malo, ni por la intensidad de infección moral y física, ni por la densidad relativa de la población. En estos barrios, la mayor parte de las casas han sido declaradas inhabitables por el tribunal, pero precisamente éstas son las más pobladas, porque, según la ley, no se puede cobrar por ellas ningún alquiler”.

La gran región industrial, en el medio de la isla británica, la franja con densa población del oeste de Yorkshire, al sur de Lancashire, con sus numerosas ciudades industriales, no va a la zaga de las otras grandes ciudades. El distrito lanero de West-Riding, del Yorkshire, es una región atrayente, un hermoso país de verdes colinas, cuya elevación va creciendo hacia el oeste, hasta alcanzar su máxima altura en la áspera cresta de Blackstone Edge (la línea divisoria entre los mares irlandés y alemán). Los valles del Aire, sobre los que yace Leeds, y del Calder, a través del cual corre la línea Manchester-Leeds, figuran entre los más pintorescos y amenos de Inglaterra y están por doquier cubiertos de fábricas, aldeas y ciudades; las casas grises, de piedra tallada, presentan un aspecto tan gracioso y limpio, frente a los edificios de ladrillos ennegrecidos de Lancashire, que es un placer mirarlos. Pero si se entra en la ciudad, se encuentra poco de qué alegrarse. Leeds yace, como la describe el *Artizan* y como pude confirmarlo, en un suave declive que desciende hacia el valle del Aire. Este río atraviesa la ciudad en un largo de cerca de una milla y media²¹ y durante el deshielo, o las épocas de lluvias abundantes, trae fuertes aluviones. Las partes de la ciudad colocadas en alto están limpias, pero aquellas otras situadas en las posiciones más bajas, cerca del río y sus canales confluentes, son sucias, estrechas y suficientes ya, por sí mismas, para abreviar la vida de cualquiera, especialmente de los niños de muy corta edad; téngase en cuenta, además, el poco satisfactorio estado de los barrios obreros de los alrededores: Kirkgate, Marsh-Lane, Cross-Street y Richmond-Road, que se componen, especialmente, de calles sin pavimento ni desagües y de construcción irregular, de numerosos patios y callejas oscuras, desprovistas de los más elementales medios de limpieza; todo esto explica la enorme mortalidad en estas infelícísimas regiones de la miseria más sórdida. Después de las inundaciones del Aire (que, como todos los ríos que sirven a las industrias, entra en la ciudad como una corriente pura y transparente, y sale arrastrando aguas densas, negras y hediondas, cargadas de toda clase de inmundicias), las casas habitación y los sótanos están

²¹ Cuando se habla de millas, sin otra indicación, se debe entender que se trata de millas inglesas; 69½ de éstas forman un grado del Ecuador y son, por lo tanto, iguales a 5 millas alemanas.

de tal manera llenos de agua, que es necesario extraerla con las bombas, y en tales casos el agua sube igualmente hasta donde están las cloacas, y de éstas llega a los sótanos²², produciendo exhalaciones miasmáticas, mezcladas con gas hidrógeno sulfurado, que dejan un depósito nauseabundo, muy nocivo a la salud. Durante la inundación de la primavera de 1839, la acción de tales obstrucciones de las cloacas fue tan dañosa, que, según las informaciones oficiales, en este barrio, durante un trimestre, se habían producido tres casos de muertos sobre dos nacimientos, mientras que, en el mismo trimestre, todos los otros barrios tenían tres nacimientos sobre dos casos de muerte. Otros barrios muy poblados carecen de desagües y están tan malamente atendidos, que no prestan ninguna ventaja sobre los otros. En algunos grupos de casas, los sótanos están rara vez secos; en otros barrios, las calles aparecen cubiertas con una capa de fango. Los habitantes se han cansado en vano, tratando, de tiempo en tiempo, de reparar con cenizas estas calles; a pesar de ello, por todas partes se encuentran cenagales, y de las casas sale agua sucia, que permanece en las calles hasta que el viento o el sol la sequen. (Ver el informe del Consejo comunal en *Statistical Journal*, vol. 2, pág. 404.) En *Leeds*, un *cottage* común cubre una superficie no mayor de 5 yardas cuadradas y consta ordinariamente de un sótano y dos piezas. Estas habitaciones estrechas, ocupadas día y noche, constituyen otro punto peligroso, tanto en lo referente a la moral como a la salubridad. Y de qué manera están repletas estas habitaciones, nos ilustra el citado informe sobre condiciones sanitarias de la clase obrera. “En Leeds encontramos hermanas y hermanos, y pensionistas de los dos sexos, que compartían con sus padres la misma pieza para dormir; de esto se deducen consecuencias que sobrecogen el ánimo.”

Dígase lo mismo de *Bradford*, que dista solamente siete millas de Leeds, y yace en el centro de numerosos valles convergentes en un pequeño río, de aguas negras, como el alquitrán, y hediondas. La ciudad, en los lindos días de fiesta (ya que en los días de trabajo está cubierta por una nube gris de humo) ofrece, desde las alturas circundantes, una vista magnífica; pero adentro domina la misma suciedad e inhabitabilidad que en Leeds. Los viejo barrios de la ciudad se levantan sobre una cuesta en pendiente y son estrechos e irregularmente construidos; en las calles, callejuelas y patios, yacen acumulados residuos e inmundicias; las casas están desmanteladas, sucias e inhabitables, y en las proximidades del río y de las partes bajas del valle encontré muchas con el piso bajo excavado a medias en la cuesta del monte, y enteramente inhabitables. En general, los lugares de la parte baja del valle, en los que las habitaciones obreras están incrustadas entre las altas fábricas, son los peor construidos y más sucios de toda la ciudad. En los barrios nuevos de ésta, como de las otras ciudades, los *cottages* están construidos con más regularidad, dispuestos en fila; tienen, sin embargo, todos los inconvenientes propios del método habitual de alojar a los obreros, del cual hablaremos cuando consideremos más de cerca las condiciones de Manchester. Esta observación vale también para las otras ciudades del West-Riding, en particular *Barnsley*, *Halifax* y *Huddersfield*. Esta última, por su encantadora posición y por la forma verdaderamente moderna en que está construida, es, con mucho, la más bella ciudad industrial de Yorkshire y de Lancashire; tiene, sin embargo, también sus barrios feos. Un comité elegido en una asamblea de ciudadanos para visitar la ciudad, informaba el 15 de agosto de 1844: “Es notorio que en Huddersfield, calles enteras, muchas callejuelas y patios no están pavimentados, ni provistos de cloacas u otros desagües; que toda clase de residuos, inmundicias y desechos yacen amontonados en putrefacción y fermentación, y que en todas partes se acumulan charcas de agua estancada; que, en consecuencia, las habitaciones adyacentes son

²² No se olvide que estos sótanos no son simples rincones, sino habitaciones humanas.

necesariamente sucias y malas, de manera que en tales lugares se producen enfermedades y está amenazada la salud de toda la ciudad”.

Si nos trasladamos desde Blackstone-Edge, llegamos al territorio clásico donde la industria inglesa ha llevado a cabo sus obras maestras, y donde se originan todos los movimientos de los trabajadores *al sur de Lancashire*, con su centro en la ciudad de *Manchester*. De nuevo tenemos una bella región de colinas, que se extiende suavemente desde la vertiente occidental hacia el mar de Irlanda, con los graciosos valles verdeantes del Ribble, Irwell y Mersey, sus afluentes; un país que hace cien años estaba todavía cubierto, en su mayor parte, de lagunas y poco poblado y que ahora está sembrado de ciudades y aldeas y es el distrito más poblado de Inglaterra. En el Lancashire, y particularmente en Manchester, la industria del imperio británico tiene su centro y su punto de partida; la Bolsa de Manchester es el termómetro que marca todas las oscilaciones del movimiento industrial; el moderno arte de la fabricación ha alcanzado en Manchester su mayor perfección. En la industria del algodón de Lancashire del sur, se pone de manifiesto la utilización de las fuerzas elementales, la sustitución del trabajo a mano por el trabajo a máquina (particularmente con el telar mecánico y el *self-actormule*²³ y la división del trabajo en su más alto grado; y si reconocemos en estos tres elementos lo característico de la industria moderna, debemos convenir en que también en estos tres aspectos la elaboración del algodón, desde su comienzo hasta ahora, se ha mantenido a la cabeza de todas las ramas de la industria. Entretanto, habrían de desarrollarse, del modo más completo y genuino, las consecuencias, para la clase obrera, de la moderna industria, y el proletariado habría de manifestarse en su forma clásica. El sometimiento en que yace el trabajador, por la aplicación de la fuerza a vapor, de las máquinas y de la división del trabajo, por un lado, y las tentativas del proletariado para elevarse de esta degradante posición, debían ser llevados a su más alto grado, adquiriendo una conciencia más clara. Por lo tanto, por ser Manchester el tipo clásico de la moderna ciudad industrial, y, además, porque la conozco tan bien como a mi propia ciudad natal (mejor que la mayor parte de sus habitantes), nos ocuparemos de ella un poco más extensamente.

Las ciudades, alrededor de Manchester, difieren poco de los barrios obreros de la ciudad central, sólo que, en ellos, en cuanto es posible, los trabajadores forman una parte todavía más numerosa de la población que en Manchester. Estos lugares, en particular, son puramente industriales y realizan todo su intercambio comercial por intermedio de Manchester; dependen en todas sus relaciones de Manchester y están solamente habitados por obreros, fabricantes y comerciantes subordinados a esa ciudad; mientras Manchester posee también una importante población comercial, especialmente de casas de comisiones y otras importantes, de venta al por menor. Por esto *Bolton, Preston, Wigan, Bury, Rochdale, Middleton, Heywood, Oldham, Ashton, Stalybridge, Stockpor*, etcétera, lo mismo que casi todas las ciudades de 35, 50, 70 hasta 90 mil habitantes, son casi enteramente barrios obreros, interrumpidos sólo por fábricas y algunas calles principales, cuyos lados los forman negocios, y algunas callecitas donde están construidos, en forma de villa, los jardines y las casas de los fabricantes. Las ciudades mismas están construidas mal e irregularmente, con patios, calles y callejas sucias y llenas de humo, y por su aspecto parecen inhabitables, construidas como están con ladrillos originariamente rojos, pero con el tiempo, ennegrecidos por el humo. Tales ladrillos son aquí el material común de construcción. En general, los sótanos están habitados; estos subterráneos están construidos en todas partes donde es posible, y habitados por una parte considerable de la población.

²³ Torno automático de hilar.

Las peores de estas ciudades son Preston y Oldham *Bolton*, situadas a once millas al noroeste de Manchester. Hay, por lo que pude observar en mis frecuentes visitas, una sola calle principal, Deansgate, aun bastante sucia, que sirve al mismo tiempo como mercado, y sin embargo, aun con buen tiempo, no deja de ser un rincón sin importancia, oscuro, no obstante tener solamente, a más de las fábricas, casas bajas de uno o dos pisos. Y aquí, como en todos lados, la parte vieja de la ciudad es particularmente ruinosa e inhabitable. Un agua negra, que no se sabe si es un torrente o una larga serie de charcas hediondas, transcurre por la ciudad y contribuye a apestar el aire, ya de por sí impuro.

Un poco más lejos, está *Stockport*, situado ya sobre la región de Cheshire, del Mersey, pero perteneciente todavía al distrito industrial de Manchester. Está situada en un estrecho valle a lo largo del Mersey; así, por un lado el camino señala un brusco ascenso, y por el otro, una pendiente igualmente escabrosa, y el ferrocarril de Manchester a Birmingham corre sobre un alto viaducto por la ciudad y todo el valle. *Stockport* es conocido en todo el distrito como uno de los lugares más oscuros y llenos de humo, y, especialmente vista desde el viaducto, tiene un aspecto desagradable. Pero todavía peores nos parecen los cottages y los sótanos habitados por proletarios, y que forman largas filas, en todas partes de la ciudad, desde el fondo del valle hasta la cresta de la colina. No recuerdo haber visto, en ninguna otra ciudad, un número proporcionalmente tan grande de sótanos habitados.

Pocas millas al noreste de *Stockport*, está situada *Ashton-under-Line*, una de las novísimas localidades fabriles de la región. Se extiende sobre la pendiente de una colina, a cuyo pie corren el canal y el río Támesis, y está en general construida según el nuevo sistema regulado. Cinco o seis largas calles paralelas corren transversalmente a la colina y están cortadas perpendicularmente por otras calles que conducen al valle. Las fábricas, por este sistema de construcciones, se levantarían fuera de la ciudad propiamente dicha, aun cuando la proximidad del agua y de las vías fluviales no las hubieran relegado ya al fondo del valle, donde están apiñadas y desde donde sus chimeneas despiden densa humareda. *Ashton* presenta un aspecto agradable, mucho más agradable que las demás ciudades industriales; las calles son anchas y limpias; los *cottages* nuevos, de color rojo, y aparentemente habitables. Pero el sistema de construcción de los *cottages* para obreros es, también en *Ashton*, el lado malo; cada calle tiene su calleja escondida, a la que conduce una estrecha senda lateral, por tal ubicación tanto más sucia. Y también en *Ashton* (aun cuando no haya visto, salvo a la entrada de la ciudad, ningún edificio que tenga más de cincuenta años), también en *Ashton* existen calles en las que los *cottages* son viejos y pésimos; los ladrillos en las paredes de las esquinas están sueltos y se salen de su sitio; las paredes se ladean y dejan caer a pedazos el revestimiento blanqueado; calles cuyo aspecto, ennegrecido por el humo no es mejor que en las otras ciudades del distrito, sólo que en *Ashton* esto es la excepción y no la regla.

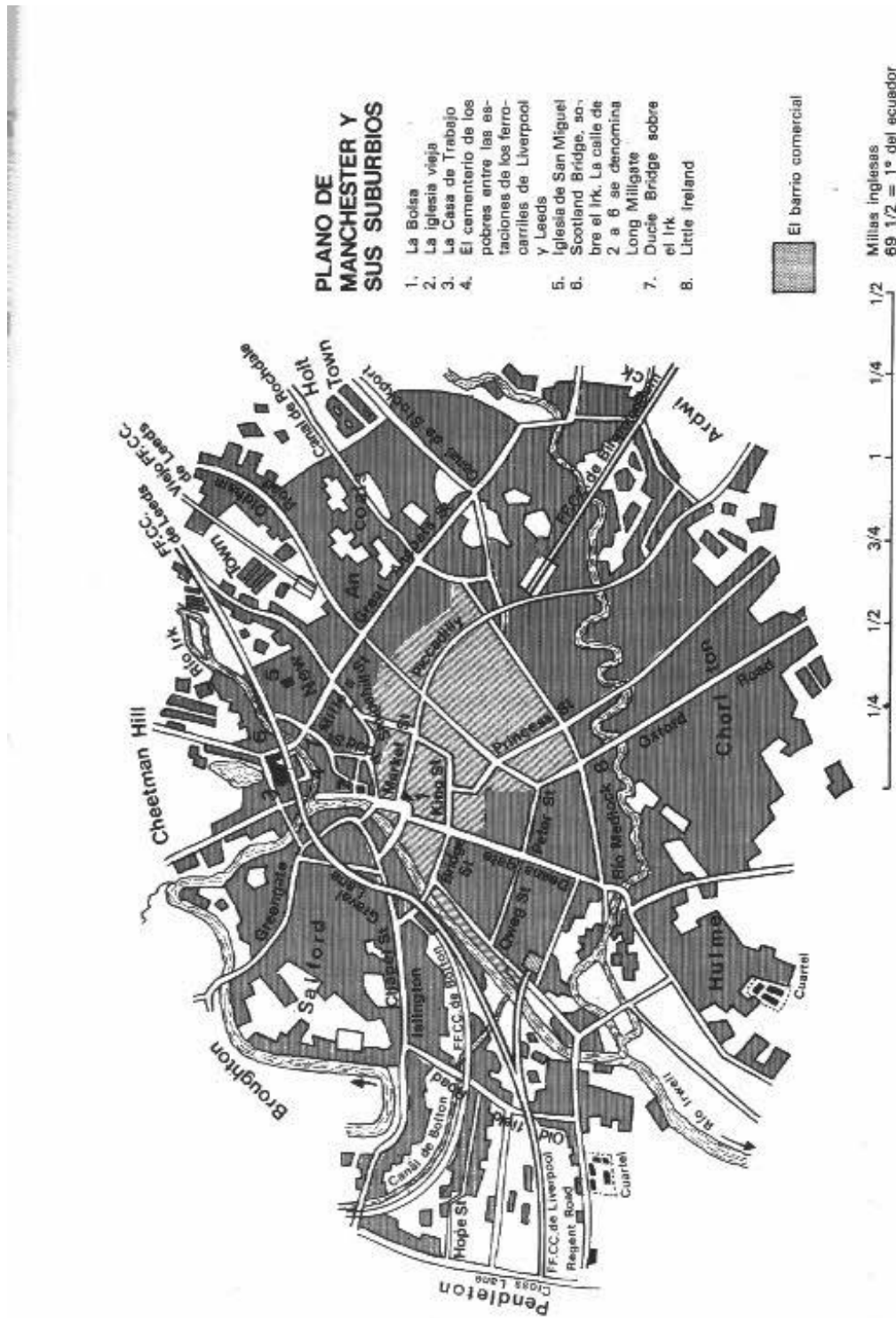
Una milla hacia el este, está situada *Stalybridge*, también sobre el Támesis. Si venimos desde *Ashton* por el monte, tenemos en la cumbre, a derecha e izquierda, jardines grandes y hermosos, con magníficas casas a la manera de villas, construidas la mayor parte en el estilo Elisabeth, que es al estilo gótico, lo que la religión anglicana es a la católica. Un centenar de pasos más adelante, *Stalybridge* se presenta a nuestra vista, en el valle. ¡Qué contraste, frente a los magníficos palacetes, y qué contraste aun frente a los modestos *cottages* de *Ashton*! *Stalybridge* yace en un valle encerrado e irregular, todavía más estrecho que el valle de *Stockport*; sus pendientes aparecen cubiertas por una mezcolanza de *cottages*, casas y fábricas. Si entramos en la ciudad, encontramos en primer término *cottages* estrechos, ennegrecidos por el humo, viejos y ruinosos; y como estas primeras casas, así son las otras y así toda la ciudad. Pocas calles tenemos en el pequeño valle; la mayor parte corren en pendiente, entrecruzándose en la colina; en casi

todas las casas, a causa de esta posición abrupta, el piso bajo está a medias excavado en la tierra, y puede apreciarse desde el monte, de donde se ve la ciudad a vuelo de pájaro, la cantidad de patios, callejas y recodos que origina este desordenado modo de construcción. Si se agrega a esto la terrible suciedad, se comprenderá fácilmente la desagradable impresión que produce Stalybridge, a pesar de su pintoresca posición.

En lo que se refiere a estas ciudades pequeñas, con lo dicho basta. Todas tienen algo de particular, pero en general los obreros viven como en Manchester; por eso he descrito sólo su forma particular de construcción; únicamente advierto que todas las observaciones más generales, sobre la condición de las viviendas obreras en Manchester, encuentran también aplicación en las ciudades vecinas.

Manchester yace al pie del declive meridional de una cadena de colinas que se elevan desde Oldham, entre los valles del Irwell y del Medlock, cuyo último punto, *Kersall-Moor*, forma a un mismo tiempo el camino a Manchester y el *Monssacer*. Manchester, propiamente dicha, está situada en la orilla izquierda del Irwell, entre este río y los afluentes Irk y Medlock, que en esta parte se vuelcan en el Irwell. Sobre la ribera derecha del Irwell y ceñida por una fuerte curva de este río, está situada *Salford*; un poco más hacia el oeste, *Pendleton*; al norte del Irwell están las dos *Broughton*, la alta y la baja; al norte del Irk, *Cheetham Hill*; al sur de Medlock está *Hulme*; más lejos, hacia el este, *Chorlton-on-Medlock*, y un poco más lejos, al oeste de Manchester, *Ardwick*.

Todo este conjunto de poblaciones se llama ordinariamente Manchester y tiene no menos de 400.000 habitantes. La ciudad está construida de modo que puede vivirse en ella durante años y años y pasearse diariamente de un extremo al otro, sin encontrarse con un barrio obrero o tener contacto con obreros, hasta tanto uno no vaya de paseo o por sus propios negocios. Esto sucede principalmente por el hecho de que, sea por tácito acuerdo, sea con intención consciente y manifiesta, los barrios habitados por la clase obrera están netamente separados de los de la clase media, y donde esto no es posible, están cubiertos por el manto del amor. Manchester encierra en su centro un barrio comercial bastante extenso, de un largo y ancho de cerca de media milla, formado casi exclusivamente por oficinas y negocios (*ware houses*). Casi todo el barrio está deshabitado y, durante la noche, silencioso y desierto; solamente los agentes de policía pasan, con sus linternas sordas, a través de las calles estrechas y oscuras. Este barrio está recorrido por algunas calles principales, por las que corre un tráfico enorme y cuyas casas tienen la planta baja ocupada por hermosos negocios; en estas calles se encuentran, aquí y allá, lugares concurridísimos, donde hay mucho movimiento hasta una hora avanzada. Exceptuando este distrito comercial, todo el propio Manchester, todo Salford y Hulme, una parte importante de Pendleton y Chorlton, dos tercios de Ardwick y algunas partes de Cheetham Hill y Broughton, todo es barrio obrero, que se extiende como una larga cinta, en una milla y media alrededor del barrio comercial. Más allá de esta línea habitan la opulenta y la media burguesía; la media, en calles bien trazadas, cerca del barrio obrero, particularmente en Chorlton y en la parte baja de Cheetham Hill; la opulenta, en las casas lejanas, con jardines en forma de villas, en Chorlton y Ardwick o sobre las aireadas alturas de Cheetham Hill, Broughton y Pendleton, en una atmósfera libre y pura, en habitaciones cómodas y suntuosas, frente a las cuales pasan, cada cuarto o cada media hora, los ómnibus que llevan a la ciudad. Y lo bueno del caso es que estos aristócratas del dinero, para trasladarse a sus oficinas, en el centro de la ciudad, por el camino más corto, pueden atravesar todos los barrios obreros sin darse por enterados de que están junto a la mayor miseria.

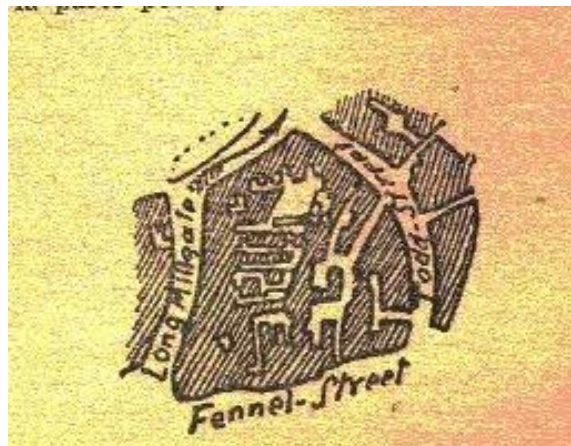


En las calles principales, que salen de la Bolsa en todas direcciones, se encuentra, de ambos lados, una serie ininterrumpida de negocios que pertenecen a la media y a la pequeña burguesía, la cual los mantiene, por su propia conveniencia, con un aspecto decente y limpio. Como estos negocios tienen relaciones con las zonas que los rodean, son más elegantes en el barrio comercial y en la vecindad de los barrios burgueses, que en las proximidades de los *cottages* obreros; pero resultan siempre eficaces, para esconder a los ojos de los ricos señores y de las ricas señoras, de los estómagos fuertes y de los nervios débiles, la miseria, la inmundicia que constituyen el porqué de su riqueza y de su lujo. Así, por ejemplo, Deansgate, que desde la vieja iglesia va directamente hacia el sur,

está al comienzo ocupada por negocios y fábricas; después por bodegas de segundo orden y algunas cervecerías; más al sur, donde termina el barrio comercial, presenta bodegas sin importancia, que poco a poco van siendo cada vez más sucias, interrumpidas, de vez en cuando, por algún despacho de bebidas o taberna, hasta que, al sur, el aspecto de los bodegones no deja dudas de que sus parroquianos son obreros y solamente obreros. Así Market-Street, que corre desde la Bolsa en dirección sureste, al principio presenta brillantes negocios de primera categoría, y en la continuación (Piccadilly), colosales hoteles y negocios; más adelante todavía (London Road), en la localidad de las fábricas de Medlock, tabernas, bodegas para la pequeña burguesía y los trabajadores; después, en Ardwick Green, para la grande y media burguesía, y de allí en adelante, grandes jardines y villas de opulentos comerciantes e industriales.

De tal manera, si se conoce a Manchester, se pueden *apreciar* fácilmente desde las calles principales los barrios circundantes, pero no así los *verdaderos* barrios obreros. Sé bien que esta hipócrita manera de construcción es más o menos común a todas las grandes ciudades; sé, igualmente, que los comerciantes minoristas, a causa de la naturaleza de sus negocios, deben ocupar las calles principales; sé que en esas calles hay más casas buenas que malas y que en su vecindad el valor del terreno es mayor que en las calles alejadas; pero no he visto nunca, como en Manchester, una exclusión tan sistemática de la clase obrera de las calles principales, un velo tan delicado sobre todo aquello que pueda ofender la vista y los nervios de la burguesía. Y, sin embargo, Manchester está construida de acuerdo con pocas reglas o prescripciones policiales y más en contra de ellas que cualquier otra ciudad; y si considero lo que afirma con gran celo la clase media, según la cual todo marcha bien para los obreros, me parece que los fabricantes liberales, los *big wigs* de Manchester, no son completamente inocentes de este vergonzoso método de construir.

Recuerdo, solamente, que las fábricas están ubicadas a lo largo del curso de los tres ríos, o de los numerosos canales que corren a través de la ciudad, y paso a describir los barrios obreros. Consideremos, en primer lugar, la Manchester vieja, que yace en el límite norte del barrio comercial y el Irk. Aquí las calles, aun las mejores, son estrechas y retorcidas (como Toddstreet, Long Millgate, Withy Grove y Shude Hill); las casas, sucias, viejas y ruinosas; el modo de construcción de las casas, horrible. Si se camina desde la vieja iglesia por Long Millgate, se encuentra a la derecha una serie de casas de viejo estilo, de las que quedan en pie solamente algunos muros exteriores; son los restos de la vieja Manchester preindustrial, cuyos primitivos habitantes se han retirado, con sus sucesores, a los barrios mejor construidos, dejando las casas, que eran para ellos demasiado malas, a una raza obrera con mucha mezcla de sangre irlandesa. Aquí estamos en un barrio obrero, puesto que ni se tiene el cuidado de limpiar las tiendas ni las tabernas. Pero esto no es nada, comparado con los senderos y plazuelas que se hallan en el interior, a los que se llega sólo por medio de pasajes cubiertos y estrechos, por los cuales no pueden pasar al mismo tiempo dos hombres. Nadie puede darse una idea de la desordenada confusión de casas, que son una vergüenza para toda arquitectura racional y de la estrechez del espacio donde están amontonadas las casas. Y no son sólo los edificios de la vieja Manchester los que presentan tales caracteres; la confusión, en los últimos tiempos, ha sido llevada a su más alto grado puesto que se construyó después en todas partes, donde los viejos edificios habían dejado algún espacio, llegándose al punto de que entre las casas no quedó ni una pizca de espacio en que fuera posible construir. Como ejemplo, doy un pequeño plano de Manchester, no la parte peor y ni la décima parte de toda la vieja ciudad.



Este dibujo servirá para caracterizar el extraño modo de construcción del barrio entero, en particular, la parte vecina al Irk La orilla del Irk es muy escarpada en la parte sur, y de una altura de 15 a 30 pies; sobre esta vertiente se encuentran tres series de casas, la más baja de las cuales está junto al río, mientras la parte anterior de la más alta se encuentra al nivel de la cima de la colina, en Long Millgate. En el medio, cerca del río se hallan las fábricas. Abreviando, el modo de construcción es aquí tan apretado y desordenado como en la parte inferior de Long Millgate. A diestro y siniestro, una cantidad de pasajes cubiertos conducen de la calle principal a numerosos patios²⁴, y si se camina se cae en una inmundicia y una nauseabunda suciedad inigualables; especialmente las plazuelas que dan al Irk, encierran, sin duda, las más horribles habitaciones que se hayan presentado hasta ahora. En una de estas plazoletas, a la entrada, o sea, donde termina el pasaje cubierto, se encuentra una letrina sin puerta y tan sucia, que los inquilinos sólo pueden salir o entrar al patio atravesando una ciénaga estancada de orín y excrementos pútridos. Si alguien quisiera visitarlo, es el primer patio vecino al Irk, sobre Ducie Bridge. Abajo, junto al río, se encuentran muchas curtiembres, que llenan todo el barrio con olor a putrefacción animal. A los patios bajos Ducie Bridge se baja, generalmente, por medio de escaleras estrechas y sucias, y se llega a las casas caminando sobre montones de residuos. El primer patio bajo Ducie Bridge se llama Allen's Court y en tiempos del cólera estaba en tales condiciones, que la policía sanitaria lo hizo desocupar, limpiar y desinfectar con cloruro; el doctor Kay²⁵, en un opúsculo, hace una descripción espantosa de las condiciones en que se encontraba este patio. Parece que desde entonces se ha demolido y reconstruido en parte; del Ducie Bridge, sin embargo, todavía hoy se ven muchos muros en ruinas y montones de desperdicios, junto a algunas casas de nueva construcción. La vista desde este puente (piadosamente sustraída a los ojos de los humildes mortales por un parapeto de la altura de un hombre) es característica del barrio entero. Abajo corre, o, mejor dicho, está estancado el Irk, un río estrecho y negro como el betún, hediondo y lleno de desechos y detritos, que bañan la orilla derecha, poco profunda; en tiempo seco, sobre esta ribera queda una serie de cenagales fangosos, nauseabundos, verdosos, de cuyo fondo salen continuamente burbujas de gas miasmático y se desprende un olor insoportable, aún estando sobre el puente, a cuarenta o cincuenta

²⁴ *Courts*, nuestra acepción corriente de esta palabra no corresponde exactamente al significado que tiene en la obra. Estos viejos patios ingleses de que habla Engels son espacios techados, entre varios edificios, resultado del tipo de construcción de la época, a diferencia de los nuestros, que son patios abiertos y particulares de cada casa. (N. de las T.)

²⁵ *The Moral and Physical Condition of the Working Classes, employed in tite Cotton Manufacture in Manchester*, by James Plz. Kay, Dr. Med. - Confunde a la clase obrera en general con la clase obrera de las fábricas; por lo demás, es excelente.

pies sobre el nivel del agua. El río mismo está detenido a cada paso por altos diques transversales, tras los cuales se acumula denso cieno y donde se pudren los residuos y el fango. En la parte superior del puente se encuentran curtiembres; más allá, tintorerías, molindas de huesos y gasógenos, cuyos desechos y residuos, todos juntos, van a dar al Irk. Este recibe, además, el contenido de las letrinas y cloacas cercanas; puede, por lo tanto, imaginarse de qué naturaleza son los residuos que el río deja tras sí. En la parte inferior del puente se ven, entre los montones de basuras, la inmundicia, la suciedad y la ruina de los patios de la escarpada ribera derecha; cada casa se apoya en la siguiente, y a causa de la neblina del río, el conjunto aparece como un todo ennegrecido por el humo, ruinoso y viejo, con los vidrios y los marcos de las ventanas rotos. Viejas fábricas, levantadas en forma de cuartel, constituyen el fondo. A la derecha, sobre la ribera baja, hay una larga serie de casas y fábricas; inmediatamente, la segunda casa es una ruina sin techo, con basuras amontonadas, y ya la tercera casa es tan baja, que el piso inferior es inhabitable y, por lo tanto, no tiene puertas ni ventanas. El fondo lo constituye el cementerio de los pobres, las estaciones ferroviarias de Liverpool a Leeds, y detrás, la casa del trabajo, la “Bastilla de las leyes para los pobres” de Manchester, que, desde una colina, mira amenazadora al barrio obrero del lado opuesto, como una ciudadela detrás de altos muros almenados.

Más arriba de Ducie Bridge, la ribera izquierda se hace más baja y la derecha, por el contrario, más escabrosa. El estado de las viviendas es cada vez peor, a ambos lados del Irk. Si desde la calle principal (siempre Long Millgate) se da vuelta a la derecha, se está perdido; se pasa de una plazoleta a otra, se camina por pasajes estrechos y sucios, hasta que, después de pocos minutos, se pierde la orientación y no se sabe hacia dónde dirigirse. Por todos lados, edificios enteramente o a medias ruinosos; algunos están deshabitados, y esto tiene aquí mucha importancia. En las casas, rara vez se ve un piso de madera o de piedra; al frente, casi siempre, puertas y ventanas rotas y desquiciadas, ¡y una suciedad!

Por todos lados, montones de desperdicios, desechos, inmundicias; charcas hediondas en vez de desagües, y un olor que haría insoportable la vida en semejante barrio a cualquier persona medianamente civilizada. La reciente prolongación de la línea ferroviaria de Leeds, que aquí atraviesa el Irk, ha removido algunos de estos patios y callejas, pero, por otro lado, ha expuesto a la vista otros. Así, inmediatamente bajo el puente del ferrocarril, encontramos un espacio que en inmundicia y horror supera con mucho a todos los otros; anteriormente estaba tan apartado, que sólo se podía llegar a él trabajosamente, tanto que yo mismo no lo hubiera encontrado, sin la apertura hecha a través del viaducto del ferrocarril, y aun cuando creía conocer bastante a fondo este lugar. Por una orilla desigual se llega, entre postes y ropa tendida, a un caos de cabañitas de un piso, con una sola pieza, la mayor parte sin solado, que sirve al mismo tiempo de cocina, dormitorio y sala. En una de estas cuevas, de cinco a seis pies de largo, vi dos camas (¡y qué clase de camas!), las que, con una escalera y un fogón, llenaban toda la pieza. En muchas otras *no vi absolutamente nada*; habían sacado la puerta, y los inquilinos estaban parados a la entrada. Delante de estas puertas, por todos lados, residuos e inmundicias; no se podía ver si existía alguna clase de pavimento; sólo podía, a veces, sentirselo con los pies.

Todo aquel grupo de establos, habitados por hombres, estaba limitado en dos de sus partes por casas y una fábrica; en el tercero, por el río, y pasando la orilla, un estrecho portón conducía a otro laberinto de habitaciones tan mal construidas y mantenidas como las otras.

¡Pero basta de esto! Así está construida toda la parte del Irk, sin ningún plan, un caos de casas, que son más o menos inhabitables y cuyo interior sucio corresponde a los

inmundos alrededores. ¡Y cómo ha de limpiarse la gente! No existe ninguna comodidad para satisfacer las necesidades cotidianas más elementales. Las letrinas son tan escasas, que se llenan todos los días, y la mayor parte están demasiado lejos. ¿Cómo podrían lavarse los inquilinos, si sólo tienen el agua sucia del Irk y si los conductos del agua y las bombas se encuentran sólo en las partes respetables de la ciudad? Verdaderamente, no puede culparse a estos ilotas de la sociedad moderna, si sus habitaciones no son más limpias que las pocilgas que aquí y allá se encuentran entre sus casas. Los propietarios no se avergüenzan de alquilar habitaciones como los seis o siete sótanos del muelle, inmediatamente debajo del Scotland Bridge, que tienen el piso, por lo menos, dos pies bajo el nivel del Irk (cuando el agua está baja), que corre a menos de seis pies de ellos; o como el piso superior de la casa del ángulo de la orilla opuesta, inmediatamente después del puente, casa cuyo piso bajo, inhabitable, no tiene ningún reparo para las aberturas de puertas y ventanas. No es éste un caso raro en este barrio, donde tales pisos inferiores abiertos son utilizados como letrinas por todo el vecindario, a falta de otros lugares.

Abandonemos el Irk, para penetrar de nuevo en la parte opuesta de Long Millgate, en el centro de las habitaciones para obreros. Llegamos a un barrio casi nuevo, que se extiende desde la iglesia de San Miguel hasta Withy Grove y Shude Hill. Aquí, por lo menos, hay un poco más de orden; en lugar del caótico modo de construcción, encontramos calles y callejas cerradas, largas y rectas, o trazadas según un plan y con las plazoletas, su mayor parte, cuadrangulares; pero si antes era cada casa, aquí, por lo menos, son cada calle y cada plazoleta las que están construidas arbitrariamente y sin tener en cuenta la posición de las restantes. Una calle corre ora en una dirección, ora en otra; a cada paso se encuentra un callejón sin salida, o un rincón cerrado, que conducen de nuevo al punto de partida, así que quien no ha vivido largo tiempo en estos laberintos, se pierde con facilidad. La ventilación (si puedo usar esta palabra con relación a este barrio) de las calles y patios es, por lo tanto, tan deficiente como la de los barrios del Irk, y si todavía este barrio tiene alguna ventaja sobre el valle del Irk (las casas son nuevas; las calles, por lo menos, tienen algunos desagües), encontramos aquí, sin embargo, en cada casa, un sótano habitado, lo cual rara vez sucede en el valle del Irk, a causa de lo viejas que son las casas y de la forma descuidada de las construcciones. Por lo demás, son comunes a los dos barrios la suciedad, los cúmulos de basura y ceniza, los charcos en las calles, y en el barrio de que hablamos se agrega otra circunstancia que redundará en grave daño para los habitantes: la gran cantidad de cerdos que recorren por todas partes las calles, hozando las basuras, cerdos que se guardan en los patios, en pequeños corrales. Sus propietarios, aquí, como en la mayor parte de los barrios obreros de Manchester, alquilan los patios para guardar sus animales; casi en cada patio existe uno o más rincones cerrados, en donde los vecinos arrojan todos los residuos y basuras; con esto engordan los cerdos, pero el aire encerrado en estos patios, edificados en sus cuatro lados, se hace, forzosamente, muy insalubre, por las materias animales y vegetales que entran en putrefacción. Se encuentra en este barrio una calle larga, bastante decente (Millers-Street), que cubre discretamente el fondo; pero, si penetramos en uno de los numerosos corredores que conducen a los patios, podemos ver, cada veinte pasos, estas verdaderas pocilgas.

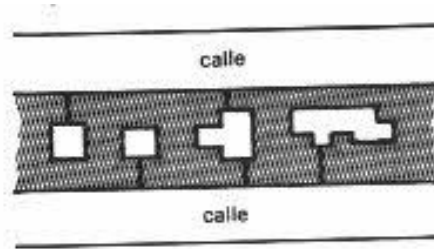
Esta es la Manchester vieja, y si releo mi descripción, debo reconocer que, lejos de ser exagerada, no es suficientemente colorida, para poner en evidencia la inmundicia, el empobrecimiento y la inhabitabilidad, que son otras afrentas a la limpieza, a la ventilación y la salud de este barrio, que contiene, por lo menos, de veinte a treinta mil habitaciones. ¡Y tal barrio existe en el centro de la segunda ciudad de Inglaterra, de la primera ciudad industrial del mundo! Es necesario llegar hasta aquí, si se quiere ver qué pequeño espacio tiene el hombre a su disposición para moverse, qué poco aire (¡y qué clase de aire!) ha de respirar, ¡cómo puede vivir con tan poca civilidad! Decimos la ciudad

vieja, pero (y esto nos observan aquellos a quienes se habla del horrible estado de este infierno en la tierra) ¿qué significa eso de ciudad vieja? Todo lo que suscita nuestro horror e indignación es de origen reciente, pertenece a la *época industrial*. Las doscientas casas que pertenecen a la Manchester vieja han sido, hace mucho tiempo, abandonadas por sus primitivos habitantes; sólo la industria las ha hecho ocupar por una legión de obreros que ahora están alojados en ellas; sólo la industria ha construido hasta en la más pequeña superficie libre, entre estas viejas casas, para procurar un techo a las masas traídas de las regiones agrícolas y de Irlanda; sólo la industria permite a los propietarios de estos establos alquilarlos a alto precio como habitaciones, explotar la miseria de los obreros, enterrar la salud de millares, para que así se enriquezcan *los propietarios*; sólo la industria ha hecho posible que los trabajadores, apenas liberados de la esclavitud del cuerpo, sean empleados nuevamente como simple material, como una *cosa* que se debe encerrar en una habitación, demasiado mala para cualquier otro, y que el propietario, por su querido dinero, tenga el derecho de enviar a los demás a la ruina. Solamente la industria ha hecho esto; ella no habría podido vivir sin estos obreros, sin la miseria y la servidumbre de ellos. Es cierto que, siendo mala la situación primitiva de este barrio, no podían hacerse en él muchas cosas hermosas; pero ¿han hecho algo para mejorar todo esto, con reparaciones, los propietarios o la administración de la ciudad?

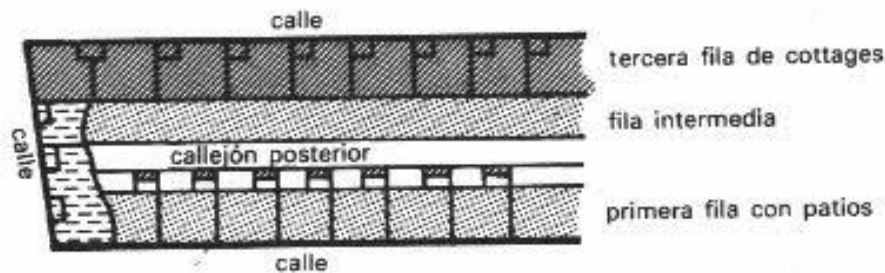
Al contrario, allí donde existía un rincón libre, fue construida una nueva casa, allí donde existía una salida de más, fue cerrada con una construcción; el valor del suelo acreció con el florecimiento de la industria, y cuanto más subía, tanto más se construía libremente, sin miramiento alguno para la salud y la comodidad de los habitantes (*ninguna barraca es tan mala que no pueda encontrar un pobre imposibilitado de pagarse una mejor*); sólo se procuró obtener la máxima ganancia. Pero es la ciudad vieja, y con esto se conforma la burguesía. Veamos, ahora, qué es la *ciudad nueva* (*the new town*).

La *ciudad nueva*, llamada también la ciudad irlandesa (*the Irish town*), se extiende a la otra parte de la ciudad vieja, sobre una colina arcillosa, entre el Irk y St. George's Road. Aquí termina todo aspecto de ciudad; una serie de casas o grupos de calles se extiende aquí y allá sobre el desnudo terreno arcilloso, jamás cubierto de hierba; las casas, o mejor dicho, los *cottages*, están en pésimo estado, mal conservados, sucios, húmedos, con sótanos que se usan como habitaciones; las calles no están pavimentadas ni tienen desagües; se ven muchos cerdos encerrados en patiecitos o pocilgas, o sueltos por las calles. El barro en todos los caminos es tal, que sólo cuando el tiempo es extremadamente seco se puede caminar sin hundirse hasta la rodilla. Cerca de St. George's Road, las construcciones se juntan y forman una serie de calles, callejones sin salida, caminos internos y espacios abiertos, que están tanto más apretados y desordenadamente dispuestos, cuanto más cercanos al centro de la ciudad. Por eso, es cierto, están más a menudo pavimentados o, por lo menos, tienen veredas y desagües; la suciedad, las malas condiciones de las casas y, en particular, de los sótanos, son siempre las mismas.

Es oportuno hacer aquí algunas observaciones generales sobre el modo de construcción usado en los barrios obreros de Manchester. Hemos visto que, en la ciudad vieja, el crimen preside el reagrupamiento de las casas. Cada casa está construida sin tener en cuenta las otras, y los espacios que quedan entre las distintas casas se designan con el nombre de patios, a falta de otro más exacto. En las partes relativamente nuevas del mismo barrio, y en otros barrios obreros, que fueron construidos en los primeros tiempos del florecimiento de la industria, encontramos una disposición más regular. El espacio entre dos calles está dividido en patios, en su mayoría cuadrangulares. Los patios se hicieron así desde el principio, y se llega a ellos desde las calles por corredores cubiertos.



Si el complicado modo de construcción sin plan era ya nocivo para los obreros, por el impedimento que significaba para la buena ventilación, este método de encerrar a los obreros en patios clausurados por todos lados, es todavía más perjudicial. El aire de los patios no puede salir en absoluto, y las chimeneas de las casas, cuando está encendido el fuego, son la única vía de escape para el aire retenido en los patios²⁶. Además, ocurre que las casas están edificadas con los muros en común, y esto ya es suficiente para impedir toda buena ventilación. Y como la administración de las calles no se preocupa del estado de estos patios, permanece en ellos todo lo que se tira y nadie se maravillará de la suciedad y montones de ceniza que allí se encuentra. He visto patios (en Millers Street) que están medio pie más abajo que la calle principal y no tienen ningún desagüe para encauzar las aguas pluviales. Más tarde, se ha iniciado un nuevo modo de construcción, que ahora se ha generalizado. Los *cottages* para los obreros no se construyen ya separadamente, sino por docenas y de a sesenta; un solo empresario construye una o dos calles. Estas se disponen del siguiente modo:

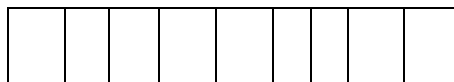


el frente está constituido por una primera serie de *cottages*, que tienen la fortuna de contar con una puerta en la parte posterior y un patiecito, por los que se paga un alquiler más alto. Detrás del muro del patio de estos *cottages* corre una calleja, la calle interior (*back-street*), con construcciones en los dos extremos; a ella conducen un caminito y un pasaje cubierto. Los *cottages* que dan a esta calle son los más caros y, en general, están mejor cuidados. Tienen el muro posterior en común con la tercera serie de *cottages*, que dan a la calle del otro lado, y por ellos se paga un alquiler medio entre los de las otras dos series. Con este método de construcción, la primera fila de *cottages* tiene buena ventilación; la tercera no es peor que la de aquellos edificadas según el viejo sistema; los de la serie del medio están, por lo menos, tan mal ventilados como las casas de los patios, y el caminito interno es sucio como los patios. Los empresarios prefieren este modo de construcción por economía de espacio, y porque les da el medio de aprovecharse con tanto mayor éxito de los obreros mejor pagados, por medio de los altos alquileres de las casas de la primera

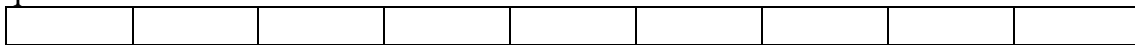
²⁶ ¡Y, sin embargo, un sabio liberal inglés (en sus informes del *Children's Empl. Comm.*) sostenía que estos patios son una obra maestra de la arquitectura urbana, porque ellos, como pequeñas plazas públicas, mejoraban la ventilación y la circulación del aire! Sería así, si cada patio tuviera dos o cuatro salidas anchas, abiertas en la parte superior y ubicadas una frente a la otra, para que el aire pudiera circular; pero no tienen nunca dos salidas, y raramente una, y casi todas ellas son pequeñas y cubiertas.

y tercera series. Estos tres modos de construir los *cottages* se encuentran en toda Manchester, en todo el Lancashire y el Yorkshire, a menudo confundidos, pero más a menudo diferenciados, de modo que por ellos se puede establecer la edad relativa de las distintas partes de la ciudad. El tercer sistema, el de la calle interior, domina en los grandes barrios obreros del este de St. George's Road, en las dos partes de Oldham Road y Great Ancoats Street, y se encuentra, frecuentemente también, en los otros barrios obreros de Manchester y sus suburbios.

En el citado extenso barrio que se designa con el nombre de Ancoats están situadas, en la orilla de los canales, la mayor parte de las más grandes fábricas de Manchester: edificios colosales de seis a siete pisos, que se elevan con sus altas y finas chimeneas sobre bajos *cottages* obreros. La población del barrio es, por tanto, principalmente de obreros de las fábricas, y en las calles peores, de tejedores. Las calles cercanas al centro de la ciudad son las más viejas, y por ello las más feas; con todo, están empedradas y provistas de desagües; me refiero a las calles vecinas a Oldham Road y Great Ancoats Street. Más allá, al nordeste, se encuentran muchas calles de nueva construcción; los *cottages* tienen allí una apariencia graciosa y cuidada, las puertas y las ventanas son nuevas y con pintura fresca; las áreas destinadas a fábricas son más grandes y se encuentran con mayor frecuencia. Esto puede decirse del menor número de estas casas, ya que se encuentran muchos sótanos habitados en casi todos los *cottages*; muchas calles están sin empedrar y sin desagües y aquella hermosa apariencia es solamente tal, y después de diez años se muestra ya deslucida. El modo de construir los *cottages* no es menos condenable que la disposición de las calles. Tales *cottages* parecen al principio sólidos y limpios, los macizos muros de ladrillo engañan la vista, y si se recorren las *calles nuevas* de los barrios obreros, sin preocuparse de las calles internas y de la arquitectura de las casas, se coincide, con los fabricantes liberales, en que en parte alguna cuentan los obreros con habitaciones mejores. Pero si se observa más de cerca, se encuentra que las paredes de estos *cottages* tienen el mínimo espesor posible. Los muros exteriores, que sostienen el sótano, la planta baja y el techo, son, a lo sumo, del espesor de un ladrillo; de modo que, en el plano horizontal, los ladrillos están unidos uno al otro por el lado más largo.



He visto muchos *cottages* de la misma altura (algunos en construcción) con muros exteriores que tenían el espesor de sólo medio ladrillo y éstos estaban dispuestos de modo que tenían en común el lado más estrecho.



Esto se hace en parte para economizar materiales; en parte, también porque los empresarios no son los propietarios del suelo; lo tienen sólo alquilado, al uso inglés, por veinte, treinta, cuarenta, cincuenta o noventa años; después de ese tiempo vuelve, con cuanto tiene encima, en propiedad a su primitivo propietario, sin que éste dé compensación alguna por las construcciones hechas. Estas se calculan, entonces, de modo que al terminar el tiempo convenido tengan el mínimo valor posible; y como los *cottages* se construyen sólo veinte o treinta años antes de tal plazo, es evidente que el empresario no querrá invertir mucho capital. Ocurre, además, que estos empresarios, en su mayor parte albañiles, carpinteros o fabricantes, sea para no disminuir el producto de los alquileres, sea por la proximidad de la cesión del terreno, no hacen ninguna reparación o hacen poquísimas; que, a causa de las crisis comerciales y de la consiguiente desocupación, calles enteras quedan frecuentemente vacías y por esto los *cottages* decaen rápidamente, volviéndose inalienables. Se calcula que, en general, las viviendas obreras pueden habitarse, término medio, sólo por cuarenta años; esto asombra si se contemplan

los macizos y bellos muros de los *cottages* nuevos, que parece debieran resistir un par de siglos; pero lo deficiente de los cimientos, la falta de reparaciones, el que estén a menudo deshabitados, el continuo movimiento de inquilinos y los deterioros ocasionados por éstos (en su mayor parte irlandeses, que suelen romper el maderamen para servirse de él como combustible), todo contribuye para que estos *cottages* estén completamente arruinados a los cuarenta años. De esto resulta que el distrito de Ancoats, nacido en los albores del florecimiento de la industria, y construido, en su mayor parte, en este siglo, tenga una cantidad de casas viejas y ruinosas que en su mayoría se hallan en el último grado de habitabilidad.

No quiero hablar aquí del capital que de tal manera se pierde; cómo con poco esfuerzo, eligiendo una disposición mejor, haciendo a tiempo las reparaciones, se hubiera podido conservar este barrio limpio, decente y habitable; me interesa solamente la condición de las casas y de los inquilinos, y debe decirse que no existe sistema más dañoso y desmoralizante, para hundir a los obreros. Este se ve obligado a vivir en tales *cottages*, porque no los puede pagar mejores o porque no existen otros mejores cerca de su fábrica, y también, a veces, porque pertenecen al fabricante y éste solamente le da trabajo si le toma una habitación. Naturalmente, el término de cuarenta años no es general, puesto que, si las habitaciones se encuentran en una parte de la ciudad muy edificada, y por lo tanto, a causa del elevado costo del terreno, existe siempre probabilidad de encontrar inquilinos, los empresarios hacen lo posible para mantener dichas habitaciones, en buen estado, más de cuarenta años; pero, por cierto, nunca hacen más de lo estrictamente necesario, y precisamente las casas reparadas son las peores. Muchas veces, cuando hay amenaza de epidemias, la conciencia de la policía sanitaria, por lo general adormecida, se despierta y manda inspecciones a los barrios obreros, cierra cantidad de sótanos y de *cottages*, como ha sucedido en numerosas calles cerca de Oldham Road; pero esto no dura mucho. Esas habitaciones clausuradas encuentran pronto inquilinos y los propietarios los buscan con mayor tranquilidad, porque saben que la policía sanitaria no vuelve pronto.

Esas partes del este y nordeste de Manchester son las únicas en que la burguesía no ha seguido construyendo, a causa de que por diez u once meses del año soplan los vientos del oeste y suroeste, que llevan siempre hacia esos lados el humo de todas las fábricas, que no es poco. Solamente los obreros pueden respirarlo.

Al sur de Great Ancoats Street, se encuentra un gran barrio obrero a medio construir, una franja de tierra de colinas desnudas, ocupada por una serie de casas colocadas desordenadamente o a *carrés*²⁷. En el medio, áreas para fábricas, vacías, desiguales, fangosas, sin vegetación, por las que apenas se puede pasar cuando el tiempo es húmedo. Los *cottages* son sucios y viejos, yacen a menudo en hondonadas y recuerdan, en general, a la ciudad nueva. La parte atravesada por el ferrocarril de Birmingham es la más edificada; por lo tanto, es también la peor. Por aquí corre, con infinitas curvas, el Medlock, en un valle semejante al del Irk. De los dos lados del río, con aguas estancadas, negras como betún, desde su entrada en la ciudad hasta su desembocadura en el Irwell, se extiende una larga franja de fábricas y viviendas obreras en las peores condiciones. La orilla es, en gran parte, abrupta y llena de construcciones, hasta dentro del río, como hemos visto igualmente en el Irk, y la disposición de las casas es señaladamente mala, tanto en la parte de Manchester como en Ardwick, Chorlton y Hulme. El lugar más horrible (si quisiéramos hablar separadamente de cada localidad, no terminaríamos más) se encuentra del lado de Manchester, al suroeste de Oxford Road y se llama la “pequeña Irlanda” (*Little-Ireland*). En un hoyo bastante profundo, contorneado en semicírculo por el Medlock y por todas partes por altas fábricas, en la ribera cubierta por altos edificios,

²⁷ En cuadrados.

se encuentran 200 *cottages* en dos grupos, la mayor parte con el muro posterior común a dos casas, y en ellas habitan 4.000 personas, casi todos irlandeses. Los *cottages* son viejos, sucios y de los más pequeños; las calles son planas, escabrosas, y en la mayor parte sin empedrado y sin desagües; por todas partes, montones de desperdicios, inmundicias y fango entre charcas; la atmósfera está apestanda por las emanaciones y se hace oscura y pesada por el humo de una docena de chimeneas; gran número de niños y mujeres, harapientos, vagan en esta localidad y están tan sucios como los cerdos que hozan en las charcas y montones de cenizas; en pocas palabras, todo el barrio presenta un aspecto tan desagradable y repugnante como el de los peores patios vecinos al Irk. Los habitantes de estos *cottages*, con las ventanas rotas cubiertas de papel untuoso, las puertas carcomidas y desquiciadas, sótanos oscuros y húmedos, quienes viven entre aquella suciedad infinita y aquel hedor, en aquella atmósfera casi intencionalmente cerrada, deben de haber caído, en verdad, en el grado más bajo de la humanidad. Tal es la impresión y la conclusión final que se impone a una persona, tras un examen superficial de este barrio. Pero ¿qué decir si nos enteramos²⁸ que en estas casuchas, que contienen, a lo sumo, dos piezas y un desván, quizá un sótano, habitan, término medio, veinte individuos, y que en el barrio entero hay una letrina para cada 120 personas (naturalmente, en la mayoría de los casos inaccesible), y que a pesar de todas las prédicas de los médicos, a pesar de toda la conmoción de que fue presa la administración sanitaria en la época del cólera (en cuanto a las condiciones de la pequeña Irlanda), hoy, en el año de gracia de 1844, todo está todavía en el mismo estado que en 1831? El Dr. Kay cuenta que no sólo los sótanos, sino todos los pisos bajos, en este barrio, son húmedos; que cierto número de sótanos fueron llenados de tierra, pero fueron después nuevamente vaciados y ahora están habitados por irlandeses; que, en un sótano bajo el nivel del río, el agua brotaba de continuo por una boca cerrada con arcilla, de manera que el inquilino, un tejedor, debía cada día secar el sótano y echar el agua a la calle.

Más allá, hacia el lado izquierdo del Medlock, está Hulme, que es, exclusivamente, un barrio obrero, en condiciones casi del todo similares a las de Ancoats. Los barrios con muchas construcciones son, en su mayor parte, malos y casi en ruinas; los menos populosos están contruidos según la nueva moda, aireados, pero los más están hundidos en el fango. El estado de los *cottages* es generalmente húmedo, como la estructura de las calles internas y los sótanos habitados. En la orilla opuesta del Medlock, en Manchester propiamente dicho, se encuentra un segundo gran barrio obrero que se extiende a ambas partes de Deansgate, hasta el barrio comercial y que nada tiene que envidiar a la ciudad vieja. Especialmente en la vecindad del barrio comercial, entre Bridge Street y Quai Street, Princess Street y Peter Street, el modo de construir las casas, pegada una a otra, que hemos encontrado en los patios de la ciudad vieja, ha empeorado. Aquí se ven calles largas y estrechas, entre ellas patios angostos, y en los rincones, los pasajes con entrada y salida colocados de modo tan irregular, que en este laberinto, a cada instante, si no se conoce exactamente cada pasaje y cada plazuela, se cae en un callejón sin salida. En tales calles, estrechas, ruinosas y sucias, habita, según el Dr. Kay, la clase más desmoralizada de todo Manchester; sus oficios son el robo y la prostitución y, según todas las apariencias, el Dr. Kay tiene esta vez nuevamente razón. Cuando, en 1831, la policía sanitaria hizo su inspección, encontró la suciedad tan grande como cerca del Irk, y en la “pequeña Irlanda” (que ahora las cosas no están en mejores condiciones, puedo atestiguarlo yo mismo), y entre otros casos, encontró que en Parliament Street, para 390 personas, y en Parliament Passage, para treinta casas pobladísimas, había una sola letrina.

²⁸ Dr. Kay, obra citada.

Vayamos del Irwell a Salford; encontramos en una península formada por este río, una ciudad de 80.000 habitantes, que, en un solo barrio obrero, atravesado por una sola larga calle, Salford, en un tiempo más importante que Manchester, era la cabeza del distrito circundante, al cual da todavía nombre (Salford Hundred). En consecuencia, existe también aquí un barrio bastante viejo, y por ello muy malsano, sucio y arruinado, que se encuentra frente a la iglesia vieja de Manchester y está en tan mal estado como la vieja ciudad del otro lado del Irwell. Más lejos del río, en el valle, hay un nuevo distrito, que tiene, sin embargo, más de cuarenta años y está bastante destruido. Toda Salford está construida con patios y callecitas, tan estrechas, que me recuerdan las calles más estrechas que he visto, las de Génova. Bajo este aspecto, el modo en que está construida Salford es todavía peor que el de Manchester, y otro tanto puede decirse de la limpieza. Si en Manchester la policía visitaba los barrios obreros al menos de tiempo en tiempo (a intervalos de seis a diez años), cerró las habitaciones peores e hizo limpiar los lugares más sucios de este establo de Augias, aquí en Salford parece que no hizo absolutamente nada. Las estrechas vías laterales y los patios de Chapel Street, Greengate y Gravel Lane, después de su construcción no han sido limpiados más. Ahora, el ferrocarril de Liverpool pasa por en medio, sobre un alto viaducto, y numerosos rincones sucios han desaparecido, pero esto es insignificante. Si se pasa por ese viaducto se ve bastante suciedad y miseria; si alguien se toma la molestia de recorrer aquellas callejuelas, de mirar a través de las puertas y ventanas abiertas, en los sótanos y las casas, se persuadirá, a cada momento, de que los obreros de Salford viven en habitaciones donde la limpieza y la comodidad son imposibles. Las mismas condiciones encontramos en las partes más alejadas de Salford, Islington, Regent Road y detrás del ferrocarril de Bolton. Las viviendas obreras entre Oldfield Road y Gross Lane, donde se encuentra, a ambos lados de Hope Street, una masa de patios y callejuelas en pésimo estado, rivalizan en suciedad y densidad de población con la ciudad vieja de Manchester. En esta localidad encontré un hombre que por su aspecto podía tener sesenta años, y vivía en el establo de una vaca. Había provisto aquella casa cuadrangular, sin ventanas ni pavimento, de una especie de chimenea, había llevado su lecho y allí vivía, aunque la lluvia atravesara el techo arruinado. El hombre era demasiado viejo para tener un trabajo regular y vivía transportando estiércol con su carrito; los montones de estiércol estaban cerca de su establo.

Así son los barrios obreros de Manchester, como tuve ocasión de observarlo yo mismo, durante veinte meses. Resumiendo el resultado de nuestra peregrinación por esta localidad, debemos decir que los 350.000 obreros de Manchester y sus suburbios habitan casi todos en *cottages* malos, húmedos y sucios; que las calles de estos barrios están en el peor estado y la mayor suciedad, sin ningún cuidado por la ventilación y dispuestas sólo con vistas a la ganancia del constructor; en una palabra, podemos decir que en las habitaciones de los obreros de Manchester no es posible ninguna limpieza, ninguna comodidad y tampoco ningún confort; que en esas habitaciones sólo una raza no ya humana, degradada, enferma del cuerpo, moral y físicamente rebajada al nivel de las bestias, puede sentirse feliz y a su gusto. Y no soy el único en sostener esto; hemos visto que el Dr. Kay hace la misma descripción, y quiero exponer lo que dice un liberal, una autoridad conocida y muy apreciada por los liberales, un adversario fanático de cada movimiento independiente de los obreros, el señor Senior²⁹: “Cuando estuve en las habitaciones de los trabajadores de las fábricas de Ancoats, de la ciudad irlandesa y de la “pequeña Irlanda”, me asombré de que fuese posible conservar una salud tolerable en tales viviendas. Estas ciudades (ya que lo son por la extensión y por el número de sus habitantes) han sido construidas con una falta absoluta de cuidado respecto a todo,

²⁹ Nassau W. Senior: *Letters on the Factory Act to the Rt. Hon. the President of the Board of Trade*. (Chas. Poulett Thomson Esq.) London, 1837, p. 24.

exceptuando la utilidad inmediata de los especuladores que las construían. Un carpintero y un albañil se asociaban para comprar un terreno (es decir, para tomarlo en alquiler por cierto número de años) y cubrirlo de casas, por llamarlas de algún modo: en un lugar encontramos una calle entera que seguía por una profunda zanja, a fin de poder construir los sótanos sin el gasto de la excavación, sótanos que no servían como escondrijo o negocio, sino como habitaciones para seres humanos. *Ninguna casa en esta calle escapó al cólera*. Y, en general, las calles en estos suburbios están sin empedrar, con un montón de estiércol y una charca en el medio; las casas están construidas con el muro posterior en común y sin ventilación o posible desecamiento, y familias enteras viven amontonadas en el rincón de un sótano o en un desván”.

Hice mención, además, de una actividad excepcional de la policía sanitaria, en el tiempo del cólera en Manchester. Cuando esta epidemia se acercó, la burguesía de la mencionada ciudad sintió un terror general; se acordaba entonces de las malsanas habitaciones de los obreros y temblaba ante la certidumbre de que cada uno de estos barrios sería un centro de contagio, de donde éste llevaría la desolación en todas direcciones, hasta los barrios de las clases poseedoras. En seguida se nombró una comisión de sanidad para inspeccionar esos barrios e informar de su estado, exactamente, al Consejo de la Ciudad. El Dr. Kay, miembro de la comisión, que visitó minuciosamente todos los distritos de policía, menos el undécimo, da algunos datos de su informe. Se inspeccionaron en total 6.951 casas (naturalmente, sólo en Manchester *propriadamente dicha*, excluyendo Salford y los suburbios); de ellas, 2.565 tenían necesidad urgente de ser revocadas interiormente, 960 estaban fuera de toda reparación (*were out of repair*), 936 no tenían conductos suficientes, 1.435 eran húmedas, 452 mal ventiladas, 2.221 sin letrinas. De las 687 calles inspeccionadas, 248 no estaban empedradas, 53 lo estaban sólo en parte, 112 estaban mal ventiladas y en 352 se encontraron charcas pestilentes, montones de inmundicias, residuos, etc. Como es natural, fue absolutamente imposible limpiar semejante establo de Augias, después de la llegada del cólera; hubo que limitarse a la limpieza de algunas de las partes peores y las restantes se dejaron como estaban: se comprende que, en los lugares limpiados, como lo prueba la “pequeña Irlanda”, después de un par de meses se encontraba la misma suciedad de antes. Y sobre la condición interna de esas habitaciones, la misma comisión refirió cosas semejantes a las que ya conocíamos de Londres, Edimburgo y otras ciudades. “Frecuentemente, una familia irlandesa entera está amontonada en un solo lecho; a menudo se encuentran montones de paja sucia y andrajos de viejos sacos, todo mezclado; en tales viviendas, todos están rebajados por la necesidad, la inconciencia y la negligencia. A menudo los inspectores encontraron, en una casa con dos piezas, dos familias: un dormitorio servía para las dos, la otra para cocina y comedor; y a menudo más de una familia habitaba en un sótano húmedo, en cuya atmósfera pestilente estaban encerrados doce o dieciséis individuos; además de estos focos de enfermedades se veían allí cerdos y otras cosas de la especie más repugnante”³⁰. Debemos agregar que muchas familias, incluso las que tienen una sola pieza, aceptan, mediante pago, pensionistas y personas para dormir; y tales personas, de ambos sexos, duermen en el mismo lecho de los inquilinos ordinarios; y así, por ejemplo, el informe sobre las condiciones sanitarias de la clase obrera de Manchester manifiesta que seis, o más veces, fueron encontrados durmiendo *en la misma cama* un hombre, su mujer y su cuñada adulta. Las ya nombradas casas de alojamiento son aquí también muy numerosas. El Dr. Kay, en 1831, establece su número en 267 en Manchester *propriadamente dicha*, y desde entonces deben de haber aumentado. Cada una recibe de veinte a treinta huéspedes y juntas dan alojamiento de cinco a seis mil personas; el carácter de las casas y de sus

³⁰ Dr. Kay, p. 32.

clientes es el mismo que en las otras. En cada pieza se encuentran de cinco a siete camas, en el suelo y en ellas se acuestan cuantas personas puedan, tal como estén, y todas amontonadas. La atmósfera física y moral que predomina en tales cuevas no es para ser descrita. Cada una de esas casas es un centro de delitos y un campo de acciones que sublevan la humanidad y que tal vez no se hubieran consumado sin esta violenta centralización de la inmoralidad³¹. El número de los que habitan en sótanos está calculado, por Gaskell, en 20.000 en Manchester propiamente dicha. El *Weekly Dispatch* afirma, según informaciones oficiales, que son el 12 por ciento de la población obrera, y ello concuerda plenamente con cuanto se ha dicho antes; y siendo el número de obreros de 175.000, los 21.000 corresponden exactamente al 12 por ciento. Los sótanos habitados son, en los suburbios, tan numerosos como en la ciudad, y por tal motivo las personas que habitan en los sótanos de Manchester, tomadas en conjunto, no son menos de 40 a 50.000. Es suficiente en cuanto a las habitaciones de los obreros en las grandes ciudades. La forma en que se satisface la necesidad de albergue da la medida de cómo son satisfechas todas las demás. Se comprende que en tales ratoneras sucias solamente pueden vivir harapientos y mal nutridos. Y así es en los hechos. Los trajes de los obreros están, en su mayor parte, en las peores condiciones. La tela que usan no es de la más apropiadas, la lana y el hilo casi han desaparecido de sus armarios, sustituidos por el algodón; las camisas son de tela de algodón blanco o de color; igualmente, los vestidos de las mujeres son, en su mayor parte, de tela de algodón generalmente estampada; vestidos de lana se ven muy raramente entre la ropa que se da a lavar. Los hombres, en general, tienen pantalones de pana de algodón y otras telas pesadas; manteles y chaquetas son de la misma tela. La pana de algodón (*fustian*) se ha vuelto, proverbialmente, el traje de los obreros; *fustian-jackets*, con tal nombre se denominan los obreros y se llaman entre sí, en contraposición a los ricos, que se visten con paño de lana (*broad-cloth*). Este último término es también empleado para designar la clase media.

Cuando Feargus·O'connor, el jefe de los cartistas, durante la insurrección de 1842 llegó a Manchester, apareció, entre los aplausos frenéticos de los obreros, con un traje de pana de algodón. En Inglaterra el sombrero es usado, generalmente, también por los obreros, quienes los llevan de las formas más diversas, redondos, cónicos o cilíndricos, de alas largas o estrechas, o sin ellas; sólo los jóvenes usan gorra en las ciudades industriales. El que no tiene sombrero se hace una gorrita baja, cuadrangular, de papel. La vestimenta íntegra de los obreros (aún si está en buenas condiciones) es poco adecuada al clima. El aire húmedo de Inglaterra, que más que ningún otro, por sus repentinos cambios, produce enfriamientos, constriñe a la clase media a llevar franela directamente sobre el cuerpo; corbatas, chalecos y fajas de franela son de uso casi general. La clase obrera no sólo no toma tales precauciones, sino que, por el contrario, comúnmente no está en condiciones de adoptar ni una hebra de lana para vestirse. Las pesadas telas de algodón, aunque más gruesas, más rígidas y más pesadas que el paño de lana, preservan menos que éste, retienen mucho tiempo el frío y la humedad; quedan, por el grosor y la naturaleza

³¹ P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England, its Moral, Social and Physical Condition, and the changes, which have arisen from the Use of Steam-Machinery with an Examination of infant Labour*. "Fiat Justitia", 1833. Describe principalmente la condición de los obreros de Lancashire. El autor es un liberal que escribía en una época en la que no concernía todavía al liberalismo magnificar la "felicidad" de los obreros. Por esto, no tiene todavía prejuicios y puede tener ojos para ver los males del estado actual y especialmente del sistema de las fábricas. Pero también escribía antes que la Factories Inquiry Commission y repite de fuentes equívocas opiniones refutada después por el informe de la comisión. La obra, aunque buena en su conjunto, debe (también porque Kay confunde la clase obrera en general con la clase obrera de las fábricas en particular) utilizarse con cuidado en algunas partes. La historia del desarrollo del proletariado, dada en la introducción, está tomada principalmente de esta obra.

del material, mucho más tiempo húmedas y, sobre todo, no tienen la calidad del paño abatanado de lana. Y si el obrero quiere procurarse un traje de paño para los domingos, debe ir a uno de los negocios que venden barato, donde compra paño malo, el llamado *devil's dust*³², que “está hecho sólo para vender, no para usar” (después de quince días se deshilacha o deja ver la trama) o debe comprar en lo del ropavejero un traje viejo, medio roto, que ya ha servido mucho y que podrá serle útil solamente por pocas semanas. Pero, además, de esto, en la mayoría de los casos el guardarropa se va reduciendo, gastando, y de tiempo en tiempo se produce la necesidad de llevar las mejoras ropas al montepío. Para un número muy grande de obreros, especialmente para los de sangre irlandesa, los trajes son un puro harapo. Frecuentemente no se pueden remendar más, ni es posible siquiera reconocer el color, por los remiendos. Los ingleses y los anglo-irlandeses los repasan todavía y en este arte hacen prodigios. No les importan que sean lana o tela de pana de algodón para chaquetas o viceversa; los irlandeses inmigrantes no remiendan, sino en caso de extrema necesidad, cuando ya el traje se está partiendo en dos; ordinariamente, las hilachas de la camisa sobresalen de los faldones de la chaqueta o del pantalón, llevan, como dice Thomas Carlyle³³: “Un traje de andrajos, de modo que la operación más difícil es vestirse y desvestirse, y sólo se cambian en los días de fiesta y con tiempo extremadamente favorable”. Además, los irlandeses han introducido en Inglaterra el uso de andar descalzos, uso antes desconocido. Ahora se ve, en todas las ciudades industriales, cantidad de personas descalzas, niños y mujeres, en particular, y tal uso se introduce, poco a poco, también entre los ingleses más pobres.

Lo mismo que se ha dicho de la vestimenta puede decirse de los alimentos. Los obreros compran lo que es demasiado malo para la clase poseedora. En las grandes ciudades de Inglaterra pueden obtenerse todas las cosas mejores, pero cuestan caro; el obrero que debe mantener la casa con pocos centavos no puede emplear mucho para sus compras; además, el salario le es pagado, en general, el sábado a la tarde (ya se ha comenzado a pagar el viernes, pero esta costumbre, muy buena, está lejos de haberse generalizado) y por eso sólo puede ir al mercado el sábado a la tarde, a las cuatro, las cinco o las siete; la clase media ya ha sacado del mercado lo mejor, desde la mañana. A la mañana, el mercado abunda de las cosas mejores, pero cuando los obreros llegan, lo mejor ha sido ya vendido, y aun cuando así no fuera, probablemente no podría comprarlo. Las papas compradas por los obreros son, en su mayor parte, malas; legumbres pasadas, el queso viejo y de mala calidad, el tocino rancio, la carne flaca, vieja, dura, de animales viejos o enfermos, a menudo ya medio podrida. Los vendedores son, en su mayoría, pequeños revendedores que compran las cosas peores, que pueden revender así a poco precio, a causa de su mala calidad. Los obreros más pobres deben usar aún alguna treta para poder tener con su escaso dinero el artículo que desean comprar, aunque sea de la última calidad. Como las tiendas deben cerrarse a mediodía del sábado y el domingo permanecen cerradas, entre las 10 y las 12 del sábado se venden a precio bajísimo todas aquellas mercancías que no se pueden conservar hasta el lunes. De aquello, sin embargo, las diez o las nueve décimas partes no son ya utilizables el domingo a la mañana, y esos artículos forman la comida dominical de la clase obrera más pobre. La carne comprada por los obreros es a menudo incomible, pero como la han comprado, deben comerla. El 6 de enero de 1844 (si no me engaño) hubo una reunión del tribunal del mercado (*court leet*) en Manchester y once revendedores fueron condenados por haber vendido carne incomible. A cada uno se le confiscaron de cincuenta a sesenta libras de carne, o corderos,

³² Restos del diablo, porque se trataba de paño confeccionados a base de restos de lana de poco valor y elaborados directamente en la abridora de lana sucia; ‘devil’ significa en inglés diablo y también designa esa máquina.

³³ Thomas Carlyle: *Chartism*, London, 1840, p. 28.

o un ternero o un cerdo enteros, todos en ese estado. Cerca de uno de ellos fueron secuestrados sesenta y cuatro gansos de Navidad rellenos, que quedaron sin vender en Liverpool y fueron enviados a Manchester, a cuyo mercado llegaron putrefactos y hediondos. La historia completa, con los nombres de los condenados y el monto de la pena, fue entonces minuciosamente expuesta en el *Manchester Guardian*. En las seis semanas, desde el 19 de julio al 14 de agosto, dicho diario publica otros tres casos de la misma especie; según el número del 3 de julio, en Heywood se confiscó a un carnicero un cerdo de doscientas libras que, encontrado muerto y putrefacto, fue cortado en pedazos y puesto en venta; según el número del 31 de julio, dos carniceros de Wigan, uno de los cuales era reincidente, fueron condenados, por vender carne incomible, a dos y cuatro libras esterlinas de multa, respectivamente; en el número del 10 de agosto se narraba que a un comerciante de Bolton le fueron secuestrados veintiséis jamones incomibles; los jamones fueron públicamente quemados y el comerciante multado en veinte libras esterlinas. Y esto está muy lejos de ser una lista completa, ni siquiera es el término medio de casos correspondientes a siete semanas, sobre las cuales se pueden calcular la media anual; sucede a menudo que cada número del *Guardian*, que se publica dos veces por semana, trae una lista de tales casos, ocurridos en Manchester o en el distrito circundante; y si se piensa cuántos casos no son penados, por la extensión del mercado, que se extiende por todas las calles principales y por la poca vigilancia de los inspectores del mercado, ¿cómo se explicaría la desfachatez con que se llevan a vender al mercado estos animales?; si se piensa qué grande debe ser la tentación, en los casos antedichos, porque las penas son increíblemente leves; si se piensa en qué condición debe estar un pedazo de carne para ser confiscada por los inspectores, como completamente incomible, puede darse por imposible que los obreros tengan normalmente carne buena y nutritiva. Pero aún son burlados de otro modo, por la avidez de dinero de la clase media. Los negociantes y fabricantes falsifican todos los alimentos de manera injustificable y sin ningún miramiento por la salud de quienes deben consumirlos. Antes dejamos hablar al *Guardian*; ahora dejemos hablar a otro diario de la clase media (me gusta tomar como testimonios a mis adversarios); escuchemos al *Liverpool Mercury*: “Manteca salada es vendida como fresca, o se cubre el pedazo de manteca salada con una capa de manteca fresca, o bien se expone, para hacerla probar, manteca fresca y después de probada se vende la salada, o también se le quita la sal y se vende como manteca fresca. Al azúcar se le mezcla arroz en polvo y otras materias baratas y el todo se vende a precio de azúcar. Los residuos de las fábricas de jabón son igualmente vendidos, mezclados con otras substancias, como azúcar. Al café en polvo se le mezcla achicoria, u otras materias elaboradas como grano de café. El cacao es a menudo mezclado con tierra oscura, pulverizada con minuciosidad y fácilmente mezclable con el cacao, mediante la grasa.

El té es mezclado con hojas de ciruelo, y se venden como té fresco las hojas de té usado, secadas, tostadas con ramas calentadas para darles color. La pimienta se falsifica con polvo de corteza, etc.; el vino de Oporto está notoriamente falsificado (con alcohol, materias colorantes, etc.), porque se bebe en Inglaterra más que cuanto produce todo Portugal, y el tabaco es mezclado con materias nauseabundas de toda especie, en todas las formas en que ese artículo es puesto en venta”. (Puedo agregar que, a causa de la general sofisticación del tabaco, aún entre los más distinguidos tabacales de Manchester, éstos declararon públicamente que ninguno de tales negocios puede sostenerse sin falsificaciones y que ningún cigarro que cueste menos de tres peniques puede ser tabaco). Como es natural, todo lo que se refiere a la falsificación de los medios de nutrición no termina aquí; podría enumerar, por lo menos, una docena más de casos: entre otros, la vileza de mezclar yeso o creta a la harina; en todos los artículos se engaña; la franela, las medias, etc., se estiran para que parezcan más grandes y al primer lavado encogen; paño

delgado es vendido como del ancho de un dedo y medio o tres; la mayólica está cubierta por una capa casi transparente para hacerla aparecer como si estuviese esmaltada, pero prontamente se gasta; y así ciento de otras infamias. *Tout comme chez nous*³⁴; pero los que mayormente soportan la consecuencia de la falsificación son los obreros. El rico no es engañado porque puede pagar los precios elevados de las grandes tiendas, que tienen que mantener su prestigio y que se perjudicarían mucho teniendo mercaderías malas o falsificadas; el rico está habituado a la buena comida y con su paladar delicado nota el engaño fácilmente. Pero el pobre, el obrero, para quien un par de centavos cuentan mucho, que por poco dinero debe adquirir muchas mercaderías, que no debe ni puede examinar escrupulosamente la calidad, porque no tiene ocasión de educar su gusto, que recibe todas las mercaderías falsificadas y a menudo envenenadas, acude a los pequeños comerciantes, debe, tal vez, comprar a crédito, y estos negociantes, que a causa de su pequeño capital y del mayor precio de compra no pueden vender de ningún modo a bajo precio, como los grandes vendedores a menudeo, deben, por el bajo precio que exigen sus clientes y para vencer la competencia de los otros, quieras o no, procurarse mercaderías falsificadas. Además, si un importante vendedor minorista, que ha empeñado en su negocio un gran capital, se dejara atrapar como falsificador estaría arruinado; ¿qué tiene que temer, en cambio, un pequeño comerciante que provee de géneros a una sola calle, si se descubren sus falsificaciones? Si en Ancoats no se tiene más confianza en él, se va a Charlton, o a Hulme, donde nadie lo conoce y donde comienza de nuevo a engañar; las penas legales amenazan las más mínimas falsificaciones, aunque involucren solamente una sustracción al impuesto sobre el consumo.

Pero no sólo en la calidad, sino también en la cantidad de las mercaderías es engañado el obrero inglés; los pequeños comerciantes tienen, en su mayor parte, pesas y medidas falsas; y puede verse una increíble cantidad de condenas que se producen diariamente, según las informaciones policiales, por dichos delitos. Cuán general es esta especie de engaño en los distritos fabriles pueden indicarlo algunos extractos del *Manchester Guardian*; abarcan sólo un tiempo limitado y, además, no tengo todos los números.

Guardian, 16 de junio de 1844, sección de *Rochdale*: 4 comerciantes condenados a cinco y diez chelines de multa por pesas muy livianas; sección de *Stockport*: 2 comerciantes a un chelín de multa; uno de ellos tenía siete pesas muy livianas y además un plato de la balanza falso; ambos habían sido precedentemente amonestados.

Guardian, 19 de junio. Sección de *Rochdale*: castigados un comerciante y dos aldeanos en diez chelines.

Guardian, 22 de junio. *Manchester*, juzgado de paz: 19 revendedores penados de dos chelines y medio a dos libras esterlinas.

Guardian, 26 de junio. Sección de *Ashton*: 14 comerciantes y aldeanos castigados, de dos chelines a una esterlina. Pequeñas secciones de *Hyde*: 9 aldeanos y comerciantes condenados a costas y cinco chelines de multa.

Guardian, 9 de julio. *Manchester*: 16 comerciantes condenados a costas y multas hasta diez esterlinas.

Guardian, 13 de julio. *Manchester*: 9 comerciantes penados con multas de dos chelines y medio a veinte.

Guardian, 24 de julio. *Rochdale*: 4 comerciantes castigados con multa de diez a veinte chelines.

Guardian, 27 de julio. *Bolton*: 12 comerciantes condenados a la multa de dos chelines y medio a cinco chelines.

³⁴ Todo como con nosotros.

Guardian, 3 de agosto. *Bolton*: un comerciante condenado a cinco chelines de multa.

Y por los mismos motivos que hacen que el engaño en la calidad de las mercaderías recaiga sobre los obreros, también sobre ellos recae el engaño relativo a la cantidad.

La alimentación ordinaria de los obreros, naturalmente, varía según el salario. Los mejores pagados, especialmente los obreros de las fábricas, con miembros de familia en condiciones de ganarse la vida, tienen, mientras esto dura, buen alimento, carne diariamente, a la noche tocino y queso. Los obreros que ganan menos comen carne solo los domingos o dos o tres veces por semana; por lo tanto, mayor cantidad de papas y de pan; descendiendo poco a poco en la escala, encontramos reducida la carne a un poco de tocino cortado y papas; más abajo todavía, encontramos sólo queso, pan, *porridge*³⁵ y papas hasta que, en los grados más bajos, entre los irlandeses, las papas constituyen el único alimento. Se bebe después, en general, un té ligero mezclado con azúcar, leche y aguardiente; el té es considerado en Inglaterra, y también en Irlanda, una bebida necesaria e indispensable, como entre nosotros el café, y donde ya no se bebe té es que domina la más tétrica pobreza.

Todo esto en el supuesto caso de que el obrero tenga ocupación; si no tiene trabajo, es abandonado enteramente al acaso y come lo que le regalan y lo que recoja pidiendo limosna, o lo que roba; y si nada recibe, como hemos visto, padece hambre. Se comprende que la cantidad, como la calidad de la comida, es adecuada al salario, y que, entre los obreros peor pagados, aun durante el tiempo en que tienen trabajo, especialmente si tienen una familia numerosa, domina el hambre; y el número de estos obreros es muy grande. Particularmente en Londres, donde la competencia de los obreros crece en la misma medida que la población, esta clase es muy numerosa, pero existe también en todas las otras ciudades. Se buscan todos los expedientes posibles, se comen cáscaras de papas, restos de legumbres, verduras en putrefacción³⁶ a falta de otro alimento, y todo lo que todavía contiene, tal vez, un átomo de alimento. Y si el salario semanal está exhausto antes de terminar la semana, sucede frecuentemente que durante los últimos días de ésta la familia no tiene ningún alimento o sólo lo estrictamente necesario para no morir de hambre. Tal género de vida no puede, naturalmente, sino producir numerosísimas enfermedades, y si este presente hiere al hombre, de cuyo trabajo vive, principalmente, la familia, y cuya actividad despreciada requiere el máximo de nutrición, si después sucumbe, se enferma, la miseria es todavía más grande. De tal manera se manifiesta la brutalidad con que la sociedad abandona a sus propios miembros, justamente en el momento en que ellos tienen la máxima necesidad de ser ayudados.

Resumiendo, así, para concluir, los hechos expuestos: las grandes ciudades están principalmente habitadas por obreros; en el caso más favorable, se tiene un burgués sobre dos obreros, a menudo tres y raramente sobre cuatro obreros; estos obreros no tienen ninguna propiedad y viven del salario que casi siempre pasa de su mano a la boca; la sociedad, dividida en átomos, no se preocupa por él, deja que se cuide a sí mismo y a su familia, y no le da los medios de poder hacerlo de un modo duradero y eficaz.

Cada obrero, aún el mejor, está siempre sujeto a que le falte el pan, es decir, a la muerte por hambre, y muchos sucumben; las viviendas de los obreros están generalmente mal agrupadas, mal construidas, mantenidas en pésimo estado, mal ventiladas, son húmedas y malsanas; los inquilinos están encerrados en el más estrecho espacio y, en la mayoría de los casos, en una pieza duerme por lo menos una familia; la disposición

³⁵ Gachas.

³⁶ *Weekly Dispatch*, abril o mayo de 1844, según una encuesta del doctor Southwood Smith sobre la condición de los pobres en Londres.

interior de las habitaciones es pobre en diversos grados, hasta llegar a la absoluta falta de los muebles más necesarios; los trajes de los obreros son, generalmente miserables y con muchísimas roturas; los alimentos son malos, frecuentemente casi incomedibles y también, al menos por períodos, insuficientes, de modo que en la mayoría de los casos el obrero sufre hambre. La clase obrera de las grandes ciudades ofrece una condición de vida de diversas gradaciones, en casos favorables, una existencia temporariamente soportable, buen salario por un trabajo intenso, buena habitación y alimentos no malos. Todo bueno y pasable, naturalmente desde el punto de vista de los obreros; en el caso peor, la miseria más extrema; que puede llegar hasta la falta de techo y el hambre; el término medio se acerca más al caso peor que al mejor. Y estas gradaciones no se dividen en clases, de modo de poder decir: a esta fracción de trabajadores le va bien, a aquella le va mal, esto es así y así fue siempre; pero aunque aquí y allá se dé el caso de que grupos de obreros aislados ganen un privilegio sobre los otros, la posición del obrero oscila tanto en cada ramo que a cada obrero puede ocurrirle recorrer todas las gradaciones, desde un confort relativamente soportable, a la miseria extrema, al hambre; cualquier proletario inglés puede narrar notables cambios de fortuna. Queremos observar ahora, más particularmente, sus causas.

La competencia

Hemos visto en el prefacio cómo la competencia, que apareció al comienzo del movimiento industrial, creó el proletariado, al elevar, por la creciente demanda de telas tejidas, el salario de los tejedores, e induciendo así a los tejedores-agricultores a abandonar el cultivo de sus campos para poder ganar más en el telar; hemos visto cómo reemplazó a los pequeños agricultores por el sistema de la cultura en grande, cómo los transformó en proletarios y, después, cómo los trajo, en parte, a las ciudades; hemos visto de qué manera arruinó, en su mayoría, a la pequeña burguesía, y cómo, igualmente, gravitó sobre los proletarios, cómo centralizó el capital en manos de pocos y la población en las grandes ciudades. Estas son las diversas vías y los medios por los cuales la competencia creó y ensanchó el proletariado, como sucedió en la industria moderna, a plena luz y dando libertad al desarrollo de todas sus consecuencias. Ahora hemos de considerar su influencia en el ya existente proletariado. Y aquí, en primer lugar, debemos explicar en sus consecuencias la competencia de los trabajadores aislados entre sí.

La competencia es la expresión más completa de la guerra de todos contra todos, dominante en la moderna sociedad burguesa. Esta guerra, guerra por la vida, por la existencia, *por cada cosa*, por lo tanto, en caso de necesidad, una guerra de vida o muerte, no existe solamente entre las clases diversas de la sociedad, sino, además, entre los particulares individuos de estas clases; cada uno estorba al otro y cada cual busca suplantarlo a todos aquellos que están en su camino y ocupar su lugar. Los trabajadores se hacen competencia entre sí, los burgueses hacen otro tanto. Los tejedores mecánicos compiten con los tejedores a mano; el tejedor empleado y mal pagado, contra aquel mejor pagado, a quien trata de suplantarlo.

Pero esta competencia entre los trabajadores es el lado más triste de su actual condición, el arma más aguda contra el proletariado, en manos de la burguesía. De ahí los esfuerzos de los trabajadores para suprimir, con las asociaciones, esta competencia; de ahí el furor de la burguesía contra estas asociaciones y su triunfo por cada derrota sufrida por ellas.

El proletariado no tiene apoyo; no puede vivir por sí mismo ni un solo día. La burguesía se apropia del monopolio de todos los medios de subsistencia, en el significado más estricto de la palabra. El proletariado sólo puede recibir, de esta burguesía, lo que necesita, mientras ella es protegida en su monopolio por la fuerza del estado. El proletariado es, por lo tanto, legalmente, y de hecho, el esclavo de la burguesía; ella puede disponer de su vida y de su muerte. Le ofrece los medios de subsistencia, pero por un equivalente, por su trabajo; le deja, sin embargo, la apariencia, como si tratasen por su libre voluntad, por consenso libre, sin restricciones, como si el hombre concluyese con ella un contrato. ¡Hermosa libertad, donde al proletariado no le queda otra elección que suscribir las condiciones que le impone la burguesía, o morir de hambre y de frío, o echarse desnudo junto a los animales de la selva! ¡Hermoso “equivalente”, cuyo importe total está del todo en la voluntad de la burguesía! Y si existe un proletario tan loco que prefiera morir de hambre a conformarse con las propuestas “a buen precio” de los burgueses, “*de sus naturales superiores*”³⁷, después de todo se encuentran fácilmente

³⁷ Expresión favorita de los fabricantes ingleses.

otros, hay bastantes proletarios en el mundo, y no todos son tan locos, no todos prefieren la muerte a la vida.

Ahora tenemos la recíproca competencia de los proletarios. Si *todos* ellos hubieran expresado solamente su voluntad de morir de hambre antes que trabajar para la burguesía, ésta tendría que desistir ya de su monopolio; pero no es éste el caso, es un caso imposible, y de ahí que la burguesía esté siempre de buen humor. Esta competencia de los trabajadores sólo [tiene] una barrera; ningún trabajador querrá trabajar por menos de lo que es necesario para su subsistencia; preferirá, de buena gana, morir de hambre en el ocio, que trabajando. En verdad, esta barrera es relativa; uno tiene más necesidades que otro, uno más que otro está habituado a mayores comodidades; el inglés, que es un poco más civilizado, tiene más necesidades que el irlandés, que va en harapos, come papas y duerme en pocilgas. Pero esto no impide a los irlandeses hacer la competencia a los ingleses y poco a poco rebajar el salario y, con ello, el grado de civilización del obrero inglés descenderá al nivel del irlandés. Ciertos trabajadores requieren un determinado standard, como ser, casi todos los de la industria; de ahí que, en este caso, en interés de la burguesía misma, el salario debe ser alto de modo que haga posible al trabajador mantenerse en esa esfera. El irlandés que, apenas llegado, se aloja en el primer establo, que si tiene una habitación soportable cada semana es echado a la calle porque bebe todo y no puede pagar el alquiler, sería un mal obrero industrial; por eso ha de darse a los trabajadores industriales cuanto les es necesario para instruir a sus hijos en el trabajo reglamentado (pero no más, para que no puedan privarse de la ganancia de sus muchachos y dejarlos que lleguen a algo más que a simples trabajadores). También aquí la barrera del salario mínimo es relativa; en la familia en que todos trabajan, el individuo tiene necesidad de ganar mucho menos y la burguesía ha aprovechado la coyuntura que le presentaba el trabajo mecánico para rebajar brutalmente el salario, con la ocupación y explotación de mujeres y niños. Naturalmente, no en toda familia cada uno puede trabajar, y una familia como ésa estaría mal si quisiera trabajar por el mínimo de salario valuado sobre una familia entera apta para el trabajo; por eso el salario se fija en un término medio, con el cual, a la familia que es capaz de trabajar toda entera, le va bastante bien, y a aquella cuyo número de miembros hábiles para el trabajo es menor le va bastante mal. Pero en el caso más triste, cada obrero renunciará al bocadito de lujo y al nivel de vida a que estaba habituado, para continuar solamente su desnuda existencia; querrá más bien un establo de cerdos que quedar sin refugio, querrá antes harapos que quedar sin vestimenta, papas antes que morir de hambre. A la espera de tiempos mejores, el trabajador estará contento con su salario medio, más bien que quedarse mudo en la calle y morir después ante la vista de todo el mundo, como lo ha hecho algún hambriento. Este bocadito, esta poca cosa, poco más que nada, es el mínimo de salario. Y si hay más trabajadores de los que la burguesía estima necesario ocupar; si después, al término de la lucha de competencia, resulta superfluo un número de obreros que no encuentran ningún trabajo, estos obreros deben morir de hambre, porque la burguesía no les dará trabajo, probablemente, si no puede vender el producto con utilidad.

Veamos, por lo tanto, qué es el salario mínimo. Es establecido por la competencia entre los burgueses, porque la competencia existe también entre ellos. El burgués puede engrosar su capital sólo mediante el comercio y la industria, y para los dos fines tiene necesidad de los trabajadores. Igualmente, si pone su capital a interés, necesita una vía indirecta de obreros, porque sin comercio e industria nadie le podría dar los intereses, nadie podría dar utilidad al capital. Así, la burguesía necesita, ciertamente, de los proletarios, pero no directamente para vivir (no podría consumir su capital), sino como se necesita un artículo de comercio o una bestia de carga, para enriquecerse. El proletario prepara para el burgués las mercancías que éste vende con beneficio. Si luego crece la

demanda de estas mercaderías, de modo que todos los trabajadores, competidores entre sí, estén ocupados, tal vez entonces queden muy pocos, con lo que cesa la competencia de los trabajadores y los burgueses comienzan a hacérsela recíprocamente. El capitalista que busca obreros sabe muy bien que, como consecuencia de la demanda creciente de valores que aumentan, hace mayores ganancias, y así paga algo más de salario antes que dejar escapar toda la ganancia; arroja con la salchicha también el pernil, y si gana esto último, concede de buen grado la salchicha al proletario. De tal modo el capitalista toma nuevos trabajadores, y el salario sube, pero sólo cuanto lo permite la creciente demanda. Si el capitalista que sacrifica algo de su ganancia extraordinaria sacrificase también de la ordinaria, es decir, si debiese sacrificar una parte del beneficio medio, se guardaría bien de pagar más que el salario medio.

De aquí podemos determinar el salario medio. Si las condiciones medias, es decir, si ni los capitalistas ni los trabajadores tienen una razón especial para hacerse recíproca competencia, si los trabajadores están *justamente en la cantidad* necesaria para ser ocupados todos en la fabricación de las mercaderías requeridas, el salario, entonces, aumentará algo más del *mínimum*. Cuando el salario sobrepasará en mucho el *mínimum*, lo determinarán las necesidades medias y el nivel de vida de los trabajadores. Si los trabajadores están habituados a comer carne varias veces a la semana, los capitalistas deberán consentir en pagar a los trabajadores un salario que pueda suministrarles tal alimentación. Y no menos, porque los trabajadores no se hacen mutua competencia, y, por lo tanto, no tienen ninguna razón para contentarse con menos, ni más, porque la falta de competencia entre los capitalistas no les da ningún motivo para atraerse a los obreros con extraordinarios favores.

Esta medida de las necesidades medias y del *standard* medio de los trabajadores, se ha vuelto, por las complicadas condiciones de la moderna industria inglesa, bastante difícil, y diversa por las clases diversas de trabajadores, como habíamos observado antes. La mayoría de los trabajadores industriales adquieren, entretanto, cierta habilidad y regularidad y porque exigen cierto nivel de vida, el salario medio debe también permitir a los trabajadores adquirir esa habilidad y someterse a la reglamentación del trabajo. De ahí proviene que el salario de los trabajadores industriales es, término medio, más alto que el de los simples peones, jornaleros, etc.; más alto, especialmente, que el de los trabajadores del campo, lo que, en verdad, contribuye, por su parte, al encarecimiento de los medios de subsistencia en las ciudades. O para decirlo de otra manera: el trabajador es legalmente y de hecho, esclavo de la clase poseedora, de la burguesía, tan esclavo que es vendido como una mercancía, que como una mercancía sube y baja de precio. Si crece la demanda de trabajadores, su precio sube; si ella cae, con ella cae el precio de los trabajadores; si ella cae de modo que un número de obreros no son vendibles, éstos “quedan en depósito”, quedan en seguida a la *espera*, y si no pueden vivir *esperando* simplemente, se mueren de hambre. Porque, hablando en el lenguaje de los economistas, el gasto empleado para su mantenimiento no se “reproduciría”; sería dinero tirado a la calle, y ningún hombre da para esto su capital. Y hasta aquí el señor Malthus tiene completa razón, con su teoría de la población. La sola diferencia, frente a la antigua y franca esclavitud, consiste en que el moderno trabajador *parece* libre porque no es vendido como antes, sino pedazo a pedazo, diariamente, semanalmente, por año, y porque un propietario no lo puede vender a otro, pero el obrero se debe vender igualmente de aquel modo, porque no es esclavo de un individuo aislado, sino de toda la clase propietaria. Por ello, en el fondo, la cosa es igual, y si esta apariencia de libertad puede darle, por un lado, una libertad real, por el otro tiene la desventaja de que ningún hombre le garantiza la manutención, que puede ser echado en cualquier momento por su señor, por la burguesía, y puede dejárselo morir de hambre, si la burguesía no tiene ningún

interés en su trabajo y su existencia. La burguesía se encuentra, en la presente organización, mucho mejor que con la antigua esclavitud: puede despedir a su gente, si quiere, sin perder por ello un capital invertido, y recibe generalmente trabajo elaborado más barato que el que se conseguía por medio de los esclavos, como lo demostró Adam Smith³⁸. Se sigue, de aquí, que Adam Smith tiene completa razón cuando plantea que: “la demanda de trabajadores, así como la demanda de *cualquier otro artículo*, regula la producción de trabajadores; la cantidad de hombres engendrados, acelera esta producción si ella marcha lentamente, la afloja si crece con demasiada rapidez”. *Perfectamente como con todo otro artículo comercio*, si hay muy poco, crecen los precios, es decir el salario y les va mejor a los trabajadores, los matrimonios se multiplican se producen más personas crecen más niños, hasta que hay suficientes trabajadores; si son muchos, los valores caen, les falta pan, sufren miseria, carestía, y en seguida las epidemias que acaban con la “población superflua”. Y Malthus que lleva a sus últimas consecuencias la afirmación de Smith, tiene razón, a modo, cuando afirma que siempre hay una población superflua que en el mundo hay siempre demasiados hombres; sin embargo, se equivoca cuando afirma que hay más hombres que los medios de subsistencia existentes para alimentarlos. La población superflua más bien es producida por la competencia recíproca de los trabajadores, que constriñe al trabajador aislado a trabajar diariamente, justo cuanto le permitan sus fuerzas. Si un fabricante puede ocupar diariamente diez obreros por nueve horas (pero los obreros trabajan diez horas por día), ocupará solamente nueve y el décimo quedará sin pan. Y si el fabricante, cuando la demanda de brazos no es muy grande, puede obligar a los nuevos obreros, con la amenaza de despedirlos, a trabajar por el mismo salario una hora más, es decir, diez horas, entonces despide décimo y se ahorra un salario. Lo que ocurre aquí en pequeño sucede en grande en las naciones. La producción de cada una aumentada al máximo por la recíproca competencia de los trabajadores, la división del trabajo, la introducción de las máquinas, el uso de las fuerzas elementales, arrojan a la desocupación una multitud de obreros. Pero estos obreros sin pan salen del mercado; no pueden comprar nada; en consecuencia, la cantidad de artículos que ellos requerían, no los adquieren más, por lo tanto, no se necesita fabricarlos; los trabajadores antes ocupados por su fabricación, vuelven a quedar sin pan, salen igualmente del mercado, y así tal fenómeno va siempre en aumento por la misma circulación, o más bien, así seguiría si otras circunstancias no interviniesen. La aplicación de los medios industriales arriba anotados para aumentar la producción, conduce particularmente a la estabilidad de los precios básicos de los artículos producido e inmediatamente, a un creciente consumo, de manera que una gran parte de los nombrados trabajadores sin pan al fin son ocupados, verdaderamente, después de largos sufrimientos, en nuevas ramas del trabajo. Y agréguese a esto, como sucede en Inglaterra en los últimos sesenta años, la conquista de los mercados extranjeros; así como la demanda de artículos manufacturados crece de continuo y rápidamente, crece también la demanda de brazos y con ello, en la misma relación, la población. Así, en vez de disminuir el número de habitantes del imperio británico, aumenta rápidamente, aumenta de continuo, y junto al desarrollo creciente de la industria, junto a la gran demanda de brazos, Inglaterra, por confesión de todos los

³⁸ Se ha dicho que el consumo del esclavo es a expensas de su patrón. mientras que el del trabajador libre es por cuenta de éste. Pero el consumo de este último es, igualmente, por cuenta del patrón. El salario pagado al jornalero, a los servidores. etc., de cualquier manera, debe ser tan alto como para ponerlo en condiciones de propagar la raza de asalariados, y sirve, según que la demanda de esa gente disminuya, quede estacionaria o crezca. Pero, aunque el consumo de un trabajador libre sea a expensas de su patrón, todavía, por regla general, le cuesta mucho menos que un esclavo. El capital que se le destina, para reparar o reembolsar el consumo de un esclavo, es normalmente administrado por un patrón negligente o por un inspector desatento, etc. -. Smith, *Wealth of Nations*. I. 8. p. 133. de la edición *in cuarto*, Volumen de M. Culloch.

partidos oficiales, es decir, de los tories, de los liberales, los radicales, tiene todavía una población siempre demasiado numerosa y superflua, la competencia *entre* los trabajadores es todavía más grande que la competencia *para* tener trabajadores.

¿De dónde viene esta contradicción? De la naturaleza de la industria y la competencia y de las crisis comerciales que derivan de esta naturaleza. En la presente irregular producción y distribución de los medios de subsistencia, que no es hecha para la inmediata satisfacción de las necesidades, sino sólo para ganar dinero, en el sistema en que cada uno trabaja por propio impulso y se enriquece, debe surgir a cada instante un estancamiento. Inglaterra, por ejemplo, provee a un gran número de países de las mercaderías más diversas. Si ahora el fabricante sabe cuánto necesita cada país, anualmente, de cada artículo, no sabe todavía cuánto montan, en todo tiempo, las reservas, y todavía mucho menos, cuánto envían sus competidores. Puede solamente, de la fluctuación continua de los precios, deducir una conclusión incierta sobre el estado de las reservas y de las necesidades, y debe enviar sus mercaderías al acaso; todo se produce ciegamente, sólo bajo la égida del azar. Cada uno, de acuerdo con la más leve noticia favorable, envía lo que puede, y en poco tiempo aquel mercado se llena de mercaderías, la venta se detiene, los precios caen y la industria inglesa no tiene más trabajo para sus trabajadores. Al comienzo del desarrollo industrial, estos estancamientos se limitan a una sola rama de la industria y a un mercado aislado; pero, por la acción centralizadora de la competencia, echa a los trabajadores, que quedan sin ocupación, a una determinada rama del trabajo, a la rama que se aprende más fácilmente, y arroja en los restantes mercados las mercancías que no son vendibles en un mercado, y así, en seguida, acercándose las pequeñas crisis aisladas, poco a poco se unen en una única serie de crisis que vuelven periódicamente. Tales crisis suelen producirse cada cinco años, después de un breve período de florecimiento y de general bienestar; el mercado nacional y todos los mercados extranjeros están llenos de mercaderías inglesas, y éstas sólo pueden ser consumidas lentamente; el movimiento industrial se detiene en casi todos los ramos; los pequeños fabricantes y comerciantes, que no pueden quedar fuera con sus capitales, quiebran; los grandes capitalistas, durante las malas épocas suspenden sus negocios, detienen sus máquinas o las hacen trabajar, solamente, “pocas horas”, es decir, cerca de media jornada; el salario cae por la competencia de los desocupados, por la disminución de la jornada de trabajo y por la falta de mercaderías vendibles con ganancia; la miseria general se extiende entre los obreros; los pequeños ahorros son rápidamente consumidos, las instituciones de beneficencia son invadidas, duplican o triplican los derechos de los pobres, y esto no es todavía suficiente; el número de los hambrientos crece, y de golpe, espantosamente numerosa, se presenta toda la masa de la población “superflua”. Esto dura largo tiempo; los “superfluos” consiguen ir tirando, y entonces todo va bien, o no lo consiguen; la beneficencia y las leyes sobre los pobres ayudan a muchos a prolongar penosamente su existencia; otros encuentran, aquí y allá, en alguna rama de trabajo que está menos expuesta a la competencia, que resiste todavía a la industria, un mísero pasar; y con tan poco, el hombre puede contentarse por algún tiempo.

Poco a poco, el estado de cosas se torna de más en más favorable; las reservas de mercaderías almacenadas son consumidas, la general depresión de los hombres de la industria y el comercio se opone al rápido reponer de los vacíos, hasta que al fin los valores en aumento y las noticias favorables de todas partes restablecen la actividad. Los mercados están, en su mayor parte, lejos; antes que los primeros nuevos envíos puedan llegar, la demanda crece de continuo y con ella los precios; primero se disputan las mercaderías llegadas, las primeras ventas animan todavía más el intercambio, los envíos todavía a la expectativa prometen mayores precios; se comienza, en espera de un encarecimiento, a comprar para especular, y así, por lo tanto, a sustraer al consumo las

mercaderías fijadas para él en los tiempos más difíciles; la especulación aumenta aún más los precios, anima así a otros a comprar y adquirir los nuevos envíos; todo esto se anuncia en Inglaterra, los fabricantes reanudan el trabajo abundantemente, se alzan nuevas fábricas y se ponen en juego todos los medios para aprovechar la época favorable; también aquí penetra la especulación, con el mismo efecto que sobre los mercados extranjeros; los precios en ascenso, las mercaderías sustraídas al consumo, empujan la producción industrial al máximo esfuerzo de energía; después vienen los especuladores “no sólidos”, que trabajan con capital ficticio, que viven del crédito, que se arruinan si no pueden vender en seguida mucho, y si se arruinan en esta general y desordenada carrera, aumentan el desorden y la precipitación, por su propia desenfrenada pasión, que eleva los precios y la producción hasta la locura. Es una vida desenfrenada, que aferra lo mismo a los más tranquilos que a los más prevenidos; se martilla, se hila, se teje como si se tratara de equipar de nuevo a toda la humanidad, como si hubiesen sido descubiertos en el mundo doscientos millones de nuevos consumidores. En un momento, los especuladores menos sólidos, que tienen necesidad de dinero, comienzan por su parte a vender, por debajo del precio del mercado, se comprende, porque la cosa apremia; a una venta siguen otras, los precios oscilan, los especuladores espantados arrojan sus mercaderías al mercado, el mercado está en desorden, el crédito es sacudido, una casa tras otra cesan sus pagos, la bancarrota sigue a la bancarrota y se encuentran que en la plaza y en la calle hay tres veces más mercancías que las que son demandadas para el consumo. Las noticias arriban a Inglaterra, donde, entretanto, se ha fabricado siempre con la misma intensidad; un pánico terrible se apodera aún de los más valientes; las quiebras, por otra parte, arrastran otras; el estancamiento arruina a un número grandísimo de casas, en la angustia son abandonadas en el mercado todas las reservas y el terror es llevado al grado máximo. Este es el comienzo de las crisis, que después emprenden el mismo curso de la precedente, y más tarde, de nuevo, se trueca por un período de florecimiento. Y así continúa: un resurgimiento, una crisis, un resurgimiento, una crisis; y este eterno círculo, en el cual se mueve la industria inglesa, suele producirse, como se ha dicho, cada cinco o seis años.

Resulta que, en todos los tiempos, exceptuando los breves períodos del más alto resurgimiento, la industria inglesa debe tener una reserva de obreros desocupados para poder, en los meses de mayor actividad, producir en el mercado la cantidad de mercancías requeridas. Esta reserva es más o menos numerosa, según que las condiciones del mercado ocasionen una mayor o menor ocupación de la misma. Y si también en la época de mayor resurgimiento del mercado, por lo menos de tiempo en tiempo, los distritos agrícolas, Irlanda y las ramas de la industria menos sujetas al resurgimiento, pueden suministrar un número de trabajadores, éstos, por un lado, forman todavía una minoría, y pertenecen, por otro lado, a la reserva, con la única diferencia que cada resurgimiento les muestra *que* también pertenecen a ella. Cuando pasan a una rama de trabajo más activa, los componentes de la reserva se limitan en los gastos caseros; para sentir menos el déficit trabajan más, son ocupadas las mujeres y los niños, y cuando sobreviene otra vez la crisis son despedidos, encuentran que su puesto está ocupado y sobran, al menos en parte. Esta reserva, en los tiempos de crisis, constituye una inmensa multitud y en los tiempos intermedios que pueden tomarse como el término medio del florecimiento y de la crisis, es siempre bastante numerosa. Esta es la “población supernumeraria” de Inglaterra, población que, mediante la mendicidad y los hurtos, la limpieza de calles, la recolección de estiércol, los viejos con carritos y asnos, o con otros trabajitos de ocasión, sobrelleva una mísera existencia. En todas las grandes ciudades se ve una masa de esta clase de gente, que con los pequeños servicios ocasionales “mantiene unido el cuerpo al alma”, como dicen los ingleses. Es interesante ver en qué ramas de trabajo se refugia esta “población supernumeraria”. Los barrenderos londinenses (*crossing sweeps*) son

universalmente conocidos; pero hasta ahora, no solamente los cruces de calles, sino también las calles principales de otras grandes ciudades, fueron limpiados por desocupados, traídos para esto por las administraciones de pobres y limpieza de calles. Ahora hay una máquina que zumba todo el día a través de las calles y que ha quitado a los desocupados este medio de ganancia. En los grandes caminos que conducen a la ciudad, donde es considerable el movimiento de vehículos, se ve una cantidad de gente con carritos que anda, con peligro de su vida, entre los coches y los ómnibus, que corren recogiendo los excrementos recién caídos para venderlos; por esto, dicha gente debe tal vez pagar cada semana un par de chelines a la administración de calles, y en muchas regiones esa tarea está completamente prohibida, porque la administración de calles no podría vender el excremento recolectado que no contiene la conveniente parte de estiércol. Afortunados son los “superfluos” que obtienen un carrito y pueden hacer transportes; son todavía más afortunados los que tienen dinero para obtener un carro con un asno. Este debe buscar su alimento, o recibe unos residuos, pero su amo puede ganar algún dinero.

La mayor parte de los “superfluos” se refugian en el oficio de reventa. Especialmente el sábado, a la tarde, cuando toda la población trabajadora está en la calle, se ve una multitud que vive de eso. Cordones, tiradores, cintas, naranjas, dulces, en una palabra, todos los artículos imaginables, son ofrecidos a los innumerables hombres, mujeres y niños, y se ven también, en todo momento vendedores con naranjas, dulces, *ginger-beer* o *nettle-beer*³⁹ parados o circulando. Fósforos y lacre, artículos afines, preparaciones patentadas para encender el fuego, forman también los artículos de comercio de esa gente. Otros (los llamados *jobbers*) recorren las calles buscando trabajitos de ocasión; a veces consigue alguno tener trabajo por un día, otros muchos no son tan afortunados.

“En la entrada de todos los *docks londinenses* (cuenta el reverendo W. Champney, predicador en el distrito oriental de Londres) aparecen todas las mañanas de invierno, antes de despuntar el día, centenares de pobres, que, en la esperanza de obtener trabajo, esperan que se abran las puertas, y si los más jóvenes, los más fuertes y los más conocidos son empleados, centenares de los restantes, abatidos por la esperanza perdida, retornan a sus pobres habitaciones.” ¿Qué le queda a esta gente, si no encuentra trabajo y no quiere sublevarse contra la sociedad, sino la vagancia? Y no puede uno asombrarse de la masa de estos postulantes, que en su mayor parte son hombres capaces para el trabajo, y con los que la policía debe luchar de continuo. Acostumbran a andar con su familia y a cantar en las calles una canción que es una plegaria, o solicitan, con un recitado, la caridad de los vecinos. Y es extraño que estos postulantes se encuentren sólo en los barrios obreros, que la caridad sea hecha casi solamente por los trabajadores. A veces, la familia se coloca silenciosa en una calle de movimiento, y deja, sin decir una palabra, que la vista de su abandono produzca por sí sola su efecto. También estos postulantes esperan más ayuda de esa parte de trabajadores que saben, por experiencia, lo que es el hambre, y que en cualquier momento pueden caer en la misma condición, ya que se encuentra este mudo y sin embargo tan conmovedor lenguaje, casi exclusivamente en las calles concurridas por los trabajadores, en especial el sábado por la tarde, cuando los “misterios” de los barrios obreros se revelan en las calles principales; la clase media se aleja lo más posible de estos lugares infectos. Y el que, entre los “superfluos”, tiene bastante coraje y pasión para rebelarse abiertamente contra la sociedad y responder a la guerra *oculta* que la burguesía le hace, con la guerra *abierta* contra la burguesía, roba, saquea y mata.

³⁹ Dos bebidas frescas y espumantes: la primera con agua azucararla y enebro, la otra con agua, azúcar y ortigas. Preferidas por los obreros y especialmente por personas sobrias.

Según las noticias oficiales, en Inglaterra y en Gales hay, término medio, un millón y medio de estos “superfluos”; en Escocia, por la falta de leyes sobre los pobres, no es posible determinar su número; de Irlanda deberemos hablar de modo particular. Este millón y medio incluye solamente a los que piden ayuda a la administración de beneficencia; la gran masa, que continúa viviendo sin su ayuda porque la aterra recurrir a tales recursos, no está comprendida; pero, en consecuencia, también buena parte del número citado corresponde a los distritos agrícolas y aquí no es tomada en consideración.

Durante una crisis, el número aumenta, naturalmente, de modo considerable y la miseria crece al más alto grado. Tomemos, por ejemplo, la crisis de 1842, que fue también la más violenta, por ser la última, puesto que la intensidad de la crisis creció en cada recuperación, y la próxima, que aparecerá en 1847⁴⁰, será, según todas las apariencias, más violenta y duradera. Durante la crisis de 1842, por lo tanto, los derechos [impuestos] de los pobres se elevaron, en todas las ciudades, hasta un punto nunca conocido. Entre otras cosas, se hubieron de pagar en Stockport, por cada esterlina pagada por el alquiler de una casa, ocho chelines de impuesto para los pobres, de manera que las tasas solas formaban el 40 por ciento del importe de los alquileres de toda la ciudad; además, calles enteras eran desocupadas, había 20.000 habitantes menos de los que solían habitarlas y se encontraba escrito en las puertas de las casas vacías: *Stockport to let* (Stockport se alquila). En Bolton, donde, en años normales, el alquiler que pagaba el impuesto a los pobres ascendía, término medio, a 80.000 esterlinas, bajó a 36.000 esterlinas; por el contrario, el número de pobres socorridos subió de 14.000 a más del 20 por ciento del número total de los habitantes. En Leeds la administración de pobres tenía un fondo de reserva de 10.000 esterlinas; esto, así como una colecta de 7.000 esterlinas, fue completamente consumido antes que la crisis llegase a su punto máximo. Así en todas partes; un informe difundido por un comité de la Liga contra las Leyes sobre Grano, de enero de 1843, sobre las condiciones de los distritos agrícolas en el año 1842, y basado en datos expuestos por los fabricantes, afirma que los derechos de los pobres, término medio, habían subido más alto que en 1839, y que el número de necesitados de ayuda pertenecía a una clase que hasta entonces nunca había pedido ayuda; que más de las dos terceras partes de la clase trabajadora disponía de menores medios de subsistencia que en el bienio 1834-36; que el consumo de carne era sensiblemente más escaso; en algunos lugares del 20 por ciento, en otros, hasta el 60 por ciento; que los obreros que ejecutaban los oficios más comunes, forjadores, albañiles, etc., que aún en la época de mayor depresión habían tenido siempre trabajo, sufrían mucho por la falta de trabajo y la disminución del salario, y que aun entonces, en enero de 1843, el salario continuaba bajando. ¡Y estos son los informes de los fabricantes!

Los trabajadores sin pan, cuyas fábricas fueron cerradas, cuyos patronos no podían darles ningún trabajo, estaban en la calle, mendigaban solos o en montón, asediaban la calle en grupos y reclamaban ayuda de los transeúntes; pero no pedían rogando, como hacen en general los postulantes, sino amenazando con su número, con sus gestos y sus palabras. Esto sucedía en todos los distritos industriales, de Leicester a Leeds y de Manchester a Birmingham. Aquí y allá, estallaban desórdenes aislados, como los que ocurrieron en julio por obra de los obreros ollereros de Staffordshire del norte; el más peligroso fermento dominaba entre los trabajadores, hasta que estalló en agosto una insurrección general de los distritos industriales. Cuando, a fines de noviembre de 1842, estuve en Manchester, una muchedumbre excitada de desocupados andaba todavía en las calles y muchas fábricas estaban cerradas; en los meses siguientes, hasta la mitad de 1843, se fueron poco a poco los parados no voluntarios, y las fábricas fueron reabiertas.

⁴⁰ Apareció en ese año.

No es necesario describir la inmensa miseria e indigencia que domina entre estos desocupados. Los derechos para los pobres no bastan para nada; la generosidad de los ricos es una gota en el mar y su efecto se pierde en un momento; la vagancia, donde los vagabundos son muchos, puede ayudar muy poco. Si los pequeños comerciantes no vendiesen a crédito a los obreros, todo el tiempo posible (en verdad, por ello se hacen pagar bien), y si los trabajadores no se ayudasen con cuanto pueden, cada crisis acabaría, ciertamente, con gran cantidad de “superfluos”. Pero la época de mayor depresión es todavía corta (un año, a lo más dos o tres años y medio) y los más escapan con vida a las graves privaciones. Veremos que, indirectamente, en cada crisis gran número de personas mueren por enfermedades, etc. Entretanto, observemos otra causa de abatimiento a que son abandonados los trabajadores, una causa que trabaja de continuo para oprimirlos cada vez más profundamente.

La inmigración irlandesa

Hicimos mención, incidentalmente, de los irlandeses que han emigrado a Inglaterra, y ahora examinaremos más de cerca las causas y los efectos de esa inmigración.

La rápida extensión de la industria inglesa no habría podido realizarse si Inglaterra no hubiese dispuesto de una reserva en la numerosa y pobre población irlandesa. El irlandés, en su país, nada tenía que perder, mucho que ganar en Inglaterra, y desde que en Irlanda se supo que en la parte oriental del canal de San Jorge había trabajo seguro y buen salario para los obreros fuertes, cada año emigraron cuadrillas de irlandeses. Se calcula que de este modo han emigrado hasta ahora más de un millón de irlandeses, y todavía emigran anualmente cincuenta mil, que se vuelcan, casi todos, en los distritos industriales, especialmente en las grandes ciudades, y forman allí la clase más baja de la población. Así, en Londres, hay 120.000 irlandeses pobres, 40.000 en Manchester, 34.000 en Liverpool, 24.000 en Bristol, 40.000 en Glasgow, 29.000 en Edimburgo⁴¹. Esta gente, crecida casi toda en la semibarbarie, habituada desde su juventud a las privaciones de todo género, ruda, bebedora, despreocupada del porvenir, llega trayendo todas sus costumbres groseras a una clase de la población inglesa que tiene verdaderamente poca inclinación a la educación y la moral.

Dejemos hablar a Thomas Carlyle⁴²: “Los salvajes rostros de los *milesianos*⁴³, estampados de la falsa astucia, bajeza, estupidez, miseria y burla, nos saludan en nuestras calles principales y secundarias. El cochero inglés, cuando lo sigue corriendo, golpea con su fusta al *milesiano*; éste lo maldice en su lengua, se saca el sombrero y pide limosna. Es la peor desgracia con que debe luchar este país. Y con sus harapos y su risa selvática está pronto a hacer cualquier trabajo que requiera solamente brazos fuertes y fuertes espaldas, por un salario que lo provea de papas. Necesita solamente sal como condimento; duerme contento en la primera pocilga o casilla para perros, se cobija en los graneros, lleva un traje de harapos, difícilísimos de poner o quitar y que sólo usa en los días de fiesta y especialmente en los buenos tiempos. El sajón, que no puede trabajar en tales condiciones, permanece desocupado. El irlandés incivilizado, no por su energía, sino por lo opuesto, desaloja al sajón nativo y toma posesión de su puesto. Vive, en su suciedad y despreocupación, en su violencia y falsedad de borracho, la perfecta encarnación de la degradación y el desorden. Quienes se toman el trabajo de nadar y mantenerse en la superficie, tienen aquí un ejemplo de cómo el hombre puede sobrevivir no nadando, sino hundiéndose a fondo. La condición de la capa más baja de los trabajadores ingleses se acerca cada vez más a la de los irlandeses, con los que compiten en todos los mercados; todo trabajo que puede ser cumplido con la simple fuerza física, sin mucha habilidad, no se hace de acuerdo con el salario inglés, sino por algo que se acerca al salario irlandés, es decir, por algo más que “una media porción de papas de la peor calidad, durante treinta semanas al año”, por cualquier cosa; pero, con la llegada de cada nuevo barco de Irlanda, esta mitad se rebaja. ¿Quién no ve esto?”.

⁴¹ Archibald Alison, High Sheriff of Lanarkshire, *The Principles of population, and their connection with Human Happiness*. 2 vols. Este Alison es el de la Revolución Francesa y también religioso tory, como su hermano VV. P. Alison.

⁴² *Chartism*, p. 28, etc.

⁴³ Miles es el nombre de los antiguos reyes celtas de Irlanda.

Carlyle tiene aquí (si aceptamos su exagerada y parcial censura del carácter nacional irlandés) completa razón. Estos trabajadores irlandeses, que por cuatro peniques⁴⁴ van a Inglaterra (en la cubierta de los vapores, donde están amontonados como bestias), aparecen por todas partes. Las más inmundas habitaciones son siempre buenas para ellos; la ropa poco los preocupa, mientras se sostenga de un hilo; no conocen zapatos; su alimento son las papas y solamente papas. Lo que ganan de más lo gastan en bebidas; ¿qué necesidad tiene una raza tal de un salario elevado? Los [barrios] más inmundos de todas las grandes ciudades son habitados por irlandeses; en todas partes donde un barrio se distingue por su particular suciedad y corrupción, se puede estar seguro, ante todo, de encontrarse con estos rostros célticos (que se distinguen a primera vista de la fisonomía sajona de los autóctonos) y de oír la pronunciación aspirada y dura, que el verdadero irlandés no abandona jamás. He oído, a veces, hablar hasta el irlandés-céltico en las partes de densa población de Manchester. Casi todas las familias que habitan en los sótanos son de origen irlandés. En resumen: los irlandeses han encontrado, como dice el Dr. Kay, lo que es el *mínimum* de necesidades de la vida y lo enseñan a los obreros ingleses. Han llevado también consigo la suciedad y la pasión de la bebida. Esta suciedad, que en las regiones donde la población vive dispersa no perjudica mucho y que para el irlandés se ha convertido en su segunda naturaleza, se vuelve horrible y peligrosa en las grandes ciudades, por su concentración. Como era costumbre del milesiano en su país, echa también aquí todas las inmundicias y los residuos en la puerta de la casa, y por esto se forman charcas y montones de excrementos, que ensucian los barrios obreros y apestan el aire. Como es costumbre en su patria, el irlandés construye en la casa la pocilga, y si no puede hacerlo, deja que su cerdo duerma en la pieza, junto a él. Este nuevo modo anormal de educación, en las grandes ciudades, es enteramente de origen irlandés; el irlandés está sujeto a su cerdo como el árabe a su caballo, con la sola diferencia que el primero vende el puerco cuando está bastante gordo para poder carnearlo, pero igualmente come y duerme con él, con él juegan sus hijos, que lo montan, y con él se revuelcan en la inmundicia, como puede verse en todas las grandes ciudades de Inglaterra, centenares de veces. No puede darse una idea de la suciedad, de la inhabitabilidad dominante en sus casas. El irlandés no está habituado al uso de mobiliario; un montón de paja, un par de harapos, demasiado arruinados para vestidos, es suficiente para su lecho. Un pedazo de madera, una silla rota, una vieja caja en lugar de mesa, y no necesita más; una ramita de té, algunas ollas y tiestos, esto le basta para arreglar su cocina, que es, simultáneamente, dormitorio y habitación. Y si le falta combustible, todo lo que puede ser quemado y que esté a su alcance, sillas, estantes, tablas, sigue el mismo camino. Además, ¿para qué necesita mucho espacio? En su cabaña de arcilla, en Irlanda, *un solo local* servía para todas las necesidades domésticas; también en Inglaterra, una familia no necesita más de una pieza. Así, también este amontonamiento de muchas personas en un solo local, que ahora se está haciendo general, fue traído, sobre todo, por la inmigración irlandesa. Y como el pobre diablo debe tener, sin embargo, algún *goce*, y la sociedad lo ha excluido de todo otro, él va a buscarlo y bebe aguardiente. El aguardiente es la única cosa que hace al irlandés amable la vida de fatigas (el aguardiente y al mismo tiempo su carácter alegre y despreocupado), y así se regodea en el aguardiente hasta la borrachera más brutal. El carácter meridional y ligero del irlandés; su rudeza, que lo coloca muy poco por encima del salvaje; su desprecio por todos los refinamientos humanos, que es incapaz de apreciar por su misma rudeza; su suciedad y miseria, todo esto favorece su pasión por la bebida; la tentación es demasiado fuerte, no puede resistirla, y cuando gana dinero debe echarlo en su garganta. ¿Cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo quiere la sociedad, que

⁴⁴ Cuarenta céntimos.

lo reduce a tal estado, en que *casi necesariamente* debe hacerse borracho, que lo olvida del todo y lo deja embrutecerse, cómo quiere después acusarlo, si realmente se convierte en un borracho?

El obrero inglés debe luchar con semejante competidor, un competidor que está en el grado más bajo posible en un país civilizado, y que, por eso, necesita un salario menor que otro cualquiera. En consecuencia, es forzoso, como dice Carlyle, que el salario del obrero, en todas las ramas donde pueden competir los irlandeses, vaya siempre en descenso. Estas ramas del trabajo son muchas. Todas aquellas que requieren poca o ninguna habilidad son asequibles a los irlandeses. En verdad, para trabajos que exigen largo tiempo de aprendizaje o una acción regularmente continuada, el irlandés, indisciplinado, inconstante y borracho, se encuentra muy por debajo. Para hacerse mecánico (*mechanic* es, en inglés, todo trabajador ocupado en la fabricación de máquinas) y obrero industrial, el irlandés debería, en primer lugar, aceptar la civilización inglesa y las costumbres inglesas, o sea, volverse inglés. Pero donde se trata de un trabajo simple y de poca precisión, que depende más de la fuerza que de la habilidad, el irlandés es tan capaz como el inglés. Por esto, también estas ramas de trabajo son abandonadas por los ingleses; los tejedores a mano, los peones, los artesanos, son, en su mayor parte, irlandeses, y el amontonamiento de esta nación ha contribuido muchísimo a la depresión del salario y de la clase trabajadora. Y aun cuando los irlandeses, entrando en las otras ramas del trabajo, se volvieran más civilizados, quedarían todavía bastante dependientes de la vieja economía para influir (junto a la influencia que se produciría por la proximidad de los irlandeses) de modo degradante sobre sus compañeros, los trabajadores ingleses. Puesto que en casi todas las grandes ciudades, una quinta o cuarta parte de los obreros son irlandeses o hijos de irlandeses, criados en la inmundicia irlandesa, no es de asombrarse que la vida entera de la clase obrera, sus costumbres, su condición intelectual y moral, todo su carácter, hayan tomado una parte importante de esta naturaleza irlandesa; se podrá comprender cómo la condición del trabajador inglés, deplorable por la industria moderna y por sus consecuencias, ha llegado a ser todavía más degradante.

Resultados

Como hemos tratado, con cierta amplitud, las condiciones en que vive la clase trabajadora inglesa en las ciudades, estamos ahora en condiciones de extraer, de estos hechos, conclusiones ulteriores, y confrontarlos de nuevo. Veamos qué se hizo de los trabajadores en tales circunstancias; qué clase de gente encontramos entre ellos; cómo se ha constituido su condición física, intelectual y moral.

Si un individuo produce a otro un daño físico tal, que el golpe le causa la muerte, llamamos a eso homicidio; si el autor supiera, de antemano, que el daño va a ser mortal, llamaremos a su acción asesinato premeditado. Pero si la sociedad⁴⁵ reduce a centenares de proletarios a un estado tal, que, necesariamente, caen víctimas de una muerte prematura y antinatural, de una muerte tan violenta como la muerte por medio de la espada o de una maza; si impide a millares de individuos las condiciones necesarias para la vida, si los coloca en un estado en que no *pueden* vivir, si los constriñe, con el fuerte brazo de la ley, a permanecer en tal estado hasta la muerte, muerte que debe ser la consecuencia de ese estado; si esa sociedad sabe, y lo sabe muy bien, que esos millares de individuos deben caer víctimas de tales condiciones, y, sin embargo, deja que perdure tal estado de cosas, ello constituye, justamente, un asesinato premeditado, como la acción del individuo, solamente que un asesinato más oculto, más pérfido, un asesinato contra el cual nadie puede defenderse, que no lo parece, porque no se ve al autor, porque es la obra de todos y de ninguno, porque la muerte de la víctima parece natural y porque no es tanto un pecado de acción como un pecado de omisión. Pero ello no deja de ser un asesinato premeditado. Probaré ahora que la sociedad en Inglaterra consume cada día, a cada minuto, lo que los diarios obreros ingleses llaman un asesinato social, que ha reducido a los trabajadores a un estado en el que no pueden gozar de buena salud ni vivir mucho; que destruye, pedazo a pedazo, de a poco, la vida de esos trabajadores, y los conduce a la tumba antes de tiempo; debo probar ulteriormente que la sociedad *sabe* qué nocivo es tal estado para la salud y la vida de los trabajadores, y que, sin embargo, nada hace a fin de mejorar esta condición. Que la sociedad *sabe*, por sus instituciones, que su modo de proceder no es simplemente homicidio, sino asesinato premeditado, ya lo he probado, puedo alegar documentos oficiales, informes del parlamento y del gobierno, para testificar el hecho del homicidio.

Se comprende que una clase que vive en las condiciones arriba descritas y que está tan miserablemente olvidada, que tiene las más apremiantes necesidades para vivir, no puede ser sana ni llegar a la vejez. Volvamos a ver, entretanto, las particulares circunstancias relacionadas, especialmente, con las condiciones sanitarias de los trabajadores. Ya la centralización de la población en las grandes ciudades ejerce una

⁴⁵ Si yo hablo aquí y en otras partes de la sociedad como de un conjunto responsable, que tiene sus derechos y sus deberes, se comprende que con esto me refiero al poder de la sociedad, aquella clase que en el presente posee el dominio social y político, y con esto, al mismo tiempo, la responsabilidad por la condición de aquella que no tiene ningún poder. En Inglaterra, esta clase dominante es, como en todos los otros países civilizados, la burguesía. Pero que la sociedad, y especialmente la burguesía, tengan el deber de atender en su vida a cada miembro de la sociedad y preocuparse, por ejemplo, de que ninguno muera de hambre, no tengo necesidad de probarlo a mis lectores alemanes. Yo he escrito para la burguesía inglesa; ahora sería completamente otra cosa (1892). ¡Cómo ha cambiado todo esto después de cincuenta años! Hoy existen burgueses ingleses que reconocen los deberes de la sociedad hacia sus miembros; pero ¿lo reconocerán también los burgueses alemanes?

influencia desfavorable; la atmósfera de Londres nunca podrá ser tan pura y oxigenada como la de una región de las afueras; dos millones y medio de pulmones y dos millones seiscientos mil focos de combustión, reunidos en tres o cuatro millas geográficas, necesitan una inmensa cantidad de oxígeno de que muy difícilmente se dispone, puesto que la construcción de la ciudad hace difícil la ventilación. El gas carbónico, producido mediante la respiración y la combustión, permanece por su peso específico en las calles y las corrientes del viento pasan sólo sobre los techos de las casas. Los pulmones de los habitantes no reciben la necesaria cantidad de oxígeno; consecuencia de esto es el relajamiento físico e intelectual y la disminución de la energía vital. Por esta razón, los habitantes de las grandes ciudades están menos expuestos a las enfermedades agudas o a las irritaciones, que la gente del campo (que vive en una atmósfera libre y normal), pero, en cambio, sufren más enfermedades crónicas. Y si la vida, ya en las grandes ciudades, no es en sí y por sí ventajosa para la salud, ¿qué grande será la influencia dañosa de una atmósfera anormal en los barrios obreros, donde, como vimos, está aglomerado todo lo que puede empeorar la atmósfera!

En el campo puede ser inocuo tener al lado de la casa un estercolero, puesto que el aire circula libremente por todos lados; pero en medio de una gran ciudad, entre calles y patios emparedados, que interceptan toda corriente de aire, la cosa varía de aspecto. Todas las materias animales y vegetales putrefactas producen gases sumamente nocivos para la salud, y si estos gases no tienen ningún escape libre, deben, por consecuencia, infestar la atmósfera. Las inmundicias y charcas, que existen en los barrios obreros de las grandes ciudades, producen las peores consecuencias para la salud pública, porque exhalan los gases portadores de las enfermedades, y lo mismo debe decirse de la evaporación de los fluidos pestilentes. Pero todavía no es esto todo. Es verdaderamente indignante la forma en que es tratada, por la moderna sociedad, la masa de los pobres. Se la lleva a las grandes ciudades, donde respira un aire más malo que en su lugar natal; se la exila en barrios que, por su construcción, están peor ventilados que otros; les son negados todos los medios para la limpieza, se les quita el agua, mientras solamente contra pago se colocan las cañerías, estando los ríos tan infestados, que ya no pueden servir a los efectos de la limpieza; se la obliga a tirar en la calle todos los residuos y desperdicios, el agua sucia y, a menudo, las más nauseabundas inmundicias y el estiércol, al mismo tiempo que se le impiden todos los medios de actuar de otro modo; se le obliga, así, a apestar sus propios barrios. Y todavía hay más. Todos los males imaginables caen sobre la cabeza de los pobres. La población de la ciudad es, generalmente, ya demasiado densa, de manera que en un solo local debe amontonarse mucha gente. No contentos con haber corrompido la atmósfera de las calles, se encierran por docenas los individuos en una sola habitación, de modo que el aire que respiran por la noche se vuelve completamente sofocante. Se da a esta gran masa de obreros habitaciones húmedas, sótanos que, desde abajo, o desvanes que, desde arriba, no son impermeables. Sus casas están hechas de modo que el aire húmedo no puede ser eliminado. Se les dan trajes pésimos, harapientos o que están por romperse; alimento malo, adulterado y difícilmente digerible. Se expone a esta multitud de pobres a los más bruscos cambios en el trato y a las más violentas vicisitudes de angustias y esperanzas; se la cansa como al salvaje, no se la deja jamás en paz, en el tranquilo goce de la vida. Se le sustraen todos los goces, excepto los del sexo y la bebida; al mismo tiempo, se la debilita diariamente hasta el completo relajamiento de las fuerzas físicas, y, en consecuencia, se excita de continuo hasta el más desenfrenado exceso en los dos únicos placeres que le restan.

Y si todo esto no fuera bastante, después de haberlo soportado cae víctima de una crisis de desocupación, en la que le será quitado aún lo poco que hasta entonces se le había dejado.

¿Cómo es posible que en estas condiciones la clase obrera pueda vivir sana y por mucho tiempo? ¿Qué puede esperarse, sino una proporción exorbitante de fallecimientos, una existencia continua de epidemias y un seguro debilitamiento físico progresivo de la generación trabajadora? Examinemos los hechos.

Ha sido probado ya, ampliamente, que las habitaciones de los trabajadores, en las partes peores de las ciudades, junto con la antigua condición de vida de esta clase, provocan gran cantidad de enfermedades. El ya citado artículo del *Artizan* afirma, con toda razón, que las enfermedades crónicas deben ser la consecuencia necesaria de tales condiciones, y en realidad se encuentran muy frecuentemente entre los trabajadores. Que la atmósfera mala de Londres, especialmente en los barrios obreros, favorece al más alto grado la tuberculosis, lo demuestra el aspecto demacrado de mucha gente que encontramos en la calle. Si por la mañana, temprano, cuando todos van a su trabajo, se camina un poco por las calles, se asombra uno de la cantidad de gente con aspecto de tísicos con que se tropieza.

En la misma Manchester no aparecen los hombres *en un estado tal*; estos espectros pálidos, asmáticos, de ojos hundidos, con los que nos cruzamos a cada momento; estas caras somnolientas, sin fuerza, incapaces de toda energía, los he visto, en tan sorprendente cantidad, solamente en Londres, aun cuando también en las ciudades industriales del norte la tisis siegue, cada año, una multitud de víctimas. Con la tisis, además de otras enfermedades agudas y la escarlatina, compite la enfermedad que causa los daños más terribles entre los trabajadores: el tifus. Este mal, muy difundido según los informes oficiales sobre las condiciones de salud de la clase trabajadora, es la consecuencia directa del estado pésimo de las habitaciones en lo que se refiere a la ventilación, gran humedad y falta de limpieza. Este informe (que, no olvidemos, ha sido elaborado por los mejores médicos ingleses, sobre datos de otros médicos) afirma que un patio mal ventilado, una calle sin desahogo, especialmente si los habitantes viven amontonados y la materia orgánica se transporta a las proximidades, están en el caso de producir la fiebre, y casi siempre, en realidad, la producen. Esta fiebre tiene casi siempre el mismo carácter y desarrolla, en casi todos los casos, el tifus.

La fiebre tifoidea se encuentra en los barrios obreros de todas las grandes ciudades, así como en las calles mal construidas y mal mantenidas de las más pequeñas regiones, siendo su difusión mayor en los barrios malos, aun cuando, parcialmente, hace víctimas hasta en los mejores. En Londres dominó durante largo tiempo; en 1837, su extraordinaria violencia dio lugar al mencionado informe.

Según el relato anual del Dr. Southwood Smith, sobre el hospital de los atacados de tifus en Londres, en el año 1843, el número de los enfermos curados fue de 1.462, cerca de 418 más que en cualquier año anterior. En las húmedas localidades del este, del norte y del sur de Londres, esta enfermedad había alcanzado una virulencia extraordinaria. Muchos de los pacientes eran: inmigrantes del campo, que habían sufrido durante el viaje, o después de su llegada, las más duras privaciones, y después de haber dormido en la calle semidesnudos y hambrientos, no encontraron trabajo y fueron presa de la fiebre. Esta gente era llevada al hospital en un grado tal de debilidad, que era necesario usar gran cantidad de vino, coñac, preparados de amonio y otros estimulantes. Del total de enfermos murió el 16 ½ por ciento.

También en Manchester se encuentra esta fiebre infecciosa; en los barrios peores de la ciudad vieja; Ancoats, la “pequeña Irlanda”, etc., nunca ha desaparecido del todo; no domina, sin embargo, en la forma que podría esperarse, como generalmente sucede en las ciudades *inglesas*. Por el contrario, en Escocia e Irlanda el tifus domina con una vehemencia que sobrepasa toda idea; en Edimburgo y en Glasgow apareció en 1817, con la carestía; con particular virulencia en 1826 y 1837, después de la crisis comercial, y

cada vez, después de cerca de tres años de estragos, dejó siempre algún rastro por cierto tiempo; en Edimburgo, en la epidemia de 1817, fueron atacadas de fiebre 6.000 personas; en la epidemia de 1837, 10.000, y no solamente el número de los enfermos, sino también la virulencia de la enfermedad y la proporción de víctimas, aumentó en cada repetición de la epidemia⁴⁶. Pero parece que el furor de la enfermedad, en estos primeros períodos, fue un juego de niños, comparado con la epidemia que siguió a la crisis de 1842. Una sexta parte de los pobres de Escocia fue atacada por esta fiebre, y el mal, a causa de los mendigos que emigraban, pasó con feroz rapidez de un país a otro; no respetó clases sociales; en dos meses hubo tantos enfermos de fiebre como en los doce años anteriores. En Glasgow enfermó, en 1843, el 12 por ciento de la población; de 32.000 personas atacadas por la fiebre, murió el 32 por ciento, mientras la mortalidad en Manchester y Liverpool, normalmente, alcanza sólo el ¼ por ciento. La enfermedad hacía crisis el decimoséptimo o decimooctavo día; en este día el paciente se ponía amarillo, lo que probaría, según la autoridad citada, que la causa del mal había que buscarla también en el desgaste físico y en las penurias⁴⁷.

En Irlanda, estas fiebres epidémicas son frecuentes. En veintiún meses, en 1817-18, hubo 39.000 enfermos de fiebre, y el año siguiente, según Sheriff Alisan (en el segundo volumen de *Principles of Population*), pasaron por el hospital de Dublín cerca de 60.000 enfermos. En Cork, el hospital para los enfermos de fiebre, en el año 1817-18, había recogido la diecisieteava parte de la población; en Limerick, en la misma época, había un cuarto, y en el *peor barrio* de Waterford, diecinueve entre veinte de la población enfermos de fiebre⁴⁸.

Si se recuerda la condición en que viven los trabajadores, si se piensa cómo están repletas sus viviendas, cómo cada rincón está lleno de hombres; que enfermos y sanos duermen en la *misma pieza*, en un solo sitio, se maravilla uno de que una enfermedad infecciosa, como esta fiebre, no se extienda todavía más. Y si se piensa cuán escasos son los auxilios medicinales a disposición de los enfermos, que muchos de los consejos de los médicos no se siguen y que permanecen desconocidos los más elementales preceptos dietéticos, la mortandad nos parece todavía poca. El doctor Alisan, que conoce bastante la enfermedad, la relaciona, en el citado informe, con la miseria y el estado de pobreza de los indigentes; afirma que, a causa de las privaciones y la insuficiente satisfacción de las necesidades de la vida, la epidemia de enfermedades infecciosas fácilmente ataca a estos cuerpos y rápidamente se extiende. Prueba el Dr. Alisan que siempre un período de privaciones (una crisis comercial o una mala cosecha), en Escocia como en Irlanda, ha traído el tifus, y que todo el rigor de la enfermedad ha caído exclusivamente sobre la clase obrera. Es de notar que, según dice el Dr. Alisan, la mayoría de los individuos atacados de tifus son padres de familia, precisamente aquellos que son más necesarios; lo mismo dicen muchos médicos irlandeses por él citados.

Hay otra serie de enfermedades que tienen su origen más en fallas de la nutrición que en la vivienda de los obreros. Tal causa reside en la comida difícilmente digerible de los trabajadores y absolutamente inadecuada para los niños pequeños; faltan también al trabajador los medios y el tiempo para proveer a sus hijos de una alimentación conveniente. De ahí proviene la costumbre, muy difundida, de dar a los niños aguardiente, y también opio, y de esto, junto con otras condiciones de existencia nocivas al desarrollo físico, derivan enfermedades que dejan su rastro para toda la vida. Casi todos los trabajadores tienen, en mayor o menor grado, un estómago débil, y sin embargo deben

⁴⁶ Dr. Alison, *Manag. of Poor in Schotland*.

⁴⁷ Dr. Alison, en un artículo leído ante la British Association for the advancement of Science in York, octubre 1844.

⁴⁸ Dr. Alison, *Manag. Of Poor Schotland*.

seguir, obligadamente, la misma dieta que fue causa de sus males. Y aun cuando conocieran la causa, ¿cómo podrían proveerse de alimentos convenientes, sin alcanzar plenamente otras condiciones de vida, sin ser educados en otra forma? A causa de estas malas digestiones, ya en la infancia se desarrollan nuevas enfermedades. La escrofulosis está generalmente difundida entre los obreros, y los padres escrofulosos tienen hijos escrofulosos, especialmente si la causa originaria de la enfermedad actúa sobre la disposición hereditariamente escrofulosa de estos últimos. Un segundo resultado de la insuficiente nutrición del cuerpo, durante el crecimiento, es el raquitismo (enfermedad inglesa, excrecencias nudosas en las articulaciones), que se encuentra muy a menudo entre los hijos de los obreros. La calcificación de los huesos está retardada, sobre todo la formación de los huesos se detiene, y al lado de las habituales afecciones raquíticas, encontramos, a menudo, curvaturas de los huesos de las piernas y de la columna vertebral. No tengo necesidad de agregar que todos estos males se agudizan por las alternativas a que están expuestos los trabajadores, por las fluctuaciones del comercio, la falta de pan y la insuficiencia del salario durante las crisis. La temporaria falta de una suficiente alimentación, que casi todos los trabajadores sufren, al menos una vez en la vida, por cierto tiempo, contribuye a empeorar las consecuencias de la alimentación mala, aunque suficiente. Los niños, que justamente en el tiempo en que más necesitan del alimento, pueden sólo saciarse a medias (y para muchos esto sucede no sólo en el período de cada crisis, sino aún en los mejores períodos de la industria), necesariamente deben crecer débiles, escrofulosos, raquíticos al más alto grado. Que esto es así, fácilmente se ve en su aspecto. El abandono a que está condenada la gran masa de los hijos de los obreros deja un sello indeleble, y su consecuencia es el debilitamiento de toda la generación obrera. Es necesario tener en cuenta, además, lo inadecuado de la vestimenta de esta clase; la imposibilidad, cada vez mayor, de protegerse de los enfriamientos; de la necesidad de trabajar hasta que lo permita la salud; de la miseria creciente de la familia en los casos de enfermedad; de la falta de asistencia médica; así podrá aproximadamente imaginarse cuál es el estado sanitario del obrero inglés. No quiero hacer mención de las consecuencias, todavía peores, que son propias de las diferentes ramas del trabajo, tal como hoy se lo ejercita.

Existen todavía otras causas que debilitan la salud de gran número de trabajadores. Ante todo, la bebida; todas las seducciones, todas las posibles tentaciones, se juntan para empujar al obrero a la pasión de la bebida. El aguardiente es para los trabajadores casi la única fuente de goces, y todo conspira para que se estreche el círculo a su alrededor. El obrero vuelve a su casa cansado y hambriento; encuentra una habitación sin ninguna comodidad, sucia, inhospitalaria; necesita en forma apremiante algún alivio, debe encontrar *algo* que compense la fatiga del trabajo, alguna perspectiva que le haga soportables los días duros y difíciles; su humor cansado, difícil, hipocondríaco, derivado de su estado enfermizo, y particularmente de las malas digestiones, se vuelve insoportable por las otras condiciones de vida, por la inseguridad de su existencia, por su dependencia de todos los posibles accidentes, por su impotencia para labrarse una posición segura; su cuerpo débil, debilitado por el aire malo y por la mala alimentación, ansía un estímulo que lo sacuda con violencia; su sociabilidad puede solamente satisfacerse en una hostería, pues no tiene otro lugar donde encontrarse con sus amigos; y con todo esto, ¿podría acaso el trabajador no tener las más fuertes tentaciones por la bebida y estaría acaso en condiciones de resistir los halagos de esta pasión? Por una real necesidad moral y física, en tales circunstancias una gran masa de obreros *es empujada* a la crápula. Abstracción hecha de las influencias físicas que arrastran al trabajador a la bebida, existen otras como el ejemplo de la gran mayoría, la instrucción descuidada; la imposibilidad de proteger de la tentación a la gente joven; en muchos casos, la influencia de los propios padres beodos,

que dan ellos mismos aguardiente a sus hijos; la seguridad de olvidar, por un par de horas, la miseria y la opresión de la vida, y cien circunstancias más, tan fuertes, que no se puede criticar a los obreros su predilección por el aguardiente. La pasión de la bebida ha cesado aquí de ser un vicio; por esto pueden ser excusados los viciosos; constituye un fenómeno natural; la consecuencia, necesaria e inevitable, de ciertas condiciones sobre un objeto sin voluntad, por lo menos en tanto enfrenta dichas condiciones. Aquellos que han hecho de los obreros simples objetos, son quienes deben asumir la responsabilidad. Por la misma necesidad que empuja a la bebida a una gran masa de obreros, por esta misma necesidad, la embriaguez prueba su acción ruinosa sobre el espíritu y los cuerpos de las víctimas.

Todas las enfermedades, que derivan de las condiciones de vida del obrero, son aceleradas por el alcoholismo, así, el desarrollo de las enfermedades crónicas y del bajo vientre, como el origen y difusión del tifus, son favorecidas por él al más alto grado.

Otra causa de males, para la clase trabajadora, reside en la imposibilidad de procurarse asistencia médica conveniente. Es cierto que gran número de institutos benéficos buscan ayudar a la gran masa de los trabajadores, como, por ejemplo, el hospital de Manchester, que, anualmente, en parte recoge y en parte socorre con el consejo del médico y con medicinas, a 22.000 enfermos; pero ¿qué es todo esto, para una ciudad donde, según el informe de Gaskell⁴⁹, tres cuartas partes de los habitantes necesitan anualmente socorro médico? Los médicos ingleses cobran altos honorarios y los obreros no están en condiciones de pagarlos Nada pueden hacer, y se ven obligados a recurrir a charlatanes y echar mano a medicinas baratas de curandero, que con el tiempo les reportan más daño que beneficio.

Gran número de estos charlatanes se han establecido en las ciudades inglesas, y con anuncios, carteles en los muros y otros artificios, han logrado crearse una clientela entre la clase pobre Además, se vende gran cantidad de así llamadas medicinas patentadas (*patent medicines*) buenas para todos los males posibles e imposibles; píldoras de Morrison, píldoras de Parr, píldoras del Dr. Mainwaring y mil otras píldoras, esencias y bálsamos, que tienen todas la única propiedad de curar todas las enfermedades del mundo. Estas medicinas contienen, a decir verdad, rara vez materias nocivas, pero no por eso dejan de actuar, si se toman con frecuencia, desventajosamente sobre los cuerpos; a los obreros, que nada saben, se les predica en todos los anuncios que no deben tomarlas en grandes dosis, pero éstos, con o sin motivo, las engullen en gran cantidad. No es extraño que el fabricante de píldoras Parr venda en una semana de 20 a 25 mil cajas: éste las toma contra la indigestión; aquél, contra la diarrea, contra la fiebre, la debilidad y todos los males posibles. Como nuestros paisanos alemanes, en cierto tiempo del año, se hacen despellejar y aplicar sangrías, así ahora los obreros ingleses toman sus medicinas patentadas, para dañarse a sí mismos y echar en los bolsillos del fabricante su dinero. Una de las peores de estas medicinas patentadas era una bebida que se preparaba con opio y especialmente con láudano, y que se vendía con el nombre de “Godfrey’s Cordial”. Las mujeres que trabajan en casa y deben cuidar sus hijos o los ajenos, les dan esta bebida a fin de tenerlos tranquilos y, como muchos creen, para que se críen más robustos. Se comienza a veces desde el nacimiento a darles esta bebida, sin conocer las nocivas consecuencias de este “remedio cordial”, hasta que mueren. Si el organismo del niño resiste los efectos del opio, en tanta mayor cantidad se le administra. Si el cordial ya no causa efecto, se le agrega láudano y se dan quince a veinte gotas por vez. El *coroner* de Nottingham aseguró, a una comisión⁵⁰ del gobierno, que un farmacéutico, según un

⁴⁹ *Manufacturing Population of England*, c. 8.

⁵⁰ Report of Commission of Inquiry into the Employment of Children and young persons in mines and Collieries and in the Trades and Manufactures in wich numbers of them work together, not being included under the Term of the Factorics Regulation Act. First and second Reports. Graingcr’s Rept. Second Rept. -

informe, había preparado en un año treinta quintales de jarabe para el “Godfrey’s Cordial”. Puede imaginarse cuáles son las consecuencias para los niños criados de esta manera. Se vuelven pálidos, flojos y débiles y muchos mueren cuando no tienen todavía dos años. El uso de estas medicinas se halla muy difundido en todas las grandes ciudades y en los distritos industriales del estado.

La consecuencia de todas estas prácticas es un general debilitamiento físico de los obreros. Entre ellos se encuentra la gente menos sana, menos bien constituida y menos fuerte (hablamos de los obreros industriales, que trabajan en lugares cerrados; solamente de ellos estamos tratando aquí). Son casi todos débiles, de osatura angulosa, pero no fuerte, flacos, pálidos, consumidos por la fiebre, excepto aquellos que tienen músculos reforzados por el trabajo.

Sufren casi todos de dispepsia, y son por esto, en mayor o menor grado, hipocondríacos y de genio áspero y difícil. Sus debilitados cuerpos no están en condiciones de resistir las enfermedades, y son atacados siempre. Por esto los obreros envejecen prematuramente, y mueren jóvenes. Las estadísticas de mortalidad dan de esto una prueba incontrastable.

Según el informe del encargado del registro general, G. Graham, la mortalidad en Inglaterra y en Gales es, anualmente, en poco inferior al 2 ½ por ciento; esto significa que de cuarenta y cinco personas muere al año una⁵¹. Por lo menos éste era el término medio en el año 1839-40; en los últimos años descendió algo la mortalidad y fue solamente de uno sobre cuarenta y seis. Pero en las grandes ciudades la condición es completamente diferente. Tengo delante de mí (en el *Manchester Guardian* del 31 de julio de 1844) las estadísticas oficiales de la mortalidad, según las cuales se estima la mortalidad, en cada una de las grandes ciudades, de la siguiente manera: en Manchester, incluido Salford y Chorlton, un deceso sobre 32,72 habitantes; excluidos Salford y Chorlton, uno sobre 30,75; en Liverpool, incluido West-Derby, uno sobre 31,90, y excluido West-Derby, uno sobre 29,90; mientras la media de todos los nombrados distritos de Cheshire, Lancashire y Yorkshire (que comprenden numerosos distritos completamente o en parte agrícolas, con muchas pequeñas ciudades), con una población de 1.172.506 almas, da un deceso por cada 39,80 habitantes.

Cuán mal están los obreros en las ciudades lo demuestra la mortalidad de Prescott, en el Lancashire (distrito habitado por obreros de las minas de carbón, cuyo trabajo no es precisamente salubre) que se encuentra, en lo relativo a las condiciones sanitarias, por debajo de un distrito agrícola. Para los obreros que habitan en el campo la mortalidad es de uno sobre 47,54 personas, con una ventaja, sobre la media en toda Inglaterra, del 2 ½ por ciento. Todos estos datos se basan en las tablas de la mortalidad del año 1843. Más alto es el promedio de la mortalidad en las ciudades escocesas: en Edimburgo, en el año 1838-39, se tuvo un muerto por cada 39 habitantes, mientras que en la ciudad vieja, en 1831, se tuvo uno por cada 22; en Glasgow, según el doctor Cowan (*Vital Statistics of Glasgow*), la media, después de 1830, fue de uno sobre 30; en cada año en particular, uno sobre 22 hasta 24. Se prueba, por todos estos datos, que la enorme disminución de la duración media de la vida se observa, principalmente, en las clases obreras, y que la media total mejora gracias a la menor mortalidad en las clases altas o medias. Uno de los últimos datos sobre esto es el siguiente del Dr. P. H. Holland, de Manchester, el cual, en misión oficial, hizo una encuesta en el suburbio de Manchester, Chorlton-on-Medlock.

Generalmente citado como *Children’s Employment*, una de las mejores fuentes oficiales, que contiene un gran número de datos del mayor valor y de los más espantosos. El primer informe se dio en 1841, el segundo dos años más tarde.

⁵¹ *Fifth Annual Report of Reg. Gen. of Birth, Death and marriages.*

Clasifica las casas y las calles en tres categorías y encuentra la siguiente proporción en la mortalidad:

Primera categoría de calles	Casas I categoría	Mortalidad 1 sobre 51
Ídem	Casas II categoría	Mortalidad 1 sobre 45
Ídem	Casas III categoría	Mortalidad 1 sobre 36
Segunda categoría de calles	Casas I categoría	Mortalidad 1 sobre 35
Ídem	Casas II categoría	Mortalidad 1 sobre 38
Ídem	Casas III categoría	Mortalidad 1 sobre 35
Tercera categoría de calles	Casas I categoría	Mortalidad (falta) sobre
Ídem	Casas II categoría	Mortalidad 1 sobre 35
Ídem	Casas III categoría	Mortalidad 1 sobre 25

[Estadísticas de nacimiento y decesos en Glasgow.

En subtítulo “Illustrating the Sanitary Condition of the Population” (Estadística de nacimientos y decesos en Glasgow, para ilustrar el estado sanitario de la población). El artículo del Dr. Cowan se publicó en el *Journal of the Statistical Society of London* en octubre de 1840, vol. 3, p. 265. He aquí bajo el cuadro de Cowan:

años	1 deceso por
1831	33.845
1832	21.672
1833	35.776
1834	36.312
1835	32.647
1836	28.906
1837	24.634
1838	37.939
1839	36.146

]

Por otras estadísticas, dadas por Holland, resulta que la mortalidad, en las *calles* de la segunda clase, es del 18 por ciento y en las de la tercera clase del 63 por ciento más que en las de la primera clase; la mortalidad, en las *casas* de la segunda clase, es del 31 por ciento y en las de la tercera clase del 78 por ciento más que en las de la primera; que la mortalidad, en las calles que fueron reparadas, disminuyó en un veinticinco por ciento. Termina el autor con una observación bastante clara para un burgués inglés. “Si comprobamos que la mortalidad, en determinada categoría de calles, es más alta que en otra, y que en ciertas categorías es doble que en otras, si es invariablemente alta en las calles que están en las peores condiciones, e invariablemente baja en aquellas que se encuentran en buenas condiciones, podemos inferir que multitud de personas, centenares de vecinos nuestros son aniquilados (*destroyed*) anualmente, por falta de las más elementales medidas de previsión”. El informe sobre el estado de salud de la clase trabajadora contiene datos que prueban lo mismo. En Liverpool, en 1840, la duración media de la vida en la alta burguesía (*Gentry, Professional men, etc.*) era de 35 años; en la clase comercial y de los artesanos en mejor condición, de 22; de los obreros, jornaleros y de la clase inferior, generalmente sólo de 15 años.

Los informes parlamentarios contienen todavía gran número de datos semejantes.

Las listas de la mortalidad, principalmente, suben a cifras altas por el gran número de niños pequeños que mueren en la clase obrera. El cuerpo delicado de un niño resiste menos las influencias desfavorables de una baja condición de vida; el abandono a que está sujetó el niño en esta clase, si ambos progenitores trabajan, o si uno de los dos ha muerto, hace sentir rápidamente sus efectos, y no debe asombrar que, si como sucede en Manchester, según las estadísticas mencionadas, muera antes de los cinco años más del 57 por ciento de los niños de la clase obrera, mientras sólo muere el 20 por ciento en las clases superiores, y la media de la mortalidad de los niños de menos de cinco años, pertenecientes a todas las clases, en los distritos de campo, no es ni siquiera del 32 por ciento⁵². El artículo citado del *Artizan* nos aporta cifras exactas, que confrontan los casos de muerte, por las diferentes enfermedades, de los niños de las ciudades con los del campo, y prueba que las epidemias son, en general, tres veces más mortales en Manchester y en Liverpool que en los distritos agrícolas; que las enfermedades del sistema nervioso se han centuplicado, y los trastornos digestivos se han duplicado en las ciudades, y en los casos de muerte a consecuencia de enfermedades crónicas, están en las ciudades, en proporción de 2 ½ a 1 con los del campo. En las ciudades, los casos de muerte de los niños, después de una viruela, roséola [sarampión], tos convulsa o fiebre escarlatina, son cuatro veces mayores; después de una hidrocefalia, tres veces mayores, y diez veces más en seguida de las convulsiones.

Y para citar todavía a una indiscutible autoridad, transcribo una tabla del Dr. Wade, de acuerdo con el informe del comité parlamentario para las fábricas, en el año 1832, en su *History of the Middle and Working Classes* (London, 1835, 3rd. ed.).

CANTIDAD DE MUERTES PRODUCIDAS SOBRE 10.000 HOMBRES

	Menos de 5 años	5 - 19 años	20 - 39 años	40 - 59 años	60 - 69 años	70 - 79 años	80 - 89 años	90 - 99 años	100 años
En el Condado de Rutland, distrito agrícola salubre	2.865	891	1.275	1.299	1.189	1.428	939	112	3
En el Condado de Essex, distrito agrícola palúdico	3.159	1.110	1.526	1.413	963	1.019	680	177	3
En la ciudad de Carlyle, 1779-87, antes de la introducción de las máquinas	4.408	921	1.006	1.201	940	826	533	153	22
En la ciudad de Carlyle, después de la introducción de las máquinas	4.738	930	1.261	1.134	677	727	432	80	1
En la ciudad de Preston, industrial	4.947	1.136	1.379	1.114	653	532	298	38	3
En la ciudad de Leeds, industrial	5.206	927	1.228	1.198	593	512	295	29	2

Fuera de estas diversas enfermedades, que son la necesaria consecuencia del moderno abandono y de la moderna opresión de la clase obrera, existen otras causas que provocan el aumento de la mortalidad de los niños. En muchas familias la mujer debe trabajar fuera de casa, como el hombre, dejando en completo abandono a sus hijos, que

⁵² *Factories Inquiry Commission's Report, 3rd vol. Report of Dr. Hawkins on Lancashire*, donde el Dr. Robertson es citado como "la más alta autoridad para la estadística en Manchester."

permanecen encerrados, o son encargados a la vigilancia de cualquiera. No es de extrañar, pues, que centenares de tales niños pierdan la vida en toda suerte de accidentes. En ninguna parte mueren tantos niños destrozados por caballos o carros, en ningún lugar sufren desgracias mortales, ahogados o quemados, como en las grandes ciudades de Inglaterra. Especialmente son frecuentes los casos de muerte por escaldaduras o caídas en agua caliente; en Manchester, durante los meses de invierno, se registró un caso por semana; en Londres, son igualmente frecuentes, si bien en los diarios aparecen rara vez; tengo a la vista una relación aparecida en el *Weekly Dispatch*, el 15 de diciembre de 1844; según ese relato, en la semana del 19 al 7 de diciembre se produjeron seis de tales casos. Estos pobres niños, que mueren de un modo tan terrible, son simplemente las víctimas de nuestro desorden social, y de la clase propietaria, interesada en mantener tal desorden. Y no podemos decir hasta qué punto esta muerte angustiosa y horrible no sea un bien para esos niños, ya que los preserva de una larga vida de sudores y miserias, rica en dolores, y pobre en satisfacciones. Esto viene sucediendo hace tiempo en Inglaterra; la burguesía lee todo esto en los diarios y no se inmuta. Pero no se [quejará] si, basándome en los citados testimonios oficiales y no oficiales, que *debe* conocer, la acuso de asesinato social. No se preocupa, esta clase, de poner remedio a tan horrible condición, ni cede tampoco la administración de los públicos intereses a la clase trabajadora. De esto último no tiene la menor intención y, en cuanto a lo primero, no tendría la fuerza para realizarlo mientras continuara siendo burguesía y encerrada en prejuicios burgueses. Si después de haber caído en la batalla centenares de miles de víctimas toma una insignificante precaución para el futuro, promulgando la *Metropolitan Buildings Act*, por la que se limita la aglomeración sin medida en las habitaciones, y se muestra radiante por medidas que están lejos de llegar a la raíz del mal, que no pueden reemplazar elementales reglas de vigilancia sanitaria, no por eso podrá rehabilitarse de las acusaciones acumuladas en su contra.

La burguesía inglesa tiene solamente dos caminos: o continuar dominando con la irrefragable acusación de asesinato sobre sus espaldas, y a pesar de esta acusación, o abdicar a favor de la clase obrera. Hasta ahora ha preferido lo primero.

Pasemos, ahora, del examen de la condición física al de la condición intelectual de los trabajadores. Si la burguesía les deja únicamente la cantidad de vida indispensable, no debemos asombrarnos si sólo les da ese poco de instrucción que está en su interés proporcionarles. Y ciertamente no es mucho. Los medios de instruirse son desproporcionadamente escasos frente al número de habitantes. Las pocas escuelas semanales que existen, a disposición de los trabajadores, pueden ser frecuentadas por una minoría, y son pésimas; los maestros (obreros que alternan con su trabajo estas tareas y personas incapaces, que solamente para poder vivir se han hecho maestros de escuela) están ayunos de los más elementales principios, privados de la educación moral tan necesaria al maestro, y no tienen ningún control público. Aquí también domina la libre competencia y, como siempre, los ricos obtienen lo bueno, y los pobres, para quienes la competencia no es en realidad libre, que no tienen el necesario conocimiento para poder juzgar, resultan perjudicados. Escuela obligatoria no existe en las fábricas sino de nombre, y cuando en la sesión de 1843 el gobierno quiso poner en vigor esta supuesta escuela obligatoria, la burguesía industrial se opuso con todo su poder, aun cuando los obreros estuvieran resueltamente *a favor* de la idea. Aparte de esto, una cantidad de niños trabaja toda la semana en las fábricas y en casa, y no pueden por ello frecuentar la escuela. Las escuelas nocturnas, donde podrían concurrir esos niños que durante el día están ocupados, se frecuentan con poco o ningún provecho; aparte de que sería pretender demasiado que jóvenes obreros, atormentados por doce horas de trabajo, tuvieran todavía que concurrir a la escuela de 8 a 10 de la noche.

Los que entre ellos lo hacen, se duermen, según consta en el *Children's Empl. Rept.*, en centenares de informes. Se han organizado escuelas dominicales, pero están atendidas por maestros incompetentes al más alto grado, y solamente pueden resultar de utilidad para aquellos que hayan aprendido algo durante la semana. El informe de la *Children's Employment Commission* trae millares de pruebas, y la comisión dice, respecto a esto, que: ni las escuelas doctrinales ni las escuelas de los domingos responden en lo más mínimo a las necesidades de la nación. Este informe ofrece la prueba de la ignorancia de la clase trabajadora inglesa, ignorancia que no sería de esperarse ni siquiera de países como España e Italia. Y no podía ser de otro modo: la burguesía nada tiene que esperar, y tiene mucho que temer de la educación de los obreros; el gobierno, en su colosal presupuesto de 55.000.000 de libras esterlinas, destina sólo la exigua suma de 40.000 esterlinas para la instrucción pública; y si no fuese por el fanatismo de las sectas religiosas, que por una parte daña y por otra hace bien, los medios de instrucción serían todavía más escasos. Así la High Church levanta sus *National Schools* y cada secta tiene su propia escuela; en realidad, con la idea de conservar a los hijos de sus prosélitos en la misma secta, y, siempre que sea posible, arrebatar una pobre alma de niño a alguna de las otras sectas. La consecuencia de esto es que la religión, y con más exactitud, el lado más estéril de la religión, ha elevado la polémica a la categoría de enseñanza preferida; que la memoria de los niños resulta confundida con dogmas incomprensibles y distinciones teológicas; que el odio de sectas y la santurronería fanática se despiertan por demás temprano y qué es descuidada la educación sensata, intelectual y moral. Los obreros han pedido al parlamento, en muchas ocasiones, una educación puramente laica, dejando la enseñanza religiosa al cuidado de las diferentes sectas, pero todavía no han encontrado ningún ministerio que quiera ocuparse de nada semejante. Naturalmente. El ministerio es el obediente servidor de la burguesía y ésta se divide en sectas numerosas; cada secta concede al obrero la educación, arma peligrosa, si éste toma el antídoto de los dogmas pertenecientes especialmente a esta secta. Las sectas todavía hoy se disputan el dominio y, mientras tanto, la clase trabajadora permanece sin instrucción. Los fabricantes se enorgullecen de haber enseñado a leer a la gran mayoría, pero en qué consiste este leer lo demuestra el informe de la *Children's Employment Commission*.

El que conoce el alfabeto puede leer, se dicen; y con esto los fabricantes se tranquilizan. Si se recuerda la confusa ortografía inglesa, que sólo después de larga instrucción puede ser aprendida, y que hace de la lectura algo difícil, se comprende la ignorancia en que se encuentran. Muy pocos saben escribir perfectamente; muchísimos, entre los “instruidos”, no tienen ortografía. Las escuelas dominicales de la High Church, de los cuáqueros y creo de muchas otras sectas, no enseñan a escribir “porque ésta es una ocupación mundana para los días de domingo”.

En qué consiste la instrucción que se ofrece a los obreros lo dicen un par de ejemplos. Están tomados del informe de la *Children's Employment Commission*, informe que, desgraciadamente, no se extiende a la industria de las fábricas propiamente dicha.

“En Birmingham [dice el comisario Grainger] los niños examinados por mí están completamente desprovistos de todo aquello que podría, aun remotamente, llamarse una instrucción útil. Y si bien en casi todas las escuelas se da instrucción religiosa hasta en tal materia demuestran en general la mayor ignorancia.”

“En Wolverhampton [narra el comisario Horne] encontré, entre otros, los siguientes ejemplos: una niña de once años, que había estado en una escuela semanal y dominical, “nada había aprendido, ni de otro mundo, del cielo o de otra vida”. Otra, de 17 años, no sabía cuántos eran dos más dos, cuántos *farthings* ($\frac{1}{4}$ *penny*, diez centésimos) hay en dos *pence* (veinte centésimos) y esto ni aun teniendo el dinero en la mano. Algunos niños no sabían nada de Londres ni de Willenhall, si bien esta última ciudad dista

solamente una hora de su pueblo y está en continua comunicación con Wolverhampton. Algunos no conocían el nombre de la reina, o nombres como Nelson, Wellington, Bonaparte. Pero es notable que aquellos que no habían aprendido el nombre de San Pablo, Moisés o Salomón estaban perfectamente al corriente de la vida, las acciones y el carácter de Dick Turpin, asesino asaltante, y de Jack Sheppard, el ladrón y rata de prisiones.

Un joven de dieciséis años no sabía cuánto son dos más dos o a cuánto equivalen cuatro *farthings*; un joven de 17 años decía que diez *farthings* eran diez medios *pence* y un tercio; otro, también de 17 años, respondía brevemente, a algunas preguntas muy simples, que “no sabía nada de nada” (*he was ne judge o ’nothin*) (Home, Rept. App., Part. II, Q. 18, N. 216, 217, 226, 233, etc.).

Estos chicos, que desde los cuatro a los cinco años son atormentados con dogmas religiosos, al fin saben tanto como sabían al principio. Un muchacho “ha asistido regularmente a la escuela dominical durante cinco años y no sabe quién era Jesucristo, pero ha aprendido el nombre; aunque no los de los doce apóstoles, de Sansón, Moisés, Aarón, etc. (ibid. Evid., p. 9, 39, I. 33). Otro fue regularmente a la escuela dominical por seis años. Sabe quién era Jesucristo, que murió en la cruz, que derramó su sangre para liberar a nuestros liberadores; pero no sabía nada de San Pedro y de San Pablo” (ibid. p. 9, 361 I. 46). Un tercero “había estado siete años en diversas escuelas de los domingos, y podía solamente leer en libros elementales palabras fáciles de una sílaba; ha oído hablar de los apóstoles, no sabe si uno de ellos fue San Pedro o San Juan, quizá San Juan Wesley (fundador de los Metodistas)”, etcétera (ibid. p. 9, 34, I. 58); a la pregunta de quién fue Jesucristo, Horne recibió las siguientes respuestas: “era Adán”; “era un apóstol”, “era el hijo del Señor del liberador (*he was the Saviour’s Lord’s Son*)”; y un muchacho de dieciséis años: “era hace muchos, muchos años, un rey de Londres”.

En Sheffield, el comisario Symons hizo leer a los escolares del domingo, quienes no estaban en condición de decir lo que habían leído o qué gentes habían sido los apóstoles, sobre los cuales acababan de leer. Después que Symons hubo interrogado a buen número de alumnos, sin haber obtenido una respuesta exacta, llamó a un niño descalzo, de buen semblante, que con gran seguridad dijo: “Yo, yo sé, eran leprosos” (Symons, Rept. App., Parte I, p. p. E 22 s. p.p.). En los distritos de las fábricas de utensilios de cobre, y del Lancashire, se obtuvieron resultados similares.

Bien se ve lo que la burguesía y el estado han hecho por la educación y la instrucción de la clase obrera. Afortunadamente, las condiciones en que ésta vive son tales que proporcionan una educación práctica, que no sólo suple el inútil bagaje escolástico, sino que también vuelve inocua la confusa concepción religiosa de las diferentes escuelas, y coloca a los obreros a la cabeza del movimiento nacional de Inglaterra. La miseria enseña a pedir, y lo que es más importante, a pensar y actuar.

El obrero inglés, que sabe leer poco y escribir menos, sabe muy bien cuál es su propio interés y el de toda la nación; sabe también muy bien cuál es el interés especial de la burguesía, y qué es lo que puede esperar de esa burguesía; no sabe escribir, pero puede hablar, y hablar públicamente; no sabe calcular, pero sabe, no obstante, calcular con nociones de economía nacional cuánto es menester para discutir e impugnar a un burgués que pretende la abolición de las leyes sobre el grano; pese a los esfuerzos de los predicadores, permanecen oscuras para él las aspiraciones acerca del paraíso, pero conoce bien la cuestión irlandesa, y la cuestión política social. Hablaremos sobre esto más adelante; pasemos ahora a examinar el carácter moral de nuestros operarios.

La enseñanza moral, que está unida, en todas las escuelas de Inglaterra, a la religiosa, es evidente que no puede surtir mejor efecto que ésta. Los simples principios que regulan, para los hombres, las relaciones del hombre con el hombre, principios que ya por la condición social, por la guerra de todos contra todos, caen en la más horrible

confusión, deben permanecer oscuros y ajenos al obrero no instruido, si se los mezcla con principios religiosos incomprensibles, y se los proclama en la forma religiosa de un orden imperativa arbitraria e infundada. Las escuelas, según las declaraciones de todas las autoridades, y especialmente de la *Child. Empl. Comm.*, no contribuyen casi nada a la moralidad de la clase obrera.

La burguesía inglesa es tan indiferente, tan estúpidamente limitada en su egoísmo, que no se da una sola vez el trabajo de enseñar la moral moderna a los obreros; una moral, no obstante, que la burguesía se ha construido para su particular interés y su particular defensa. El ocuparse de sí misma da demasiado trabajo a la burguesía ociosa y despreocupada, y todo lo demás le parece superfluo. Vendrá, con seguridad, un tiempo en que se arrepentirá de su negligencia. Pero no se debe lamentar que los obreros nada sepan de esta moral, ni se rijan según sus principios. Así los obreros son, tanto física e intelectualmente como moralmente, olvidados y rechazados por la clase que detenta el poder... El único miramiento que se tiene para con ellos es la ley, que se les aplica tan pronto como ofenden a la burguesía; así como contra las bestias irracionales se aplica un *solo* medio de educación, el látigo, la fuerza brutal, que no convence y solo amedrenta.

Por lo tanto, no asombra que los obreros, tratados como bestias, o se vuelvan realmente bestias, o salven la conciencia y sentimiento de su humanidad conservando el odio más vivo, la continua rebelión interna contra la burguesía que detenta el poder. Son hombres en tanto sienten cólera contra la clase dominante; y se vuelven bestias tan pronto como se pliegan dócilmente al yugo, buscando hacer llevadera una vida de esclavos, sin pensar en romper las cadenas.

Esto es, pues, todo lo que la burguesía ha hecho por la educación de la clase obrera; y si consideramos las otras condiciones en que ésta vive, no podemos criticar el rencor que nutre contra la clase dominante. La educación moral, que no es dada en la escuela al obrero, no le es dada tampoco en las otras circunstancias de su vida; no es, por lo menos, la educación moral que tendría algún valor a los ojos de la burguesía. La forma de vivir del obrero y todo aquello que lo rodea lo empujan hacia la inmoralidad. Es pobre, para él la vida no tiene atractivos, le están negadas casi todas las satisfacciones, las penas de las leyes no tienen, para él, nada más terrible, ¿por qué debe él medirse en sus deseos, por qué razón debe dejar a los ricos el goce de sus bienes, en lugar de apropiarse de una parte? ¿Qué razón tiene el proletario para no robar? Es muy lindo, y al burgués suena muy bien al oído, cuando se habla de la “santidad de la propiedad”; pero para aquel que no tiene propiedad alguna esta santidad deja de ser tal. El dinero es el dios de este mundo. El burgués, al quitar el dinero al proletario, lo transforma en un ateo práctico. No hay que asombrarse, por tanto, si el proletario salvaguarda su ateísmo y no respeta más la santidad y la fuerza del dios terrestre. Y si la pobreza del proletario llega hasta la privación verdadera de las cosas más necesarias a la vida, hasta la miseria y la más negra indignidad, simultáneamente con ello se agranda el desprecio contra todo orden social. Esto lo saben también, en gran parte, los mismos burgueses. Symons⁵³ señala que la pobreza ejerce una acción destructora sobre el espíritu, como la pasión por la bebida sobre el físico, y Sheriff Alison muestra con exactitud a los propietarios cuáles son las consecuencias de la opresión social para los trabajadores⁵⁴. La miseria deja al obrero, como únicas alternativas, la muerte lenta por hambre, eliminarse, o tomar lo que necesita, lo que encuentra, en una palabra, robar. No debemos maravillarnos si la mayor parte prefiere el robo a la muerte por hambre o al suicidio. Sin embargo, todavía encontramos, entre los trabajadores, algunos tan decentes como para no robar, aun cuando estén en situaciones angustiosas, y éstos mueren de hambre o se suicidan. El suicidio, que antaño era el

⁵³ *Arts and Artizans.*

⁵⁴ *Princ. Of Popul.*, vol. II, p. 196, 197.

privilegio de las clases elevadas, ocurre en Inglaterra también entre proletarios. Se ha hecho una moda, y una multitud de pobre gente se mata, a fin de huir a la miseria, de la que no le es posible salvarse de otro modo.

Más desmoralizadora que la miseria es para los obreros ingleses la inseguridad de su situación; la necesidad de vivir pasando el salario de la mano a la boca, dicho brevemente, aquello que los hace *proletarios*.

Nuestros pequeños agricultores están en Alemania también muy pobres y sufren miseria, pero dependen menos del azar, tienen por lo menos algo de fijo. Pero el proletario que nada tiene, fuera de sus dos manos, que hoy gasta lo que ganó ayer, que depende de todas las posibles eventualidades, que no posee la más pequeña garantía de su capacidad para ganarse lo que le es de absoluta necesidad para vivir (cada crisis, cada capricho de su patrón pueden dejarlo sin trabajo) está colocado en la situación más inhumana y propensa a la subversión que un hombre pueda imaginar.

Al esclavo le está asegurada la existencia, por el interés particular de su patrón; el siervo tiene todavía un pedazo de tierra, del que vive; ellos tienen al menos una garantía para la simple vida, pero el proletario solamente puede contar consigo mismo y, al propio tiempo, no encuentra el modo de emplear sus fuerzas de manera de poder hacer algún cálculo sobre ellas. Todo lo que el obrero podría hacer para mejorar su condición desaparece como una gota en el océano, con la corriente en contra de las alternativas a que está expuesto y contra las que no tiene la menor fuerza. Es el objeto, sin voluntad, de todas las posibles combinaciones de las circunstancias y puede llamarse afortunado si por un tiempo logra conservar la vida. Como es fácil de comprender, su carácter y su método de vida se adaptan a tales circunstancias. O trata de detenerse en este vórtice, de salvar su humanidad, y esto puede conseguirlo sólo rebelándose⁵⁵ contra la burguesía (que lo explota sin ningún miramiento y lo somete a su propio destino, obligándolo a permanecer en esta situación indigna de un hombre) o renuncia a la lucha como inútil y busca aprovecharse lo más posible de los momentos favorables. El ahorro no le es de ninguna utilidad, pues sólo puede juntar cuanto le hace falta para alimentarse un par de semanas, y si queda desocupado siempre es por mucho más tiempo. No puede hacerse de una propiedad por un tiempo, y si pudiera, otro iría a ocupar su puesto. ¿Qué puede hacer de mejor, por lo tanto, que vivir lo mejor posible cuando consigue ganar un buen salario? El burgués inglés se maravilla y se escandaliza, a un mismo tiempo, de la vida alegre que lleva el obrero en el tiempo en que está ganando bien. No es solamente natural, sino completamente razonable, que la gente, si puede, goce de la vida en lugar de acumular tesoros, que no pueden serle útiles y que, al fin, serán devorados por la polilla o la herrumbre, o sea, por los burgueses. Pero una vida semejante es desmoralizadora como ninguna. Lo que dijo Carlyle, a propósito de los hiladores de algodón, vale para los obreros de todas las otras industrias inglesas: “Entre ellos, la ocupación hoy es intensa, mañana languidece: un continuo juego de azar, y viven como el jugador, hoy en el lujo, mañana en la miseria. Se experimenta un insidioso y amargo disgusto, que es el sentimiento más miserable que pueda albergar el pecho del hombre. El comercio inglés, con sus fluctuaciones y convulsiones mundiales, con su irregular actividad, ha hecho, para los obreros, inseguros todos los caminos; sobriedad, firmeza, tranquila estabilidad y los principales bienes humanos, les son desconocidos. Este mundo no es para ellos una casa paterna, sino una oscura prisión, llena de tormentos infructuosos y excesivos, de rebeliones, de odios, de desprecio por sí mismos y por todos los hombres.”

“¿Es éste, en realidad, un mundo verde y florido, creado y dirigido por un dios, o una tina hirviente, llena de humo de vitriolo, polvo de algodón, de bazofia, de delirio, de

⁵⁵ Veremos, en seguida, cómo la rebelión del proletariado contra la burguesía es legitimada, en Inglaterra, por el derecho de libre asociación.

tormentos del trabajo, creado y dirigido por un demonio?⁵⁶ Y más adelante, en la página 40: “Si la injusticia y la deslealtad con la verdad, los hechos y el orden de la naturaleza, son el único mal bajo el sol, y la conciencia de sufrir el mal y la injusticia, el solo sentimiento doloroso insoportable, nuestra pregunta acerca de la condición de los obreros sería ésta: ¿Es esto justo? Y, ante todo, ¿qué piensan ellos de tal justicia? Sus palabras son suficiente respuesta, sus actos también. La rebelión, el repentino y vindicativo impulso de rebelión contra las clases elevadas, el ciego acatamiento a las órdenes de sus dirigentes, la creencia ingenua en las doctrinas de sus superiores espirituales, se vuelven, cada vez más, el sentimiento general de las clases sometidas. Este sentimiento podrá ser reprochado y condenado, pero todos deben reconocer que existe entre los obreros, deben saber que esto es triste y que, de no ponerle remedio, traerá desgracia”.

Carlyle tiene, en realidad, completa razón, y sólo se equivoca cuando critica el odio salvaje de los obreros contra las clases elevadas. Este odio, este enojo, es la prueba de que los obreros sienten la inhumanidad de su condición, de que no quieren dejarse tratar como bestias, y de que se liberarán de la servidumbre en la que los tiene la burguesía. Comprobamos esto en los que no participan de este resentimiento o se someten al destino que los golpea; en el mejor de los casos, viven como gente honesta, no se preocupan del destino de la humanidad, ayudan a la burguesía a apretar más firmemente con sus cadenas a los obreros; su espíritu está muerto, se dejan mal llevar por la suerte y juegan con ella, pierden también interiormente la segura firmeza que ya han perdido exteriormente, viven al día, beben porquerías y se divierten con las muchachas; en ambos casos, son como bestias. Contribuyen principalmente al “rápido aumento del vicio”, del que la burguesía sentimental está tan espantada, después de haber originado ella misma las causas.

Otra fuente de desmoralización de los trabajadores es la condena al trabajo. Si la libre actividad productora es la satisfacción más alta que conocemos, el trabajo obligatorio es el tormento, más duro y envilecedor. Nada es más terrible que tener que hacer todos los días, de la mañana a la noche, algo que nos repugna. Y cuanto más humanamente siente el obrero, tanto más debe odiar el trabajo, porque siente la violencia y la falta de estímulo que para él encierra. ¿Por qué trabaja? ¿Por el placer de producir? ¿Por un impulso de la naturaleza? Ni en sueños. Trabaja por el dinero, para obtener algo que nada tiene que hacer con el trabajo; trabaja porque está obligado, y trabaja tanto, con tan ininterrumpida uniformidad, que ya por esta causa, desde las primeras semanas, el trabajo debe serles un tormento si todavía tienen sentimientos humanos. La división del trabajo ha aumentado la acción deprimente del trabajo obligatorio. En la mayor parte de las ramas del trabajo, la actividad del obrero está limitada a una breve y simple manipulación que se repite minuto a minuto, y que sigue siendo la misma de año en año⁵⁷.

Aquel que, desde la infancia, cada día, por doce horas o más, ha hecho alfileres o pulido peines, y además ha vivido en las condiciones de un proletario inglés, ¿qué sentimientos humanos y qué aptitudes puede tener después de los treinta años? Lo mismo sucede con la introducción de las máquinas y del vapor. La actividad del obrero disminuye, se ahorra esfuerzo del músculo y el trabajo mismo se vuelve insignificante, pero monótono al más alto grado. El trabajo no deja al obrero ningún campo para la actividad intelectual; le es necesaria la mayor atención, puesto que para atender bien su trabajo no debe pensar en otra cosa. Un trabajo así es una condena; quita al obrero todo el tiempo disponible, quedándole sólo el necesario para comer y dormir, nada para ejercicio del cuerpo al aire libre, para gozar de la naturaleza. Y no hablemos de la

⁵⁶ *Chartism*, p. 34, f.f.

⁵⁷ ¿Debo aquí también hacer hablar por mí los testimonios de los burgueses? Elijo solamente uno; que puede leerse en Adam Smith. *Wealth of Nations* (edición citada) vol. 3, lib. 3. cap. 8, pág. 297.

actividad intelectual; ¡no debe degradarse a los hombres, con semejante condena, a la condición de bestias! El obrero tiene la alternativa de someterse al destino, de volverse “un buen obrero”, de vigilar fielmente el interés del burgués (y entonces se embrutece), o resistir, a fin de luchar por su humanidad mientras le sea posible, y esto sólo puede hacerlo luchando contra la burguesía.

Si todas estas causas han producido la gran desmoralización que reina en la clase obrera, se presenta todavía una nueva causa que agranda aún más esta desmoralización, llevándola a su más alto grado: la centralización de la población. Los escritores ingleses de la burguesía ponen el grito en el cielo, por la influencia inmoral de las grandes ciudades; estos Jeremías no lloran sobre lo que ellas destruyen, sino que hacen derivar todo de la causa recién citada; tanto Sheriff Alison como el Dr. Vangham en su libro *The Age of Great Cities*. Se comprende. Si ellos dijeran: la pobreza, la inseguridad de las situaciones, el recargo de trabajo, el trabajo obligatorio, son las causas principales, todos, ellos mismos, deberían responder: demos, por lo tanto, propiedades a los pobres. garanticemos su existencia, hagamos leyes contra el exceso de trabajo. Y esto no podría consentirlo la burguesía.

Pero las grandes ciudades se han desarrollado así, por sí mismas, la gente ha acudido a ellas libremente, de modo que la conclusión, clara, de que la industria y la clase media (que sacan el provecho) son las que han creado estas grandes ciudades, queda tan oculta, que con mucha facilidad la clase dominante echa todas las culpas sobre aquellas aparentes causas inevitables; aunque todavía las grandes ciudades puedan, al menos, dar al mal ya existente un desarrollo más rápido y una mayor madurez. Alison es, por lo menos, tan humano como para reconocer esto; no es un perfecto burgués, un *tory*, y tiene, por lo tanto, los ojos abiertos, cuando los perfectos burgueses los tienen completamente ciegos. Queremos aquí dejarlo hablar: “En las grandes ciudades es donde el vicio despliega sus tentaciones, la injuria sus redes, donde la culpa está estimulada por la esperanza de la impunidad y el ocio por los numerosos ejemplos. En estos grandes mercados de la corrupción humana se refugian, huyendo de la simplicidad de la vida de campo, los perversos y los disolutos, que encuentran aquí sus víctimas, y ganan, ellos también, su salario por los peligros a que se arriesgan. La virtud está envuelta en la oscuridad y oprimida; el pecado madura en la dificultad de los recursos para no ser descubierto, el libertinaje es recompensado por el inmediato placer. Quien de noche atraviese St. Giles, las angostas y ruinosas callejas de Dublín, los barrios pobres de Glasgow, encontrará la confirmación de lo dicho; lo que lo asombrará no es que existan muchos, sino tan pocos malhechores en el mundo. La principal causa de la delincuencia, en las grandes ciudades, es la naturaleza contagiosa del mal ejemplo y la dificultad de ponerse a cubierto de los atractivos del vicio, cuando tales halagos buscan diariamente el contacto con la generación joven. Los ricos no son *eo ipso*⁵⁸ mejores; también ellos, en las mismas condiciones, no pueden resistir a las tentaciones; la desgracia de los pobres es que ellos por todas partes *deben* encontrar las seductoras formas del vicio y el cebo de los placeres prohibidos. La evidente imposibilidad de esconder a los jóvenes de la clase pobre, en las grandes ciudades, los atractivos del vicio, es la causa de la desmoralización”. Después de una larga descripción de las costumbres, el autor prosigue: “Todo esto no proviene de una extraordinaria depravación del carácter, sino, más bien, de la incontestable naturaleza de las seducciones, a las que los pobres están expuestos. Los ricos, que censuran la conducta de los pobres, se someterían a la influencia de las mencionadas causas tan fácil como rápidamente. Hay un grado de miseria, un insinuarse del pecado, al que la virtud rara vez es capaz de oponerse y al cual, particularmente, la

⁵⁸ Por eso mismo.

virtud no puede resistir”. Y en otro pasaje, más adelante: “Si las clases elevadas, para su ventaja, han reunido grandes masas de obreros en pequeños espacios, la propagación de la delincuencia se hace terriblemente veloz e inevitable.”

“Las clases inferiores, con la enseñanza moral y religiosa que reciben, son tan censurables por el hecho de caer en las tentaciones, como *por el hecho de caer víctimas del tifus*”⁵⁹.

¡Basta! El medio burgués Alison nos denuncia, aunque sea en forma limitada, las malas consecuencias de las grandes ciudades, para el desarrollo moral de los obreros. Otro, un burgués completo, un hombre del corazón de la Liga Contra las Leyes sobre el Grano, el Dr. Andrés·Ure⁶⁰, nos denuncia la otra parte. Explica que la vida en las grandes ciudades acelerará las negociaciones entre los obreros y dará fuerza a la plebe. Si aquí los obreros no fuesen educados (esto es, educados en la obediencia a la burguesía), considerarían el asunto de un solo lado, desde un punto de vista de siniestro egoísmo, y se dejarían conducir fácilmente por astutos demagogos; serían capaces de considerar a sus *mejores benefactores*, los frugales y emprendedores burgueses, con ojos hostiles y envidiosos. Aquí sería eficaz, solamente, una buena educación, sin la cual sobrevendrían la bancarrota nacional y otros horrores, puesto que una revolución de los obreros, de otro modo, no podría tardar. Y nuestro burgués tiene completa razón por sus temores. Si la centralización de la población obra desarrollando y estimulando la clase de los poseedores, produce, todavía más rápidamente, el desarrollo de los obreros. Los obreros comienzan a sentirse una clase en su conjunto, y se dan cuenta de que, aunque sean individualmente débiles, unidos son una fuerza. La separación de la burguesía, la instrucción, vienen a dar a los trabajadores y a sus condiciones de vida, ideas y percepciones propias, la conciencia siente que está oprimida y los obreros alcanzan una importancia social y política. Las grandes ciudades son el foco del movimiento obrero; en ellas los obreros han comenzado, en primer lugar, a reflexionar sobre su condición y a combatir contra ella; en ellas aparece el contraste entre la burguesía y el proletariado; de ellas han salido las uniones obreras, el cartismo y el socialismo.

Las grandes ciudades tienen la enfermedad del cuerpo social, enfermedad que se presenta en el campo bajo la forma crónica y en ellas se transforma en aguda, con lo que surge a la luz la verdadera naturaleza de la enfermedad y queda indicado el medio apropiado para curarla.

Sin las grandes ciudades y su creciente acción sobre el desarrollo de la inteligencia, los trabajadores no estarían tan adelantados como están ahora. Además, ellas han destruido los últimos vestigios de las relaciones patriarcales de obreros y patrones, a lo que contribuye, también, la gran industria, haciendo que los obreros dependan de un solo burgués. La burguesía se lamenta de ello y tiene razón, puesto que en el antiguo estado de cosas el burgués estaba casi asegurado contra una posible rebelión de los obreros. Podía usufructuarlos y dominarlos a voluntad y recibir, por añadidura, obediencia, agradecimiento y sumisión del pueblo estúpido, si les daba, además del salario, un poco de amistad que no le costaba nada, y tal vez alguna pequeña ventaja, y hacía todo eso con el aire de quien da alguna cosa por bondad de corazón, como algo extra, y sin ofrecer la décima parte de aquello a que estaría obligado.

Aun cuando el burgués, en medio de un estado de cosas no creado por él, ciertamente cumplió con su deber, al menos en parte, como miembro de la clase dominante (por el hecho *de que ésta gobierna*, es responsable de las condiciones de todo

⁵⁹ *Princ. Of Population*, vol. II, p. 76 ff, p. 135.

⁶⁰ *Philosophy of Manuufactures*. London. 1835. Hablaremos nuevamente de este libro. Los pasajes están en la pág. 406 y siguientes.

el país y asume la defensa del interés general), nada hizo de lo que estaba en su obligación hacer por su posición, y explotó además todo el país en provecho propio.

Cuando estaban en vigor las condiciones de vida patriarcal, que de manera hipócrita escondían la esclavitud de los obreros, el obrero estaba intelectualmente muerto, era del todo ignorante de su particular interés, era un simple individuo privado.

Cuando, en primer lugar, se alejó de su patrón, cuando se hizo evidente que sólo estaba unido a él por el interés privado, solamente por ganar dinero, cuando la aparente unión, que no resistió la prueba más leve, se esfumó del todo, entonces empezó el obrero a reconocer su posición y su interés, y a desenvolverse por sí mismo; comprendió, entonces, que era, en su pensamiento, en los sentimientos, en las exteriorizaciones de su voluntad, el esclavo de la burguesía. En esto influyeron principalmente las grandes ciudades y la industria grande.

Otro fenómeno que tuvo una influencia muy notable sobre el carácter del obrero británico, fue la inmigración irlandesa, de la que en tal sentido ya hablamos. Ella, como hemos visto, ha degradado, en parte, a los obreros ingleses, quitado fuerza a la civilidad y empeorado su condición; pero, por otra parte, ha contribuido a hacer más profundo el abismo entre obreros y burguesía, acelerando así la crisis que sobrevendría. El proceso de la enfermedad social, que aflige a Inglaterra, es igual al de una enfermedad física; ésta se desarrolla según ciertas leyes y tiene sus crisis, la última y más grave de las cuales decide de la suerte del enfermo. Y ya que la nación inglesa no puede morir en esta última crisis, sino que debe surgir de ella renacida y renovada, puede esperarse que la enfermedad alcanzará su punto culminante. A esto contribuye todavía la inmigración irlandesa, con su naturaleza vivaz y apasionada, que toma carta de ciudadanía en Inglaterra, influyendo en la clase obrera inglesa. Irlandeses e ingleses se encuentran en las mismas circunstancias que franceses y alemanes, y la mezcla del temperamento irlandés, de genio ligero, irritable, fogoso, con el temperamento inglés, tranquilo, perseverante, juicioso, no puede con él tiempo sino ser favorable a ambos. El grosero egoísmo de la burguesía inglesa habría persistido, por mucho más tiempo, en la clase obrera, si no hubiese estado amplia y generosamente superada por el sentimiento dominante de la naturaleza irlandesa, y si el carácter inglés, juicioso y frío, no hubiese estado mitigado por la fusión de las razas, por un lado, y por otra parte, por el trato diario.

No nos asombraremos, después de todo esto, si la clase obrera ha llegado a ser totalmente otro pueblo que la burguesía inglesa. La burguesía tiene más afinidad con todas las otras naciones de la tierra, que con estos obreros que están a su lado. Los obreros hablan otro idioma, tienen otras ideas y nociones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Son dos pueblos completamente distintos, se diferencian como si fuesen dos razas, y en el continente hasta ahora sólo conocíamos uno: la burguesía. Y es precisamente el otro, el pueblo formado por proletarios, el que tiene la mayor importancia para el porvenir de Inglaterra⁶¹.

Hablaremos más adelante de cómo se manifiesta, en las asociaciones y en los principios políticos, el carácter público del obrero inglés; aquí queremos solamente hacer mención de los resultados, cuyas causas hemos reunido en cuanto ellas actúan sobre el carácter privado de los obreros.

El obrero es mucho más humano que el burgués, en la vida corriente. Ya tuve ocasión de decir que los mendigos suelen dirigirse, casi solamente, a los obreros y que, por lo general, para la asistencia a los pobres se hace más de parte de los obreros que de parte de los ricos. Este hecho, que, por lo demás, puede comprobarse todos los días, está también anotado por el señor Parkinson, canónigo de Manchester: “Los pobres se dan,

⁶¹ La misma idea de que la gran industria ha dividido a los ingleses en dos naciones distintas, ha sido, casualmente en la misma época, expresada por Disraeli en su novela: *Sybil, or the two Nations*.

recíprocamente, más de lo que los ricos dan a los pobres. Puedo confirmar mi aseveración, con el testimonio de uno de nuestros médicos entre los más viejos, más hábiles, más humanos, el Dr. Bardsley. Este ha declarado públicamente que la suma total que los pobres se dan recíprocamente cada año, sobrepasa a la que en el mismo tiempo destinan los ricos”⁶².

La humanidad de los obreros se muestra jovial en todas las ocasiones. Han conocido un destino duro y pueden, por lo tanto, nutrir simpatías hacia aquellos que están en la miseria: para ellos, cada hombre es un hombre, mientras que para el burgués el obrero es menos que un hombre. Los obreros son más sociales y más corteses que los de las clases poseedoras: aun cuando tengan necesidad de dinero, son menos ávidos, pues para ellos el dinero tiene valor solamente para comprar aquello que necesitan, mientras que para el burgués el dinero tiene un valor especial, un valor en sí, el valor de un dios, que hace así del burgués un hombre-dinero vulgar y sucio. El obrero, que no conoce este sentimiento de veneración por el dinero, no es, por lo tanto, tan ávido como el burgués, capaz de cualquier cosa para ganar dinero y que hace de la acumulación de éste un fin de la vida. Por esto, aun el obrero más ingenuo tiene los ojos más abiertos para los hechos que el burgués, no considera todas las cosas según su egoísmo. Está protegido, por su imperfecta cultura, de los prejuicios religiosos; no entiende nada de esto, no se atormenta por ellos, no conoce el fanatismo, que tiene prisionera a la burguesía, y si tiene un poco de religión, ésta es solamente nominal, nunca teórica: vive, prácticamente, sólo para este mundo y busca de hacerse ciudadano de él.

Todos los escritores de la burguesía están de acuerdo en decir que los obreros no tienen religión y que no van a la iglesia. En todo caso, deben exceptuarse los irlandeses, los viejos, por tanto los medio burgueses, los guardianes, los maestros y otros semejantes. En la masa, se encuentra casi por todos lados una indiferencia completa por la religión, y si se va más alto, se encuentra un poco de deísmo, demasiado poco desarrollado como para que pueda dar otra cosa que palabras o provocar algo más que un vago terror ante expresiones como *infiel* y *ateo*.

El clero de todas las sectas es mal visto por los obreros, aunque sólo en los últimos tiempos ha perdido su influencia sobre ellos; basta ahora el simple grito *He is a parson* (es un pastor) para hacer arrojar de la tribuna de las reuniones públicas a un clerical. Y así como la condición de vida, también la falta de educación religiosa o de otra especie, contribuye a conservar a los obreros más simples y más libres que el burgués, con sus opiniones hechas y principios fijos. Este último está sumergido en los prejuicios de su clase, que le fueron machacados en los oídos desde la juventud; con él no hay nada que hacer; es esencialmente conservador, bien que en la forma pueda aparecer liberal; su interés está unido a lo que existe y es insensible a todo movimiento. El burgués ya no está a la cabeza del desarrollo histórico; los obreros, por derecho primero y en los hechos después, ocupan el puesto.

Este aspecto, con la consiguiente actividad pública de los obreros, son el lado favorable del carácter de la clase obrera; los lados desfavorables se resumen también rápidamente y derivan, como es natural, de las causas ya citadas. La pasión por la bebida, la irregularidad del comercio sexual, la rudeza, la falta de respeto por la propiedad, son los puntos principales que el burgués reprochará al obrero.

Que éste bebe en demasía es un hecho, y no puede esperarse otra cosa. Sheriff Alison afirma que, en Glasgow, cada sábado por la noche, están borrachos treinta mil obreros, y esta cifra no es pequeña; que, en esta ciudad, en 1830, había una taberna de venta de aguardiente cada doce casas, y en 1840, una cada diez casas; que en Escocia, en

⁶² *On The Present Condition of the Labouring Poor in Manchester, etc.*, by the Rev. Rd. Parkinson, Canon of Manchester. 3rd edit., London and Manchester, 1841.

1823, se puso impuesto a 2.300.000 galones⁶³ de aguardiente; en 1837, 6.620.000, y en Inglaterra, en 1823, 1.976.000; en 1837, 7.875.000. La ley sobre la cerveza de 1830, que facilita el establecimiento de casas que venden cerveza, las llamadas *Jerry-Shops* (cuyos propietarios son concesionarios de la venta de la cerveza, *to be drunk on the premises*, que debe ser bebida en casa), facilita, también, la difusión de la costumbre de beber, pues esta ley ha traído como consecuencia que se instale casi delante de cada puerta una hostería. Casi en cada calle se encuentran muchas de estas cervecerías, y mientras en el campo se encuentran a veces dos o tres juntas, aquí podemos decir, sin exagerar, que todo es una sola *Jerry-Shops*. Además, se encuentran en gran número las *Hush-Shops*, esto es, las tabernas clandestinas, que no tienen concesión, y muchas destilerías, que se encuentran en los barrios remotos de las grandes ciudades, rara vez visitados por la policía, donde se produce gran cantidad de esta bebida. Gaskell cuenta, sólo en Manchester, más de 100 de estos *Hush-Shops*, y no menos de 156.000 galones suma su producción anual. En Manchester existen, por otra parte, más de mil hosterías, es decir, en relación con las casas, casi tantas como en Glasgow. De todas las otras ciudades puede decirse otro tanto.

Y piénsese, todavía, que fuera de las consecuencias comunes de la pasión por la bebida, los hombres y las mujeres de todas las edades, los niños, a veces las madres con hijos todavía en brazos, están junto a los que caen en lo más bajo del régimen burgués, con ladrones, fulleros, prostitutas; a veces, algunas madres hasta dan aguardiente a sus hijos todavía lactantes; debemos, pues, admitir que la frecuentación de tales sitios ejerce una acción desmoralizadora constante. Especialmente los sábados por la tarde, en que se cobra el salario y se deja el trabajo un poco antes de lo acostumbrado, cuando toda la clase obrera sale de sus pésimos barrios y se expande por las calles de la ciudad, puede verse la embriaguez en toda su brutalidad. Rara vez he salido una de estas noches en Manchester, sin encontrar una turba de ebrios vacilantes o de borrachos tirados sobre el empedrado. El domingo por la noche suele renovarse la misma escena, solamente que menos bullanguera.

Cuando el dinero se ha terminado, los bebedores se van al primer montepío (hay muchos en cada ciudad; en Manchester, más de sesenta, y en una sola calle de Salford (Chapel-Street), de diez a doce) y empeñan lo que todavía les queda: mobiliario, vestidos de fiesta cuando los tienen, adornos, etc. Cada sábado son llevados en masa a los montepíos estos objetos, que luego serán rescatados antes del próximo miércoles, hasta que por fin se hace imposible rescatarlos, y pedazo a pedazo, todo va a dar a manos del usurero, y por fin éste ya no quiere dar un cobre por objetos inútiles o con demasiado uso.

El que haya podido observar con sus propios ojos la difusión del vicio de la bebida en Inglaterra, creará sin dificultad lo que dice lord Ashley⁶⁴, quien afirma que la clase obrera gasta cada año veinticinco millones de libras esterlinas en bebidas alcohólicas. Todos podemos fácilmente imaginar las consecuencias: la destrucción del aspecto exterior de la persona, la ruina de la salud física e intelectual y el relajamiento de todos los resortes de la familia. Las ligas de templanza mucho han hecho, pero ¿qué efecto pueden tener 200 *Teatotellers* sobre millones de obreros? Cuando el padre Mathew, apóstol irlandés de la templanza, viaja a través de las ciudades inglesas, de treinta a sesenta mil obreros hacen promesa de no beber, pero a las tres semanas la mayor parte ha olvidado sus votos. Si calculamos la masa de los que en los últimos tres o cuatro años han hecho promesa de no beber, sobrepasa al número de la gente que vive en las ciudades, y no se nota que el vicio de la bebida decrezca.

⁶³ Galón, medida inglesa de cerca de 5 litros.

⁶⁴ Sesión de la Cámara Baja del 28 de febrero de 1843.

Junto a la desenfrenada pasión por las bebidas alcohólicas, crece el vicio del comercio carnal, muy arraigado entre los obreros ingleses. También esto deriva, como consecuencia necesaria, como salvaje necesidad de la condición de una clase que se abandona a sí misma y no tiene medio de hacer uso adecuado de esta libertad. La burguesía le ha dejado solamente estos dos placeres, mientras le ha impuesto una cantidad de sufrimientos y de fatigas, y como consecuencia, los obreros, hasta para tener un poco de vida, concentran toda su pasión en estos dos placeres y se dan a ellos del modo más irregular y excesivo.

Si se obliga a la gente a vivir en una condición de bestias, no queda otro recurso que rebelarse o sumirse en una vida bestial. Y si la burguesía contribuye en gran parte al aumento de la prostitución, tiene poco derecho a reprochar a los obreros su brutalidad sexual. ¿Cuántas de las cuarenta mil mujeres públicas⁶⁵, que llenan cada noche las calles de Londres, viven de la virtuosa burguesía? ¿Cuántas de ellas tienen que agradecer la seducción de un burgués, pues deben ofrecer en venta sus cuerpos a los pasantes para vivir?

Los errores de los obreros consisten, sobre todo, en la búsqueda desenfrenada del placer, en la falta de previsión y de adaptación al orden social, sobre todo en la incapacidad de resistir y sacrificar el placer momentáneo a un lejano bienestar. Pero esto no es de extrañar. Una clase que puede obtener tan poco en recompensa por su duro trabajo, y solamente tiene los placeres sexuales, ¿no debe echarse loca y ciegamente en ellos? Una clase de cuya educación nadie se preocupa, que está expuesta a todos los posibles accidentes, que no conoce ninguna seguridad en la vida, ¿qué razón, qué interés tendrá en practicar la previsión, de llevar una vida “morigerada”; en lugar de aprovechar el momento favorable, pensar en un lejano bien que, para ella, por su situación, será eternamente dudoso? ¿Cómo puede pretenderse que una clase que debe soportar todas las desventajas sociales, sin tener ninguna de sus ventajas, que una clase a la que este orden parece sólo enemigo, deba respetarlo? Esto, en realidad, ya sería demasiado. Pero la clase obrera no puede sustraerse a este orden mientras él existe, y si el obrero, por separado, se erige en contra de él, cae sobre su persona el más grande castigo. Así el orden social hace casi imposible al obrero la vida en familia; una casa inhabitable y sucia que apenas sería suficiente como refugio nocturno. mal amueblada, a menudo sin reparo para la lluvia, y sin calefacción, una atmósfera húmeda en una pieza llena de personas, no permiten ninguna vida familiar; el hombre trabaja todo el día y tal vez la mujer y los hijos mayores, y todos en lugares distintos; se ven solamente a la mañana y a la noche; de ahí las visitas continuas a las tabernas. ¿Cómo puede existir la vida de familia? Y, aun así, el obrero no puede tampoco independizarse de la familia; debe vivir en familia, y la consecuencia son continuas peleas y discordias, que actúan sobre los cónyuges y especialmente sobre los hijos, de la manera más desmoralizadora.

El olvido de todos los deberes familiares y de los hijos es por demás frecuente entre los obreros ingleses, y es producto de la moderna organización de la sociedad. Y los niños educados de este modo, en un ambiente de lo más desmoralizado, al que pertenecen y en el que crecen los padres mismos, ¿cómo podrían hacerse morales? Es realmente imposible lo que el burgués, contento de sí mismo, pide ingenuamente al obrero.

El desprecio por el orden social se muestra en su forma más clara en la delincuencia. Cuando las causas que desmoralizan al obrero son más fuertes de lo acostumbrado, el obrero se vuelve delincuente con la misma fatalidad con que el agua a 80 grados Réaumur se transforma del estado líquido al gaseoso. El obrero, por el brutal y brutalizante trato de la burguesía, se vuelve realmente algo sin voluntad como el agua, y

⁶⁵ Sheriff Alison, *Princ. Of Population*.

está sometido igualmente a las leyes de la naturaleza; para él cesa, hasta cierto punto, toda libertad. Con la extensión del proletariado, por lo tanto, ha aumentado la delincuencia en Inglaterra, y la nación inglesa se ha vuelto la nación que cuenta con mayor número de delincuentes. De las “Tabla de Criminalidad”, publicadas anualmente por el Ministerio del Interior, resulta que en Inglaterra la delincuencia ha aumentado con increíble velocidad. He aquí. las cifras de los arrestados por actos criminales solamente en Inglaterra y en Gales:

En el año 1805	4.605
Ídem 1810	5.146
Ídem 1815	7.898
Ídem 1820	13.710
Ídem 1825	14.437
Ídem 1830	18.107
Ídem 1835	20.731
Ídem 1840	27.787
Ídem 1841	27.760
Ídem 1842	31.309

Como se ve, en treinta y siete años los arrestos se han multiplicado siete veces. De estos arrestados, en 1842, solamente al Lancashire pertenecen 4.497, es decir, el 14 por ciento, y al Middlesex (incluido Londres) ,4.094, es decir, más del 13 por ciento. Así, vemos que dos distritos, que incluyen grandes ciudades con muchos proletarios, dan más de la cuarta parte del total de delincuentes, aun cuando su población total no alcance a ser la cuarta parte de todo el país.

Las “Tablas de Criminalidad” prueban, además, que casi todos los delincuentes provienen del proletariado, ya que, en 1842, para cada cien delincuentes, término medio 32,35 no sabían leer ni escribir, 58,32 sabían leer y escribir insuficientemente, 6,77 escribían y leían bien, 0,22 tenían una educación superior y de 2,34 no se pudo establecer el grado de cultura.

En Escocia, la delincuencia ha aumentado todavía más. En 1810, hubo sólo 89 arrestados por actos criminales; en 1837, ya hay 3.176, y en 1843, 4.189. En el Lancashire, donde Sheriff Alison tuvo que reeditar el informe oficial, la población se ha reduplicado en treinta años, mientras la delincuencia se ha reduplicado cada cinco años y medio; por lo tanto, ha aumentado seis veces más rápidamente que la población. Los delincuentes, como sucede en casi todos los países civilizados, lo son, en su mayoría, por atentados contra la propiedad, que tienen su origen en la falta de esta o aquella cosa, porque el que tiene no roba. La relación de los delincuentes contra la propiedad, que es, en los Países Bajos, a la cifra de población como 1 : 7.140, en Francia como 1 : 804, como dice Gaskell, es en Inglaterra como 1 : 799. La relación de los delincuentes contra las personas es a la cifra de población, en los Países Bajos, como 1 : 28.904, en Francia como 1 : 17.573, en Inglaterra como 1 : 23.395; en los distritos agrícolas, la relación de la delincuencia es a la cifra de población como 1 : 1.043, en las ciudades industriales como 1 : 840⁶⁶; en toda Inglaterra, tal relación es apenas como 1 : 655⁶⁷; ¡y hace apenas diez años que salió el libro de Gaskell!

⁶⁶ *Manuf. Popul. of Engl.*, cap. 10.

⁶⁷ El número de los delincuentes convictos (22.773), dividido por la cifra de población (cerca de 15 millones).

Estos hechos son, verdaderamente, más que suficientes para hacer reflexionar y meditar a cualquier persona, hasta a un burgués, sobre las consecuencias de tal condición de cosas. Si la desmoralización y los delincuentes aumentan todavía en veinte años en la misma medida (y si la industria inglesa, en esos veinte años, es menos afortunada de lo que fue hasta ahora, la progresión de la delincuencia debe aumentarse todavía), ¿cuál será el resultado? Vemos ahora a la sociedad en completa disolución; no podemos tomar un diario sin que debamos leer, en hechos muy significativos, el relajamiento de todos los vínculos sociales. Tomo al acaso, del conjunto de diarios que tengo a la vista; he aquí el *Manchester Guardian* (30 de octubre de 1834), que da relatos de tres días; no se preocupa más que de dar las noticias de Manchester, y cuenta, simplemente, los hechos más interesantes: que en una fábrica los obreros, para obtener un salario más alto, habían suspendido el trabajo y que habían sido obligados por el juez de paz a retomarlo; que en Salford, un par de muchachos habían cometido un hurto y que un comerciante en bancarota había querido engañar a sus acreedores. Más minuciosas son las noticias de los suburbios: en Ashton, dos hurtos, una quiebra, un suicidio; en Bury, un hurto; en Oldham, una suspensión de trabajo por causa de salario, un hurto, una pelea entre mujeres irlandesas, un sombrerero que no pertenecía a la unión obrera maltratado por socios de la unión, una mujer castigada por su hijo; en Rochdale, una serie de peleas, una agresión contra la policía, un hurto en una iglesia; en Stockport, descontento de los obreros a causa del salario, un hurto, un engaño, una pelea, un hombre que maltrata a su mujer; en Warrington, un hurto y una pelea; en Wigan, un hurto y un robo en una iglesia.

Las noticias de los diarios ingleses son todavía peores; engaños, hurtos, rapiñas, peleas de familia, se acumulan; tomemos un *Times* (12 de septiembre de 1844), que habla sólo de los hechos de un día: cuenta de un hurto, de una agresión contra la policía, de una sentencia que obliga a un padre a mantener a un hijo ilegítimo, del abandono de un niño por parte de sus padres y del envenenamiento de un hombre por su mujer. Cosas iguales se encuentran en todos los diarios ingleses. En este país, la guerra social está declarada; cada uno piensa en sí mismo y lucha para sí contra los demás, y si debe o no hacer daño a todos los demás, que son enemigos “declarados, depende sólo de un cálculo egoísta sobre lo que le es de mayor provecho. Ya nadie se entiende en forma pacífica con sus semejantes; todas las diferencias terminan con amenazas, con defensas personales en el tribunal. En resumen: cada uno ve en el prójimo a un enemigo del que quiere desembarazarse, o a lo más, un medio de sacar ventaja para sí. Y esta guerra, como lo prueban las tablas de criminalidad, se hace cada año más áspera, más apasionada, más implacable; la hostilidad, poco a poco, se divide en dos grandes campos que marchan uno contra otro: la burguesía por aquí, el proletariado por allá. Esta guerra de todos contra todos y del proletariado contra la burguesía no debe asombrarnos, puesto que es sólo la consecuencia del principio que reside en la libre competencia; pero más bien debemos asombrarnos de que la burguesía, contra quien, diariamente, se reúnen nuevas y amenazantes nubes de tempestad, permanezca tan tranquila y despreocupada; cómo puede leer cada día en los diarios estas cosas, no digamos sin desprecio de la situación social, pero sin sentir terror ante sus consecuencias, ante una explosión general de lo que la delincuencia pone en evidencia.

Pero precisamente por esto es burguesía, y no puede desde su punto de vista darse por enterada de los hechos y pesar sus consecuencias. Solamente es asombroso que prejuicios de clase y opiniones fijas hayan herido de ceguera al más alto grado, yo diría a un grado de locura, a toda una clase de hombres. El desarrollo de la nación sigue así en semejante locura, los burgueses pueden o no tener ojos para esto, y una buena mañana la clase propietaria se sorprenderá de cosas que, en su sapiencia, nunca soñó.

Las ramas aisladas de trabajo. Los obreros industriales en su estricto significado

Si queremos ahora observar más de cerca las ramas aisladas más importantes del proletariado industrial inglés, según el principio antes expuesto (n. 15), deberemos comenzar por los obreros industriales, esto es, por los que están sometidos a la ley sobre las fábricas. Esta ley regula el tiempo de trabajo de las fábricas donde, con ayuda de la fuerza hidráulica o del vapor, se tejen o se hilan la lana, la seda, el algodón y el lino, y se extiende por ello a las ramas más importantes de la industria inglesa. La clase que vive de ellos es la más numerosa, la más vieja, la más inteligente y la más enérgica, pero, por esto también, la más inquieta y la más odiada por la burguesía, entre todas las clases de obreros ingleses; los obreros que la componen, y especialmente los obreros de las fábricas de algodón, están a la cabeza del movimiento obrero, como sus patrones, los industriales, especialmente los de Lancashire, están a la cabeza de la agitación burguesa.

Hemos visto ya, en la introducción, cómo la masa obrera que trabaja en los citados artículos ha sido, en primer término, arrancada por las nuevas máquinas de su antiguo método de vida. No debemos, por lo tanto, asombrarnos si el progreso de los descubrimientos mecánicos, en los años posteriores, la ha sacudido más grandemente y de continuo. La historia de la fabricación del algodón, como leemos en Ure⁶⁸, Baines⁶⁹, etc., explica perfectamente los nuevos perfeccionamientos; la mayor parte de ellos han sido también introducidos en las otras ramas industriales. Casi en todas partes, el trabajo a mano es reemplazado por el trabajo a máquina, casi todas las manufacturas emplean la fuerza hidráulica o del vapor, y cada año trae nuevos mejoramientos. En un sistema social ordinario, tales mejoramientos serían agradables; en un sistema de guerra de todos contra todos, individuos aislados se apropian el beneficio y toman a los más su medio de vida. Cada mejoramiento de las máquinas desocupa a más obreros, y cuando más notable es el perfeccionamiento, más numerosa se vuelve la clase de los sin trabajo; cada mejoramiento tiene, sobre cierto número de obreros, la acción de una crisis comercial, produce miseria, hambre, delincuencia. Tomemos un ejemplo: en seguida después de la primera invención, la *jenny* (ver más atrás), puesta en movimiento por *un solo* obrero, producía, por lo menos, el séxtuplo de lo que podía hacer en igual tiempo el hilador, de modo que, por cada nueva *jenny* quedaban sin pan cinco hiladores. La *mule*⁷⁰, que requería un número todavía menor de obreros, tuvo la misma acción, y cada mejoramiento de la *mule*, es decir, cada aumento del número de los husos, disminuía de continuo el número de los obreros necesarios. Pero el aumento del número de husos de la *mule* es tan notable, que cuadrillas completas de obreros quedaron sin trabajo; porque si antes un hilador, con un par de muchachos (*piecers*) ponía en movimiento 600 husos, ahora podía vigilar él solo de 1.400 a 2.000 husos, pertenecientes a dos *mule*; por esto, dos hiladores adultos y una parte de los *piecers* ocupados por ellos quedaban sin trabajo. Y después que en una gran parte de las máquinas de hilar fueron introducidos los *self-actors* (hiladores automáticos), cesó la función del hilador, que fue ejercida por las máquinas.

⁶⁸ *The Cotton Manufacture of Great Britain*. By Dr. A. Ure, 1836.

⁶⁹ *History of the Cotton Manufacture of Great Britain*, by E. Baines, Esq.

⁷⁰ La *Jenny* es la máquina de hilar algodón; la *mule* la de hilar seda y algodón fino.

Tenemos delante un libro⁷¹, escrito por uno de los jefes reconocidos del Cartismo, James Leach. Este trabajó mucho tiempo en diversas ramas de trabajo, en las fábricas y en las minas de carbón, y lo conozco como hombre digno de fe, capaz y hábil. Le fueron suministradas, a causa de su posición política, las más difundidas noticias sobre diversas fábricas, informes recogidos por los mismos trabajadores; de su cuadro resulta que, en 1829, en 35 fábricas estaban ocupados 1.060 obreros más, aplicados a la *mule*, que en 1841, aunque el número de husos, en esas 35 fábricas, hubiese aumentado en 99.739. Dice que en cinco fábricas no hay más hilanderos, porque estas fábricas poseen solamente *self-actors*.

Mientras el número de husos aumenta en un 10 por ciento, el número de hilanderos disminuye en más del 60 por ciento. Y, continúa Leach, después de 1841 se introdujeron tantos mejoramientos, por el refuerzo de los husos (*double decking*) y otras cosas, que en algunas de las ya citadas fábricas queda entonces desocupada de nuevo la mitad de los hilanderos; solamente en una fábrica, donde poco antes había 80 hilanderos, ahora hay 20; los otros fueron despedidos y deben hacer el trabajo de los niños, por un salario de niños. Lo mismo dice Leach referente a Stockport, donde en 1835 había 800 hilanderos, mientras en 1843 no había ocupados más que 140, aunque la industria de Stockport, en los últimos ocho o nueve años, se haya desarrollado notablemente. En las fábricas para cardar se han hecho ahora mejoramientos similares, de modo que la mitad de los obreros quedaron sin pan. En una fábrica se han introducido los telares reforzados, que dejan desocupados cuatro muchachos sobre ocho; además, el fabricante ha rebajado el salario de los cuatro que trabajan de ocho a siete chelines. Igual cosa ha ocurrido en la tejeduría. El telar mecánico ha asumido la función de rama de la tejeduría a mano, y como produce mucho más que el telar a mano, y un obrero puede vigilar dos telares mecánicos, una multitud de obreros queda sin trabajo. Y otro tanto ha ocurrido en todas las otras ramas de la fabricación, en la hilandería de la lana y del lino y en la trama de la seda; igualmente, el telar mecánico comienza a invadir ramas particulares de la tejeduría de la lana y el lino; solamente en Rochdale, hay más telares mecánicos que a mano, ocupados en la tejeduría de la franela y otros géneros de lana.

La burguesía siente el deber de replicar que los mejoramientos de las máquinas, por las cuales los gastos de producción disminuyen, ofrecen las mercaderías a más bajo precio, que a tal precio mínimo corresponde cierto aumento del consumo, que los obreros que quedan desocupados encuentran pronto trabajo en las nuevas fábricas. Sin duda, la burguesía tiene completa razón cuando dice que, en ciertas condiciones favorables para el general desenvolvimiento industrial, a cada disminución del precio de una mercadería dada, cuya materia prima cuesta poco, el consumo aumenta en mucho y son abiertas nuevas fábricas; pero, en otro sentido, cada palabra de su afirmación es una mentira.

No tiene ella en cuenta todo lo que sobreviene, hasta las consecuencias de la disminución de los precios, hasta la apertura de nuevas fábricas; no dice que todas las mejoras en las máquinas vuelcan sobre ellas, de más en más, el verdadero trabajo que requiere aplicación, y que de tal modo el trabajo de los hombres adultos se transforma en una simple vigilancia, por lo que puede ser realizado por una débil mujer o por un niño, y además, por la mitad o un tercio del salario; que entonces los hombres adultos son arrojados de la industria: no hay ocupación para ellos, pese al creciente ritmo de fabricación; la burguesía no dice que, por esto, ramas completas de trabajo son suprimidas o transformadas, y deben aprenderse de nuevo, y se guarda bien de aclarar si se ha de abolir el trabajo de los muchachitos (especialmente, porque el trabajo en las fábricas debe aprenderse en la niñez, antes de los diez años, para que pueda asimilarse bien; confrontar,

⁷¹ *Stubborn, Facts from the Factories, by a Manchesler Operative. Published and dedicated to the working Classes*, by W. Rashleigh. M. P. London, Oliver, 1844, p. 28 y siguientes.

como ejemplo, *Factories Ing. Comm. Rept.* en pasajes similares). No dice que el proceso de perfeccionamiento de las máquinas va en continuo aumento, y que al obrero le ocurre que, tan pronto como aprende a trabajar en una rama de trabajo, es quitada también ésta, y así el último resto de seguridad en su vida que todavía le quedaba le es arrancado: Pero la burguesía recibe el beneficio del perfeccionamiento de las máquinas; durante los primeros años, cuando todavía trabajaban muchas viejas máquinas y los perfeccionamientos no se habían introducido, aprovechó la más bella ocasión de ganar dinero, y sería pretender demasiado que ella tuviera también pretensiones sobre las desventajas de la máquina perfeccionada.

Que las máquinas perfeccionadas rebajan el salario, es también rebatido por la burguesía, mientras los obreros lo afirman cada vez más. La burguesía sostiene que, aunque con la producción facilitada el salario por mano de obra haya bajado, todavía el salario total semanal, en lugar de bajar, ha subido, y que la condición de los obreros ha mejorado antes que empeorado. Es difícil ir al fondo del asunto, porque los obreros se apoyan en la disminución de la manufactura; entretanto, es cierto que también el salario semanal, en diversas ramas de trabajo, ha bajado por la introducción de las máquinas. Los llamados hilanderos finos (aquellos que hilan el hilado para la *mule*) piden salarios altos, de 30 a 40 chelines por semana, porque forman una fuerte asociación para mantener alto el salario, y su trabajo sólo puede aprenderse difícilmente; pero los hilanderos comunes, que deben hacer competencia a las máquinas automáticas (*self-actors*) no usadas para el hilado fino, y cuya asociación es debilitada por la introducción de tales máquinas, perciben, por el contrario, un salario muy bajo.

Un hiladero aplicado a la *mule* me decía que él no ganaba un salario superior a 14 chelines semanales, y tal afirmación concuerda con lo que dice Leach: que en diversas fábricas los trabajadores comunes ganan por debajo de 16 chelines y medio, y que un hiladero que tres años atrás ganaba 30 chelines, ahora apenas podía ganar 12 chelines y medio, y que en los últimos años no ganaba nada más, término medio. El salario de las mujeres y los niños puede haber caído poco, porque desde el principio no era alto. Conozco mujeres viudas que tienen niños; ganan penosamente por semana de 8 a 9 chelines y no pueden con tal suma vivir regularmente, junto con la familia; convendrá en ello cualquiera que conozca los precios de los artículos de consumo en Inglaterra. Lo que afirman *todos* los obreros es que el salario ha bajado en general por los adelantos mecánicos; que la afirmación de la burguesía fabricante, según la cual, la condición de la clase trabajadora se habría mejorado por la introducción de las máquinas, es ruidosamente desmentida por esta clase, como se puede oír en toda reunión obrera de los distritos industriales. E igualmente, si fuese verdad que sólo el salario relativo, el salario *a destajo*, ha descendido, y que el salario absoluto, la suma de ganancia semanal, permanece firme, ¿qué se deduciría? Que los obreros han debido mirar tranquilamente cómo los señores fabricantes llenaban sus bolsas y sacaban beneficios de cada mejora, sin darles a ellos la más pequeña parte. La burguesía olvida, cuando lucha contra los obreros, también los más comunes principios de su economía nacional. Ella, que juraba sobre Malthus, objeta, en su angustia, a los obreros: ¿dónde habrían podido encontrar trabajo sin las máquinas, los muchos millones que ha aumentado la población inglesa?⁷² ¡Tonterías! Como si la burguesía no supiese bastante bien que, sin las máquinas, y el consiguiente desarrollo industrial, estos “millones” no se habrían producido y crecido. *Esto* es, simplemente, lo que las máquinas han traído de útil a los obreros: les han hecho sentir la necesidad de una reforma social, por la cual las máquinas no trabajarían más *en contra*, sino *a favor* de los obreros. Los sabios señores burgueses pueden interrogar, alguna vez, a la gente que limpia

⁷² Tal pregunta hace, por ejemplo, el señor Symons en *Arts and Artizans*.

las calles de Manchester, o de otra parte (esto, en verdad, no sucede más, puesto que también para esta tarea se inventan y aplican máquinas) o que vende sal, naranjas, fósforos, en las calles, o que debe pedir limosna; de cualquiera obtendrá la respuesta: somos obreros industriales, desocupados a causa de las máquinas.

Las consecuencias del perfeccionamiento de éstas son, para los obreros y en las modernas condiciones sociales, sólo desfavorables, y con frecuencia oprimentes en el más alto grado; cada nueva máquina trae desocupación, miseria e indigencia (y en un país como Inglaterra, donde hay casi siempre “población superflua”, el licenciamiento del trabajo en el mayor número de casos es lo peor que puede suceder al obrero). Y es también digno de observarse ¡qué influencia enervante debe de tener esta inseguridad en la vida, ocasionada por el progreso incesante de las máquinas y la consiguiente desocupación, sobre obreros ha tiempo colocados en condición incierta! Para librarse de la desesperación, también en este caso se abren al obrero dos vías: la interna y externa rebelión contra la burguesía, o el beber, y sobre todo la disolución. Y los obreros ingleses están acostumbrados a buscar en ambas refugio. La historia del proletariado inglés registra centenares de rebeliones contra las máquinas, y especialmente contra la burguesía; de [los excesos] ya hemos hablado. Esta es, ciertamente, otra especie de desesperación.

Los obreros que deben competir con la primera máquina que viene a ocupar un puesto en la fábrica, viven en las peores condiciones. El precio del artículo fabricado por ellos se fija al igual del fabricado por la máquina, y puesto que la máquina trabaja más barato, el obrero que le hace competencia recibe el salario más bajo. Esta condición se presenta a cada obrero que trabaja en una máquina vieja y tiene que competir con las máquinas posteriormente perfeccionadas. Naturalmente, ¿quién otro habría de soportar el daño? El fabricante no quiere abandonar su máquina, ni quiere, tampoco, sufrir perjuicios; no puede obtener de la máquina muerta ninguna indemnización; por lo tanto, se remite al obrero viviente, a la universal cabeza expiatoria de la sociedad. Entre estos obreros que hacen la competencia a las máquinas, los más maltratados son los tejedores a mano de la industria algodonera. Esta gente recibe el salario más bajo, y en pleno trabajo no están en situación de ganar, por semana, más de diez chelines. Toda especie de tejido es hecho más rápidamente en el telar mecánico, y, además, la tejeduría a mano es el último refugio de todos los obreros que quedan desocupados en las otras ramas de trabajo, de modo que ella tiene siempre obreros de más. Por consiguiente, en los periodos medios, el tejedor a mano se considera feliz de poder ganar por semana de 6 a 7 chelines, y para reunir tal suma debe quedar sentado al telar de 16 a 18 horas diarias. La mayor parte de los tejidos necesitan un local de trabajo húmedo, para que el hilo de la trama no se rompa a cada momento; y en parte por esto, y en parte a causa de la miseria de los obreros, que no pueden pagarse una habitación mejor, los talleres de los tejedores a mano no tienen, en su mayoría, pisos de madera o mosaicos.

Estuve en muchas viviendas de tejedores a mano; en patios y callejuelas lejanas y malísimas, comúnmente en sótanos. Con frecuencia, una media docena de estos tejedores, de los cuales algunos eran casados, habitaban en un *cottage* que tenía, para todos juntos, una o dos piezas de trabajo y una gran pieza para dormir. Su alimento consiste, casi únicamente, en papas, tal vez un poco de centeno, raramente leche y menos aún carne; gran número de ellos son irlandeses o de origen irlandés. Y estos pobres tejedores a mano, que primero son golpeados por cada crisis y por último abandonados, deben servir de medio de ayuda a la burguesía, para que pueda sostener los ataques al sistema de fábricas.

¡Ved, grita la burguesía triunfante, ved cómo estos pobres tejedores deben permanecer en la indigencia, mientras los obreros de las fábricas están bien, y criticad,

después, el sistema de las fábricas!⁷³ ¡Como si justamente el sistema de las fábricas y las máquinas que les pertenecen no hubiesen, así, ignominiosamente, echado abajo a los tejedores; como si la burguesía no supiese todo esto tan bien como nosotros! Pero la burguesía está interesada, y por lo tanto le resulta cómodo un par de mentiras y de hipocresías.

Observemos, un poco más de cerca, un solo hecho, por el que la máquina, de más en más, suplanta al trabajo de los obreros varones, adultos. El trabajo en las máquinas, tanto en el hilado como en el tejido, consiste principalmente en anudar los hilos rotos, porque todo el resto es hecho por la máquina; este trabajo no requiere ninguna fuerza, sino solamente una gran flexibilidad en los dedos. Los hombres, por eso, no sólo no son útiles, sino que a causa de sus músculos más fuertes y del desarrollo de los huesos de las manos, son menos diestros que las mujeres y los niños, y así son suplantados, casi del todo, en esta especie de trabajo. Cuanto más relegada es la actividad de los brazos, la aplicación de la fuerza, por la introducción de las máquinas hidráulicas o a vapor, tanto menos pueden ser ocupados los hombres, y porque, sin duda, las mujeres y los niños son más baratos, y, como hemos dicho, trabajan mejor en tales ramas de trabajo que los hombres, encuentran trabajo.

En las hilanderías se ven, en los *throtles* solamente mujeres y niños; en la *mule*, un hilador, hombre adulto (que está apresado por los *self-actors*), muchos *piecers* para anudar los hilos, en su mayoría muchachos y mujeres, a veces jóvenes de 18 a 20 años, aquí y allá un viejo hilador que quedó desocupado⁷⁴.

En tales telares a máquina trabajan, en su mayoría, mujeres de 15 a 20 años, y además algunos hombres, pero éstos raramente tienen trabajo, después de los veintiún años. En las máquinas para hilar se encuentran también solamente mujeres; hay algunos hombres, para afilar y limpiar las máquinas de cardar. Además, las fábricas ocupan cierto número de muchachos, para sacar y poner las roquetas (*doffers*) y algunos hombres adultos para inspeccionar los locales, un mecánico y un maquinista para la máquina a vapor y también carpinteros, porteros, etc. Pero el trabajo propiamente dicho es hecho por las mujeres y los niños.

Los fabricantes niegan también esto, y el año pasado han publicado importantes tablas, que deberían probar que las máquinas no suplantán a los hombres. De estas tablas resulta que, de todos los obreros de las fábricas, más de la mitad (52 por ciento) pertenecen al sexo femenino y cerca del 48 por ciento al sexo masculino, y que, de estos obreros, más de la mitad han pasado los dieciocho años. Muy bien. Los señores fabricantes se cuidan de decirnos cuántos eran los adultos varones y los adultos mujeres. Y éste es el centro de la cuestión. Sin más, han tenido en cuenta a los carpinteros, los mecánicos y todos los hombres adultos que están en relación con su fábrica; tal vez, también los escribientes, y a pesar de ello, no tienen el valor de decir todas las condiciones reales. Estos datos abundan, sobre todo, en falsificaciones, ocultaciones y falsos preconceptos, en razones que prueban mucho para los inexpertos, nada para los expertos, ocultaciones justamente de los datos más importantes, que prueban sólo la ilusión egoísta y la mala fe de estos fabricantes.

Queremos tomar algunos datos del informe sobre edad y sexos, del discurso con que lord Ashley hizo, el 15 de marzo de 1844, en la Cámara Baja, la moción de las diez

⁷³ Por ejemplo, el Dr. Ure en la *Philosophy of Manufacture*.

⁷⁴ El estado de cosas, en relación al salario de trabajo, es momentáneamente muy malo en algunas ramas de la industria algodonera de Lancashire; hay centenares de hombres jóvenes, entre los veinte y treinta años, que son ocupados como *piecer* y no reciben por semana más de ocho o nueve chelines, mientras bajo el mismo techo muchachos de trece años ganan semanalmente cinco chelines y jóvenes de dieciséis a veinte años, de diez a doce chelines. (Informe del inspector de las fábricas, L. Horner, octubre de 1844.)

horas; estos datos no han sido referidos por los fabricantes y se relacionan solamente con una parte de la industria inglesa. De los 419.590 obreros industriales del imperio británico (1839), 192.887, es decir, casi la mitad, eran de menos de 18 años y 242.296 de sexo femenino, de los cuales 112.192 debajo de 18 años. Quedan todavía 80.695 obreros varones, menores de 18 años, y 96.599 obreros varones adultos, o sea el 23 por ciento, es decir, *menos de la cuarta parte* de toda la cifra. En las fábricas de algodón el 56 ¼, en las fábricas de lana el 69 ½, en las fábricas de seda el 70 ½, en la hilandería de lino el 60 ½ por ciento del número total de obreros, eran de sexo femenino. Estas cifras bastan para demostrar la sustitución de los obreros adultos varones. Basta también, simplemente, ir a la mejor fábrica para ver confirmado esto. Por ello se hace necesaria la transformación del orden social imperante, que justamente por ser un orden social forzado tiene para los obreros las consecuencias más perjudiciales. El trabajo de las mujeres disuelve, antes que nada, la familia; porque si la mujer está en la fábrica todo el día, doce o trece horas, y el hombre trabaja en este o aquel lugar, ¿qué será de los hijos? Crecen salvajemente, como la mala hierba; son cuidados por un chelín o chelín y medio por semana (¡piénsese qué trato les será dado!). De ahí proviene también en los distritos industriales, el aumento espantoso de los accidentes de que son víctimas las criaturas privadas de vigilancia. Las listas del empleado adscripto a la inspección de muertos, en Manchester, comprendían (informe del *Fact. Inq. Comm. Rept. of Dt. Hawkins*, página 3) en nueve meses, 69 muertos por quemaduras, 56 ahogados, 23 por caídas, 67 por otras desgracias; en total, 215 desgracias⁷⁵, mientras que, en Liverpool, sin fábricas, durante doce meses hubo solamente 146 accidentes mortales. Los accidentes en las minas de carbón se producen en todas, excluidos los de las dos ciudades, y es necesario referir que el *coroner* de Manchester no tiene ninguna autoridad en Salford, de modo que la población de las dos ciudades es casi igual.

El *Manchester Guardian* informa, casi en cada número, de uno o más accidentes por quemaduras. Que la mortalidad general de los niños sea mayor por el trabajo de las madres, se comprende fácilmente, y los hechos lo prueban sin dejar lugar a dudas. Las mujeres retornan a la fábrica, frecuentemente, tres o cuatro días después del parto, y dejan, claro está, a su lactante; en las horas libres deben correr aprisa a sus casas, para amamantar al niño y comer ellas mismas cualquier cosa. (¡Se comprende qué clase de crianza puede resultar!). Lord Ashley suministra las declaraciones de algunas obreras: M. H., de veinte años, tiene dos niños; el menor, lactante, es cuidado por el otro, un poco mayor; ella va a la mañana, a las cinco, a la fábrica y vuelve a su casa a las ocho; durante el día, la leche le cae de los pechos, de modo que le chorrea por el vestido. H. W. tiene tres niños; a las cinco del lunes sale de su casa y vuelve solamente el sábado a la tarde, a las siete; tiene tanto que hacer para sus tres niños, que no puede acostarse antes de las tres de la mañana. A menudo, la lluvia la empapa hasta la piel, y está obligada a trabajar en tales condiciones. “Mis pechos me han dado dolores terribles y he estado empapada por la leche.” El uso de narcóticos, para mantener tranquilos a los niños, es favorecido por este infame sistema, y en los distritos industriales es donde, efectivamente, tal uso alcanza su más alto grado; el doctor Johns, jefe-registrador del distrito de Manchester, es de opinión que esta costumbre es la causa principal de los frecuentes casos de muerte por convulsiones. La ocupación de la mujer en la fábrica disuelve por fuerza, completamente, la familia, y tal disolución tiene, en la actual condición de la sociedad (condición que reposa sobre la familia), las consecuencias más desmoralizadoras, tanto para los cónyuges como para los hijos. Una madre que no tiene tiempo de cuidar a su hijo, de darle en los primeros años los cuidados más comunes, una madre que apenas puede ver a su hijo, no puede servir de madre para

⁷⁵ En 1843, entre las desgracias que fueron curadas en el hospital de Manchester, había 189 quemaduras. No se dice cuántos muertos.

éste; al contrario, debe, necesariamente, volverse indiferente, debe tratarlo sin cariño ni pasión, como a un hijo de otro; y los niños criados en tales condiciones están, más tarde, perdidos para la familia, no pueden sentirse, en la familia que ellos mismos constituyen, como en familia, porque sólo han aprendido a conocer una vida aislada, y deben, por ello, contribuir al total enterramiento de la familia obrera. Una disolución similar de la familia sobreviene por el trabajo de los niños. Si éstos están suficientemente crecidos para poder ganar más de lo que cuesta a sus progenitores el alimento, comienzan a darles cierta suma para los gastos y el alojamiento y gastan para sí mismos el resto. A menudo, esto sucede a los catorce y dieciséis años (Power, *Rept. on Leeds, passim*. Tufnell, *Rept. on Manchester*, pág. 17, etc., en el informe sobre las fábricas). En una palabra, los muchachos se emancipan y consideran la casa paterna como una hostería que, frecuentemente, si no les place cambian por otra.

En muchos casos, la familia no es disuelta del todo por el trabajo de la mujer, sino que toda ella está a su cargo. La mujer mantiene la familia; el marido se queda en casa, cuida a los niños, limpia las piezas y cocina. Este caso se presenta mucho y a menudo; solamente en Manchester, hay muchos centenares de tales hombres, que cuidan de los trabajos caseros. Puede imaginarse qué justa indignación provoca esta castración de hecho entre los obreros y qué inversión produce en las relaciones de la familia, mientras las otras condiciones sociales siguen siendo las mismas. Tengo ante mí una carta de un obrero inglés, Robert Pounder, Baron's Building, Woodhouse Moor-Side, en Leeds (la burguesía lo puede buscar, para ello doy la dirección exacta); Pounder la dirige a Castler y yo puedo reproducir su sencillez solamente en parte; en la traducción alemana no se puede imitar el dialecto de Yorkshire. Cuenta cómo otro obrero de su relación había encontrado una vez a un viejo amigo, en un viaje para buscar trabajo, en St. Helens, en Lancashire. "Ahora, señor, lo encontré, y como fue a su barraca, pensad lo que era; por la descripción que dio de los muebles, era como sigue: dos viejas sillas, una mesa de tres patas, una caja, ninguna cama sino un montón de paja vieja en un rincón, con dos sábanas sucias; sobre la chimenea, dos pedazos de leña, y cuando mi pobre amigo entra, el otro estaba cerca del fuego de leña y ¿qué pensáis que hacía?; remendaba las medias de su mujer con la aguja, y tan pronto como vio a su viejo amigo en la puerta, trató de esconderlas. Pero Joe, como se llama mi conocido, lo había visto y dijo:

Diablos, ¿qué haces?, ¿dónde está tu mujer?, ¿es un trabajo para ti? Y el viejo Joe estaba avergonzado y dijo: Sé bien que no es mi trabajo; mi mujer está en la fábrica; debe permanecer desde las cinco y media hasta las ocho de la noche, y cuando vuelve está tan cansada, que no sabe hacer más nada; así debo hacer todo lo que puedo por ella, ya que no tengo trabajo desde hace tres años y no lo tendré en toda mi vida. Entonces, lloraba con gruesas lágrimas y dijo: Joe mío, hay bastante trabajo en estos tiempos para las mujeres y los niños, pero nada para los hombres. Se encontrarían más fácilmente cien libras en la calle que trabajo, pero no habría creído que tú, o cualquier otro, me vería arreglando las medias de mi mujer. Es un trabajo tan feo, pero a la noche ella no puede tenerse en pie y yo tengo demasiado miedo de que se enferme. ¿Qué sería entonces de nosotros? Porque ya, desde hace mucho, ella es el hombre de la casa: es un trabajo bien indigno, y lloraba amargamente diciendo: no es siempre así. No, Jack, dijo Joe, y si no hay trabajo todo este tiempo, ¿cómo has podido vivir? Te lo digo, dijo Jack, se vivía, pero muy mal; tú sabes que cuando me casé tenía bastante trabajo y sabes que no era holgazán; no, esto no sucedía nunca. Y teníamos una casa bien amueblada y Mary no tenía necesidad de trabajar. Podía trabajar por los dos. Pero ahora el mundo está dado vuelta. Mary debe trabajar y yo tengo que quedar aquí, debo vigilar a los chicos, limpiar, lavar, cocinar el pan, remendar, porque cuando la pobre mujer vuelve a la noche está cansada y fatigada. Tú sabes, Joe, esto es muy duro para quien está acostumbrado a hacer algo distinto, sabes,

Joe. Es muy duro, y Jack recommenzó a quejarse y decía estar triste por haberse casado y que ojalá no hubiera nacido, pero que no creía cuando se casó con Mary que iba a llegar a esto. He llorado mucho por esto, dice Jack, y así señor, cuando Joe oyó esto, me dijo que había maldecido las fábricas y los fabricantes, y los gobiernos con todas las blasfemias que había aprendido en las fábricas, en su juventud”⁷⁶. ¿Puede imaginarse una condición más insensata, más absurda que la descrita en esta carta? Y, sin embargo, son estas condiciones las que castran al hombre y roban a la mujer su femineidad, sin que esté en su poder el dar al hombre una real femineidad ni a la mujer la real masculinidad; estas condiciones, que degradan a los dos sexos, y en ellos a la humanidad, son la última consecuencia de nuestra altamente elogiada civilización, el último resultado de todos los esfuerzos que han hecho, centenares de generaciones, para el mejoramiento de su propia condición y la de sus descendientes. O debemos desesperar de la humanidad, de su voluntad y de su progreso, si vemos todas nuestras fatigas y nuestro trabajo perderse en resultados tan irrisorios, o debemos convenir en que la sociedad humana ha creado su felicidad en un falso sentido; debemos agregar que esa total inversión de la condición de los sexos solamente puede provenir de una causa: que los sexos, desde el principio, han sido puestos falsamente frente a frente. El dominio de la mujer sobre el hombre, como se hace necesario en el sistema de fábricas, es inhumano; así también el originario dominio del hombre sobre la mujer debe ser inhumano. La mujer puede, ahora, como antes el hombre, cimentar su dominio, puesto que la mayoría de las veces da todo a la familia; de esto se sigue, necesariamente, que la comunidad de los miembros de la familia no es verdadera y racional, porque un solo miembro de ella contribuye con la mayor parte.

La familia de la moderna sociedad es disuelta, y en esta disolución se demuestra, justamente, que, en el fondo, no es el amor a la familia, sino el interés privado, necesariamente conservado en la investida comunidad de bienes, el lazo que sostiene la familia⁷⁷.

La misma condición se encuentra también entre los muchachos que mantienen a sus progenitores desocupados, cuando les dan, como hemos visto arriba, el dinero para los gastos. El doctor Hawkins observa, en un informe sobre las fábricas, que esta condición se presenta bastante frecuentemente y es especialmente notable en Manchester. Como antes la mujer, en este caso son los niños los señores de la casa: de esto da un ejemplo lord Ashley en su discurso (pronunciado en la Cámara Baja el 15 de marzo de 1844). Un hombre reprendió a sus dos hijas por haber estado en una taberna y éstas declararon que estaban cansadas de ser gobernadas: *Damn you, we have you to keep*, y querían tener, además, algo del producto de su trabajo; dejaron la casa paterna y abandonaron al padre y la madre a su suerte. Las mujeres solteras, que crecen en la fábrica, en cuanto a esto no son mejores que las casadas. Se comprende que una muchacha que ha trabajado desde los nueve años en la fábrica no está en condición de conocer los trabajos domésticos, y ocurre que todas las obreras de las fábricas son inexpertas e incapaces de ser amas de casa. No saben coser, comprar, cocinar o lavar; no conocen las funciones más comunes de un ama de casa, y cuando deben ocuparse de los niños se encuentran trabadas. El informe de la *Fact. Inq. Comm.* ofrece docenas de ejemplos sobre estos hechos, y el doctor Hawkins, comisario de Lancashire, expresa su opinión referente a esto en la siguiente forma (p. 4 del informe): “Las muchachas casadas, precoz e imprudentemente, no tienen el medio, ni el tiempo, ni la ocasión de aprender los más

⁷⁶ En la traducción, sólo en parte fue posible imitar la forma de construcción irregular.

⁷⁷ Resulta, de algunos datos presentados por los mismos fabricantes, que numerosas son las mujeres casadas que trabajan en las fábricas: en 412 fábricas de Lancashire trabajan 10.721; de sus maridos, solamente 5.314 tenían trabajo en las fábricas; 3.927 tenían otras ocupaciones, 821 sin trabajo y de 659 faltan informes. De modo que, por cada fábrica, dos o tres hombres viven del trabajo de su mujer.

comunes deberes de la vida doméstica y si supieran algo no tendrían, en el matrimonio, el tiempo de poner en práctica tales deberes. La madre está lejos del niño más de doce horas al día; el niño es custodiado por una muchacha o una vieja, junto a la cual es alojado; por esto, frecuentemente, la habitación de la gente de fábrica no corresponde al hogar doméstico (*home*); a menudo es un sótano que no contiene utensilios de cocina ni para lavar, nada para coser y arreglar, falta todo lo que podría hacer la vida agradable, civilizada y atrayente, el hogar paterno. Puede por estas y otras razones, especialmente por amor a la vida de los niños, desear solamente, y esperar que pueda venir el tiempo en que las mujeres casadas sean excluidas de las fábricas”. (Como ejemplo particular, confrontar *Fact. Inq. Comm. Report*. Cowell, evid., páginas 37, 38, 39, 72, 77, 79, 80; Tufnell, evid., páginas 9, 15, 45, 54, etc.)

Pero todo esto es todavía lo de menos. Las consecuencias morales del trabajo de las mujeres en las fábricas son todavía peores. La unión, de los dos sexos y de todas las edades en un solo cuarto de trabajo la vecindad inevitable entre ellos, la reunión de gente a las cuales no se les ha dado una educación moral ni intelectual, en un aspecto restringido, no es justamente apta para obtener las consecuencias más favorables para el desarrollo del carácter de la mujer. El fabricante puede, supuesto que se preocupe, intervenir cuando realmente pasa algo escandaloso; pero no puede saber, por lo tanto, tampoco prevenir, la influencia continua, y que golpea menos, del carácter disoluto sobre el carácter moral y especialmente el juvenil. Pero esta influencia es justamente la peor. El lenguaje usado en las fábricas ha sido descrito por los comisarios de éstas, en 1833, en muchas partes, como “indecente”, “malo”, “sucio” (Cowell, evid., 35,37). El fenómeno, en pequeño, es el mismo que vemos en grande en las grandes ciudades. La centralización de la población tiene la misma influencia sobre la misma gente; puede actuar sobre ésta en una gran ciudad o en una pequeña fábrica. Si la fábrica es pequeña, la aglomeración de gente es más grande y el trato más inevitable. Las consecuencias no difieren. En Leicester, un testimonio dice: “Ellos preferirían ver mendigar a su hija, que dejarla entrar en una fábrica; éstas son verdaderas prisiones infernales; la mayor parte de las mujeres públicas de la ciudad se deberían a las fábricas”. (Power, evid., p. 8); otro, de Manchester: “No tiene ninguna dificultad en declarar que tres cuartas partes de las jóvenes obreras de las fábricas, de 14 a 20 años, son impúdicas” (Cowell, evid., p. 57). El comisario Cowell dice, sobre todo, que la moralidad del obrero de las fábricas está por debajo del término medio de la clase obrera (p. 82) y el Dr. Hawkins dice (*Rept.*, p. 4): una apreciación de la moralidad sexual no se deja reducir a cifras, pero si yo puedo fiarme en mis personales observaciones y en la opinión general de aquellos con quienes tuve que hablar, como cuantos sostienen testimonios lejanos, no vacilo en decir que se presenta el cuadro más descorazonador, de la influencia de la vida de la fábrica sobre la moralidad de la juventud femenina.

Se comprende, además, que el servicio en las fábricas, como cualquier otro y aún más, reserva al patrón el *jus primae noctis*. El fabricante es, también en este sentido, patrón del cuerpo y de los atractivos de su obrera. El despido es una condena bastante grave para que no consiga, en nueve casos sobre diez, cuando no en el noventa y nueve por ciento, destruir toda resistencia de las muchachas que no tienen una razón seria para permanecer castas. El fabricante es bastante grosero (el informe de las comisiones da muchos ejemplos) y así su fábrica es también su harem; y admitiendo que no todos los fabricantes hagan uso de su derecho, la cosa no cambia nada en lo que se refiere a las muchachas. En los comienzos de la industria de fábricas, cuando la mayor parte de los fabricantes eran plebeyos enriquecidos, sin educación ni miramientos por las conveniencias sociales, no se dejaban estorbar por nada en el ejercicio de su derecho “muy bien adquirido”. Para juzgar bien las consecuencias del trabajo en la fábrica, sobre el

estado físico del sexo femenino, será necesario considerar, ante todo, el trabajo de los jóvenes y la clase de trabajo. En los comienzos de la nueva industria fueron ocupados muchachos en las fábricas: al principio, a causa de la pequeñez de las máquinas (después agrandadas) no se tenían más que niños y se tomaron de la muchedumbre de los pobres que, en cuadrillas, eran contratados por los fabricantes, por largos años, en calidad de aprendices. Normalmente, se les daba vestido y alojamiento, y eran, como es natural, verdaderos esclavos de sus patrones, por los cuales eran tratados sin ningún miramiento y bárbaramente. Ya en 1796, el doctor Percival y sir R. Peel (padre del actual ministro y él mismo fabricante de algodón) hablaron de la pública indignación contra este repugnante sistema y hablaron tan enérgicamente que el parlamento, en 1802, votó un *Apprentice-bill* (leyes sobre el aprendizaje); con esto, los abusos más indignantes fueron suprimidos. Poco a poco se presentó la competencia de los obreros libres y suplantó completamente el sistema del aprendizaje. Las fábricas fueron aumentando de más en más en la ciudad, las máquinas se agrandaron, y los locales se instalaron más aireados y salubres; poco a poco se encontró más trabajo para los adultos y la gente joven, y disminuía relativamente la cifra de niños obreros, y la edad en que comenzaban a trabajar era un poco mayor. Se ocuparon menos muchachos menores de ocho o nueve años. Posteriormente, como veremos, el poder legal se presentó tres veces para proteger a los muchachos contra la avidez de dinero de la burguesía.

La gran mortalidad de los hijos de los obreros, y especialmente de los obreros de las fábricas, es prueba bastante clara de la insalubridad de condiciones en que pasan los primeros años. Tales causas actúan también sobre los muchachos que quedan con vida; naturalmente, no de modo tan intenso como sobre los que caen víctimas de ellas. Efecto de dichas causas es, en el caso más favorable, una constitución enfermiza y un desarrollo incompleto y, por ello, una robustez menor que la normal. El hijo de nueve años de un obrero, crecido en la indigencia, en las privaciones y en las condiciones más inestables, en la humedad, en el frío, vestido insuficientemente, y en una casa malsana, no tiene la capacidad de trabajo de un muchacho criado en condiciones de vida sana. A los nueve años es enviado a la fábrica, trabaja cada día seis horas y media (antes, ocho; antes todavía, de doce a catorce y dieciséis horas), hasta los trece años; después, hasta los dieciocho años, doce horas. Las causas debilitadoras perduran, y a ello se agrega el trabajo.

No puede negarse, ciertamente, que un muchacho de nueve años, hijo de un obrero, puede cumplir un trabajo diario de seis horas y media sin que sobrevenga un perjuicio moral y manifiesto para su desarrollo; pero, sin duda, la permanencia en la atmósfera de la fábrica, húmeda, tétrica, sofocante, no contribuye de ningún modo a su salud. Pero, ¿no es censurable que la vida de los niños, que debería estar dedicada al desarrollo del cuerpo y del intelecto, sea sacrificada a la avidez sin conciencia de la burguesía, que sustrae los niños a la escuela y al aire libre, para explotarlos en beneficio de los señores fabricantes? La burguesía dice, sin duda: si nosotros no ocuparnos a los niños en las fábricas, permanecen en una condición que no es favorable para su desarrollo; y esto es justísimo. Es decir, traduciéndolo a su verdadero valor, que la burguesía reduce a los hijos de los obreros a malas condiciones de vida y luego explota esto en su beneficio; e invocando, justamente, lo que constituye su culpa, como el sistema de fábricas; excusa el pecado que cornete hoy con el cometido ayer. Y si la ley sobre las fábricas no les atase las manos de algún modo, ¿cómo cuidarían de los intereses de los obreros estos “benévolos” burgueses humanitarios, que han implantado las fábricas sólo para bien de los obreros! Observemos cómo han actuado antes de tener a sus talones al inspector de fábrica; su testimonio reconocido, el informe de la comisión de las fábricas en 1833, debe herirlos.

El informe de la comisión central cuenta que los fabricantes comenzaban a ocupar a los niños, a veces de cinco años, frecuentemente de seis, más a menudo de siete y, en la mayor parte, de ocho a nueve años; que la duración del tiempo de trabajo era, diariamente, de 14 a 16 horas (fuera de las horas libres para la comida), que los fabricantes dejaban que los capataces pegasen y maltratasen a los niños, y que ellos también, con frecuencia, recurrían a las manos; se narra un caso en que un fabricante escocés persiguió a un muchacho de dieciséis años que huía, lo obligó a trotar como un caballo, a correr ante él, golpeándolo continuamente con una fusta (Stuart, p. 35).

En las grandes ciudades, donde los obreros resisten más, hechos similares ocurrían raramente. Pero, igual, esta larga duración de tiempo de trabajo no era suficiente para la avidez de los capitalistas. Se trataba de hacer fructificar, por todos los medios posibles, el capital invertido en los edificios y en las máquinas, y se necesitaba trabajar lo más intensamente que fuera posible. Los fabricantes introdujeron el pésimo sistema del trabajo nocturno; en algunas fábricas había dos clases de obreros permanentemente, cada una tan numerosa, que podía ocupar toda la fábrica: una trabajaba las doce horas del día y la otra las doce horas de la noche. Fácilmente se pueden imaginar las consecuencias que tendrá sobre el estado físico, especialmente de los niños y los muchachos, pero también de los adultos, tal continua privación del reposo nocturno, que no puede ser sustituido por el reposo diurno. Eran consecuencias inevitables la excitación de todo el sistema nervioso, unida al debilitamiento general y al relajamiento de todo el cuerpo. De aquí el progreso y la excitación pasional de la bebida y el irregular comercio sexual; un fabricante afirma (Tufnell, *evid.*, p. 91) que durante dos años en que trabajó de noche en la fábrica nació el doble de niños ilegítimos y, sobre todo, se produjo una desmoralización tal que tuvo que suprimir el trabajo nocturno. Otros fabricantes actuaban más bárbaramente; permitían a muchos obreros trabajar treinta a cuarenta horas seguidas, y esto *varias veces en la semana* cuando no estaba completo el número de hombres de reemplazo; pero esto solamente con el fin de suplir una parte de los obreros y de permitirles dormir un par de horas. Los informes de la comisión, sobre esta barbarie y sus consecuencias, superan todo lo que he anotado en este particular. Horrores como los que aquí son relatados no se encuentran en ningún lugar, y veremos que la burguesía cita de continuo, *en su propio favor*, el testimonio de la comisión. Las consecuencias se tuvieron bastante pronto: los comisarios narran que cantidad de lisiados se les presentaron, declarando que sus males se debían a la larga duración del trabajo.

Tales defectos consisten, generalmente, en la lesión sufrida por la espina dorsal y las piernas; Francis Sharp M.R.C.S. (miembro del Colegio Real de Cirujanos) narra lo siguiente: “Sólo en Leeds, he visto la torcedura característica de la extremidad inferior del hueso del coxis. Primero creí que se tratase de raquitismo, pero el gran número de pacientes que se presentan en el hospital, y la aparición del mal a una edad (de ocho a catorce años) en la que los muchachos no son, comúnmente, atacados de raquitismo, agregado a la circunstancia de que el mal comienza desde que los muchachos trabajan en la fábrica, me llevaron pronto a cambiar de opinión. He observado, hasta ahora, cerca de un centenar de estos casos, y puedo decir, en pocas palabras, que son consecuencia del trabajo excesivo; sé que todos eran muchachos de fábrica y ellos mismos decían que el mal provenía de la causa indicada”.

Los casos que se me presentaron, de espinas dorsales estropeadas a causa de la larga permanencia en pie, no son menos de trescientos (Dr. Loudon, *evid.*, p. 12, 13). Otro tanto dice el Dr. Kay, de Leeds, médico con dieciocho años de hospital. “La deformación de la espina dorsal se produce, muy frecuentemente, entre la gente que trabaja en las fábricas. Algunas veces proviene sólo del trabajo excesivo; otras, de la acción del largo trabajo sobre constituciones ya débiles en su origen o que se han debilitado por la mala

nutrición. Las lesiones parecían ser más numerosas que las enfermedades; las rodillas estaban curvadas hacia adentro, las ligaduras de las junturas, muy a menudo, relajadas y debilitadas, y los largos huesos de las piernas curvados. En especial, las extremidades de estos largos huesos aparecían torcidas y excesivamente desarrolladas, y estos pacientes venían de las fábricas, en las que, con frecuencia, habían trabajado muy largo tiempo”. (*Dr. Loudon*, p. 16). Lo mismo dicen los cirujanos Beaumont y Sharp, de Bradford.

Los informes de los comisarios Drinkwater, Power y Dr. Loudon contienen una cantidad de ejemplos particulares de estas torceduras, y también los de Tufnell y del Dr. sir David Barry, si bien tratan menos este punto. (*Drinkwater*, p. 69, dos hermanos, p. 63, 72, 80, 146, 148, 150, dos hermanos, 155, y muchos otros; *Power*, p. 63, 66, 67 dos veces, 68 tres veces, 69 dos veces; en Leeds, p. 29, 31, 40, 43, 53, y siguientes; *Dr. Loudon*, p. 4, 7 cuatro veces, 8 muchas veces, etc.; sir *D. Barry*, p. 6, 8, 13, 21, 22, 44, 55 tres veces; *Tufnell*, p. 5, 16, etc.).

Los comisarios de Lancashire: Cowell, Tufnell y Dr. Hawkins, han descuidado, casi completamente, esta parte de los resultados médicos del sistema de fábrica, aunque este distrito pueda muy bien rivalizar con Yorkshire, por el número de defectuosos. Rara vez he andado por Manchester sin encontrar tres o cuatro defectuosos con las mismas torceduras de la espina dorsal y de las piernas, como lo he señalado, y con bastante frecuencia he pensado en ello. Yo mismo conozco un mutilado que corresponde exactamente a la descripción dada arriba por el Dr. Kay, y que fue reducido al estado en que se encuentra en la fábrica del señor Douglas Pendleton, que tiene la mejor reputación entre los obreros, porque se trabajaba durante toda la noche.

Se ve, por la especie de defecto, de dónde proviene el mal: casi todos tienen igualmente las rodillas hacia adentro y curvas, los pies también hacia adentro, las articulaciones deformadas y gruesas y, frecuentemente, la espina dorsal hacia adelante o a un costado. Los humanísimos fabricantes de los distritos de la seda, de Macclesfield, parecen haberse conducido del modo más infame, porque en sus fábricas trabajan niños menores de cinco y seis años. En los testimonios suplementarios del comisario Tufnell encontramos los datos de un Vright director de la fábrica (p. 26), cuyas dos hermanas quedaron lisiadas del modo más infame. Y habiendo contado los defectuosos de varias calles, algunas de las cuales estaban entre las más limpias y civilizadas de Macclesfield, encontró diez en Townleystreet, quince en Watercots, tres en Banktop, siete en Lordstreet, doce en Mill Lane, dos en Great George-Street, dos en el asilo de pobres, uno en Park-Green, dos en Pickfordstreet; las familias de tales desgraciados declararon todas, a coro, que éstos se habían arruinado por el excesivo trabajo en las fábricas de tejido de seda.

Otras especies de desfiguraciones provienen del trabajo excesivo, especialmente en los pies, como comprueba frecuentemente sir D. Barry (ejemplo, p. 21, dos carillas y siguientes) y los médicos y cirujanos de Leeds (London, p. 13, 16, etc.). En los casos en que una constitución fuerte, una mejor nutrición y otras circunstancias, hacen aptos a los jóvenes obreros para resistir la influencia de una explotación bárbara, encontramos, por lo menos, dolores de espalda, caderas, piernas; articulaciones hinchadas; venas varicosas o gruesas; abscesos repetidos en los muslos y pantorrillas. Estos males son casi generalmente, encontrados entre los obreros; los informes de Stuart, Mackintosh, sir Dr. Barry, contienen centenares de ejemplos; no hablan casi de nadie que no padezca de cualquiera de los males citados, y en los informes restantes, la aparición de las mismas consecuencias es confirmada por muchos médicos. Los informes sobre Escocia ponen fuera de duda, con innumerables ejemplos, que un trabajo de trece horas, en obreros varones y mujeres, de 18 a 22 años, produce *las mismas* consecuencias, y tanto en la hilandería del lino de Dundee y Dunfermline como en las fábricas de algodón de Glasgow y Lanark.

Todos estos males se explican fácilmente por la naturaleza del trabajo de fábrica, que, en verdad, como dicen los fabricantes, es fácil, pero que justamente a causa de su facilidad es más extenuante que cualquier otro. Los obreros tienen poco que hacer, pero deben estar continuamente *de pie*, sin poder sentarse. Quien se sienta un momento en un escalón o una cesta, es castigado; y este continuo estar de pie, esta perpetua presión mecánica de la parte superior del cuerpo sobre la espina dorsal, caderas y piernas, conduce necesariamente a las mencionadas consecuencias. Este estar parado no es, ciertamente, necesario al trabajo, ya que en Nottingham, al menos en las cámaras dobles, fueron introducidas las sillas de donde resultó la ausencia de todo mal, y la buena voluntad de hacer, como los otros, una larga jornada de trabajo; pero en una fábrica donde el obrero trabaja sólo para el burgués, y tiene, por esto, menos interés de hacer bien su trabajo, haría probablemente un mayor uso de las sillas que el que sería grato y conveniente para el fabricante; y para que la burguesía no gaste un poco menos de materia prima los obreros deben sacrificar la salud de sus miembros⁷⁸.

Este continuo estar de pie, unido a la atmósfera malsana de las fábricas, produce un notable relajamiento de todas las fuerzas del cuerpo, y sus consecuencias para toda suerte de otros males menos locales que generales. La atmósfera de las fábricas suele ser, simultáneamente, húmeda y caldeada, mucho más caldeada de lo necesario; y por la mala ventilación es *muy* impura, mohosa y poco oxigenada, llena de polvo y de exhalaciones de aceite de máquinas, que casi por todas partes ensucia el suelo y se vuelve rancio; los obreros, a causa del calor, no se visten con la ropa abrigada, porque de otro modo se enfriarían por la diferencia de temperatura del local; la corriente de aire es, en el calor, desagradable; el lento relajamiento que invade todas las funciones físicas disminuye el calor animal, que debe ser mantenido exteriormente, y así el obrero prefiere tener cerradas del todo las ventanas en el caldeado aire de la fábrica. Además, se hace sentir, por esto, la acción de los frecuentes cambios de aire, al pasar, de la atmósfera caldeada de la fábrica, al aire libre helado o húmedo; la incapacidad en que están los obreros de protegerse suficientemente de la lluvia, o de cambiarse los vestidos húmedos con otros secos, todas estas circunstancias producen continuos constipados.

Y si se piensa que, casi por la mayor parte, ningún músculo del cuerpo que debería ponerse en actividad, lo es realmente, excepto tal vez los de las piernas, que nada se opone a la acción enervante y extenuante de las circunstancias anotadas, sino que, al contrario, falta todo ejercicio que pueda dar fuerza a los músculos, elasticidad y consistencia a las fibras; que a los obreros, desde la juventud, les es quitado todo el tiempo que podrían pasar al aire libre, no se experimentará absolutamente ninguna sorpresa ante las voces unánimes de los médicos, en los informes de las fábricas. Los médicos han encontrado, en los obreros de las fábricas, particularmente una gran falta de resistencia contra las enfermedades, una depresión general de todas las fuerzas físicas y morales. Escuchemos, primeramente, a sir D. Barry: “Las influencias desfavorables, en los obreros, del trabajo de la fábrica son: 1) La desagradable necesidad de constreñir sus esfuerzos intelectuales y físicos a un paso igual al del movimiento de la máquina, impulsada por una fuerza proporcional e incesante; 2) La persistencia en una posición recta, por espacios de tiempo demasiado largos, y sucediéndose demasiado rápidamente; 3) La privación del sueño por la larga jornada de trabajo, dolores en las piernas y malestar físico general.

“Además, los locales de trabajo, frecuentemente, son bajos, deprimentes, polvorientos y húmedos, el aire impuro, la atmósfera recalentada, y continua la transpiración. Por esto, particularmente, los muchachos, y con rarísimas excepciones, pierden la fresca rosada de la infancia y se vuelven pálidos y más débiles. El aprendiz

⁷⁸ También en una sala agregada a la hilandería de una fábrica de Leeds se introdujeron sillas (*Drinkwater cit.*, pág. 80).

del tejedor a mano, aunque está en el telar con los pies desnudos sobre el pavimento, conserva un aspecto mejor, porque de vez en cuando sale al aire libre. Pero el muchacho de la fábrica no tiene un momento libre fuera del destinado a almorzar, y sólo entonces sale al aire libre. Todos los hilanderos varones y adultos son pálidos y débiles; sienten irregularmente apetito y sufren de indigestiones; desde la juventud se forman en la fábrica y, de ellos, bien pocos, o ninguno, llega a ser atlético y robusto; para concluir, puede afirmarse que el trabajo que realizan es perniciosísimo al desarrollo de su constitución viril. Las mujeres soportan el trabajo mucho mejor” (esto es natural, pero veremos que también ellas tienen sus enfermedades) (*General Report by sir Barry*). Otro tanto dice Power: “Puedo afirmar que el sistema de las fábricas en Bradford ha producido gran cantidad de lisiados, y que la acción del trabajo continuo sobre el cuerpo da lugar no sólo a defectos reales, sino también a una detención del desarrollo, al relajamiento de los músculos y al debilitamiento de la constitución física”. (Power, *Inf.*, p. 73).

Más adelante, el ya citado cirujano⁷⁹ F. Sharp, de Leeds, agrega: “Cuando fui de Scarborough a Leeds me sorprendió el aspecto general de los muchachos, mucho más pálidos allá, y vi que su robustez era mucho menor que en Scarborough y sus alrededores. Encontré que muchos eran excepcionalmente chicos para su edad. Se me presentaron innumerables casos de escrófula, enfermedades crónicas, afecciones y trastornos de la digestión; como médico, no tengo la menor duda de que provienen del trabajo en las fábricas. De estar parados, la energía nerviosa del cuerpo se debilita por el largo trabajo, y ésta es la razón de muchas enfermedades; si no viniese, de continuo, gente del campo, la raza de los trabajadores de las fábricas degeneraría bien pronto”. Igual cosa afirma Beaumont, cirujano de Bradford: “Mi opinión, acerca del sistema con que se trabaja en las fábricas, es que produce un particular relajamiento de todo el organismo y hace por ello, a los muchachos, susceptibles en el más alto grado a las epidemias y las enfermedades ocasionales.

“Pienso que la falta de toda prescripción, sobre la ventilación y limpieza de las fábricas, es la causa principal de aquella tendencia particular, y de la susceptibilidad a las afecciones, que he encontrado frecuentemente en mi profesión”.

Otro tanto declara [William Sharp junior]: “1) He tenido ocasión de observar la influencia del sistema de fábrica sobre la salud de los muchachos colocados en las mejores condiciones (en la fábrica de Wood, en Bradford, una de las mejores del país, donde era médico de la fábrica); 2) Esta influencia decisiva es muy dilatada y nociva también en las condiciones favorables; 3) En 1842, tres quintas parte de todos los chicos ocupados en las fábricas de Wood fueron curados por mí; 4) El efecto más nocivo no proviene del predominio de la constitución defectuosa, sino de la constitución debilitada y enferma; 5) Todo ha mejorado en mucho desde que la duración del tiempo de trabajo de los chicos de Wood se redujo a diez horas”.

El comisario Dr. Loudon que, igualmente, alega estos testimonios, dice: “Pienso, y esto ha sido probado en forma bastante clara, que el trabajo de los muchachos es irracional y cruel, y que también los adultos deben realizar una cantidad de trabajo que no puede ser efectuada por la naturaleza humana. La consecuencia es que muchos mueren antes de tiempo, que otros quedan toda la vida con una constitución deficiente; y el temor a una descendencia débil por la constitución desgastada de los sobrevivientes es, hablando fisiológicamente, demasiado fundado”. Y, en fin, el Dr. Hawkins, cerca de Manchester, dice: “Creo que la pequeñez y endeble estatura y la palidez que casi generalmente se encuentra en Manchester, y especialmente entre los obreros de las fábricas, sorprenden a la mayor parte de los forasteros. En ninguna ciudad de las que he visitado, en Gran

⁷⁹ Los llamados *surgeons* son médicos como los *physicians*, y reúnen así, por lo general, la práctica médica a la quirúrgica. Por diversas razones son preferido a los *physicians*.

Bretaña o en Europa, era más visible la degeneración de la figura y del color. A las mujeres casadas les faltan, de manera sorprendente, todas las características particulares de la mujer inglesa, etc. Debo confesar que los chicos y las chicas de las fábricas, que trajeron a mi presencia, tenían generalmente un aspecto deprimido y un color pálido; en la expresión, no había nada de la consabida movilidad, vivacidad y alegría de la juventud. Muchos me declararon que no sentían ningún deseo de pasearse al aire libre, el sábado de tarde y el domingo; que preferían quedarse tranquilos en casa”. Aquí insertamos otra parte del informe de Hawkins, que se refiere sólo en parte a lo que estamos tratando, pero que bien puede estar aquí, como en cualquier otro lugar. “La intemperancia, la disolución y la falta de preocupaciones por el futuro son los vicios principales de la población de las fábricas, y estos inconvenientes se reflejan con facilidad en las costumbres surgidas bajo el moderno sistema de fábricas y que provienen de éste, casi inevitablemente se admite, en general, que la dificultad de digestión, la hipocondría y la debilidad general están muy difundidas en la clase obrera. Después de doce horas de trabajo monótono es muy natural que se busque un estimulante de una u otra clase, pero, además, si sobrevienen las antedichas condiciones de enfermedad, se recurrirá siempre a la ayuda de bebidas espirituosas”.

Confrontando cuanto dicen los médicos y los comisarios, el informe ofrece centenares de casos. Centenares de datos prueban que el desarrollo de los jóvenes obreros es detenido por el trabajo; entre otros, Cowell da el peso de cuarenta y siete muchachos, todos de diecisiete años, y que van a la escuela dominical; veintiséis, ocupados en las fábricas, pesan, término medio, 104,5 libras inglesas⁸⁰, y veinte, que no trabajan en fábricas, pero que pertenecen a la clase obrera, pesan 117,7 libras. Uno de los más importantes industriales de Manchester, y jefe de la oposición de los fabricantes contra los obreros (Robert Hyde Greg, creo) dijo una vez que si tales condiciones continuasen la gente de las fábricas de Lancashire se volvería bien pronto una raza de pigmeos⁸¹. Un teniente de reclutamiento dijo (Tufnell, p. 59) que los obreros de las fábricas son menos aptos para el servicio militar; son flacos y débiles, y frecuentemente son rechazados por los médicos como inútiles.

En Manchester puede encontrarse reclutas de apenas cinco pies y ocho pulgadas; la talla de casi todos oscilaba entre las seis y siete pulgadas, mientras que en los distritos agrícolas la mayor parte alcanza las ocho pulgadas (la diferencia entre la medida inglesa y la prusiana consiste en que, sobre cinco pies, la medida inglesa es dos pulgadas más pequeña que la prusiana).

Los hombres, a consecuencia de estas influencias, son bien pronto arruinados. La mayoría son incapaces de trabajar a los cuarenta años, algunos resisten hasta los cuarenta y cinco, casi ninguno hasta los cincuenta. Esto se debe, además de la general debilidad física, en parte también al debilitamiento de la vista, que proviene de hilar en la *mule*, para lo cual el obrero debe fijar los ojos en una larga serie de hilos sutiles, que corren paralelos; con tal trabajo, los ojos se esfuerzan.

De 1.600 obreros que estaban empleados en muchas fábricas de Harpur y Lanark, solamente diez tenían más de cuarenta y cinco años; de 22.094 obreros de diversas fábricas de Stockport y Manchester, solamente 143 tenían más de cuarenta y cinco años. De estos 143, dieciséis eran conservados por un favor particular y uno realizaba el trabajo de los muchachos. De una lista de 131 hilanderos, solamente siete tenían más de cuarenta y cinco años, y, sin embargo, los 131 fueron, por su “elevada edad”, rechazados por los fabricantes a quienes solicitaban trabajo. En Bolton, de 50 hiladores separados del trabajo,

⁸⁰ Una libra inglesa es igual a 0,453 k.

⁸¹ Estas palabras no son tomadas del informe sobre la fábrica.

solamente dos tenían más de cincuenta años, y el resto no más de cuarenta; todos, por su avanzada edad, quedaban sin pan.

El señor Ashworts, conocido fabricante, dice en carta a lord Ashley, que hacia los cuarenta años de edad, los hiladores no pueden terminar más la cantidad de hilado requerida, y que por esto “a veces” son licenciados; llama a los obreros de cuarenta años “gente vieja”⁸². Otro tanto dice el comisario Mackintosh en el informe de 1833: “Aunque estuviese ya preparado, por la forma en que se ocupa a los niños, todavía me resultó difícil de creer la edad de los obreros más viejos, tan rápido envejecen”.

Smellie, médico cirujano en Glasgow, que especialmente atendía obreros de fábrica, dice igualmente que ellos, a los cuarenta años, son ya viejos (*old age*) (Stuart, cit., p. 101). Testimonios que dicen lo mismo se encuentran en *Tufnell*, p. 3, 9, 15; *Hawkins, Rept.*, p. 4, 14, etc.

En Manchester esta vejez precoz de los obreros es tan general, que todo hombre de cuarenta años parece tener diez o quince años más, mientras las clases acomodadas, tanto hombres como mujeres, conservan muy bien su aspecto, si no beben demasiado.

La acción del trabajo de las fábricas, sobre el físico de la mujer, tiene un carácter completamente especial. Las desfiguraciones, que son la consecuencia de un largo trabajo, se presentan, en la mujer, en forma más grave; las desfiguraciones de la cadera se producen a menudo, en parte por la falsa posición y el desarrollo mismo de los huesos de la pelvis, y en parte por la lesión de la parte inferior de la columna vertebral.

“Aunque no se me haya presentado [dice el doctor Loudon en su informe] ningún ejemplo de una pelvis desfigurada y de otros males, éstos son de naturaleza tal, que todo médico ha de considerarlos la probable consecuencia de la duración de la jornada de trabajo a que están sometidos los niños, y esto, por otra parte, es afirmado por hombres dignos de la más alta fe en materia médica. “Las obreras de las fábricas dan a luz con mayor dificultad que otras mujeres, y esto ha sido probado por muchas parteras y obstétricos, así como los frecuentes abortos; ved, por ejemplo, el Dr. Hawkins, p. 11 y 13. Agrega aún que las mujeres, como todos los obreros de las fábricas, sufren comúnmente debilidad general y que, cuando están encinta, trabajan en las fábricas hasta el momento del parto; naturalmente, si dejaran de trabajar con mucha anticipación, temerían que su puesto fuese ocupado por otras y que las despidieran, perdiendo así también el salario.

Sucede, a menudo, que las mujeres que todavía trabajan una noche, paren a la mañana siguiente, y no es nada raro que el parto se realice en la misma fábrica, entre las máquinas. Y si tampoco encuentran en esto los señores burgueses nada de particular, tal vez sus esposas convendrán conmigo en que es una crueldad, una infame barbarie, el obligar a una mujer encinta a trabajar de pie, y con frecuencia inclinada, diariamente *hasta el momento del parto*, de diez a doce horas (antes más aún).

Pero esto no es todo. Si las mujeres, después del parto, pueden dejar de trabajar por catorce días, están contentas y juzgan tal plazo de tiempo como largo. Muchas vuelven a la fábrica ya después de ocho, cuatro y aun tres días, y trabajan la *jornada entera*.

Yo oí una vez cómo interrogaba un fabricante a un capataz:

-La tal y la tal, ¿no están todavía aquí?

-No.

-¿Cuánto hace que han dado a luz?

-Ocho días.

⁸² Del discurso de lord Ashley. (Pronunciado en la Cámara Baja el 13 de marzo de 1844).

-Verdaderamente, podrían haber vuelto hace mucho tiempo. Fulana suele quedar en casa sólo tres días.

Naturalmente, el temor de ser despedida, el temor de la desocupación, la arrastra, a pesar de su debilidad, a pesar de los dolores que le produce el trabajo de la fábrica; el interés del fabricante no permite que sus obreros permanezcan en su casa a causa de enfermedad; no deben enfermarse, no pueden osar quedarse en cama una semana, sino el fabricante deberá dejar inactivas sus máquinas o atormentar su sapientísima cabeza con la orden de un cambio temporario; y en vez de hacerlo, despide a su gente si ésta osa enfermarse. Escuchad (*Cowell*, p. 77): Una muchacha se siente muy indispuesta, no puede seguir trabajando.

-¿Por qué no pides permiso para ir a casa?

-¡Ah, señor! (el “señor” es muy significativo en este caso), si nos ausentamos por un cuarto de jornada, nos exponemos a ser despedidas.

O también (*sir D. Barry*, p. 44): “Thomas Mac Durt, obrero, tiene una fiebre ligera; no puede quedarse en casa, a lo menos no más de cuatro días, porque de otro modo teme perder su trabajo”. Y esto ocurre en casi todas las fábricas.

El trabajo de las muchachas jóvenes produce en el período del desarrollo un gran número de otras irregularidades. En algunas, a menudo las mejor alimentadas, el calor de la fábrica adelanta el desarrollo, de modo que algunas chicas de doce a catorce años están completamente formadas; Robertson, ya citado, “eminente” obstétrico de Manchester, como dice el informe sobre las fábricas, cuenta, en el *North of England Medical and Surgical Journal* que le fue presentado el caso de una chica de once años, que no solamente era una mujer completamente formada, sino además estaba encinta; y que tales casos no son raros en Manchester, puede presumirse por el hecho de que las mujeres dan a luz a los quince años. En tales casos, actúa el calor de las fábricas exactamente como el calor ardiente del clima tropical, y, como en este clima, el desarrollo excesivamente precoz se venga con la vejez y el relajamiento prematuros. A menudo se nota, sin embargo, un atraso sexual del desarrollo de la mujer; los senos se forman tarde o no se forman para nada (sobre esto da ejemplos *Cowell*, p. 35); la menstruación se presenta, en muchos casos, a los diecisiete o a los dieciocho años, a veces también a los veinte años y frecuentemente no se presenta nunca. (*Dr. Hawkins*, p. 11; *Dr. Loudon*, p. 14, etc.; *sir D. Barry*, p. 5, etc.) La menstruación irregular, unida a muchos dolores y enfermedades, especialmente la clorosis, es muy frecuente; sobre esto están de acuerdo los informes médicos.

Los hijos nacidos de tales mujeres, especialmente si tienen que trabajar durante la gravidez, no pueden ser fuertes. Al contrario, en particular los de Manchester, son descritos en los informes como muy débiles, y solamente Barry afirma que ellos son sanos, pero agrega también que en Escocia, donde él hizo las inspecciones, *no trabajaba ninguna mujer casada*; además, es necesario anotar que en Escocia la mayor parte de las fábricas están en el campo, excepto las de Glasgow, y esto contribuye muchísimo al fortalecimiento de las muchachas; los hijos de los obreros, en los alrededores de Manchester, son florecientes y frescos, mientras en la ciudad tienen un aspecto pálido y escrofuloso; pero hacia los nueve años, el color se desvanece, porque son enviados a las fábricas y bien pronto no se los puede distinguir de los chicos de la ciudad.

Pero hay, además, otras ramas del trabajo de las fábricas que tienen particulares consecuencias nocivas. En muchos locales, dedicados al hilado del algodón y del lino, se eleva una gran cantidad de polvo, que proviene de los hilados, la cual produce, particularmente en los locales para cardar y peinar el lino, perturbaciones respiratorias. Algunas constituciones pueden soportarla, otras no. Pero el obrero no tiene ninguna elección; debe aceptar la pieza donde está el trabajo, sea buena o no para su pecho. Las

consecuencias que más comúnmente se derivan de respirar este polvo, son esputos de sangre, respiración dificultosa, dolores del pecho, tos, insomnio; en resumen, todos los síntomas del asma, que, en el peor de los casos, terminan en consunción (consultar *Stuart*, p. 13, 70, 101; *Mackintosh*, p. 24, etc.; *Power, Rept. on Nottingham, on Leeds Cowell*, p. 33, etc.; *Barry*, p. 12 [cinco en una fábrica], pp. 17, 44, 50, 60, etc.; otro tanto en su informe; *Loudon*, p. 13, etc.). Pero es particularmente insalubre la hilandería bañada del hilo de lino, realizada por los muchachos jóvenes y los niños. El agua salpica desde los husos sobre sus cuerpos, de modo que la parte anterior de sus vestidos está de continuo humedecida hasta la piel y el agua baña el suelo. En menor medida, lo mismo sucede también en las dobles cámaras de las fábricas de algodón; la consecuencia son los continuos enfriamientos y las afecciones al pecho. Todos los obreros de las fábricas hablan con voz ronca y gruesa, especialmente los que trabajan en el hilado bañado y el hilado reforzado. *Stuart Mackintosh* y *sir D. Barry* tienen las palabras más graves sobre la insalubridad para las muchachas dedicadas a ello. El hilado del lino tiene otra consecuencia: la torsión característica de la espalda y especialmente la impostación hacia adelante del omóplato derecho, a causa de la naturaleza del trabajo. Este modo de hilar, y también el hilado del algodón en el *throstle*, producen a menudo enfermedades a la rodilla, que es empleada para la detención del huso, mientras se atan los hilos rotos. El frecuente curvarse en estas dos ramas de trabajo y lo bajo de las máquinas ocasionan, generalmente, un desarrollo defectuoso. En el local con *throstle* de la fábrica de algodón de Manchester, donde yo estaba ocupado, no recuerdo haber visto una sola chica verdaderamente bien desarrollada y esbelta; todas eran pequeñas, contrahechas, de constitución singular; decididamente, eran feas en todas las partes del cuerpo. Pero, además de todas estas enfermedades y defectos, los miembros de los obreros deben sufrir todavía de otra manera. El trabajo entre las máquinas causa gran número de desgracias, que más o menos son de grave naturaleza, y que, por otro lado, tienen para el obrero la consecuencia de dejarlo, en parte o del todo, incapaz para el trabajo. Muy frecuentemente sucede que una pequeña falange es arrancada del dedo; más a menudo, todo un dedo, una mano o media mano, un brazo, etc., son apresados por los radios y triturados. Con mucha frecuencia sucede que después de estas pequeñas desgracias se producen shocks y aun la muerte. En Manchester se ven circular, además de muchos lisiados, gran número de mutilados; a uno le falta la mitad o todo un brazo, a otro un pie, al tercero media pierna; se creería vivir en un ejército que hubiera retornado de una expedición militar. Las partes más peligrosas de las máquinas son las correas que transmiten la fuerza motriz, del árbol de transmisiones a cada una de las máquinas, especialmente si tienen hebillas, las que se encuentran más raramente. El que es apresado por estas correas, que la fuerza motriz hace girar con velocidad extraordinaria, es arrojado con tal fuerza contra el suelo o contra el techo, que rara vez le queda un hueso sano y la muerte se produce instantáneamente. El *Manchester Guardian*, entre el 12 de junio y el 3 de agosto, daba noticias de las graves desgracias siguientes (las ligeras no las tiene en cuenta): 12 de junio, un muchacho murió en Manchester, en seguida de serle triturada una mano entre las ruedas; 16 de junio: un joven, en Saddleworth, embestido y arrastrado por una rueda, murió triturado; 29 de junio: un hombre joven, en Greenacres Morr, cerca de Manchester, que trabajaba en una fábrica de máquinas, cayó bajo una piedra de afilar que le rompió dos costillas y le produjo graves contusiones; 24: una muchacha, en Oldham, murió a consecuencia de la embestida de una correa que le hizo dar cincuenta vueltas; no le quedó ni un hueso; 27 de julio: en Manchester, una chica cae en el *blower* (la primera máquina que recibe el algodón en bruto) y murió terriblemente mutilada; 3 de agosto: un tornero murió en Dukinfield, embestido por una cincha; todas sus costillas estaban despedazadas; el hospital de Manchester, en el año 1843, curó 962 heridas y mutilaciones producidas por las máquinas,

mientras la cifra de todos los otros accidentes tratados por el hospital sumaba 2.426, de modo que, sobre cinco desgracias, dos eran producidas por las máquinas. Los accidentes ocurridos en Salford no están incluidos en las cifras expuestas, como tampoco los atendidos por médicos particulares. Los fabricantes, en semejantes desgracias, que a veces dejan al obrero incapaz para el trabajo, pagan a lo sumo el médico, y cuando mucho el salario durante el tiempo de la enfermedad; lo que sobrevenga al obrero que queda inválido le es indiferente.

El informe sobre las fábricas dice al respecto: En todos los casos debería ser declarado responsable el fabricante, puesto que los niños no pueden prestar suficiente atención y los adultos prestan atención sólo a sus intereses. Pero los que escriben el informe son burgueses, y por esto deben contradecirse diciendo toda suerte de tonterías sobre la “culpable temeridad” (*culpable temerity*) de los obreros. La verdad es ésta: si los chicos *no pueden* prestar atención, que se prohíba su trabajo; si los adultos *no pueden* prestar la *debida atención*, o son como niños, que poseen un grado de instrucción que no les permite reconocer la importancia del peligro, ¿quién, sino la burguesía, es culpable por tenerlos en una condición que *no les permite* instruirse? Si las máquinas están mal construidas y deben ser rodeadas con tabiques y defensas, que estén también a cargo de la burguesía; o si no, el obrero tiene alguna razón para no temer el peligro que lo amenaza, debe trabajar rápidamente para ganar el salario y no tiene tiempo de prestar atención, etc. También en esto la burguesía es culpable. Muchos accidentes se producen, por ejemplo, cuando los obreros quieren limpiar las máquinas, aun cuando están en movimiento. ¿Por qué sucede esto? Porque el burgués obliga a los obreros, en las horas libres, a limpiar las máquinas, y, naturalmente, los obreros no tienen ningún deseo de dejarse escamotear un poco de su tiempo libre. Toda hora libre es tan preciada por el obrero que, antes que sacrificarla al burgués, prefiere correr, un par de veces a la semana, peligro de muerte. Concedan los fabricantes el tiempo necesario, tomado de las horas de trabajo, para limpiar las máquinas, y a ningún obrero le vendrá a la cabeza la idea de limpiarlas cuando están todavía en movimiento.

En resumen, en todos los casos, la culpa definitiva recae sobre el fabricante, de quien se debería exigir, aun en los más ínfimos accidentes, el mantenimiento del obrero durante toda su vida, por hallarse incapacitado para trabajar, o, en caso de muerte, el de su familia. En los primeros tiempos de la industria, los accidentes eran mucho más numerosos, porque las máquinas eran peores, más pequeñas, estaban más amontonadas y casi sin protección. Pero, como lo prueban los datos expuestos, el número de los accidentes es todavía bastante grande, como para hacer reflexionar seriamente sobre semejante estado de cosas, que permite que se produzcan tantas mutilaciones y heridas, en provecho de una sola clase, y que muchos obreros laboriosos, por una desgracia, de la que son víctimas en servicio y para mérito de la burguesía, sean abandonados a la miseria y al hambre.

¡Cantidad de enfermedades son producidas simplemente por la horrible avidez de dinero de la burguesía! Solamente para llenar su bolsa, las mujeres quedan incapacitadas para la procreación, los hijos son lisiados, los hombres débiles, los miembros lacerados, generaciones enteras perjudicadas, corroídas por la debilidad y la enfermedad. Y, si se lee, en primer lugar, la barbarie de casos particulares, de muchachos que estaban en la cama desnudos y eran sacados por los capataces y echados de la fábrica con las ropas bajo el brazo, a golpes y puntapiés (ejemplo, *Stuart*, p. 39 y otras); si se lee que se les interrumpía el sueño con golpes; que, no obstante esto, se dormían en el trabajo; que un pobre muchacho, todavía dormido, cuando la máquina estaba detenida, saltaba al grito del capataz y con los ojos cerrados retomaba el trabajo; si se lee que los chicos demasiado cansados para irse a casa se escondían entre la lana, en los secadores, y que solamente

podían ser arrojados de la fábrica a golpes de cinto; sí se lee que muchos centenares de muchachos, cada noche, llegaban a su casa tan cansados que no podían cenar, por el sueño y la falta de apetito, y sus padres los encontraban de rodillas ante el lecho, dormidos así al decir su plegaría; si se lee en ese informe todo esto y centenares de otras infamias y vergüenzas, todo afirmado bajo juramento y probado por numerosos testigos, confesado por hombres que los mismos inspectores declaraban dignos de fe; si se piensa que se trata de un informe “liberal”, de un informe burgués hecho para anular el anterior de los *tories* y para afirmar la pureza de conciencia de los fabricantes; si se piensa que los inspectores están todos de parte de la burguesía y que de todo han hecho declaración contra su voluntad, ¿no debe sentirse indignación y odio contra una clase que se pavonea de su amor y devoción por la humanidad, mientras no piensa más que en llenar, *à tout prix*, la bolsa? Escuchemos, entretanto, lo que dice la burguesía, por la boca de su predestinado servidor, el doctor Ure:

Se ha dicho a los obreros, cuenta éste en su *Philosophy of Manufactures*, p. 277 y siguientes, que su salario no está en proporción con sus sacrificios, y se destruye así el buen acuerdo entre obreros y patrones. Si los obreros, en cambio, se hubieran recomendado a éstos por su diligencia y atención y se hubieran sentido contentos del provecho de sus patrones, en seguida habrían llegado a ser capataces, jefes del negocio y por fin socios, y por esto (¡oh sabiduría, hablas como una paloma!) “la demanda de trabajo pronto sería mayor”. “Si los obreros no fuesen tan inquietos, *el sistema de fábrica se habría desarrollado en forma mucho más beneficiosa.*”

Sigue a esto una larga jeremiada sobre la mucha resistencia de los obreros, y a propósito de un paro de los obreros mejor pagados, de los hiladores finos, se leen las siguientes ingenuas palabras: “Tenían un salario alto, que les permitía mantener un comité bien pagado y engordar en una inquieta hipertrofia, con un régimen que era demasiado vigoroso y excitante para su trabajo” (p. 298). Escuchemos cómo el burgués describe el trabajo de los niños: “He visitado muchas fábricas, en Manchester y alrededores, y nunca he visto chicos maltratados, castigados con penas corporales o solamente de mal humor. Parecían todos alegres (*cheerful*) y despejados (*alert*), alegrándose con fáciles juegos, gozando plenamente a su edad de la natural movilidad. Esta escena de la industria fue para mí siempre un consuelo, cuando mi ánimo era invadido por tristes emociones. Era encantador (*delight-ful*) observar; apenas pasado el *mule-car*, la prontitud con que los chicos reunían los hilos rotos, y mirarlos, después que sus tiernos dedos habían estado un par de segundos en actividad, cómo se divertían en todas las posturas imaginables, hasta que llegaba el momento en que debían de nuevo tirar y cortar. El trabajo de estos locuelos vivaces parecía un juego, en el que la práctica les daba una placentera destreza. Conociendo la propia habilidad, los alegraba mostrarla a todo forastero. Ningún rastro de extenuación, puesto que cuando dejaban la fábrica, comenzaban pronto a jugar en la plaza más cercana, corriendo con la misma vivacidad de los jóvenes que salen de la escuela”. (¡Naturalmente, como si el movimiento de todos los músculos no fuese una inmediata necesidad para los cuerpos, rígidos y relajados al mismo tiempo, por efecto del trabajo! Pero Ure hubiera debido observar si ese momentáneo movimiento no se desvanecía después de unos minutos. Y, además, él sólo podía ver esto de día, después de cinco o seis horas de trabajo, pero no de noche (p. 301). En lo que se refiere a la salud de los obreros, el burgués tiene la ilimitada imprudencia de alegar centenares de datos, como testimonios de la diferente salud de esta gente, del citado y extractado informe de 1833, y de querer probar con citas particulares truncas, que en los obreros no se encontró ninguna traza de escrófula (lo que es exacto), que el sistema de fábricas los ha liberado de todas las enfermedades agudas (ellos callan, naturalmente, que por esto tienen sobre su cabeza todas las crónicas). Debe saberse que el informe consiste en tres gruesos

volúmenes *in folio*, que un burgués bien nutrido no sueña estudiar, para poder comprender la imprudencia con que nuestro amigo Ure da a entender las más grandes mentiras al pueblo inglés. Escuchemos, ahora, cómo se expresa sobre la ley sobre las fábricas, de 1834, que fue dictada por la burguesía liberal e impone al fabricante las restricciones más necesarias, como veremos en seguida. Así pues, según el señor Ure, esta ley, especialmente la instrucción obligatoria, es una medida despótica y absurda contra los fabricantes. Por ella, todos los muchachos menores de doce años quedan desocupados, y ¿cuál es la consecuencia? Los muchachos, liberados de su fácil y útil trabajo, no reciben ninguna instrucción; “empujados de la cálida sala de hilar a la fría atmósfera”, viven solamente de hurtos y limosnas; triste vida que contrasta con su condición de perpetuo mejoramiento en la fábrica y en la escuela. Esta ley, bajo la máscara de la filantropía, agrava los dolores de los pobres y es un obstáculo para el fabricante *diligente* en su útil trabajo, cuando no lo detiene completamente (p. 405 y siguientes).

La acción perturbadora del sistema de fábricas comenzó ya hace un tiempo a atraer la atención general. Hemos hablado de la ley sobre el aprendizaje, de 1802. Más tarde, hacia 1817, Robert Owen, aquel que después fundó el socialismo inglés, fabricante entonces en New Lanark (Escocia), comenzó, con peticiones y memorias, a mostrar a las autoridades superiores la necesidad de garantías legales para la salud de los obreros y especialmente de los niños. El lamentado sir R. Peel y otros filántropos se unieron a Owen y obtuvieron, una tras otra, las leyes sobre fábricas de 1818, 1825 y 1831; de estas leyes, las dos primeras no fueron en absoluto observadas y la última lo fue sólo en una que otra parte. Esta ley de 1831, basada sobre la moción de sir J. C. Hobhouse, establecía que en ninguna fábrica de algodón podrían trabajar de noche, es decir, entre las siete y media de la tarde y las cinco y media de la mañana, personas de menos de veintiún años, y que en toda fábrica los jóvenes de menos de dieciocho años podrían trabajar, a lo sumo, doce horas al día y nueve el sábado. Pero como los obreros no podían denunciar a sus patrones sin ser despedidos, esta ley ayudó muy poco. En las grandes ciudades, donde los obreros eran turbulentos, se produjo un acuerdo entre los más destacados fabricantes para adaptarse a la ley, pero, igualmente, fueron muchos los que, como los fabricantes del inferior, no tuvieron para nada en cuenta la ley. Mientras tanto, entre los obreros se hacía carne la demanda del *bill* de las diez horas, es decir, de una ley que prohibiese a todos los jóvenes de menos de dieciocho años trabajar más de diez horas. Las asociaciones obreras dieron vida a este deseo con agitaciones entre toda la población industrial; la humanitaria sección del partido *Tory*, guiada entonces por Michael Sadler, recogió este principio y lo llevó después al parlamento. Sadler obtuvo un comité parlamentario para una investigación sobre el sistema de fábricas, y éste presentó un informe en la sesión de 1832. Este informe, decididamente partidario, fue escrito por los enemigos más declarados del sistema de fábricas y con fines de partido.

Sadler, en su noble pasión, se dejó desviar por las más torcidas e injustas afirmaciones; por la forma de sus preguntas, obtuvo de los testigos respuestas que contenían algo de verdad, pero presentadas al revés y tortuosamente. Los fabricantes, aterrados ante un informe que los describía como monstruos, pidieron una investigación oficial; sabían que un informe exacto *ahora* les sería útil; sabían que en el gobierno se sentaban los *whigs*, verdaderos burgueses, con quienes estaban en buenas relaciones y cuyos principios eran contrarios a una limitación de la industria; obtuvieron una comisión de burgueses de segura fe liberal, cuyo informe es el que nosotros hemos citado hasta ahora frecuentemente. El informe se acerca a la verdad más que el del comité de Sadler, del cual, sin embargo, difiere en cuanto se apoya en la parte opuesta. Demuestra, por un lado, simpatía hacia los fabricantes, desconfianza frente al informe Sadler, aversión hacia los obreros independientes y hacia los sostenedores del *bill* de las diez horas; no reconoce

el derecho de los obreros a una existencia humana, a una acción y a opiniones independientes propias; hace suyo el reproche de querer el *bill* de las diez horas no sólo para los niños, sino también para sí; llama a los obreros agitadores, demagogos, malos, malintencionados, etc.; en resumen, está de parte de la burguesía, y sin embargo no puede presentar como inocentes a los fabricantes, y de cualquier manera aparece tal cantidad de infamias, según su propia confesión, en la cuenta de los fabricantes, que también después de este informe la agitación por el *bill* de las diez horas, el odio de los obreros contra los fabricantes y las duras palabras del comité contra éstos, estuvieron completamente justificadas. Con la sola diferencia que, mientras el informe Sadler reprochaba a los fabricantes su brutalidad abierta y no disimulada, ahora se mostraba que esta brutalidad se ejercía siempre bajo la máscara de la civilización y la humanidad. El Dr. Hawkins, comisario médico para el Lancashire, se declara de golpe por el *bill* de las diez horas, desde las primeras líneas de su informe. Y el inspector Mackintosh declara también que su informe no contiene la verdad completa, porque los obreros sólo con grandes dificultades consienten en declarar contra sus patrones, y los fabricantes (ya obligados por la agitación de los obreros a la mayor complacencia hacia ellos) bastante frecuentemente se habrían preparado para la visita de la comisión, habrían hecho barrer las fábricas y disminuir la velocidad de las máquinas en movimiento, etc. Especialmente en Lancashire, los fabricantes encontraron el recurso de presentar a la comisión, como obreros, a los capataces de los cuartos de trabajo, para que testimoniaran sobre la humanidad de los patrones, sobre la influencia salubre del trabajo, sobre la indiferencia y aun la aversión de los obreros hacia el *bill* de las diez horas. Pero estos capataces no son ya verdaderos obreros, son desertores de su clase; por un salario mayor, se han dedicado al servicio de la burguesía y luchan por el interés de los capitalistas contra los obreros. Su interés es el de la burguesía, y por esto son odiados por los obreros casi más que los mismos fabricantes. El informe es todavía suficiente para demostrar la culpable negligencia de la clase de los fabricantes hacia los obreros y toda la infamia de la explotación industrial, en su plena inhumanidad. Nada más indignante que ver colocados frente a frente, en este informe, por un lado, los largos registros de las enfermedades, los accidentes producidos por el supertrabajo, la fría y racionalizada economía nacional del fabricante, y, por el otro, ver las cifras donde tratan de probar que ellos, y toda Inglaterra con ellos, perecería, si no se permitiera cada año convertir en lisiados a tantos y tantos niños; solamente el impúdico lenguaje del señor Ure, que, justamente he reproducido, podría ser tan repugnante, si no fuese demasiado ridículo.

La consecuencia de este informe fue la ley sobre fábricas de 1834, que prohibió el trabajo de los niños de menos de nueve años (hecha excepción de las fábricas de seda), limitó la jornada de trabajo de los niños entre los nueve y trece años a cuarenta y ocho horas semanales o, a lo más, a nueve horas diarias, y la jornada de trabajo de los muchachos entre los catorce y los dieciocho años a sesenta y nueve horas semanales o, a lo sumo, doce horas al día; fijó en un mínimo de una hora y media el intervalo de tiempo para alimentarse y prohibió de nuevo el trabajo nocturno para todos los jóvenes menores de dieciocho. Al mismo tiempo, se introdujo para todos los niños menores de catorce años un curso diario de instrucción obligatoria de dos horas; la ley, además, declaraba en contravención al fabricante que hubiese ocupado los niños sin certificado de edad dado por el médico de fábrica, o sin el certificado de asistencia a la escuela, expedido por el maestro.

El fabricante debía, por esto, sustraer cada semana del salario del muchacho un *penny* para el maestro. Además, fueron designados los médicos de fábrica, los que debían ir, de cuando en cuando, a las fábricas y bajo juramento interrogar a los obreros, y

cuidaban, llevando ante el tribunal de paz las querellas, que la ley fuese observada. ¡Esta es la ley que el Dr. Ure insulta sin miramiento!

Las consecuencias de la ley, y especialmente de la creación de los inspectores, fueron que el tiempo medio de trabajo se redujo de las doce y trece horas y que los muchachos fueron reemplazados lo más posible.

Con esto desaparecieron casi completamente algunos de los males más agudos; los accidentes se produjeron sólo en las constituciones más débiles; los efectos del trabajo se mostraron a la luz del día menos escandalosamente.

Entretanto, en el informe sobre fábricas, tenemos suficientes testimonios para poder afirmar que los males leves; hinchazón de las articulaciones de los pies; debilidad y dolores en las piernas, en las costillas y la espina dorsal; venas varicosas; úlceras en las extremidades inferiores; debilidad general, especialmente debilidad del bajo vientre, tendencia al vómito, falta de apetito alternada con hambre agudísima; mala digestión, y de ahí hipocondría; males de pecho como consecuencia del polvo y de la mala atmósfera de las fábricas, etc., se presentaban en todas las fábricas y en los individuos que, según las prescripciones de la ley de sir J. C. Hobhouse trabajaron de doce a trece horas diarias como máximo.

Aquí confrontaremos, especialmente, los informes sobre Glasgow y Manchester. Los citados males han seguido después de la ley de 1834 y persisten todavía hoy en arruinar la salud de la clase obrera. De esto se deriva que la brutal sed de ganancia de la burguesía ha asumido una forma hipócritamente civil; que los fabricantes, impedidos por el brazo de la ley para cometer infamias demasiado viles, tienen tanta mayor razón aparente de mostrar vanidosamente su falsa humanidad, esto es todo. Si hoy se formase una nueva comisión para las fábricas, encontraría todo como antes. En lo que se refiere a la escuela obligatoria improvisada, ésta queda de hecho sin ninguna influencia, porque el gobierno no tuvo el cuidado de instituir, al mismo tiempo, una buena escuela. Los fabricantes empleaban a los obreros inválidos, a quienes, por dos horas al día, enviaban los niños, y así satisfacían la letra de la ley; los niños no aprendían nada. Y también los informes de los inspectores de las fábricas, que se limitaban sólo al cumplimiento de su oficio, especialmente de la ejecución de las leyes sobre las fábricas, suministran material suficiente para poder concluir que el citado mal necesariamente continúa. Los inspectores Horner y Saunders, en sus informes de octubre y diciembre de 1844, relatan que un gran número de fabricantes, en aquellas ramas de industria donde el trabajo de los niños es inútil o puede ser sustituido por el de los adultos ya desocupados, hacían trabajar de catorce a dieciséis horas diarias y aún más. Así ocurre, en particular, con muchos jóvenes que, frente a la ley, son demasiado viejos. Otros fabricantes violan la ley directamente, acortan las horas libres, hacen trabajar a los muchachos más de lo que es permitido y arriesgan una denuncia, porque la pena que se les aplica por la contravención es mucho más leve que útil. Especialmente ahora, cuando los negocios van bien, los fabricantes tienen fuertes tentaciones.

Mientras tanto, no cesó entre los obreros la agitación por las diez horas; en 1839 estaba en pleno vigor, y a ocupar el puesto de Sadler, muerto, llegó a la Cámara Baja lord Ashley, y además Richard Castler, ambos *tories*. Especialmente Castler, que agitaba de continuo en los distritos industriales y había agitado ya en tiempos de Sadler, gozaba de particular favor entre los obreros. Ellos lo llamaban solo su “viejo buen rey”, el “rey de los muchachos de la fábrica”, y en todos los distritos industriales no había un niño que no lo conociese y honrase y que cuando visitaba las ciudades con otros no le fuesen al encuentro en procesión. Castler se opuso muy enérgicamente a la nueva ley sobre pobres, y por ello fue hecho encarcelar, por deudas, por el señor Thorneleg, un *whig* de cuyos bienes era administrador y al que debía una suma. Los *whigs* ofrecieron pagarle las

deudas, y aun protegerlo, si desistía de su oposición a la ley sobre pobres. Fue en vano. Castler permaneció en la prisión y desde ésta mandó sus *fleet-papers* contra el sistema de fábricas y la ley sobre los pobres.

El gobierno de los *tories*, de 1841, vuelve de nuevo a presta atención a las leyes sobre fábricas. El ministro del interior, sir James Graham, presentó un *bill* por el que la jornada de trabajo de los niños era limitada a seis horas y media, y se hacía más rigurosa la instrucción obligatoria: lo más importante que se consiguió para la creación de escuelas mejores. Por lo tanto, este *bill* venía a quebrantar el celo de los disidentes; aunque la obligatoriedad de los niños de los disidentes no fuese extendida a la instrucción religiosa, siempre la escuela estaba bajo la vigilancia de la Iglesia del Estado, y puesto que la Biblia era el libro general de lectura, la religión venía a ser la base de toda enseñanza de tal modo, los disidentes se encontraban amenazados. Los fabricantes, y sobre todo los liberales, se unieron a ellos; los obreros, a causa de la cuestión religiosa, se dividieron y por esto permanecieron inactivo; la oposición al *bill* venció, aunque en las grandes ciudades industriales, como Salford y Stockport, fuese batida, y en otras, como Manchester, hubiese podido atacar solamente algunos puntos del *bill* por temor a los obreros. La oposición con todo, recolectó dos millones de firmas para su petición y Graham se dejó intimidar de tal modo, que retiró todo el *bill*. En los años siguientes, olvidó sus designios respecto de la escuela y propuso simplemente, en lugar de todo lo que hasta entonces había sostenido, que el trabajo de los niños de ocho a trece años fuese limitado a seis horas y media por día, con lo que no habrían tenido completamente libre ni la mañana ni la tarde; que fuese fijado en doce horas el trabajo de los jóvenes y de las mujeres de trece a dieciocho años, y que, además, se introdujesen algunas restricciones para evitar que se eludiera la ley, como había ocurrido frecuentemente hasta entonces. Apenas Graham se presentó con tal propuesta, recomenzó, más áspera que nunca, la agitación pro las diez horas. Castler fue puesto en libertad (algunos de sus amigos y una colecta entre los obreros habían pagado sus deudas) y con pleno vigor se arrojó en el movimiento. Los representantes del *bill* de diez horas, en la Cámara Baja, habían aumentado; el gran número de peticiones, provenientes de todas partes, en pro del *bill* de las diez horas, les dio nuevo apoyo y el 19 de marzo de 1844 lord Ahsley, con una mayoría de 179 votos contra 170, hizo pasar la resolución: que la palabra “noche” en el *Bill* de las fábricas, debía expresar el tiempo entre las seis horas de la tarde y las seis de la mañana. Resultaba así que, dada la prohibición del trabajo nocturno, la jornada de trabajo era llevada a doce horas, incluidas las horas libres, y excluidas éstas, a diez horas.

Pero el ministerio no estaba de acuerdo con esto. Sir James Graham amenazó con retirarse del gabinete, y en las siguientes votaciones sobre un párrafo del *bill* la cámara, con una pequeña mayoría, rechazó tanto las diez como las doce horas. Graham y Peel declararon, entonces, que presentarían un nuevo *bill* y que, si ése no era aprobado, se retirarían; el nuevo *bill* fue exactamente el antiguo *bill* de las doce horas, sólo con cambios de forma, y la misma Cámara Baja que había rechazado en marzo ese *bill* en sus puntos principales, lo aceptó en mayo con pelos y señales. La razón fue que la mayoría de los sostenedores del *bill* de las diez horas estaba compuesta de *tories* que preferían que cayera el *bill* y no el ministerio; pero, sean cuales fueren los motivos, la Cámara Baja, con estas votaciones que se contradicen una con otra, se ha acarreado el más gran desprecio de todos los obreros, y ha aprobado, a la más viva luz, la necesidad de la reforma proclamada por los cartistas. Tres miembros que habían votado primeramente contra el ministerio, más tarde votaron a favor y así lo salvaron. En todas las votaciones, la masa de la

oposición votó en *pro*, y la masa de los ministeriales *contra* el gabinete⁸³. Las citadas propuestas de Graham, referentes a las seis horas y media y a las doce horas de trabajo de las dos clases de obreros, son entonces fijadas legalmente, y por esto, como por la limitación de la recuperación del tiempo perdido (si la máquina se gasta o si la fuerza hidráulica se debilita demasiado por el hielo o la sequía) y otras pequeñas restricciones, la jornada de trabajo está casi en la imposibilidad de prolongarse a más de doce horas. Entretanto, no hay ninguna duda de que, en un período brevísimo, el *bill* de las diez horas será una realidad. Los fabricantes son casi todos contrarios, tal vez no haya diez que sean favorables; ellos han amontonado contra esta odiada propuesta todos los medios lícitos e ilícitos, pero no les sirve de nada, porque se atraen, de más en más, el odio de los obreros. El *bill* pasará, ciertamente; los obreros pueden lo que *quieren*, y que quieren el *bill* de las diez horas lo han demostrado en la primavera pasada. Los argumentos económico-nacionales de los fabricantes, según los cuales el *bill* de las diez horas haría aumentar el precio de producción, volvería impotente a la industria inglesa para luchar contra la competencia extranjera, haría caer el salario, etc., son, por cierto, *verdades a medias*, pero ellas no prueban nada, salvo que la grandeza industrial de Inglaterra puede estar de pie sólo por el bárbaro trato a los obreros, sólo por la destrucción de la salud, por el abandono social, físico e intelectual de generaciones enteras. Naturalmente, si el *bill* de las diez horas fuese una medida definitiva, Inglaterra quedaría arruinada; pero puesto que determinará la necesaria adopción de otras medidas, que deben conducir a Inglaterra por una vía distinta de la hasta ahora seguida, al cabo el *bill* significará un progreso.

Volvamos ahora a otro aspecto del sistema de las fábricas, aspecto que puede removerse menos, con prescripciones legales, que las enfermedades que son su consecuencia.

Hablamos ya, en general, de la naturaleza del trabajo y bastante minuciosamente para poder extraer, de los datos, ulteriores conclusiones. La vigilancia de las máquinas y el anudar de los hilos rotos no determinan ninguna actividad que ocupe la mente del obrero, y, por otra parte, impide al obrero ocupar su espíritu en otras cosas. Simultáneamente, hemos visto que este trabajo no deja ningún juego a los músculos y a la actividad física. De tal modo, no se tiene el verdadero trabajo sino la simple molestia, el aburrimiento más mortal y cansador que pueda existir; el obrero industrial está, así, condenado a dejar que se corrompan completamente sus fuerzas físicas e intelectuales en este aburrimiento; tiene la profesión de fastidiarse todo el día, desde los ocho años en adelante. No puede bajar ni un momento; las máquinas andan todo el día; las ruedas, las correas y los husos le zumban y resuenan continuamente en los oídos, y cuando quiere quedarse tranquilo sólo un instante, ve de pronto a su lado al capataz, con el libro de multas. Esta condena a la sepultura perpetua en la fábrica, a la continua atención, a la máquina infatigable, se siente como la más grave tortura. Pero ésta actúa debilitando en el más alto grado no sólo el cuerpo, sino también el espíritu del obrero. No puede, en realidad, encontrarse ningún método de embrutecimiento mejor que el trabajo de las fábricas y, si, no obstante, los obreros industriales no sólo han salvado su inteligencia, sino que muchos se han cultivado y vivificado, esto fue posible sólo por la rebelión contra su destino y contra la burguesía, la única cosa que ellos podrían pensar y sentir, aun trabajando. Y si tal indignación contra la burguesía no fue el sentimiento general de los obreros, fue la consecuencia necesaria de la pasión de la bebida y sobre todo de lo que comúnmente se llama desmoralización. Ya el relajamiento físico y las enfermedades que provienen, en general, del sistema de las fábricas, fueron suficientes, al comisario oficial

⁸³ Como todos saben, en la misma sesión, la Cámara Baja se comprometió todavía una vez a este modo de proceder, en la cuestión de los azúcares donde primero votó contra, más tarde por el ministerio, después del empleo de la "fusta gubernativa".

Hawkins, para hacer derivar de ellos la necesidad de dicha desmoralización, tanto más todavía cuanto que se agrega el relajamiento intelectual y las ya citadas circunstancias, que empujan *a cada* obrero hacia la desmoralización y hacen, en este caso, palpable su influencia. No debemos maravillarnos para nada si, especialmente en las ciudades industriales, la pasión de la bebida y la disolución sexual han alcanzado el grado que antes he descrito⁸⁴.

Más todavía: la esclavitud en que la burguesía tiene encadenada a la clase proletaria, en ningún lugar se presenta más claramente que en el sistema de las fábricas. Aquí cesa de derecho y de hecho toda libertad. El obrero debe estar en la fábrica a las cinco y media de la mañana; si llega un par de minuto más tarde es castigado, si llega diez minutos más tarde no puede entrar hasta la hora de la colación y pierde un cuarto de salario (aunque sólo deja de trabajar dos horas y media de las doce). Debe comer, beber y dormir obedeciendo al mandato. Para la satisfacción de todas las más urgentes necesidades, se le restringe al máximo el tiempo necesario. Si su casa está lejos, una media hora o una hora, el fabricante no se preocupa. La campana despótica lo llama, arrancándolo del lecho, de la colación, de la comida...

¡Y qué decir de la fábrica! Aquí el fabricante es el despótico legislador. Crea el reglamento de fábrica, como le plazca; cambia y hace agregados cuando quiere, y si inserta las cosas más disparatadas, los tribunales dicen, sin embargo, al obrero: “Sois dueños de vos mismo, podfais no aceptar tal contrato si no os acomodaba; pero ahora, que libremente os habéis ligado a tal contrato, debéis observarlo”⁸⁵; y así el obrero tiene, por añadidura, también las burlas del juez de paz, que es, para él, también un burgués; y la ley que fue hecha por la burguesía. Con bastante frecuencia se han producido tales decisiones. En octubre de 1844 los obreros de la llamada Kennedy, de Manchester, dejaron el trabajo. Kennedy los acusó con motivo de una prescripción fijada en la fábrica: ¡que, de una sola habitación, no más de dos obreros podían salir juntos! Y el tribunal dio la razón a fabricante; y a los obreros la citada respuesta (*Manchester Guardian*, 30 de octubre). ¡Y qué comunes son estas cosas! Escuchad: 1) Las puertas de la fábrica se cierran diez minutos después que ha comenzado el trabajo y nadie puede entrar hasta la hora del desayuno. Quien durante este tiempo está ausente incurre, por cada telar, en tres *pence* de multa; 2) Cada tejedor (a telar mecánico) que, en otro momento, o mientras la máquina anda, se sienta, es castigado por cada hora y cada telar que ocupa con tres *pence* de multa. Quien, durante el trabajo, sin permiso del capataz, abandona la habitación, es igualmente castigado con tres *pence* de multa; 3) Los tejedores que no tienen consigo las tijeras, incurren por cada jornada también en multa; 4) Todas las lanzaderas, escobillas, aceiteras, ruedas, ventanas, etc., que se rompan, deben ser pagadas por los tejedores; 5) Ningún tejedor, sin *preaviso*, que debe ser dado una semana antes, puede dejar el servicio. El fabricante puede, *sin preaviso*, despedir a cualquier obrero, por deficiencia

⁸⁴ Escuchemos a un juez competente: Si se toma en cuenta el ejemplo de los irlandeses, unido al trabajo incesante de toda la clase de la industria algodonera, nos maravillaremos muy poco de su terrible desmoralización. El continuo y extenuante trabajo, prolongado día a día, año a año, no es apto para desarrollar las facultades intelectuales ni morales de los hombres. La triste costumbre de un tormentoso trabajo (*druagery*) sin fin, en el cual siempre se reproduce el mismo proceso mecánico, se asemeja al tormento de Sísifo; el peso del trabajo, similar al peñasco, recae siempre sobre el obrero fatigado. Por el perpetuo trabajo de los mismos músculos, el espíritu no adquiere ni conocimientos ni actividad intelectual; la inteligencia se adormece en la inercia obtusa, pero el lado rústico de nuestra naturaleza toma un desarrollo exuberante. Condenar al hombre a tal trabajo, quiere decir cultivar en él el instinto bestial. Se vuelve indiferente, desdeña las costumbres y la actividad que distinguen su raza. Descuida la comodidad y los más fino goces de la vida, vive en sucia miseria, con un magro alimento y disipa el resto de sus ganancias en la disolución.

1 Stubborn, *Facts*, pág. 9.

⁸⁵ Stubborn, *Facts.*, p. 9.

en el trabajo o por la causa más insignificante; 6) A cada obrero que es sorprendido *hablando* con otro, o *cantando*, o *silbando*, se le aplica una multa de seis *pence*. Quien durante el trabajo deja su puesto, es también condenado a seis *pence*. Tengo otro reglamento de fábrica, según el cual, a cada uno que llega tres minutos tarde, se le saca un cuarto de salario de la jornada. Quien está ausente del todo antes de la colación, es castigado, el lunes, con un chelín de multa, y los otros días, con seis *pence*, etc. Este último es el reglamento de la Phoenix Work, en Jersey-Street, Manchester.

Se me dirá: tales reglamentos son necesarios para asegurar, en una fábrica grande y bien ordenada, la marcha de las diversas manipulaciones; se dirá: tal disciplina es aquí tan necesaria como en el ejército; bien, puede ser, ¿qué suerte de orden social es éste, que no puede existir sin semejante infame tiranía? O el fin justifica los medios, o la bajeza del medio justifica completamente la bajeza del fin. Quien ha sido soldado, sabe lo que es estar, aunque sea por breve tiempo, bajo la disciplina militar; pero estos obreros son condenados a vivir, desde los nueve años hasta la muerte, intelectual y físicamente, bajo el sable; son más esclavos que los negros de América, porque son más ásperamente vigilados, y además se pretende que vivan, piensen y sientan humanamente. En verdad, sólo pueden sentir el odio más ardiente contra sus opresores y contra el orden de cosas que los reduce a tal condición, que los degrada hasta el nivel de la máquina. Pero es todavía mucho más infame, según dicen *unánimemente* los obreros, que haya un gran número de fabricantes que, con la más inhumana dureza, hieran con penas en dinero a los obreros, a fin de engrosar su ganancia con los centavos robados a los proletarios, privados de toda fortuna.

También afirma Leach que los obreros encuentran, muchas mañanas, *adelantado* en un cuarto de hora el reloj de la fábrica, y que, por consecuencia, a su llegada la puerta está cerrada, mientras el escribiente atraviesa la pieza con el libro de multas en donde anota el gran número de ausentes. Leach dice haber contado él mismo, una vez, 95 de tales obreros fuera de una fábrica, cuyo reloj, de tarde era *atrasado* y de mañana *adelantado* en un cuarto de hora, con respecto al reloj de la ciudad. El informe sobre las fábricas cuenta cosas similares. En una fábrica, durante las horas de trabajo el reloj era atrasado, de modo que se trabajaba más del tiempo justo y el obrero no recibía, sin embargo, nada de más sobre su salario; en otra fábrica, se hacía trabajar un cuarto de hora de más; en una tercera, había un reloj común y un reloj de la máquina, que señalaba el número de rotaciones de la esfera principal; cuando la maquinaria andaba lentamente, se trabajaba según el reloj de la máquina, hasta que el número de rotaciones computaba las doce horas; si el trabajo iba bien, esta cifra se completaba antes, al tiempo justo, y los obreros debían, no obstante, continuar trabajando hasta el fin de las doce horas. El testimonio agrega haber conocido algunas muchachas que tenían un buen trabajo y trabajaban en horas extras, pero que, sin embargo, se habían echado más gustosas en brazos de la prostitución, antes que caer bajo esa tiranía (*Drinkw*, p. 80).

Leach cuenta, volviendo a las multas en dinero, haber visto muchas veces mujeres muy débiles, que para descansar se habían sentado un momento durante el trabajo, ser castigadas por tal delito con seis *pence* de multa. Los castigos por causa de trabajo mal realizado son infligidos del modo más arbitrario; los trabajos son examinados en el depósito, donde el capataz-jefe escribe las penas *en una lista, sin llamar siquiera al obrero*; éste sabe que ha sido castigado solamente cuando el capataz le paga el salario, y las mercaderías, tal vez, ya han sido vendidas o, en todo caso, puestas aparte. Leach posee una lista de multas que, unida, mide diez pies de largo y que da la suma de esterlinas 35 - 17 - 10. Agrega que, en la fábrica, de donde provenía esta lista, fue despedido un nuevo jefe del depósito porque multaba demasiado poco, de modo que hacía entrar cinco libras

de menos (34 *thalers*) por semana (Stubborn, *Facts*, p. 13-17). Y repito, una vez más, que conozco a Leach como hombre digno de fe e incapaz de decir una falsedad.

Pero, también de otro modo, el obrero es el esclavo de su patrón. Si la mujer o la hija del obrero gusta al rico patrón, éste no tiene, de ordinario, más que hacer una seña para que ella le haga holocausto de sus gracias. Si el fabricante desea cubrir de firmas una petición en favor de los intereses burgueses, acostumbra enviarla sólo a su fábrica. Si quiere hacer pasar una elección al parlamento, manda a sus obreros electores, por turno y en fila, a las oficinas electorales y ellos deben votar por los burgueses, tengan o no deseos. ¿Quiere el fabricante tener mayoría en una asamblea pública? Y bien, despide los obreros una media hora antes que de costumbre y les consigue un puesto cerca de la tribuna, donde puede vigilarlos convenientemente.

Además, hay otras dos instituciones que contribuyen a mantener al obrero en poder del fabricante: el *truck-system* y el *cottage-system*. *Truck-system* es llamado por los obreros el pago del salario en especies; antes, este modo de pago era general en Inglaterra. El fabricante establecía “para comodidad de los obreros y para protegerlos de los altos precios de los comerciantes” una tienda en donde vendía, por su cuenta, mercaderías de todo género; y, para que el obrero no fuese a otro negocio, donde podía tener mercancías más baratas (las bebidas del “*Tommy Shop*” se vendían más caro, en un 25 a 30 por ciento, que en cualquier otro lado), se le daba, en vez de dinero, un bono de pago sobre el negocio, por el importe de su salario.

La indignación general que desató este infame sistema dio origen, en 1831, al *truck-act*, por el que se declaraba como no válido e ilegal el pago en especie, para la mayor parte de los obreros; por lo tanto, esta ley, como la mayoría de las leyes inglesas, entró en vigor, de hecho, sólo en algunas partes. En las ciudades está, casi completamente, en vigencia, pero en el campo el *truck-system* se encuentra, directa o indirectamente, todavía en pleno vigor. También en la ciudad de Leicester se encuentra muy a menudo.

Tenemos casualmente, ante nuestros ojos, una docena de condenas por tal delito, que se dictaron de noviembre de 1843 a junio de 1844 y fueron, en parte, publicadas en el *Manchester Guardian*, y en parte en el *Northern Star*. Naturalmente, este sistema no es ya ejercido tan abiertamente como en otro tiempo; el obrero recibe, por lo general, su salario en dinero, pero el fabricante tiene suficientes medios para obligarlo a comprar los artículos en su negocio y no afuera. Sucede raramente que los *truck-fabricantes* sean castigados, porque ahora pueden colocar sus fechorías bajo la protección de la ley, apenas ponen realmente el dinero en manos del obrero. El *Northern Star*, del 27 de abril de 1843 publicaba una carta de un obrero en Holmfirth, cerca de Huddersfield, en Yorkshire; en lo posible, quiero reproducir la ortografía de esa carta, que alude a un fabricante de Bowers.

“Es bien extraño pensar que este *truck-system* existe en tan gran desarrollo como se lo encuentra en Holmfirth y que no se puede encontrar una persona que tenga el coraje de poner un bastón en las ruedas de los fabricantes. Aquí sufre una masa de tejedores por este sistema sacramentado. Aquí hay una prueba del alma noble de los librecambistas⁸⁶. Hay un fabricante, Weger, que es mal visto en toda la comarca porque tiene una conducta abominable con estos pobres tejedores; cuando han terminado una pieza tienen treinta y cuatro o treinta y cinco chelines, pero se le da veinte chelines y el resto en telas, paño en un 40 o 50 por ciento más caro que el de otros comerciantes y por añadidura estas mercancías son, muchas veces, malas. Pero como dice el *Frey Handels Mercury*⁸⁷, no están obligados de aceptarlo. Son, en efecto, libres, pero deben aceptarlo o morir de hambre. Si quieren más de veinte chelines, entonces pueden esperar quince días; si

⁸⁶ Los adherentes a la Liga para la Abolición de las Leyes sobre Granos.

⁸⁷ El *Leeds-Mercury*, hoja burguesa radical.

aceptan los veinte chelines, están siempre prontos. Lord Brohom (Brougham) dice que nosotros debemos hacer economías, que debemos guardar aparte cuando jóvenes, que no debemos tener necesidad de la casa de los pobres cuando seamos viejos, como si estuviéramos demasiado ociosos para guardar aparte. Si esto no fuese dicho por el Lord, se diría que su cerebro está tan mal dispuesto como el de aquellos que deben pagar nuestro trabajo. Cuando los diarios no timbrados estuvieron de moda, había una masa que corría a la policía a denunciarlos. Estaban los Blythys, los Estwoods y otros, pero ¿qué son ahora? Es completamente otra cosa; nuestros truck-fabricantes pertenecen a la pía gente librecambista y van dos veces a la iglesia todos los domingos y dicen como los curas, religiosamente, que nosotros no hemos hecho las cosas que debíamos haber hecho y que en nosotros no hay nada de bueno, pero que Dios nos guarde (palabra de la letanía anglicana) hasta mañana, así pagamos a nuestros tejedores con mercaderías malas”

El *cottage-system* presenta un aspecto mucho más inocente y ha nacido de manera mucho menos culpable, aunque tenía, para los obreros, los mismos efectos de opresión. En el campo, cerca de las fábricas, faltan a menudo casas para obreros; el fabricante está obligado frecuentemente a fabricar tales casas y lo hace de buena gana porque éstas rinden utilidad suficiente por el capital invertido. Si los propietarios de los *cottages* obreros reciben cerca del 6 por ciento anual de su capital, puede calcularse que los *cottages* dan el doble, porque ellos, hasta que su fábrica no está inactiva, tienen siempre locatarios, y, a decir verdad, de esos locatarios que siempre pagan. Los fabricantes, por lo tanto, están exentos de las dos desventajas principales que encuentran los otros propietarios de casas: no tienen nunca los *cottages* vacíos y no corren ningún riesgo.

El alquiler de un *cottage* está calculado de modo que cubra tales desventajas, y aunque el fabricante cobre el mismo alquiler que los otros, hace así, con el 12-14 por ciento, un brillante negocio a expensas de los obreros. Porque es una injusticia manifiesta que el fabricante, si hace negocios con el alquiler de las casas, extraiga una utilidad más grande, utilidad doble que la de sus competidores, y que simultáneamente quite a éstos toda posibilidad de hacerle la competencia. Pero es una doble injusticia que extraiga esta utilidad de los bolsillos de la clase que nada posee, obligada a sostener su casa centavo a centavo; el fabricante está, por otra parte, acostumbrado a ganar toda su riqueza a expensas de sus obreros. Pero la injusticia se convierte en infamia cuando el fabricante, como sucede bastante frecuentemente, obliga a los obreros, que *deben* habitar su casa bajo pena de despido, a pagar un alquiler más alto que el común, o, peor aún, los obliga a pagar el alquiler de una casa que ellos no habitan en realidad. El *Halifax Guardian*, citado en el liberal *Sun*, afirma que centenares de obreros en Ashton-under-Lyne, Oldham y Rochdale, etc, son obligados por sus patrones a pagar el alquiler por casas, las habiten o no⁸⁸.

El *cottage-system* se encuentra, generalmente, en los distritos industriales del campo; ha hecho surgir aldeas enteras y, por lo demás, el fabricante, tiene poca o ninguna competencia en el alquiler de sus casas de modo que no le es necesario regularlo según los precios de los demás, sino que puede fijarlo como quiera. ¡Y qué fuerza da el *cottage-system* al fabricante en los conflictos con los obreros! Si éstos dejan el trabajo, él sólo tiene que reclamar el alquiler, y el término del despido es sólo de una semana; después de ésta, los obreros no sólo quedan sin pan sino sin techo, se convierten en vagabundos, caen bajo la ley, que, sin misericordia, los envía por un mes a galeras.

Tal es el sistema de fábrica, descrito minuciosamente en lo que me permite el espacio de que dispongo, y sin preconceptos de partido, por cuanto se deduce de las

⁸⁸ *Sun* (diario de Londres), hoja liberal.

acciones heroicas de la burguesía contra los obreros indefensos, acciones ante las cuales es imposible permanecer indiferente, porque la indiferencia sería un delito.

Confrontemos un poco la condición del inglés libre de 1845 con la del siervo sajón, bajo el azote del barón normando de 1145. El siervo era *glebae adscriptus*, encadenado a la gleba; el obrero libre lo es también, mediante el *cottage-system*; el siervo debía al patrón el *jus primae noctis*, el derecho de la primera noche. El siervo no podía adquirir ninguna riqueza, todo lo que adquiría podía serle quitado por el patrón; el obrero libre no tiene por cierto ninguna propiedad; nada puede adquirir bajo la presión de la competencia, y el fabricante hace lo que ni el mismo normando hacía: pretende diariamente, con el *truck-system*, la administración de cuanto tiene el obrero para su inmediato mantenimiento. La situación del siervo frente al patrón era regulada tanto por leyes, que eran obedecidas porque correspondían a costumbres, como por las costumbres mismas; la situación del obrero libre, frente a su patrón, es también regulada por leyes, que no se obedecen, porque no corresponden ni a costumbres ni al interés del patrón. El señor no podía quitar al siervo de la gleba, ni podía desembarazarse de él sin hacer otro tanto con aquélla, y puesto que casi todo era mayorazgo y no capital, no podía venderla; la moderna burguesía obliga al obrero a venderse a sí mismo. El siervo era esclavo del pedazo de terreno sobre el que había nacido; el obrero es esclavo de las necesidades más apremiantes de la vida y del dinero con que debe satisfacerlas. Ambos son esclavos en realidad [de la *cosa*]. El siervo tiene una garantía para su existencia en la constitución de la sociedad feudal, en la que cada cual ocupa su puesto: el obrero libre no tiene ninguna garantía, porque sólo ocupa un puesto en la sociedad si la burguesía lo necesita; en otra forma, queda ignorado como si ni siquiera existiese. El siervo se sacrifica a su señor en guerra; el obrero industrial, en la paz. El patrón del siervo era un bárbaro, lo trataba como a una bestia; el patrón del obrero es civilizado y lo trata como a una máquina. En resumen, ambos se asemejan en casi todo, y si hay de un lado desventajas, es del lado del obrero libre. Ambos son esclavos, con la sola diferencia que la servidumbre de uno es sincera, abierta, leal, mientras la del otro es hipócrita, astuta, disimulada ante sí mismo y ante los demás; es una servidumbre teológica, más mala que la antigua. Los humanitarios torios tenían razón cuando daban a los obreros de las fábricas el nombre de *white slaves* (esclavos blancos). Pero la servidumbre hipócrita que se oculta, reconoce, al menos, el derecho a la libertad, a la plena luz; se inclina ante la opinión pública liberal y en esto consiste el progreso histórico frente a la antigua esclavitud, porque al menos el principio de la libertad es declarado. Y los opresores ya temen que este principio se haga efectivo.

Para cerrar, he aquí un par de estrofas de una poesía que corresponde al sentimiento de los obreros mismos sobre el sistema de fábricas. Es de Edward P. Mead, de Birmingham, y constituye la expresión exacta del sentimiento dominante entre los obreros:

Hoy vive un rey, un príncipe iracundo
como el poeta nunca lo soñó,
conocido tirano al blanco esclavo:
este salvaje rey es el vapor.

Un solo brazo tiene y es de hierro;
y aunque este brazo tiene, nada más,
trabaja con tan mágico poder
que mil y mil vencidos por él son.

Como Moloch, su fiero abuelo, antaño

habitante en el valle de Himnon,
en las vísceras sólo fuego tiene,
y para él, los niños pasto son.

Sus sacerdotes, ávida cohorte
soberbia, sin humanidad,
guían su mano gigantesca, y oro
sacrílego, de sangre hacen brotar.

De los humanos el derecho ultrajan
por el oro, Dios que ellos sólo saben adorar;
se alegran de los llantos de mujeres
y escarnecen del hombre el sollozar.

A sus oídos, gratos son los gritos
del infeliz que combatiendo muere:
esqueletos de vírgenes y niños
en el infierno están del rey vapor.

¡Infiernos en la tierra! Ellos la muerte
acrecentaron, por el imperio de este rey,
que los humanos cuerpos y las almas
rápidamente suele destrozar.

¡Que muera ya el vapor, Moloch salvaje!
Trabajadores todos, acudid.
Parad su mano, o en oscura noche
la tierra se hundirá.

Y también a sus siervos, torpes amos
tintos en sangre y rebosantes de oro,
¡destrúyalos la cólera del pueblo
como al horror, su Dios!⁸⁹

⁸⁹ No tengo más espacio ni tiempo, para detenerme, ampliamente, sobre las respuestas de los fabricantes a las acusaciones que, desde hace doce años, vienen haciéndose contra ellos. Esta gente no se deja ni siquiera dar informaciones, deslumbrados como están por su pretendido interés. Puesto que muchas de sus protestas han sido ya contestadas, en su oportunidad, por otros. me queda a mí solamente decir lo que sigue. Id a Manchester si queréis conocer las condiciones inglesas. Buscad las buenas condiciones, para “gente respetable”, naturalmente. Dejad caer algunas ideas sobre la condición de los obreros. Trabad conocimiento con un par de los principales fabricantes liberales, tal vez con Robert Hyde Greg, Edmund-Ashworth. Thomas Ashton y otros. Diréis al fabricante algo sobre vuestros puntos de vista. Él os comprende, sabe qué es lo que tiene que hacer. Os acompaña a su fábrica de campo, el Sr. Greg a Quarsy Bank en el Cheshire; el Sr. Ashworth a Turton, cerca de Bolton; el Sr. Ashton a Hyde. Os conduce a un edificio espléndido, bien arreglado, provisto hasta de ventiladores, os hace observar los locales altos y bien aireados, las máquinas, aquí y allá, obreros de sana apariencia. Os ofrece un buen refrigerio, y os propone visitar las viviendas de los obreros; os conduce a los *cottages* de aspecto nuevo, pulido y gracioso y entra con vosotros en este y en aquél. Naturalmente, os conduce a los de los inspectores, mecánicos, etc., por lo que veis “familias que viven completamente de la fábrica”. En las otras, podríais encontrar que solamente trabajan la mujer y los hijos y que el marido remienda las medias. La presencia del fabricante os exime de dirigir preguntas indiscretas; encontráis la gente bien pagada, bien puesta, relativamente sana por el aire de campo, comenzáis a cambiar vuestras ideas exageradas de miseria y de hambre. Pero que el *cottage system* haga esclavos a los obreros, que en las inmediaciones haya una tienda donde se vendan los artículos por cuenta del patrón, esto no os lo dicen; que la gente odia al fabricante esto no se os demuestra porque éste está

Las otras ramas del trabajo

Si nos hemos detenido largamente en la descripción del sistema de las fábricas, por ser una creación del todo nueva, de la época industrial, podremos ahora, brevemente, tratar de los obreros que nos restan, ya que encontraremos que cuanto se ha dicho, en general, acerca del proletariado industrial, y en particular acerca del sistema de fábricas, se aplica parcial o totalmente a los casos que falta examinar.

Analizaremos, solamente, en qué medida el sistema de fábricas ha podido introducirse en las diferentes ramas del trabajo y qué es lo que se encuentra en ellas de característico.

Las cuatro ramas de trabajo, sobre las que se extiende la ley sobre fábricas, son las de la fabricación de telas para vestidos. Procederemos ordenadamente, siguiendo con los obreros que reciben de estas fábricas su material, y en primer lugar los fabricantes de medias de Nottingham, Derby y Leicester. De estos obreros, el *Child Empl. Rept.* refiere que la larga jornada de trabajo (que es retribuida con un salario bajo) junto con la vida sedentaria y el esfuerzo de los ojos, requeridos por la naturaleza del trabajo, comúnmente debilitan los cuerpos, en general enfermos, y especialmente los ojos. Por la noche, no es posible trabajar sin una fuerte luz, y por esto, los tejedores usan a menudo anteojos para concentrar la luz, lo que debilita mucho los ojos. A los catorce años, casi todos necesitan anteojos. Los jóvenes que atienden los husos y están ocupados en coser (repulgar), sufren comúnmente notables daños en su salud y constitución. Trabajan desde los seis, siete y ocho años, de diez a doce horas, en habitaciones pequeñas y lóbregas. Muchos, en este trabajo, se vuelven impotentes; demasiado débiles para el más común trabajo casero y tan miopes, que ya desde muchachos deben usar lentes. En muchos encontraron los comisarios todos los síntomas de la constitución escrofulosa y los fabricantes se niegan, por lo general, en razón de la debilidad de estos jóvenes, a ocuparlos en la fábrica. La condición de estos muchachos es calificada como “una ignominia para un país cristiano” y se expresa el deseo de que sea legalmente protegida (Grainger, *Rept. App.*, Pt. 1, p. F. 15, ss. 132-142). El informe sobre las fábricas añade que los obreros de las medias son los peor pagados de Leicester: ganan 6 chelines y cuando hay trabajo urgente, 7 chelines a la semana, por jornadas de 16-18 horas. Antes ganaban 20-21 chelines, pero la introducción de los grandes telares ha perjudicado su oficio; la gran mayoría trabaja aún con viejos y simples telares, y difícilmente puede competir con el progreso de las

cerca. Él ha levantado escuelas, iglesias, salas de lectura, etc.; que el fabricante use la escuela para acostumar a los muchachos a la subordinación, que en la sala de lectura tolere sólo ciertos libros, que defienden el interés de la burguesía, que eche a su gente si lee folletos cartistas o socialistas, todo esto es ocultado. Veis una condición de cosas patriarcal y dulce, conocéis la vida del capataz, veis lo que la burguesía *promete* a los obreros si ellos quieren transformarse, también intelectualmente, en sus esclavos. Esta “fábrica de campo” ha siclo siempre el caballo de batalla de los fabricantes, porque en ella están suprimidas las desventajas del sistema de fábrica, especialmente los sanitarios, en gran parte por el aire libre y porque la esclavitud *patriarcal* de los obreros se ha mantenido más tiempo. El Dr. Ure entona un ditirambo. Pero ¡ay si los obreros empiezan a pensar del mismo modo y a volverse cartistas! Entonces, de una sola vez, desaparecerá la paterna inclinación de los fabricantes. Por lo demás, si queréis ser conducidos a un barrio obrero de Manchester, si queréis ver un perfecto sistema de fábricas en una *ciudad*, podéis cansaros de esperar que estos ricos burgueses os sirvan de guías. Los señores no saben lo que los obreros quieren y cómo viven éstos, ellos no quieren, no deben saberlo, porque deben temer el conocimiento de las cosas que los inquietan o que sean contrarias a sus intereses. Los obreros sabrán alcanzar lo que quieren.

máquinas. ¡Conque también aquí todo progreso es para los obreros un retroceso! No obstante esto, el comisario Power refiere que los obreros de las medias sienten cierto orgullo de ser *libres*, pues *no están supeditados a la campana de la fábrica*, que mide el tiempo para comer, dormir y trabajar.

La condición de esta clase obrera es, en cuanto al salario, no mejor que en el año 1833, cuando la comisión sobre las fábricas hizo los antedichos informes; la competencia de los calceteros sajones, quienes, sin embargo, apenas tienen algo que llevarse a la boca, es la causa. Esta competencia vence, en casi todos los mercados extranjeros y en el inglés, hasta en las calidades de poco valor. ¿No es una alegría, para mis compatriotas los calceteros alemanes, dejar, con su miseria, también privados de pan, a los calceteros ingleses? ¿No continuarán ellos, acaso, teniendo hambre para mayor gloria de la industria alemana, ya que el honor de Alemania exige que su plato esté lleno sólo hasta la mitad? ¡Oh, es una linda cosa esta competencia y emulación entre naciones! En el *Morning Chronicle* (una hoja liberal, la hoja de la burguesía por excelencia) se encuentran, en diciembre de 1843, cartas de un calcetero de Hinckley sobre la condición de sus compañeros de clase. Habla, entre otras, de 50 familias, 321 personas, que viven de 109 telares; cada telar aportaba, término medio, 5 chelines; cada familia ganaba a la semana, término medio, 11 chelines, 4 peniques. De tal suma, se destinaban para el alquiler de la casa, para alquiler del telar para las medias, para el carbón, para la luz, el jabón, las agujas, 5 chelines y 10 peniques; de modo que para el alimento quedaba 1 penique y medio *por cabeza* (15 *pfening* prusianos, o sea, 15 centésimos) y nada para vestirse. “Ningún ojo ha visto [dice el calcetero], ningún oído escuchado, ningún corazón ha podido sentir, la mitad de los dolores que ha sufrido esta pobre gente.” Las camas faltaban del todo o en parte, los chicos andaban andrajosos y descalzos; los hombres decían con lágrimas en los ojos: hace mucho, mucho tiempo que no hemos comido carne; hemos casi olvidado el gusto que tiene. Algunos, además, trabajaban el domingo, si bien la opinión pública excusaba todo, fuera de esto, y aunque el rumor estrepitoso del telar era oído en todo el vecindario. “Pero [decía uno], mirad a mis chicos y dejad la cuestión del reposo. Mi pobreza me obliga a trabajar; no puedo escuchar eternamente los gritos de mis chicos que imploran un trozo de pan, sin tentar este último medio, por el cual puedo procurarme honestamente cómo quitarles el hambre. El lunes pasado yo estaba en pie a las dos y trabajé casi hasta media noche. Los otros días, desde las 6 de la mañana hasta las 11 o 12 de la noche. Sufro demasiado, no quiero prepararme la sepultura. Ahora dejo el trabajo, todas las noches, a las 10 y recupero, el domingo, el tiempo perdido.” El salario, en Leicester, en Derby o Nottingham, no ha subido en 1833, y lo que es peor, en Leicester domina el *truck-system*, como ya se dijo, en una gran extensión. Por lo tanto, no es raro el hecho de que los trabajadores de esta región hayan tomado una parte muy activa en todos los movimientos obreros, y tanto más enérgicamente, cuanto los telares mismos son, por lo general, manejados por *hombres*.

En la misma región en donde viven los calceteros está la sede principal de la fabricación de *encajes*. En los nombrados tres condados existen, en conjunto, 2.700 máquinas para encaje en actividad, mientras en todo el resto de Inglaterra sólo hay 786. La fabricación de los encajes, por una rigurosa división de trabajo, se ha desarrollado mucho y tiene gran número de ramas. En primer lugar, el hilo debe ser devanado, trabajo que realizan los jóvenes de 14 años para arriba (*winders*); después, los roquetes son colocados en las máquinas por muchachos (*threaders*) de ocho años para arriba, y el hilo es pasado a través de pequeños agujeros, de los que cada máquina tiene, término medio, 1.800, y va a su destino. Luego el obrero hace los encajes, que salen de la máquina como una larga tela, y son separados en sus correspondientes pedazos. Extraen los hilos que los

unen niños de muy poca edad; hacer esto se llama *running* o *dranwing lace* y los muchachos que lo hacen *lace-runners*. Después los encajes son preparados para la venta.

Los *winders* como los *threaders* no han fijado sus horas de trabajo, porque son ocupados tan pronto como los roquetes de una máquina se han desocupado, y como los obreros están al telar también de noche, los *winder*. y los *threades* pueden, por tanto,

ser llamados a la fábrica o a la habitación de trabajo del tejedor, en cualquier momento. Esta irregularidad en las ocupaciones, el frecuente trabajo nocturno, el desordenado método de vida que es su consecuencia, producen una cantidad de males físicos y morales, especialmente el comercio sexual prematuro e irregular sobre el que todos los testimonios concuerdan. El trabajo mismo es muy dañoso a los ojos; si bien por lo general *los threaders* no sufren continuamente de la vista, soportan, durante el enhebrado de hilos inflamaciones de los ojos, lagrimeo, oscurecimiento pasajero de la vista, etc. Este trabajo debilita mucho, en cambio, los ojos de los *winders* y produce a menudo inflamaciones en las partes callosas y muchas veces cataratas y amaurosis. El trabajo de los obreros mismos es muy agobiante, porque con el tiempo las máquinas se han ido construyendo cada vez más grandes, de modo que ahora sólo se usan las que no requieren más de tres hombres, cada uno de los cuales, después de cuatro horas, releva al otro, de manera que juntos trabajan las 24 horas y cada uno 8 horas por día. Se comprende por qué los *winders* y *threaders* deben, tan a menudo, trabajar por la noche: las máquinas no están nunca inactivas. El enhebrado de los roquetes, en 1.800 agujeros, ocupa a tres jóvenes durante tres horas. Muchas máquinas funcionan a vapor, y por tanto, el trabajo de los hombres es suplantado; y desde que el Ch. E. *Rept.* habla solamente “de las fábricas de encajes” adonde serían llamados los muchachos, parece resultar que, ahora, o el trabajo de los *winders* ha sido transferido a las grandes salas de la fábrica o la aplicación de la fuerza motriz ha llegado a ser casi general. En ambos casos, esto significa el progreso del sistema de fábricas.

Pero el más insalubre es el trabajo de los *runners*, que por lo general son niños de 7, también de 5 y hasta de 4 años. El comisario Grainger encontró ocupado en este trabajo a un niño de *dos* años. Seguir con los ojos y dirigir un mismo hilo, tirado afuera con la aguja, de un tejido artísticamente trenzado, es dañosísimo a los ojos, especialmente si el trabajo, como sucede con frecuencia, es realizado durante 14 o 16 horas. En el mejor de los casos, la miopía alcanza un alto grado; en el caso peor, que se presenta bastante a menudo, sobreviene, por la gota, la ceguera incurable. Además, los muchachos, por el continuo sentarse encorvados, se debilitan, terminan asmáticos, y por las malas digestiones, escrofulosos; las perturbaciones en las funciones del útero, en las muchachas, son casi generales, así como las lesiones de la espina dorsal, de modo que “se pueden conocer los *runners* por el modo de caminar”. El recamado de los encajes acarrea las mismas consecuencias, tanto para los ojos como para toda la constitución física. Los testimonios médicos están acordes en afirmar que la salud de todos los muchachos ocupados en los encajes sufre notablemente; que estos muchachos pálidos, delicados, débiles, demasiado pequeños para su edad, resisten mucho más difícilmente una enfermedad que otros. Sus habituales achaques son: debilidad general, desvanecimientos frecuentes, dolores de cabeza, de los costados y los muslos, palpitations, vómitos, falta de apetito, lesiones de la espina dorsal, escrófula y consunción. Especialmente, la salud de las mujeres aparece profundamente afectada; se observan, en general, la clorosis, los malos partos y los abortos. (Grainger, *General Report*.)...

Más adelante, el encargado de la *Child. Empl. Comm.* refiere que los chicos están a menudo mal vestidos y andrajosos, que reciben un alimento insuficiente, pasan el mes muchas veces a pan y té y casi nunca prueban carne.

En lo que concierne a las condiciones morales, agrega: “Todos los habitantes de Nottingham (policía, clero, industriales, obreros y los padres de los mismos niños) tienen el unánime convencimiento de que el moderno sistema de trabajo es una fuente de inmoralidad. Los *threaders*, por lo general muchachos, y los *winders*, comúnmente muchachas, son llamados a la fábrica al mismo tiempo, en horas de la noche, y sus padres no pueden saber por cuánto tiempo están ocupados, de modo que tienen la mejor ocasión para trabar vínculos inconvenientes y dedicarse luego juntos al trabajo. Esto ha contribuido, en no pequeño grado, a la inmoralidad que, según la opinión pública, está terriblemente difundida en Nottingham. Sin otro motivo, la tranquilidad doméstica y la comodidad de las familias, a las que los muchachos y las jóvenes pertenecen, están sacrificados por completo a un estado de cosas anormal en el más alto grado.

Otro ramo de la fabricación de los encajes, el de los encajes hechos con husos, se desarrolla en condados agrícolas de Northampton, Oxford, Bedford y Buckingham, donde se ocupan generalmente muchachos y jóvenes que suelen quejarse de la mala alimentación y de que rara vez comen carne. El trabajo mismo es en alto grado insalubre. Los jóvenes trabajan en piezas chicas, mal ventiladas y lóbregas, siempre sentados y encorvados sobre las ruedas. Para sostener el cuerpo en esta posición forzada, las muchachas llevan un corpiño con una estaquilla de madera, que, a causa de la tierna edad de la mayor parte, cuyos huesos son todavía demasiado débiles, y también de la posición curva que adoptan, desvía el hueso del pecho y las costillas y provoca el asma. Por esto, muchas mueren de consunción, después de haber sufrido durante un tiempo, a consecuencia de trabajar sentadas y de la mala atmósfera, los más graves efectos de la mala digestión. No poseen una educación más o menos moral, gustan de los adornos y, a consecuencia de esto, su estado moral es deplorable y la prostitución, entre ellas, es casi epidémica. (*Ch. Empl. Comrn. Burns, Report.*)

Este es el precio por el que la sociedad proporciona, a las bellas damas de la burguesía, el placer de llevar encajes. ¿No es éste, acaso, un precio módico? Solamente 2.000 obreros ciegos, solamente algunas hijas del proletariado consumidas, solamente una generación enfermiza de la masa vulgar, que transmite su enfermedad a sus hijos igualmente vulgares y a los hijos de los hijos, ¿qué importa todo esto? Nada, absolutamente nada; nuestra burguesía inglesa dejará de lado, indiferente, el informe de la comisión oficial, y sus mujeres y sus hijas seguirán, como antes, embelleciéndose con los encajes. Y también esto es una linda cosa para la tranquilidad de ánimo de la burguesía inglesa.

Gran número de obreros están ocupados (en el Lancashire, en el Derbyshire y en el oeste de Escocia) en el estampado de telas. En ninguna rama de la industria inglesa, la mecánica ha producido tan espléndidos resultados, pero tampoco en ninguna, como en ésta, ha oprimido tanto a los obreros. El uso de cilindros, movidos con la fuerza a vapor, y la invención de imprimir, con tales cilindros, desde cuatro hasta seis colores al mismo tiempo, han suplantado el trabajo a mano; como las máquinas en el hilado y el tejido del algodón, estos nuevos métodos de imprimir han suplantado, en las secciones de estampado, muchos más obreros que en la misma confección de las telas.

Un hombre, ayudado por un muchacho, hace con la máquina un trabajo que antes, hecho a mano, requería 200 operarios; cada máquina produce, por minuto, 20 yardas (80 pies) de paño estampado. A consecuencia de esto, los estampadores de tejidos están en muy mala condición; los condados de Lancaster, Derby y Chester produjeron, en el año 1842 (según el escrito de los estampadores presentado a la Cámara Baja) once millones de piezas de tela estampada. De éstas, sólo cien mil habían sido estampadas a mano; novecientos mil, en parte a máquina y en parte con ayuda del estampado a mano, y diez millones, con las máquinas de uno a seis colores. Como las máquinas, por lo general, son

de último modelo, y además reciben continuas mejoras, el número de los estampadores a mano es demasiado grande para la cantidad de trabajo disponible, y, naturalmente, muchos (en la petición citada se establece un cuarto del número total) quedan sin pan, mientras los otros, comúnmente, están ocupados durante uno, dos, a lo sumo tres días por semana, y se los retribuye mal. Leach afirma que en una instalación para estampados (Deepley Dale, cerca de Burg, en el Lancashire), los estampadores a mano no ganaban más de 5 chelines, término medio (Stubb, *Facts*. p. 107), mientras dice saber que los que trabajan en las máquinas están bastante bien pagados. Las instalaciones para el estampado se hallan, por lo tanto, completamente vinculadas al sistema de fábricas, pero sin someterse a las restricciones legales impuestas a éste. Fabrican un artículo de la moda y no tienen, por lo tanto, una duración fija de trabajo.

Cuando los encargos son pocos, trabajan medio día; lanzan un modelo, un suceso de la moda, y entonces los negocios marchan bien, de manera que se trabaja hasta diez y doce horas y también durante la noche. En las proximidades de mi casa, en Manchester, había una instalación para estampados, que algunas veces, hasta muy entrada la noche, cuando yo volvía a casa, estaba todavía iluminada, y muchas veces he oído que allá los muchachos, a menudo, tenían que trabajar por tan largo tiempo, que buscaban de dormir, aunque fuese un par de minutos, sobre las escaleras de piedra o en los rincones del salón. No sé si esto es *exacto*, de lo contrario nombraría la cita. El informe de la *Ch. E. Comm.* es breve sobre esto; refiere solamente que, en Inglaterra por lo menos, los jóvenes están bastante bien vestidos y nutridos (esto es relativo; depende de que ganen mucho sus padres o no), que no tienen casi ninguna educación y que, moralmente, son poco correctos. Nosotros, simplemente, debemos pensar que estos jóvenes están bajo el sistema de fábrica y que, por lo tanto, van llevando adelante sus vidas en la forma que ya hemos visto.

De los otros obreros, ocupados en la fabricación de los géneros para vestidos, poco nos queda por decir; los *lavaderos* tienen un trabajo muy insalubre, en el que deben aspirar continuamente el cloro, una de las sustancias más dañosas para los pulmones; el trabajo de los *tintoreros* es sano, en muchos casos muy sano, puesto que requiere el esfuerzo de todo el cuerpo; cómo están pagadas estas clases, no se sabe bien; esto equivale a decir que su salario [no] está por debajo del salario medio, porque de otro modo se lamentarían. Los *esquiladores de terciopelo*, que por la gran demanda de terciopelo de algodón son bastante numerosos (hasta tres y cuatro mil), han sufrido mucho, en forma indirecta, por la influencia del sistema de fábrica. La mercadería, que antes se confeccionaba en telares a mano, no resultaba tejida en forma pareja y requería una mano ejercitada en cortar las diferentes series de hilos; en cambio, hechas en telares mecánicos, las series corren iguales, cada hilo de la trama es paralelo al precedente y el cortar no es ya una gran habilidad. Los obreros que han quedado sin pan a causa de las máquinas, se dedican a recortar el terciopelo, y con su competencia hacen bajar el salario; los fabricantes descubrieron que las mujeres y los niños podían utilizarse en esta operación de esquilado del terciopelo, y entonces el salario pasó a las mujeres y a los niños, mientras centenares de hombres quedaban sin trabajo; los fabricantes descubrieron que podían hacer realizar el trabajo, en sus fábricas, más barato que en la tienda del obrero: cuyo alquiler, indirectamente, venían a pagar ellos; desde entonces se vieron amuebladas las habitaciones destinadas a este trabajo, las plantas bajas de muchos *cottages* fueron desocupadas y alquiladas como habitaciones, y con todo esto el esquilador de terciopelo ha perdido la libertad de elegirse las horas de trabajo y está ahora bajo el dominio de la campana de la fábrica. Uno de estos cortadores, que tendría unos 45 años, me decía que se acordaba del tiempo en que, por el mismo trabajo que ahora tenía que hacer por un

penique la yarda, ganaba 8 d.⁹⁰; ciertamente, podría ahora cortar el mismo tejido que antes, pero no podría en una hora hacer el doble de lo que antes hacía, de modo que su salario semanal ha descendido, al menos, un cuarto con respecto al pasado.

Leach (Stubbs, F., p. 35) da una lista de salarios que, en 1827 y 1843, respectivamente, eran pagados por los diferentes géneros, de donde resulta que los artículos que en 1827 eran pagados con 4 d., 2 ¼ d., 2 ¾ d., 1 d., por yarda, en el año 1843 eran pagados con 1 ½ d., ¾ d., 1 d. y 3/s d. La relación de la ganancia media semanal es, según Leach, la siguiente: 1827, esterlinas 1 = 6 = 6 d., esterlinas 1 = 2 = 2 d., esterlinas 1 = - = -, esterlinas 1 = 6 = 6 d., y para los mismos artículos en 1843: esterlinas - = 10 = 6 d. esterlinas - = 8 d., esterlinas - = 10 = - y hay centenares de obreros que ni una sola vez pueden alcanzar estos últimos salarios.

Hemos hablado ya de los *tejedores a mano* de la industria algodonera; los otros tejidos son, casi exclusivamente, preparados por tejedores a mano, quienes han sufrido, en general, del mismo modo que los esquiladores de terciopelo, por la invasión de los obreros suplantados por las máquinas que compiten con ellos y, además, como los obreros de las fábricas, están sujetos a una ley que castiga el trabajo mal realizado. El fabricante de seda Brocklehurst, uno de los más poderosos de toda Inglaterra, ha presentado a una comisión del parlamento notas sacadas de sus libros, de las que resulta que, por el mismo artículo por el que en 1821 pagaba 30 chelines, 14 chelines, 3 ½ chelines, ¾ chelines, 1 ½ chelines, 10 chelines, en 1831 pagaba solamente 9 chelines, 7 ½ chelines, 2 ¼ chelines, 1/2 chelín, ½ chelín, 6 ¼ de chelín, si bien en este caso no había ningún mejoramiento en las máquinas. Lo que hace el señor Brocklehurst puede ser tomado como norma para toda Inglaterra. De las mismas listas resulta que la ganancia media de sus tejedores, según todas las deducciones, era en 1821 de 16 ½ chelines por semana y en 1831 solamente de 6 chelines. Luego el salario cayó todavía más (los tejidos que en 1831 importaban 1/2 chelín o 4 peniques de salario por yarda, en 1843 se pagan con 2 ½ peniques, son los *single sarsnets*) y un gran número de tejedores pueden procurarse trabajo solamente en el campo, si aceptan confeccionar estos tejidos por 1 ½ - 2 peniques. Fuera de esto, existe la más arbitraria disminución de salarios. Cada tejedor que toma la trama, recibe en cambio un reglamento en el que a menudo se establece que el trabajo se presentará a tal o cual hora del día; que un tejedor que no puede trabajar, porque está algo enfermo, debe presentarse dentro de los tres días, de otro modo no le valdrá como excusa su enfermedad; que no se atiende como excusa suficiente que el tejedor diga haber tenido que atender el hilo para tramar: que por ciertas negligencias del trabajo (si por ejemplo, sobre un determinado largo de tela hay más hilos de trama que los prescritos) será descontado *no menos* de la mitad del salario, y que si la tela no está pronta en determinado tiempo, se descontará un penique por cada yarda de la pieza remitida. Las disminuciones de salario, a consecuencia de este reglamento, son tan notables, que, por ejemplo, un hombre que va dos veces por semana a Leigh, en el Lancashire, a fin de recibir los tejidos, lleva a su fabricante, por lo menos, cada vez, 15 esterlinas de indemnización. Esto dice el fabricante mismo, y pasa por ser uno de los más tolerantes. Antes, estas cosas se decidían por árbitro, pero como si los obreros insistían eran generalmente licenciados, este sistema cayó en desuso; el fabricante procede con toda arbitrariedad, y es acusador, testimonio, juez, legislador, ejecutor, todo en una persona. Y si el obrero acude al juez de paz, éste le dice: “Ya que habéis aceptado el reglamento, habéis aceptado un contrato que ahora debéis cumplir.” Exactamente como a los obreros de la fábrica. Además, el fabricante hace firmar al obrero, cada vez, un documento donde éste declara: “Consiento en cumplir los pactos establecidos”. Si se defiende, en seguida todos los fabricantes de la ciudad saben

⁹⁰ D., abreviatura de penique.

que es un hombre (como dice Leach) que “resiste el orden y la legalidad sancionados en el reglamento, y tiene la imprudencia de dudar de la sabiduría de aquellos que son, como él debe saber, sus superiores en la sociedad”. (Stubb, *Facts*. p. 37-40.) Naturalmente, los tejedores son por completo libres; el fabricante no los obliga a tomar tramas ni reglamentos, pero él les dice, como Leach traduce en buen inglés: “Si no queréis ser asados en mis parrillas, podéis ir a pasearos por el fuego” (*if you don't like to be frizzled in my frying-pan, you can take a walk into the fire*).

Los tejedores de seda de Londres, y en especial los de Spitafields, han vivido periódicamente y durante largo tiempo en una gran miseria. Que ni siquiera ahora han de estar muy contentos de su condición, se comprende por el hecho de que toman participación muy activa en todos los movimientos obreros ingleses, especialmente el movimiento obrero de Londres. La miseria dominante entre ellos fue causa de la fiebre que apareció en la parte más frecuentada de esa ciudad, e indujo a la comisión a estudiar las condiciones sanitarias de la clase obrera. Pero vemos, por el último informe del hospital para la fiebre, de Londres, que ésta continúa siempre intensamente.

Después de las telas para vestidos, los *objetos de metal* forman la clase más importante de los artículos producidos por la industria inglesa. Esta fabricación tiene su sede principal en Birmingham, donde se hacen los objetos de metal finos de todas clases; en Sheffield, cuchillos de todas clases; en Staffordshire, especialmente en Wolverhampton, donde se fabrican artículos más ordinarios: clavos, agujas, etc. Empecemos por Birmingham, describiendo la condición de los obreros ocupados en estas ramas de industria. La organización del trabajo, en Birmingham, como en general en la mayor parte de los lugares donde se trabaja el metal, ha conservado algo del antiguo carácter de artesanía; los pequeños maestros todavía subsisten y trabajaban con sus aprendices en la tienda, en casa o, cuando es necesaria la fuerza a vapor, en grandes edificios, que se dividen en pequeñas tiendas alquiladas a los patrones, y todos los locales están provistos de un árbol de transmisión (movido por la máquina a vapor) que pone en movimiento las otras máquinas. Leon Faucher (autor de una serie de artículos en la *Revue des Deux Mondes* sobre las condiciones de los obreros ingleses, que por lo menos hacen pensar y que, ciertamente, son mejores que cuanto se ha escrito sobre este tema, tanto en inglés como en alemán) designa a esta condición, en contraste con la gran industria del Lancashire y del Yorkshire, con el nombre de *Democratie industrielle* y anota que ésta no tiene resultados más favorables ni para la condición de los maestros ni para la de los aprendices. Esta observación es justísima, puesto que los muchos pequeños maestros (entre quienes se distribuye la ganancia, regida por la competencia, y de otro modo absorbida por un solo fabricante grande) no pueden perdurar. La tendencia centralizadora del capital los oprime: por uno que se enriquece, diez van a la ruina, y cien, debido a la opresión de un rico que puede vender más barato que ellos, están peor que antes. Y en los casos en que consiguen hacer competencia al gran capital, se comprende que sólo fatigosamente puedan abrirse camino.

Los aprendices están, como veremos, cerca de los pequeños maestros, casi tan mal como cerca de los fabricantes, con la única diferencia que, más tarde, ellos mismos llegan a ser maestros, conquistando así cierta independencia; esto es, son explotados por la burguesía menos directamente que en las fábricas. De tal manera, estos pequeños maestros no son ni verdaderos proletarios (porque viven en parte del trabajo de los aprendices y no venden trabajo, sino el producto confeccionado) ni verdaderos burgueses, puesto que viven principalmente de su propio trabajo. Esta característica y condición intermedia de los obreros de Birmingham es dañosa, puesto que éstos rara vez se han unido, del todo y francamente, al movimiento obrero inglés. Birmingham es una ciudad políticamente radical, pero no decididamente cartista. Por lo tanto, subsisten gran número

de fábricas por cuenta de los capitalistas, en las que domina incontestado el sistema de fábrica; se ha introducido la división del trabajo, hasta en las cosas más especializadas (por ejemplo, en la fabricación de las agujas), y la fuerza a vapor permite la ocupación de una gran masa de mujeres y niños. Encontramos (en *Ch. E. Rept.*) los mismos tratos que nos describe el informe de las fábricas: trabajo de las mujeres hasta la hora de la comida, incapacidad de vigilar el orden de la casa, descuido de los trabajos domésticos y de los niños, indiferencia, aversión a la familia y desmoralización, sustitución de los hombres en su trabajo, mejoramiento continuo de las máquinas, prematura emancipación de los muchachos, hombres que son mantenidos por la mujer, por los hijos, etc. Los chicos aparecen medio hambrientos y cubiertos de harapos; la mitad de ellos *no sabe qué quiere decir estar satisfecho*; muchos viven todo el día con tanto pan como el que se puede comprar con un penique (diez centésimos) y no reciben, antes de la hora de comer, ningún otro alimento; se presentan muchos casos de muchachos que no reciben nada de comer desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche. La vestimenta, comúnmente, apenas alcanza a cubrir su desnudez; muchos andan descalzos, aún en invierno. Por esto, todos son pequeños y débiles para su edad, y rara vez crecen vigorosos; y si se piensa que, a estos pocos medios para el desarrollo de las fuerzas físicas, se agrega todavía el trabajo duro y continuó en locales cerrados, no hay que asombrarse de encontrar en Birmingham poca gente adulta apta para el servicio militar. “Los obreros (dice un médico del reclutamiento) son pequeños, débiles y tienen poquísima fuerza física; muchos, además, son agobiados de pecho o de espalda.” Según dice un suboficial de reclutamiento, la gente, en Birmingham, es más pequeña que en cualquier otro lugar, a lo más, de 5 pies y 4-5 pulgadas de grueso, y de 613 reclutas enrolados solamente 238 fueron juzgados aptos. En cuanto concierne a la educación, se dieron a conocer una serie de opiniones y de ejemplos sobre los distritos metalúrgicos, a los que me remito; por lo demás, resulta de *Ch. E. Rept.* que en Birmingham la mitad de los muchachos de los cinco a los quince años no frecuenta ninguna clase de escuela; que los muchachos que frecuentan la escuela a menudo deben cambiar, de modo que no puede proporcionárseles una educación durable, y demasiado pronto se los saca de la escuela para ponerlos a trabajar. Resulta de este informe, también, la clase de maestros que se proporciona a los jóvenes obreros; una maestra respondió a la pregunta de si daba también enseñanza moral: “No; por tres peniques semanales de retribución, esto no se exige”. Muchos otros ni siquiera entendían la pregunta, y algunos no lo consideraban como parte de su deber. Una maestra dijo que no enseñaba la moral, pero que la ponía en práctica al inculcar los buenos principios a los muchachos, y al mismo tiempo cometía un grueso error de lenguaje. En las escuelas mismas, el comisario encontró desorden y continuo ruido. Es, deplorable, al más alto grado, el estado moral de los muchachos; la mitad de todos los delincuentes tienen menos de 15 años; fueron condenados, en un año, 90 muchachos de diez años, de los cuales 44 a causa de hechos criminales. El irregular comercio sexual aparece, según cuanto dice el comisario, muy generalizado y se presenta ya en la edad juvenil. (*Grainger, Rept. et evid.*)

En el distrito del hierro de Staffordshire sucede todavía algo peor; para las mercaderías de hierro ordinarias que allí se construyen, se aplica, o la división del trabajo (con ciertas excepciones), o la fuerza a vapor y las máquinas. Allí (en Wolverhampton, Willenhall, Bilston, Sedgley, Wednesfield, Darlston, Dudley, Walfall, Wednesbury, etc.) hay pocas fábricas, pero muchas pequeñas oficinas, en las que los maestros trabajan solos o con uno o más aprendices, que hasta los 21 años prestan sus servicios. Los pequeños maestros están más o menos en la misma condición de los de Birmingham, pero los aprendices están mucho peor. Reciben, como comida, casi solamente carne de animales enfermos, o carne y pescado podridos, o cordero nacido antes de tiempo y cerdo muerto en las vías del tren. Así se comportan, no solamente los pequeños maestros, sino también

los grandes fabricantes que tienen de 30 a 40 aprendices. Esto es general en Wolverhampton. Consecuencia natural son las frecuentes enfermedades al bajo vientre y otras. Además, los muchachos no reciben, por lo general, comida suficiente y rara vez tienen otra ropa que la de trabajo; por esta razón, no concurren a la escuela del domingo. Las habitaciones son malas y tan sucias que provocan enfermedades, y no obstante ser el trabajo, en general, sano, los muchachos son, por las causas citadas, pequeños, mal desarrollados, débiles y, en muchos casos, lisiados.

En Willenhall, por ejemplo, innumerables son los que por el continuo limar en la piedra tienen una joroba y huesos torcidos (*hingleg*, como ellos dicen), de modo tal, que los huesos toman la forma de una K; por esto, una tercera parte de estos obreros, por lo menos, tienen alguna fractura. Aquí, como en Wolverhampton, se encuentran innumerables ejemplos de pubertad detenida, tanto entre las muchachas (éstas también trabajan en las fraguas) como entre los muchachos, aun hasta los 19 años.

En Sedgley y alrededores, donde se trabajan casi solamente clavos, los obreros habitan y trabajan en miserables cabañas, verdaderos establos, sucios al extremo. Las muchachas y los muchachos de 10 a 12 años manejan el martillo, y son considerados obreros completamente formados cuando producen millares de clavos cada día. El salario, por mil doscientos clavos, es de 5 $\frac{3}{4}$ peniques. Cada clavo recibe 12 golpes, y como el martillo pesa una libra y cuarto, el obrero debe levantar 18.000 libras para poder ganar este miserable salario. Con tan pesado trabajo y la insuficiente nutrición, los muchachos han de tener cuerpos mal formados, pequeños, débiles, como se comprueba por los datos de los comisarios. En cuanto al estado de cultura de este distrito, valen los datos ya expuestos. La educación está en un grado increíblemente bajo; la mitad de los muchachos no concurre una sola vez a la escuela dominical y la otra mitad concurre con bastante irregularidad; poquísimos, en comparación con los otros distritos, saben leer y todavía muchos menos escribir. Se explica, pues los muchachos comienzan a trabajar entre los 7 y los 10 años, *justamente* cuando podrían frecuentar con utilidad una escuela, y los maestros de las escuelas dominicales (herrereros o mineros) a menudo saben apenas leer y ni siquiera escribir su nombre. El estado moral corresponde a estos medios de educación. En Willenhall, afirma el comisario Horne (y acompaña numerosos documentos) no existe ningún sentimiento moral entre los obreros. Encontró, sobre todo, que los muchachos no conocían los deberes para con sus padres, ni sentían por ellos ningún afecto. Eran poco capaces de reflexionar sobre lo que hablaban, tan obtusos, tan bestialmente estúpidos, que a menudo decían que estaban bien tratados, que para ellos esto era algo óptimo, pese a que debían trabajar 12 y 14 horas, andar andrajosos, no tener para comer suficientemente, y eran castigados en tal forma, que a veces quedaban maltrechos por algunos días. No conocían otros métodos de vida que el tormento de la mañana a la noche, hasta cuando se les permitía parar, y no entendían para nada la pregunta, para ellos inaudita, de si estaban cansados. (Horne, *Rept. and evid.*)

En Sheffield, el salario es mejor y, por lo tanto, con él la condición de los obreros. Por otro lado, encontramos algunas ramas de trabajo que, a causa de su carácter, son extraordinariamente dañosas para la salud. Ciertas operaciones implican la continua presión de utensilios contra el pecho y producen frecuentemente la tisis; otras, como por ejemplo el limar, impiden el general desarrollo del cuerpo y producen incomodidades en el bajo vientre; el tallado de huesos (para mangos de cuchillo produce dolores a la cabeza y enfermedades al hígado, y en las muchachas, muchas de las cuales están ocupadas en este trabajo, la clorosis. Pero el trabajo más insalubre es la limpieza de aldabas y tenedores, que, especialmente cuando se hace sobre piedras secas, predispone fatalmente a la muerte prematura. La insalubridad de este trabajo se debe a la posición encorvada, por la que son oprimidos el pecho y el estómago, pero, especialmente, a gran cantidad de

polvo metálico y penetrante que se desprende en la acción de pulir, llena la atmósfera, y es necesariamente aspirado.

Los que pulen a seco, llegan apenas a los 35 años; los que pulen con líquido, rara vez a 45. El doctor Knight, de Sheffield dice: “Puedo hacer patente, en cierto modo, la infamia de este oficio, declarando que los más fuertes bebedores son, entre los obreros del pulido, los que viven más tiempo, porque faltan al trabajo. En total, hay en Sheffield 2.500 obreros del pulido. Cerca de 150 (80 hombres y 70 muchachos) son los que pulen tenedores, éstos mueren entre los 28 y los 32 años; los que pulen navajas usando tanto el sistema seco como el húmedo, mueren entre los 40 y los 45 años, y los que pulen cuchillos a húmedo, mueren entre los 40 y los 50 años”.

El mismo médico nos da la siguiente descripción del curso de la enfermedad, la llamada asma de los obreros del pulido:

“Comienzan a trabajar, por lo general, a los 14 años, y tienen una buena constitución, rara vez sienten incomodidad antes de los 20 años. Luego empiezan a mostrarse los síntomas de su enfermedad característica; la respiración se hace debilísima al subir escaleras o alturas, alzan los hombros para facilitar continua y creciente necesidad de respirar, se inclinan hacia adelante y demuestran sentirse bien en la posición oprimida en que trabajan; el color de sus caras es amarillo sucio y los rasgos de sus fisonomías expresan angustia reprimida; se quejan de opresión al pecho; su voz es ronca y cambiante; tosen fuerte, como si echaran el aire a través de un tubo de madera. De cuando en cuando, escupen cantidades de polvo, mezclado con mucosidad, con trozos de forma esférica o cilíndrica, cubiertos con una especie de capa de mucosa. Vómitos de sangre, insomnio, transpiración, diarreas, pérdida de peso repentina, con todos los síntomas comunes a la tisis pulmonar, los llevan a la muerte después de haber languidecido meses y años, incapaces de alimentarse y alimentar a sus familias. Agregaré que todas las tentativas hechas, hasta ahora, para evitar o curar el asma de estos obreros, han fracasado. Esto escribió Knight hace diez años; desde entonces, ha aumentado el número de los obreros del pulido y el furor de la enfermedad, pero se han hecho también tentativas de prevenir la enfermedad, usando piedras para pulir cubiertas y produciendo la desviación del polvo. Estos sistemas de protección han dado resultado, en parte, pero los mismos obreros del pulido no han querido saber nada con ellos, y los han destruido en la creencia de que con ellos vendría un mayor número de obreros para este trabajo, trayendo como consecuencia la rebaja de salarios; ellos quieren “una vida breve pero alegre”. Muchas veces, el Dr. Knight ha dicho a los que iban a verlo a los primeros síntomas del asma: “Ustedes se buscan la muerte, si vuelven a ese trabajo”. Pero no lo han escuchado; el que una vez estuvo en ese trabajo, ha sido maldito, como si se hubiera vendido al diablo.

La instrucción está, en Sheffield, en un grado muy bajo; un clérigo, que se había ocupado mucho de estadísticas de la instrucción, opinaba que sobre los 165.000 chicos de la clase obrera que frecuentaban la escuela, apenas 6.500 sabían leer; esto resulta de sacar a los chicos de la escuela a los siete años, lo más tarde a los doce, y de que los maestros de escuela no valen nada (¡uno de ellos era un ladrón convicto que, después de haber dejado la cárcel, no encontró otro medio para subsistir que hacerse maestro de escuela!). La inmoralidad entre la juventud de Sheffield es mayor que en otros lados (aunque, a decir verdad, se sabe bien poco a qué ciudad se debe dar el premio, y si nos atenemos a los informes, todas lo merecen). La gente joven se pasa los domingos en la calle, azuzando a los perros, visitando las tabernas donde venden aguardiente, despilfarrando sus dineros allí, sentados con sus pequeñas amantes hasta entrada la tarde, en que, por parejas, se dedican a paseos solitarios. En una taberna, visitada por los comisarios, estaban sentados de 40 a 50 jóvenes de ambos sexos, casi todos bajo los diecisiete años, cada joven con su compañera. Aquí y allá se jugaba a las cartas, en otro

lado se cantaba y bailaba, en todas partes se bebía. En el centro, se sentaban muchachas profesionales de esta vida. No es extraño, entonces, que, como reconocen tantos testimonios, sean frecuentes en Sheffield el prematuro intercambio sexual y la prostitución juvenil, ya en individuos de 14 a 15 años. Los delincuentes de la especie más salvaje y sin remisión abundan allí; un año antes de la visita del comisario, fue aprisionada una banda, en gran parte formada por jóvenes, en circunstancias en que intentaban prender fuego a la ciudad; estaban provistos de palos y materias combustibles. Como veremos en seguida, el movimiento obrero en Sheffield tuvo el mismo carácter salvaje. (Symons, *Rept. and evid.*)

Además de estos centros principales de la industria metalúrgica, existen todavía las fábricas de alfileres de Warrington (Lancashire) (donde entre los obreros, especialmente los jóvenes, hay mucha miseria, inmoralidad e ignorancia) también un cierto número de talleres de clavos, en la localidad de Wigan (Lancashire) y en el este de Escocia; los datos sobre estos últimos distritos concuerdan completamente con los de Staffordshire.

Sólo nos faltan, ahora, dos ramas de esta industria: la *fabricación de máquinas*, que se hace especialmente en los distritos fabriles y sobre todo en el Lancashire, en la que lo característico es la fabricación de las máquinas por otras máquinas, por las que a los obreros desplazados se les quitará el último lugar de refugio. Máquinas para cepillar madera y perforar, máquinas para cortar tornillos, ruedas y matrices, tornos mecánicos, han dejado sin ocupación a multitud de obreros, que antes trabajaban por un buen salario; cualquiera puede verlos en Manchester.

Al norte del distrito del hierro, en Staffordshire, existe un distrito industrial, al que pasaremos ahora: la industria de la vajilla de barro para cocina (*poteries*), cuyo centro principal es la zona (*borough*) de Stocke, que comprende las aldeas de Henley, Burslem, Dane End, Lane Delph. Etruria, Coleridge, Langport, Tunstall y Golden Hill, con una población de 60.000 habitantes. El *Ch. E. Rept* refiere, al respecto, lo siguiente: En algunas ramas de esta industria de vajilla los jóvenes están trabajando en locales abrigados y aireados; en otras, por el contrario, se exige de ellos un trabajo pesado y oprimente, y no reciben buen alimento ni vestidos. Muchos jóvenes se lamentan: “No tengo bastante para comer, recibo a lo más, papas y sal, nunca carne ni pan, no voy a la escuela y no tengo ropa”. “Nada he comido hoy, a mediodía, en casa no hay nunca nada para comer, generalmente recibo papas y sal, rara vez pan”. “Estos son todos los trajes que poseo, no tengo ninguno para la fiesta”. Entre aquellos cuyo trabajo es más dañoso están los muchachos *mould-runners*, que llevan a locales secos los objetos preparados en los moldes, y cuando están convenientemente secos, traen de vuelta las formas vacías. Así están ellos todo el día, yendo y viniendo con un peso excesivo para su edad, y la alta temperatura en que deben realizar esta tarea contribuye a aumentar su fatiga. Estos muchachos, salvo raras excepciones, son flacos, pálidos, débiles, pequeños y poco desarrollados; casi todos sufren del estómago, de vómitos, de falta de apetito y muchos de ellos mueren de consunción. Se los designa con el nombre de *jiggers*, por la rueda (*jigger*) que deben hacer girar. Pero muchísimo más infame es el trabajo de los que deben sumergir los objetos, ya listos, en el líquido que contiene grandes cantidades de plomo, y a menudo de arsénico, o tomar con las manos los objetos recién sumergidos. Las manos y las ropas de estos obreros (hombres y muchachos) están siempre mojadas por este líquido; la piel se vuelve fofa, se despega del continuo tomar los objetos, de modo que los dedos a veces sangran y están continuamente en un estado que favorece la absorción de esa materia, peligrosa en alto grado. Esto les produce dolores violentos, y graves enfermedades del estómago y de los intestinos, constipaciones inveteradas, cólicos, a veces consunción y *epilepsia*, *frecuentísima en los jóvenes*. En los hombres se presenta

la parálisis de los músculos de las manos, el *cólico pictoris*, y la parálisis de miembros enteros.

Un testigo cuenta que dos jóvenes que trabajaban con él habían muerto de convulsiones, trabajando; otro, que había ayudado en las tareas de inmersión, cuenta que al principio tuvo frecuentes dolores al bajo vientre, después convulsiones, en seguida de las cuales había estado en cama dos meses, luego convulsiones cada vez más seguidas, que ahora son cotidianas; *sufre de diez a veinte caídas epilépticas por día*. Su lado derecho está paralizado, y como los médicos dijeron, no recuperará el uso de sus miembros. En una fábrica, en la sala de inmersión hay cuatro obreros que sufren de epilepsia y de cólicos, y once muchachos que ya son epilépticos. Resumiendo, podemos decir que tal enfermedad se presenta después de este trabajo ¡y esto también para mayor ganancia de la burguesía!

En los locales donde se pule la vajilla la atmósfera está impregnada de fino polvo de piedra, tan nocivo a la respiración como el polvo de acero entre los trabajadores del acero, en Sheffield. Falta la respiración a los obreros, que no pueden permanecer tranquilos, sufren afecciones de la garganta, tos violenta y su voz es tan débil que apenas se los puede oír. Mueren todos de tisis.

En otras fábricas de vajilla suele haber escuelas, que ofrecen a los jóvenes la ocasión de aprender, pero como son enviados a la fábrica en edad temprana y deben trabajar mucho tiempo (por lo general doce y a veces más horas), no están en condiciones de sacar provecho de las escuelas, y así, tres cuartas partes de los jóvenes examinados por la comisión no sabían leer ni escribir, y todo el distrito estaba en la más profunda ignorancia. Jóvenes que por años habían frecuentado la escuela dominical no eran capaces de distinguir una letra de otra, y en todo el distrito, tanto la educación intelectual como la moral, estaban a un nivel bajísimo. (Scriven, *Rept. and evid.*).

También en la *fabricación del vidrio* se presentan trabajos que no son dañosos a los hombres, pero que no pueden ser soportados por jóvenes. El trabajo pesado, la irregularidad de su duración, el frecuente trabajo nocturno, el gran calor de los locales (de los 300° a 330° Fahrenheit) producen en el joven una debilidad general y enfermedades; mal desarrollo, en particular enfermedades de la vista, del bajo vientre, afecciones reumáticas y de los bronquios. Muchos son pálidos, tienen los ojos colorados y se quedan ciegos; a veces, durante semanas, sufren de vómitos violentos, tos, constipaciones y reumatismo. Para retirar los objetos de los hornos los muchachos deben a veces entrar en locales tan caldeados, que las tablas sobre las que caminan parecen quemar sus pies.

Los obreros del vidrio mueren, por lo general, pronto, debilitamiento y dolores al pecho. (Leifchild, *Rept. App. Pt. p. L. 2*, ss. il, 12; Franks, *Rept. App. Pt. II*, p. k. 7, s. 48; Tancred, *Evid. App. Pt. II*, p. L. 76, etc. Todos en el *Ch. E. Rep.*)

En general, el mismo informe atestigua, en todas las ramas de la industria, la lenta y segura introducción del sistema de fábrica, que especialmente se manifiesta en la ocupación de mujeres y niños. No creo necesario seguir más lejos todos los progresos de la máquina y la sustitución de los obreros adultos. El que conozca, de algún modo, la naturaleza de la industria, podrá fácilmente hacerlo; a mí me falta el espacio para seguir, en particularidades, este aspecto del moderno método de producción que he desarrollado en sus resultados, al hablar del sistema fábricas.

Por todas partes se aplican las máquinas y se destruye el último resto de la independencia del obrero. Por todos lados disuelve la familia, por el trabajo de la mujer y de los hijos, su sostén, carga sobre las espaldas de éstos, a causa de la desocupación del marido; por todas partes, la necesidad de usar máquinas coloca a los negocios, y con ello a los obreros, en manos del gran capitalista. La centralización de la propiedad marcha incesantemente hacia adelante, la división de la sociedad en grandes capitalistas y obreros

indigentes se hace cada día más violenta, el desarrollo industrial de la nación camina, con pasos gigante, hacia una crisis infalible.

Ya dije antes que, en los *oficios*, la fuerza del capital y a vez la división del trabajo, han acarreado los mismos resultad suplantando la pequeña burguesía, y poniendo en su lugar grandes capitalistas por un lado y la masa indigente por otro. Sobre estos artesanos poco hay que agregar, porque todo lo que había que decir, en relación con ellos, tiene ya su lugar, cuan tratamos, en general, del proletariado industrial, también aquí, en relación con la especie del trabajo y su influencia sobre salud, pocos cambios se han producido desde la aparición del movimiento industrial. Pero el contacto con el verdadero movimiento obrero, la opresión de los grandes capitalistas, que fue mucho más sensible que la de los pequeños maestros (con quienes, al menos, los muchachos estaban en relaciones personales), la influencia de la vida de ciudad y el salario cada vez en disminución, ha hecho participar activamente a casi todos los artesanos en el movimiento obrero. Hablaremos después sobre esto; entretanto, volvámonos hacia una clase de la población obrera de Londres que, a causa de la exagerada barbarie con que es explotada por la burguesía ávida de dinero, merece particular atención. Me refiero a las costureras y modistas.

Es particular que justamente la confección de aquellos artículos que deben servir de adorno a las *damas de la burguesía* esté ligada a las consecuencias más tristes para la salud de los obreros. Hemos visto ya esto en la fabricación de los encajes, y tenemos ahora, para probar cuanto hemos dicho, los talleres de sombreros de Londres. Estos establecimientos ocupan una multitud de jovencitas (alrededor de quince mil) que comen y duermen en la casa, por lo general llegan del campo, y son así completamente esclavas de sus patrones. Durante la estación elegante, que dura casi cuatro meses al año, en los mejores establecimientos las horas de trabajo son quince, y cuando llegan trabajos apurados, dieciocho; pero en la mayor parte de los talleres se trabaja, en esa época, sin tiempo fijo, de modo que las muchachas no están libres para descansar y dormir más de 6 horas; a menudo solamente tres o cuatro; a veces solamente dos, en veinticuatro horas y deben trabajar diecinueve a veintiuna horas, cuando no toda la noche. Su trabajo solamente termina cuando están en la positiva incapacidad física de sostener la aguja en la mano. Se presentan casos en que estas criaturas abandonadas pasan hasta nueve días seguidos sin desvestirse, y sólo ocasionalmente pueden descansar un par de minutos sobre un colchón, cuando se les da de comer algo, que deben engullir en el tiempo más breve; en pocas palabras, estas desgraciadas muchachas, con el azote moral de los esclavos (la amenaza de licenciamiento), están sometidas a un incesante trabajo, que ningún hombre fuerte podría soportar.

Además, el aire húmedo de las habitaciones donde se trabaja y de los cuartos para dormir, la posición inclinada, la comida mala e indigesta, todo esto, y ante todo, las largas jornadas y la falta de aire libre, producen los resultados más tristes para la salud de las muchachas. Languidez y relajamiento, debilidad y pérdida del apetito, dolores en las espaldas y en la cintura, y especialmente dolores de cabeza, aparecen desde temprano; desviación de la espina dorsal, espaldas deformadas, adelgazamiento, ojos hinchados que lagrimean y duelen, que pronto se vuelven miopes, tos, asma y respiración entrecortada, y todas las otras enfermedades que están unidas a la edad del desarrollo en las mujeres. Los ojos sufren tanto que sobreviene a veces la ceguera incurable, y si la vista todavía hace posible proseguir el trabajo, la consunción pone término a la vida triste y breve de estas obreras. Aún aquellas que dejan el trabajo quedan por mucho tiempo con la salud viciada y las fuerzas físicas destrozadas; son, especialmente en matrimonio, débiles y enfermizas y dan al mundo hijos enfermos. Todos los médicos que fueron interrogados por el comisario (de la *Ch. Empl. Comm.*) estuvieron de acuerdo en que no podía

imaginarse ningún método de vida más a propósito para destruir la salud y llevar a una muerte prematura.

Con la misma crueldad, sólo que más indirectamente, son explotadas, especialmente en Londres, las *costureras*. Las muchachas que se ocupan en la confección de corpiños tienen un trabajo duro y penoso, que gasta la vista, y ¿qué salario reciben en compensación? No lo sé, pero sé esto: que el empresario que debe dar la garantía por el material remitido y que distribuye el trabajo entre las diferentes modistas, recibe, por prenda, un penique y medio, y todavía de esto debe deducirse su ganancia, que es por lo menos de medio penique; es decir, que a lo máximo un penique va al bolsillo de las pobres muchachas. Las modistas que cosen corbatas deben trabajar dieciséis horas, y reciben por semana cuatro chelines y medio, con lo que ellas pueden comprar tanto como con veinte *groschen* de plata en las ciudades más caras de Alemania⁹¹. Pero peor que todas están las que cosen las camisas. Ganan, por una camisa común, un penique y medio; antes recibían de dos a tres peniques, pero después la Casa de los Pobres San Pancracio, que está dirigida por un magistrado *radical-burgués*, comenzó a tomar trabajo por un penique y medio y las pobres mujeres tuvieron que hacer otro tanto. Por las camisas finas y trabajadas, que pueden hacerse en una jornada de dieciocho horas de trabajo, se pagan seis peniques. El salario de estas modistas aumenta, según lo que dicen los obreros y los empresarios, de dos chelines y medio a tres por semana, por un trabajo que requiere intensa aplicación y que es continuado hasta entrada la noche.

Lo peor de esta condición de cosas en que las obreras deben reponer, en parte, el importe de los materiales a ellas confiados lo que no es posible (esto lo saben también los propietarios) más que empeñando una parte de ellos y rescatándola con pérdida, o si no lo logran, compareciendo ante el tribunal de paz, como le sucedió a una modista en noviembre de 1843. Una pobre muchacha que se encontraba en este caso y no sabía qué hacer, en agosto de 1844 se ahogó en un canal. Estas modistas suelen vivir en la mayor miseria, en estrechos albergues, donde en una pieza se amontona todo lo que el espacio lo permite y donde en invierno el calor animal de los presentes es el solo medio de caldear el ambiente. Allí, sentadas, encorvadas sobre su trabajo, cosen desde las cuatro o cinco de la mañana hasta la medianoche, se gastan la salud en un par de años, preparándose su propia sepultura, sin haber podido satisfacer las necesidades más urgentes⁹², mientras a sus pies pasan las espléndidas carrozas de la alta burguesía; mientras, tal vez, pocos pasos más adelante, un miserable *dandy*, en una noche, pierde más dinero al faraón que el que ellas hayan podido ganar en toda su vida.

Esta es la condición del proletariado industrial inglés. Hacia cualquier parte que nos volvamos, encontramos miseria temporaria o continua, enfermedades que provienen de la posición o del trabajo, desmoralización; por todas partes destrucción, lento y seguro desaparecer de la naturaleza humana, tanto en lo que respecta al físico como al aspecto intelectual. ¿Es éste, acaso, un estado de cosas que pueda durar?

No, no puede durar y no durará. Los obreros, la mayoría del pueblo no lo quiere. Veamos, ahora, qué es lo que ellos piensan.

⁹¹ Consultar el *Weekly Dispatch*, 16 de marzo de 1844.

⁹² Thomas Hood, el humorista inglés contemporáneo de más ingenio, lleno de sentimiento, de humanidad, pero privado de energía intelectual, publicó, al principio del año 1844, cuando la miseria de las modistas ocupaba a todos los diarios, una hermosa poesía: *The song of the shirt*, "El canto de la camisa", que arrancó a los ojos de las hijas de la burguesía abundantes lágrimas de compasión, pero inútiles. No tengo espacio suficiente para reproducirla; se publicó en el *Punch* y circuló por todos los diarios. Las citas especiales son superfluas, ya que la condición de las modistas se agita de nuevo en todos los diarios. Ver el Apéndice, donde incluimos este poema, junto con su traducción al castellano.

Movimiento obrero

Hay que convenir, aun cuando yo no lo hubiese probado muchas veces en particular, que los obreros ingleses no pueden sentirse felices en esta condición; que la suya no es una condición en la que un hombre, o una clase entera de hombres, puedan pensar, sentir y vivir humanamente. Los obreros, por lo tanto, se deben esforzar en salir de esta condición que embrutece, y en crearse una mejor y más humana, y esto no lo pueden hacer sin luchar contra los intereses de la burguesía, en cuanto ellos consisten en la explotación de los obreros. Pero la burguesía defiende sus intereses con todas las fuerzas de que es capaz, por la propiedad y por la fuerza del estado, que está en su poder. Cuanto más el obrero trata de salir del actual estado de cosas, tanto más el burgués se convierte en su enemigo declarado.

Pero el obrero, por otra parte, siente de continuo que la burguesía lo trata como a una cosa, como su propiedad, y ya por esto se presenta como enemigo de la burguesía. He probado, en el más alto grado, con centenares de ejemplos, y podría probarlo con otro centenar que, en las condiciones modernas, el obrero puede salvar su humanidad sólo con el odio y la rebelión contra la burguesía. Y que *deba* protestar, con la más violenta pasión, contra la tiranía de los que poseen, se deriva de su educación, o mucho mejor, de su falta de educación, y de la ardiente sangre irlandesa que se ha transmitido a la clase obrera inglesa.

El obrero inglés no es más inglés, no es más un hombre calculador del dinero, como su vecino propietario; tiene sentimientos completamente desarrollados, su innata frialdad nórdica está contrapesada por la libertad en que se han formado sus pasiones y el dominio que sobre él puedan adquirir. La cultura intelectual (que desarrolla tan notablemente la posición egoísta de la burguesía inglesa, que hace del egoísmo su pasión principal, y ha concentrado toda la fuerza del sentimiento en el dinero) le falta al obrero, y por ello sus pasiones son fuertes y vigorosas, como entre los extranjeros. La nacionalidad inglesa está destruida en el obrero.

Si, como vemos, al obrero no se le deja ningún campo para el desenvolvimiento de su humanidad, fuera de la oposición contra todo su régimen de vida, naturalmente, en tal posición, los obreros deben mostrarse con su mayor afabilidad, nobleza y humanidad. Veremos que toda la fuerza, toda la actividad de los obreros, se dirigen hacia este punto, y que, igualmente, los esfuerzos para adquirir una educación posterior humana, están con él en directa unión. Tendremos, ciertamente, que referir violencias aisladas o también brutalidades, pero es necesario reflexionar que la guerra social en Inglaterra es abierta, y que si el interés de la burguesía es de conducir esta guerra hipócritamente, bajo la apariencia de la paz y aún de la filantropía, al obrero puede servirle sólo revelar sus verdaderas condiciones y [la anulación] de esta hipocresía; que aún la más violenta hostilidad de los obreros contra la burguesía y sus servidores es sólo la expresión franca y abierta de lo que la burguesía hace a los obreros, furtiva y maliciosamente.

La rebelión de los obreros contra la burguesía ha comenzado en seguida del desarrollo industrial y ha atravesado diversas fases. No es éste el lugar de examinar de cerca el significado histórico de estas fases, para el desenvolvimiento del pueblo inglés; esto debo reservarlo para un trabajo posterior y, entretanto, me limitaré a simples hechos, en cuanto ellos sirven para caracterizar la condición del proletariado inglés.

La primera, la más grosera, la más horrible forma de tal rebelión, fue el delito. El obrero vivía en la necesidad y la miseria y veía que otros estaban mejor que él. Su mente no alcanzaba a comprender por qué él que, sin embargo, hacía más por la sociedad que un rico holgazán, debía sufrir en tales condiciones. La miseria vencía su natural respeto por la propiedad; y robaba. Vemos cómo al extenderse la industria aumentó la delincuencia, cómo el número anual de los detenidos está en continua relación con el consumo del algodón.

Pero pronto comprendieron los obreros que tal método no llevaba a nada. Los delincuentes podían protestar sólo separadamente, sólo como individuos, por medio del robo, contra el orden de la sociedad existente; toda la fuerza de la sociedad se echaba sobre cada individuo separadamente, lo aplastaba con violencia despiadada. Por otra parte, el robo era la más incivil e inconsciente forma de protesta, y por esto no fue más la expresión general de la opinión pública de los obreros, aunque ellos pudieran aprobarlo secretamente. La clase obrera inició la oposición contra la burguesía cuando se opuso con la fuerza a la introducción de las máquinas, hecho que sobrevino, de pronto, al comienzo del movimiento industrial. Los primeros inventores, Arkwright, etcétera, fueron así perseguidos y sus máquinas destruidas; más tarde, hubo contra las máquinas una cantidad de rebeliones, en las que se produjo lo que en la de los tipógrafos bohemios de junio de 1844: las fábricas fueron demolidas y rotas las máquinas.

Aún esta forma de oposición era sólo aislada y limitada a ciertas localidades, y se dirigía contra un aspecto particular del actual estado de cosas. El fin momentáneo era alcanzado, el peso entero de la fuerza social recaía sobre los malhechores inermes y los castigaba a voluntad, mientras las máquinas eran implantadas más que nunca. Se debía buscar una nueva forma de oposición.

Para esto sirvió una ley, emanada del viejo parlamento de los *tories*, no todavía reformado y oligarca, ley que, más tarde, cuando fue sancionada legalmente, por el *bill* de reformas, la contradicción entre la burguesía y el proletariado, y la burguesía se elevó como clase dominante, no pasaría ya más por la Cámara Baja. Esta ley pasó en el año 1824 y anuló todos los *acts* por los que hasta entonces estaban vetadas las uniones entre obreros. Éstos obtuvieron el *derecho de libre asociación*, que hasta entonces pertenecía a la aristocracia y a la burguesía. Asociaciones secretas, verdaderamente, habían existido siempre entre los obreros, pero no habían podido alcanzar grandes resultados. En Escocia, entre otras, como relata Symons (*Art. and Artizans*, p. 137), ya en 1812 tuvo lugar en Glasgow un paro general de tejedores que, por medio de una asociación secreta, fue conducido con éxito. Fue repetido en 1822, y en esta ocasión, a dos obreros que no se habían adherido a la asociación, y que por ello fueron considerados por los asociados como traidores a su clase, se les echó vitriolo a la cara, por lo que perdieron la vista. Todavía en 1818 la asociación de mineros escoceses era bastante fuerte para poder vencer en un paro general. Estas asociaciones hacían prestar, a sus socios, un juramento de fidelidad y de reserva, tenían registros regulares, caja, contabilidad y ramificaciones locales. Pero la reserva con que se trataba todo esto impedía su desarrollo. Cuando los obreros obtuvieron, en 1824, el derecho de libre asociación, bien pronto estas uniones se extendieron por toda Inglaterra y se hicieron fuertes.

En todas las ramas de la industria se formaron tales uniones (*Trades-unions*), con el objeto declarado de proteger a los obreros contra la tiranía y el abandono de la burguesía. Sus fines eran: fijar el salario y *en masse*, pactar como potencia con los patrones, regular el salario según la ganancia del patrón, elevarlo, dada la oportunidad, y sostenerlo igualmente alto en toda rama aislada de trabajo; por esto, tales uniones tuvieron cuidado de convenir con los capitalistas una escala general de salarios a observarse, y de negar trabajo a cualquiera que se excusaba de adherir a esta escala. Además, por la

limitación del empleo de los aprendices, tuvieron cuidado de mantener siempre activa la demanda de obreros, y con esto, alto el salario: en lo posible, se oponían a la insidiosa disminución del salario, hecha por los fabricantes por medio de la introducción de nuevas máquinas e instrumentos, etc., y, por fin, sostenían pecuniariamente a los obreros sin trabajo. Esto último se realiza, indirectamente, en la caja de la unión, o mediante una tarjeta en que se inscribe la necesaria legitimación, y con la cual el obrero pasa de una región a otra, siendo socorrido por sus compañeros de oficio e informado sobre la mejor oportunidad de obtener trabajo.

Este peregrinaje es llamado *the tramp* y el peregrino un *tramper*. Para alcanzar este fin se nombran un presidente y un secretario a sueldo (porque es claro que ningún fabricante quiere ocupar semejante gente) y un comité, el que recoge las contribuciones semanales y vigila su empleo, de acuerdo con los objetivos de la institución.

Si era posible y si resultaba ventajoso, los compañeros de oficio de un distrito se reunían también en una federación, y tenían, en épocas determinadas, reuniones de delegados. En casos especiales, se intentó reunir a los *compañeros de un oficio*, de toda Inglaterra, en *una sola* gran unión y muchas veces, principalmente en 1830, reunir en una asociación general a los obreros de todo el imperio, con las organizaciones particulares de todos los oficios. Estas organizaciones no resistieron mucho, y sólo raramente, por poco tiempo, tuvieron éxito en algo, porque sólo una agitación extraordinaria está en condiciones de hacer posible y real tal unión.

Los medios que estas uniones usan para alcanzar sus fines son los siguientes: si uno o varios patrones se niegan a pagar el salario fijado por la asociación, se les envía una delegación o se presenta un petitorio (se ve que los obreros saben reconocer la potencia del patrón, señor absoluto en su pequeño estado); si tal paso no conduce a nada, la asociación ordena suspender el trabajo, y todos los obreros vuelven a sus casas. Este paro (*turn-out* o *strike*) es parcial, si es de uno o algunos, o general, si todos los patrones se niegan a regular el salario según las propuestas de la asociación. Los medios legales de la unión duran largo tiempo, especialmente si sobreviene el paro con la denuncia previa. Pero estos medios legales son ciertamente muy débiles, puesto que hay obreros que están fuera de la asociación o se dejan ganar por la burguesía por ventajas momentáneas.

Particularmente en los paros parciales, el fabricante puede fácilmente reclutar, entre éstos, ovejas repugnantes (llamadas *knobsticks*) y con esto hacer infructuosos los esfuerzos de los obreros unidos. Comúnmente estos *knobsticks* son amenazados por los miembros de una asociación, reconvenidos, golpeados o maltratados, es decir, intimidados de toda manera. Se sigue una querrela y, ya que la burguesía amante de la ley tiene también hasta ahora la fuerza, la fuerza de la asociación por medio del primer *act* ilegal, mediante la primera querrela judicial contra sus miembros, es casi siempre rota.

La historia de estas uniones es una larga serie de derrotas obreras, interrumpidas por pocas victorias aisladas. Y es natural que todos esos esfuerzos no puedan cambiar la ley económica, que el salario se determine mediante la relación de la oferta y la demanda en los mercados de trabajo. Por eso las uniones son impotentes contra todas las *grandes* causas que llevan a esta relación; en una crisis industrial, la asociación debe bajar el salario o disolverse, y dado un notable aumento de la demanda de trabajo, no puede elevar el salario más de lo que sería concedido por la competencia entre los capitalistas. Pero contra las causas pequeñas, que actúan separadamente, tales asociaciones son, de todas maneras, poderosas.

Si el fabricante no tuviera que esperar de los obreros una oposición concentrada y en masa, por su conveniencia, poco a poco, querría rebajar cada vez más el salario; la lucha de la competencia, que debe sostener contra los otros fabricantes, lo obligaría a

esto, y el salario descendería al *mínimum*. Esta competencia de los fabricantes *entre sí* resulta moderada, *en las condiciones medias*, por la oposición de los obreros. Cada fabricante sabe que las consecuencias de una justificada rebaja del salario, a no ser por circunstancias a las que también estén sujetos sus competidores, lo conduce a un paro seguro, que le trae, sin duda, perjuicios, porque su capital permanece inactivo por un tiempo, sus máquinas se herrumbran y, mientras en un caso así es siempre incierto que consiga su propósito, tiene la certeza de que, alcanzándolo, sus competidores lo imitarán, los precios de fábrica bajarán de nuevo, por esto, disminuirán sus utilidades. Por lo tanto, las uniones, después de una crisis, pretenden frecuentemente un aumento de salarios más rápido que al iniciarse ésta; el fabricante tiene interés de no elevar el salario antes que no lo obligue la competencia de sus colegas, mientras los obreros pretenden un salario más alto si el mercado mejora y en tales condiciones pueden a menudo, obligar a los fabricantes mediante un paro, y a causa de la selección limitada de obreros, a acrecentar su salario. Pero como hemos dicho, contra las causas más graves, que modifican el mercado de trabajo, las uniones no tienen ninguna fuerza. En estos casos el hambre obliga a los obreros, poco a poco a retomar el trabajo en cualquier condición, y si al principio algunos han aceptado las condiciones impuestas por los patrones, la fuerza de la asociación queda rota, porque estos pocos *knobsticks*, con los artículos existentes en el mercado permiten a la burguesía evitar las malas consecuencias de la perturbación en los negocios. Bien pronto los fondos de la unión desaparecen, por el gran número de obreros a socorrer; el crédito, que los traficantes conceden a alto interés es, con el tiempo, rechazado y la miseria obliga a los obreros a volver bajo el yugo de la burguesía. Pero, mientras los fabricantes, en su interés personal (indudablemente se ha convertido en su interés, por la oposición de los obreros) deben evitar toda disminución innecesaria del salario, los obreros, por cada disminución de salarios, exigida por el estado de los negocios, sufren un empeoramiento en situación, con el que deben guardarse lo más posible, porque la mayor parte de los *turn-outs* son desventajosos para los obreros. Se preguntará por qué razón los obreros, en casos semejantes, en que la inutilidad del paro es palpable, dejan el trabajo. Simplemente, porque deben protestar contra la disminución del salario y contra la necesidad de tales rebajas, porque su deber es declarar que ellos, como hombres, no deben adaptarse a las circunstancias, sino éstas adaptarse a los hombres; porque su silencio sería un reconocimiento de tales condiciones, un reconocimiento del derecho de la burguesía, mientras los obreros son explotados en los buenos períodos comerciales y hambreados en los malos.

Por el contrario, los obreros deben protestar mientras no hayan perdido todo sentimiento humano; y si ellos protestan *así* y no de otro modo, es porque los ingleses son gente práctica, que manifiesta en la *acción* su propia protesta y no se van como los teóricos alemanes tranquilamente al hecho, después que su protesta, con todas las reglas protocolares, es puesta *ad acta*, para dejarla dormir en paz como a los que protestan. La protesta positiva del inglés, por el contrario, hace su efecto, mantiene dentro de ciertos límites la sed de ganancia de la burguesía y conserva viva la oposición de los obreros contra la omnipotencia social y política de la clase poseedora, mientras les arranca, también, la confesión de que algo más que las uniones obreras y los *turn-outs* es necesario para quebrar el dominio de la burguesía.

Pero lo que da importancia real a estas asociaciones, y a los *turn-outs* que de ellas provienen, es que son la primera tentativa de los obreros para *anular la competencia*. Se han convencido de que el dominio de la competencia de los obreros entre sí, es decir, el fraccionamiento del proletariado, depende de la oposición entre obreros aislados. Y porque ellos se vuelcan parcialmente contra la competencia, contra la forma de vida del moderno orden social, resultan que son tan peligrosos para este orden. El obrero no puede

atacar a la burguesía, y con ella a la organización social existente, en un punto más ulcerado. La competencia de los obreros entre sí queda desbaratada; todos los obreros están resueltos a no dejarse explotar más por la burguesía; de tal modo, el imperio de la propiedad toca a su fin.

El salario depende, simplemente, de la relación entre la oferta y la demanda, de la condición fortuita del mercado, porque los obreros, hasta ahora, se prestan a ser tratados como una cosa que se compra y se vende. Decidan los obreros no dejarse vender ni comprar; declaren cuál es, efectivamente, el valor del trabajo, *como hombres* que poseen, además de la fuerza del trabajo, también una voluntad, y entonces habrán terminado con toda la actual economía nacional y las leyes del salario. Estas, a poco andar, prevalecerían de nuevo, si los obreros, con la cesación de la competencia entre sí, no progresaran igualmente; pero esto no puede producirse, sin que ellos renuncien a todo su movimiento hasta hoy, sin que no sea restablecida la competencia entre los obreros, lo que de ningún modo es posible. La necesidad los empuja, no sólo a suprimir *una parte* de la competencia, sino, en primer lugar, la competencia, y esto lo conseguirán. Los obreros sienten, cada día más, lo que es para ellos la competencia; ven, mejor que los burgueses, que también la competencia de los poseedores entre sí, mientras hace nacer las crisis comerciales, oprime a los obreros, y que por esto hay que quitarla del medio. Comprenderán pronto *cómo* deben realizarlo.

Que estas uniones contribuyen en mucho a alimentar el odio y exacerbar a los obreros contra la clase poseedora, no es necesario decirlo. De estas uniones (con o sin el consentimiento de los miembros dirigentes) provienen, con el tiempo, agitaciones insólitas, hechos singulares, que sólo son explicables por el odio que va hasta la desesperación, por una pasión salvaje que rompe toda barrera. De este modo se han producido los casos, arriba citados, del vitriolo, y una serie más, sobre los que quiero decir una palabra. En 1831, en un período de vivo movimiento obrero, el joven Asnton, fabricante de Hyde, cerca de Manchester, mientras atravesaba de noche los campos, fue muerto, y nunca se tuvo rastro alguno del autor del delito. No hay duda de que fue una venganza de los obreros. Las tentativas de incendio y de anegamiento son frecuentísimas. El viernes 29 de setiembre de 1843 se intentó hacer saltar la oficina del propietario aserrador Padgin, en Howard-Street, Sheffield. El medio adoptado fue un tubo de hierro, lleno de pólvora y cerrado; el daño fue considerable. Al día siguiente, el 30 de setiembre, una tentativa semejante tuvo lugar en la fábrica de cuchillos y limas de Ibbetson, Shales-Moor, cerca de Sheffield. El señor Ibbetson se había hecho odioso por su activa participación en el movimiento burgués, por los bajos salarios, por dar trabajo exclusivamente a los *knobsticks* y por el aprovechamiento de las leyes sobre los pobres en su propio beneficio (durante la crisis de 1842, obligó a los obreros a aceptar el bajo salario, señalando, verbalmente a los que lo rechazaban, como individuos que podían tener trabajo pero que no querían, y que, por lo tanto, no merecían ser socorridos). La explosión causó daños mediocres y todos los obreros que fueron a examinarla sólo lamentaban “que no hubiese saltado al aire todo este asunto” El viernes 6 de octubre de 1843, una tentativa de incendio, en la fábrica de Ainsworth y Crompton, en *Bolton*, no produjo daños; era la tercera o cuarta tentativa en un brevísimo límite de tiempo y en la misma fábrica. En la reunión del Consejo Comunal de Sheffield (miércoles 10 de enero de 1844) el comisario de policía presentó una máquina explosiva que, cargada con cuatro libras de pólvora, se había encontrado, provista de una mecha quemada, pero apagada, en la fábrica del señor Kitchen, Carl-Street, Sheffield. El sábado 20 de enero de 1844 ocurre una explosión, a raíz de haber arrojado en la fábrica paquetes de pólvora, ocasionando notables daños. El jueves 19 de febrero de 1844 fueron incendiadas las Soho Wehel Works en Sheffield, y quedaron consumidas por las llamas.

Son seis casos en cuatro meses; casi todos tienen su sola causa en la exasperación de los obreros contra los patrones. Qué condición social puede ser la que hace *posibles* tales cosas, no tengo necesidad de recalcarlo.

Estas acciones prueban, suficientemente, que, en Inglaterra, aun en el período de los negocios florecientes, como a fines de 1843, la guerra social está declarada y se mantiene abiertamente. Sin embargo, ¡la burguesía inglesa todavía no se da por enterada! Pero el caso más elocuente es el de los *thugs*, de Glasgow⁹³, que fue debatido en los tribunales de esa ciudad, del 3 al 11 de enero de 1833.

De la discusión resultó que la unión de los hilanderos de algodón, que existía desde 1816, poseía rara fuerza y organización. Los miembros estaban ligados a la decisión de la mayoría por un juramento y tenían, durante cada *turn-out*, un comité secreto, que no era conocido por la gran masa de los miembros, y podía disponer de dinero ilimitadamente. El comité ponía a precio la cabeza de los *knobsticks*, de los odiados fabricantes y de los guardias de las fábricas. Así fue incendiada una fábrica donde estaban ocupadas en hilar *knobsticks* mujeres, en lugar de hombres; una mujer Mac Pherson, madre de una de estas muchachas, fue asesinada, y los dos asesinos, por disposición de la asociación, partieron para América. En 1820 dispararon sobre un *knobstick* de nombre Mac Quarray; éste fue herido, por lo que el autor recibió quince esterlinas de la asociación. Posteriormente dispararon sobre un cierto Graham; el autor recibió veinte esterlina, pero fue descubierto y condenado a perpetuidad. Finalmente, en mayo de 1837, ocurrieron desórdenes, durante un *turn-out*, en las fábricas Oatbank y Mile-End., en los que fueron maltratados una docena de *knobsticks*; en julio del mismo año, los desórdenes continuaban todavía y un tal Smith, un *knobstick*, fue maltratado hasta morir.

Esta vez el comité fue capturado; se hizo la investigación, a raíz de la cual el presidente y los miembros principales, que participaban en la unión ilegal y habían tomado parte en el ataque a los *knobsticks* y en la explosión de la fábrica de James y Francis Wood, fueron considerados culpables y condenados a siete años. ¿Qué dicen de esta historia nuestros buenos alemanes?⁹⁴

La clase propietaria, y especialmente la parte de ella que se dedica a la industria, que está en contacto inmediato con los obreros, enfila con gran violencia contra estas uniones, y trata, de continuo, de probar a los obreros la inutilidad de las mismas, con motivos que son justos según la economía nacional, pero que precisamente por ello son en parte falsos y completamente ineficaces para una inteligencia obrera. Ya el celo de la burguesía prueba que sus propósitos no son desinteresados, y hecha abstracción de los daños inmediatos de un *turn-out*, las cosas están establecidas de tal modo, que lo que va a los bolsillos del fabricante, necesariamente debe salir de los de los obreros. Y si éstos no supiesen demasiado bien que las uniones ponen freno, de cualquier modo, al creciente deseo de sus patrones de disminuir los salarios, volverían a la situación de antes, porque procediendo así causan perjuicio a los fabricantes, sus enemigos. En la guerra, el daño de

⁹³ Estos obreros son llamados *thugs*, a semejanza del pueblo de las Indias Orientales, cuya profesión particular es el asesinato de todos los extranjeros que caen en sus manos.

⁹⁴ Qué especie de “justicia salvaje” (*wild-justice*) debe de existir en el corazón de estos hombres, para incitarlos, con frío examen, realizado en asamblea, a condenar a su hermano de trabajo, a la muerte del traidor y el desertor, como desertor de su propia clase y de la causa de ésta, a juzgarlo, porque un juez público y un verdugo no lo hacen, por medio de un ejecutor secreto, como en los tiempos de la antigua *vehema*, o del tribunal secreto del medioevo caballeresco, que, de este modo, se renueva de improviso, y más de una vez, de improviso, se presenta ante los ojos estupefactos de la gente, no vestido con la cota de mallas, sino con la cota de pana; no recogido en la selva westfaliana, sino en el empedrado de Gallowgate de Glasgow. Tales sentimientos deben de hallarse muy extendidos y ser fuertes entre la masa, aunque, sólo puede presumirse su forma más aguda en algunos focos. Carlyle. *Chartism*. pág. 40.

un partido es útil al otro, y ya que los obreros están en pie de guerra frente a los fabricantes, hacen como los grandes potentados cuando pelean entre sí.

De nuevo nuestro amigo el doctor Ure es antes que los otros burgueses el enemigo más furioso de todas las uniones obreras. Escupe la rabia contra el “tribunal secreto” de los hilanderos de algodón, de la más importante sección obrera, tribunal que se gloria de poder paralizar a cualquier fabricante desobediente y arruinar así al hombre que, por años enteros, sustrae el sustento a los hilanderos. Ure parte de una “época en que la cabeza inventora y el corazón vivificante de la industria eran mantenidos en servidumbre por ínfimos miembros sediciosos” (¡lástima que los obreros ingleses no se dejen aplacar tan fácilmente con su fábula, como los plebeyos romanos, oh nuevo Menenio Agripa!) Y cuenta, al final, la siguiente hermosa historia: los groseros hilanderos (die Mule-Grobspinner) habrían abusado de su fuerza, hasta lo insoportable. El salario más elevado, en lugar de conducir a un sentimiento de reconocimiento hacia los fabricantes, y a una educación intelectual (se comprende, hecha de ciencia inofensiva, útil a la burguesía) habría, en muchos casos, producido soberbia. y suministrado dinero para mantener el espíritu intratable en las huelgas, por las que gran número de fabricantes, uno tras otro, han sido arbitrariamente perjudicados.

Durante uno de estos desgraciados paros, en Hyde, Dukenfield y alrededores, los fabricantes de la región, temiendo ser desplazados de los mercados por los franceses, belgas y americanos habrían ido a la fábrica de máquinas de Sharp, Robert y Cía., a buscar el ingenio inventivo del señor Sharp, para que procurase la construcción de una *mule* automática, “para salvar los negocios de la exacerbante esclavitud y de la amenazante ruina”.

“En pocos meses estaba pronta una máquina que, al parecer, tenía la capacidad, la sensibilidad y el tacto de un hábil obrero. Así el hombre de hierro, como lo llaman los obreros, saltó de las manos del *moderno Prometeo al mandato de Minerva*; una invención destinada a restablecer el orden entre las clases industriales y asegurar a los ingleses el dominio de la industria. La noticia de esta extraordinaria maravilla hizo cundir el terror entre las uniones obreras, es decir, que “*antes de abandonar la cuna, destruyó la hidra de la anarquía*”. Además, Ure prueba, igualmente, que la invención de la máquina con que se estampan a un tiempo cuatro o cinco colores, sería una consecuencia de los desórdenes entre los estampadores de telas; que la resistencia de los engomadores, en la tintorería a máquina, habría producido una nueva máquina perfeccionada para engomar, y así en otros casos semejantes.

El mismo Ure se afana en probar, con razones similares, ¡que las máquinas son ventajosas para los obreros! Ure, por lo demás, no es el único en sostener esto: en el informe sobre fábricas, el señor Ashworth, fabricante, y muchos otros, no desperdician ocasión de desahogar su cólera contra tales asociaciones. Estos sabios burgueses, como ciertos gobiernos, hacen provenir todos los movimientos que no comprenden, de agitadores malvados, pescadores en río revuelto, demagogos que sólo saben aullar y de gente joven; ellos creen que los agentes pagados de estas asociaciones están interesados en la agitación, porque de ella viven, ¡como si la burguesía no hiciese necesario este pago, ya que no quiere emplear a tales hombres!

La increíble frecuencia de estos paros prueba, en la mejor hipótesis, cómo la guerra social ha estallado ya en Inglaterra. No pasa una semana, no pasa casi un día, sin que, aquí o allá, no ocurra un paro; ora a causa de la disminución de los salarios, ora por haberse negado el aumento, ora por la ocupación de los *knobsticks*, ora por el rechazo de la abolición de abusos o de malos reglamentos, ora por nuevas máquinas y ora, en fin, por otros cientos y cientos de causas. Estos paros son, a primera vista, puestos de vanguardia, tal vez batallas más importantes; ellos no deciden nada, pero son la prueba más firme de

que se acerca la batalla decisiva entre la burguesía y el proletariado. Son las escuelas de guerra de los obreros, en las que se preparan para la gran lucha que no se puede evitar más; son los *pronunciamientos* de las ramas aisladas del trabajo, sobre su influencia en el gran movimiento obrero. Y si se quiere confrontar un año sólo del *Northern Star*, del único diario que informa de todo el movimiento obrero, se encontrará que todos los obreros de la ciudad y de la industria rural se han unido en asociaciones, y, de tiempo en tiempo, han protestado, con común solemnidad, contra el dominio de la burguesía. Y como escuelas de guerra, los paros tienen una incalculable influencia. En ellos se desarrolla el propio valor de los ingleses. Se dice, en el continente, que los ingleses, y en especial los obreros, son miedosos; no realizarán revolución alguna porque no hacen, a semejanza de los franceses, insurrecciones a cada momento, porque dejan, en apariencia, marchar tranquilamente el régimen burgués. Esto es falso: los obreros ingleses no son inferiores a ninguna nación en coraje; son tan subversivos como los franceses, pero de otra manera. Los franceses, que son políticos por naturaleza, luchan también políticamente contra los males sociales; los ingleses, para quienes la política sólo existe por el interés, por la sociedad burguesa, luchan, en lugar de contra el gobierno, directamente contra la burguesía, y esto sólo puede ser eficaz por la vía pacífica. La paralización de los negocios y la miseria que la siguió determinaron en Lyon, en 1834, la insurrección para la república; en 1843, en Manchester, el *turn-out* general, para la “Carta del Pueblo” y el aumento del salario. Y que también para un *turn-out* sea necesario el valor, del más notable y al fin de cuentas mayor, una resolución más audaz y sólida, se comprende fácilmente. En verdad, no es poca cosa para un obrero, que conoce por experiencia la miseria, salirle al encuentro con la mujer y los hijos, soportar el hambre y la miseria por largos meses y permanecer firme e inflexible. ¿Qué es la muerte, qué son las galeras que amenazan al revolucionario francés, frente a la muerte lenta por hambre, frente al diario espectáculo de la familia hambrienta, frente a la certeza de la futura venganza de la burguesía, venganza que lleva al obrero inglés a la sumisión, bajo el yugo de la clase propietaria?

Veremos más adelante un ejemplo de este valor obstinado e invencible del obrero inglés, el cual cede a la fuerza sólo cuando toda resistencia resulta inútil y absurda. Y, justamente, en esta perseverancia tranquila, en esta calma decidida, que da cada día cien pruebas de su existencia, el obrero inglés desarrolla el lado admirable de su carácter.

Gente que sufre tanto por doblar a un solo burgués, estará también en condiciones de destrozarse a la fuerza de toda la burguesía. Pero, aun no teniendo esto en cuenta, el obrero inglés ha demostrado, a menudo, bastante valor. Que el *turn-out* de 1842 no haya tenido ulteriores consecuencias, que en parte los obreros hayan participado por la burguesía y en parte por su finalidad, no está todavía irrefutablemente comprobado. Pero los obreros han dado, por otra parte, suficientes pruebas de su valor, allí donde se trataba de alcanzar un determinado fin *social*.

Para no hablar de la insurrección de Gales, en 1839, señalo un combate completo ocurrido durante mi presencia en Manchester (mayo de 1843). Una fábrica de tejas (Pauling y Henfrey) había agrandado mucho el tamaño de las tejas, sin aumentar el salario, y vendía las tejas más grandes, naturalmente, a precio más elevado. Los obreros, a los que se negó un salario más alto, se fueron en seguida y la asociación de ladrilleros declaró boicoteada la firma. Esta, con mucha dificultad, consiguió, entretanto, procurarse obreros en los alrededores y entre los *knobsticks*, contra quienes se hizo necesaria, en primer lugar, la intimidación. La firma puso, para defensa de la plazuela, doce hombres, todos ex soldados y agentes de policía, y los armó con fusiles. Viendo que la intimidación no había surtido efecto, una noche, hacia las diez, una cuadrilla de ladrilleros, que avanzaba en orden militar y cuyos primeros miembros iban provistos de fusiles, asaltó de

improvisó la plazoleta, que estaba a cuatrocientos pasos de un cuartel de infantería⁹⁵. La gente entró a la fuerza, y al ver la guardia hizo fuego sobre ella, aplastó las tejas mojadas que estaban extendidas, destruyó las que estaban secas, demolió todo lo que encontró a su paso, entró en el edificio, donde hizo añicos los muebles, y maltrató a la mujer del capataz, que habitaba allí. Entretanto, los guardias se habían apostado en un ángulo, desde donde podían con seguridad y libremente hacer fuego; los invasores estaban ante un horno que los iluminaba, de modo que toda bala remataba a un adversario, mientras que todo golpe que partía de ellos iba al vacío. El fuego continuó por una media hora, hasta que se agotaron las municiones y la finalidad de la visita, la destrucción de todos los objetos destruibles, se hubo logrado. En seguida se reunieron los militares, y los ladrilleros se replegaron a Eccles (tres millas de Manchester). Ante Eccles hicieron un llamado por el que cada hombre, según su número, era incorporado a su sección y después se disolvieron, naturalmente, para caer con tanta mayor seguridad en las manos de la policía, que se aproximaba por todas partes. El número de heridos debe de haber sido muy grande; con todo, sólo se supo de aquellos que fueron después arrestados. Uno de ellos tenía tres balas: en el muslo, en la pantorrilla y en la espalda, y aun así huyó hasta tres millas de distancia.

Esta gente, por lo tanto, ha demostrado muy bien tener valor revolucionario y no temer una lluvia de balas; pero si una masa desarmada, que no sabe exactamente lo que quiere, es detenida en una plaza cerrada por un par de dragones y polizontes que guardan la entrada, como ocurrió en 1842, ello no se debe a falta de valor, porque la masa no se habría movido si los agentes de la fuerza pública, es decir, de la burguesía, no hubieran estado a la entrada de la plaza.

Donde el pueblo tenía un objetivo determinado, mostraba suficiente valor; por ejemplo, en el asalto a la fábrica de Birley, que más tarde debió ser protegida con fuego de artillería.

Y ahora unas palabras sobre el cumplimiento de las leyes en Inglaterra. Ciertamente, la ley es sagrada para el burgués, porque es su trabajo personal, porque está hecha con su consentimiento para su protección y beneficio. Sabe que, si alguna ley particular podría perjudicarlo, sin embargo, todo el conjunto de la legislación protege sus intereses, y que, ante todo, la santidad de la ley y la inviolabilidad del orden constituido, por la activa manifestación de la voluntad de una parte, y la pasiva, de la otra parte de la sociedad, son las más fuertes defensas de su posición social.

Porque el burgués inglés se encuentra en la ley como en su dios, la considera sagrada, tiene para ella el bastón del agente de policía, que es propiamente su bastón, una fuerza maravillosa para hacer callar. Pero esto no es verdad para el obrero. El obrero sabe demasiado bien, y lo ha experimentado demasiado a menudo, que la ley, para él, es una vara por cuyo intermedio fue vinculado al burgués, y que, si él no debe, no lo tiene en cuenta. Y si ridículo afirmar que el obrero inglés tenga miedo de la policía, cuando en Manchester la policía recibe todas las semanas bastonazos, y cuando, en el año en curso, fue intentado un asalto a un puesto de policía, asegurado con puertas de hierro de pesadas hojas. La fuerza de la policía, en el *turn-out* de 1842, consistió, como dijimos, sólo en las vacilaciones de los propios obreros.

Por lo tanto, concluyendo, los obreros no respetan la ley, sino, simplemente, dejan actuar su fuerza mientras no la tienen para cambiarla; así, es muy natural que hagan, por lo menos, protestas para cambiar la ley; que quieran, en lugar de la ley burguesa la ley proletaria. Esta ley exigida por el proletariado es la "*Carta del Pueblo*" (*people's charter*), que por su forma es puramente política y pide una base democrática para la Cámara Baja. El *cartismo* es la forma compacta de la oposición contra la burguesía. En las uniones y

⁹⁵ En el ángulo de Cross Lane y Regent Road.- Ver el plano de Manchester [más arriba en página 50]

en los *turn-outs*, la oposición no se generalizó más; sólo eran los obreros aislados, o las secciones obreras, quienes luchaban contra los burgueses aislados; cuando la lucha se hizo general, la oposición a la burguesía raramente fue la finalidad de los obreros, y cuando vuelve a su objetivo tiene por base el cartismo.

Pero en el cartismo está toda la clase obrera, que se subleva contra la burguesía, y ante todo ataca la fuerza política de la misma, la muralla legal que la circunda. El *cartismo* ha salido del *partido democrático*, el cual se ha desarrollado en los últimos años (entre el 80 y el 90) del siglo pasado, *contemporáneamente con el proletariado*, mientras la Revolución Francesa aumentaba en fuerza; después de la paz, se presentó como partido “*radical*”; entonces tenía, en Birmingham y Manchester, como antes en Londres, su sede principal; obligó, con la unión de la burguesía liberal, a los oligarcas del viejo parlamento, a dar el *bill* de reformas y se consolidó después como partido obrero, frente a la burguesía. En 183[8], un comité de todas las sociedades obreras inglesas (*Workin Men's Association*), con el jefe William Lovett esbozó la Carta del Pueblo, cuyos “seis puntos” eran los siguientes:

- 1) Derecho electoral para todo hombre mayor de edad, de mente sana. y honorable;
- 2) renovación anual del parlamento;
- 3) indemnización a los miembros del parlamento, por la que también los que nada tienen podían ser electos;
- 4) votación en escrutinio secreto, a fin de evitar la corrupción y la intimidación por parte de la burguesía;
- 5) colegios electorales iguales, para asegurarse parejas e iguales representaciones, y
- 6) suprimir la elegibilidad (de otro modo ilusoria) exclusivamente de los que posean 300 esterlinas de bienes estables, de manera que todo elector pueda ser elegible.

Estos seis puntos, que se limitan, todos, a la constitución de la Cámara Baja, si bien de *apariencia* inocente, son suficientes para hacer añicos la constitución inglesa, junto con la reina y la Cámara Alta. El llamado elemento monárquico y aristocrático de la constitución se puede mantener, solamente, porque la burguesía tiene un interés en su mantenimiento *aparente*; y la monarquía y la aristocracia no tienen más que una existencia aparente. Pero si toda la opinión pública está en la Cámara Baja, si ésta expresa la voluntad, no ya de la burguesía, sino de todo el país, viene a absorber en sí toda la autoridad, tan completamente, que hace caer también la última aureola de la cabeza del monarca y de la aristocracia. El obrero inglés no respeta lores ni reina, y mientras éstos, en realidad, no son casi consultados, personalmente son idolatrados por la burguesía.

El cartista inglés es políticamente republicano, si bien no tiene nunca, o rara vez, tal palabra en la boca; mientras, ciertamente, simpatiza con los partidos republicanos de todos los países, y se llama, con gusto, democrático. Pero es algo más que un simple republicano; su democracia no es simplemente política.

El cartismo fue, por cierto, desde su iniciación, en 1835, principalmente, un movimiento entre obreros, pero no todavía separado en forma definitiva de la pequeña burguesía radical. El radicalismo obrero se hizo común, poco a poco, con el radicalismo de la burguesía; la *Carta* fue la bandera de ambos, tenían cada año sus “reuniones nacionales”: aparentemente, formaban un solo partido. La pequeña burguesía, en aquel entonces, justamente en seguida del desengaño por los resultados del *bill* de reformas, y a causa de los malos años comerciales, 1837-39, estaba de un humor belicoso y ávida de sangre; adhirió de buena voluntad, por lo tanto, a la violenta agitación cartista. De la vehemencia de esta agitación no se tiene en Alemania ninguna idea. El pueblo es llamado a las armas; a menudo, también a la rebelión; se fabricaron picas, como ya se había hecho en el tiempo de la Revolución Francesa, y en 1838, entre otros, hubo en el movimiento un cierto Stephens, un sacerdote metodista, que dijo al pueblo reunido en Manchester: “No debéis temer la autoridad del gobierno, los soldados, las bayonetas y los cañones, que están a disposición de vuestros opresores; tenéis un medio que es más fuerte que

todos ellos, un arma contra la cual nada pueden los cañones y las bayonetas y un niño de diez años puede blandir esa arma; os bastará con tomar un par de fósforos y un haz impregnado de alquitrán, y quiero ver lo que puede el gobierno, y sus centenares y millares de soldados, contra esta arma sola, si fuera audazmente adoptada.”⁹⁶ Se mostraba ya entonces, simultáneamente, el carácter particular y social del cartismo obrero. El mismo Stephens decía, en una reunión de 200.000 hombres, en Kersal-Moor, en el mencionado *Mons sacer* de Manchester: “El cartismo, mis amigos, no es cuestión política con la que se trate que vosotros obtengáis el derecho electoral, etcétera; el cartismo es una *cuestión de cuchillo y tenedor*, y la *Carta* es buena habitación, buena bebida, buen alimento, buena subsistencia y breve jornada de trabajo”. Así también, en ese tiempo, el movimiento contra la nueva ley sobre los pobres, y por el *bill* de las diez horas, estaba en la más estrecha ligazón con el cartismo. En todos los meetings de esa época participaba activamente el *tory* Castler, y junto a la petición nacional por la “Carta del Pueblo”, adoptada en Birmingham, se hicieron centenares de peticiones por el mejoramiento social de la clase obrera; en 1839, la agitación se vuelve muy viva, y como a fin de año empezaba a decaer, Bussey, Taylor y Frost, al mismo tiempo que el norte de Inglaterra, el Yorkshire y Gales, se apresuraron a hacer estallar una rebelión. Frost, cuyo plan había sido denunciado, tuvo que dar la señal de la revuelta demasiado pronto, y por ello su empresa fracasó; los que estaban en el norte conocieron la desgraciada suerte, a tiempo para poder retirarse; dos meses más tarde, en enero de 1840, irrumpieron en Yorkshire muchos de los llamados agentes provocadores (*spy outbreaks*), por ejemplo, en Sheffield y Bradford, y la agitación, poco a poco, se calmó. Entretanto, la burguesía se entregaba a sus proyectos prácticos y para ella ventajosos, especialmente la ley de granos; en Manchester se formó la asociación para la abolición de la ley sobre los granos, y su consecuencia fue el quebrantamiento de la unión entre burguesía y proletariado. Los obreros comprendieron, bien pronto, que sería poco útil *para ellos* la supresión de la ley sobre los granos, mientras que era muy útil para la burguesía y que, por lo tanto, nada tenían que ganar con este proyecto⁹⁷. Estalló la crisis de 1842. La agitación se torna viva como en 1839. Esta vez también fue presa una parte de la rica burguesía fabricante, la que se resintió muchísimo con esta crisis. La liga para la Abolición de la Ley sobre los Granos, es decir, la Unión de los Fabricantes de Manchester, adoptó una tendencia muy rápida, violenta. Sus diarios y agitadores adoptaron un lenguaje abiertamente revolucionario, que tenía su razón en el hecho de que el partido conservador estaba en el poder desde 1841. Como antes los cartistas, ahora ellos hacían un llamado a la revuelta, y los obreros, que sufrían de la crisis al grado máximo, no permanecían inactivos, como lo prueba la petición nacional de aquel año, con sus tres millones y medio de firmas. En resumen: si los dos partidos radicales habían sido adversarios, ahora se aliaron de nuevo; el 15 de febrero de 1842 fue esbozada en Manchester, en una reunión de liberales y cartistas, una petición que insistía tanto en la abolición de la ley sobre los granos, como en la introducción de la *Carta*, y un día después fue adoptada por los dos partidos.

La primavera transcurrió en la mayor agitación y en creciente miseria. La burguesía estaba resuelta a obtener la abolición de la ley sobre los granos, con ayuda de la crisis, de la miseria y de la agitación general. Esta vez, como los *tories* estaban en el gobierno, abandonó la legalidad; quería actuar revolucionariamente, pero con la ayuda de los obreros. Los obreros debían sacarle las castañas del fuego y quemarse los dedos, para bien de la burguesía.

⁹⁶ Hemos visto cómo los obreros tomaron esto con entusiasmo.

⁹⁷ Ver en 1848 el *Discurso sobre el libre cambio*, de Carlos Marx, en nuestra serie [Marx y Engels, algunos materiales](#).

De muchas partes fue de nuevo recogida la idea, esbozada ya por los artistas, de un *mes santo*, de una fiesta general de todos los obreros; pero esta vez no eran los obreros, que querían festejar, sino los fabricantes que querían cerrar sus fábricas y mandar a los obreros a las comunas del campo, propiedad de la aristocracia, para obligar con esto al parlamento *tory* a abolir la ley sobre los granos.

Como es natural, en seguida habría estallado una rebelión, pero la burguesía estaba segura, a cubierto; y podía atenuar el asunto sin comprometerse, en el peor de los casos. Hacia fines de julio los negocios comenzaron a mejorar; el tiempo apremiaba, y para no perder la ocasión inútilmente (confrontar los informes comerciales de Manchester, y Leeds, de fin de julio y principio de agosto), tres firmas de Stalybridge rebajaron, ante la presión de los hechos, la tarifa (no quiero aquí analizar si por propia iniciativa, o de acuerdo con los otros fabricantes, y especialmente con la Liga). Dos, entretanto, la rechazaron; la tercera, William Baibly y hermano, permaneció firme y dijo, a los obreros que se quejaban, que si aquello no iba con su genio, habrían hecho mejor que ponerse a jugar. Esta expresión de burla fue acogida por los obreros con grandes hurras, abandonaron la fábrica, anduvieron por la región y llamaron a los obreros para festejar. En pocas horas todas las fábricas estaban cerradas, y los obreros, en procesión, se dirigieron a Mottram Moor para realizar un meeting. Esto ocurrió el 5 de agosto. El 8 de agosto pasaron por Ashton y Kyde, fuertes ya en cinco mil hombres, hicieron suspender el trabajo en todas las fábricas y las minas de carbón, y realizaron un meeting en el que no se habló de la abolición de las leyes sobre los granos, como esperaba la burguesía, sino del “salario justo por la justa jornada de trabajo” (*a fair day's wages for a fair days' work*).

El 9 de agosto llegaron a Manchester, fueron *recibidos por las autoridades*, que eran todas liberales, y las fábricas quedaron cerradas; el 11 estaban en Stockport, donde se les opuso resistencia, cuando asaltaron la casa de los pobres, esa niña predilecta de la burguesía; el mismo día, en Bolton, hubo fiesta general y desórdenes a los que las autoridades no se opusieron; pronto el paro se extendió a todos los distritos industriales y pararon todos los obreros, a excepción de los dedicados a las colectas y a la preparación de paquetes de subsistencia. Pero hasta los obreros rebeldes permanecieron tranquilos.

Habían sido atrapados en este paro sin quererlo; los fabricantes, con excepción de uno (del *tory* Birley, de Manchester), *contra su costumbre*, no se opusieron a la huelga; la cosa había comenzado sin que los obreros tuvieran un determinado objetivo. En lo que todos estaban de acuerdo era en no dejarse matar para bien de los fabricantes abolicionistas, pero, por otro lado, algunos querían conseguir la Carta del Pueblo; otros, que la consideraban como demasiado prematura, querían obtener simplemente los salarios de 1840. Por esto, toda la insurrección naufragó. Si hubiese sido, desde el principio, una insurrección obrera consciente, hecha voluntariamente, había tenido éxito; pero estas masas, que eran arrojadas al camino por sus patrones, sin que ellas lo quisieran, que no tenían una mira determinada, no podían hacer nada. Entretanto, la burguesía, que no había movido un dedo para hacer la alianza del 15 de febrero, se dio cuenta, de pronto, que los obreros no querían prestarse a ser sus agentes, y que la inconsecuencia con que se había alejado de sus “legales” puntos de vista la amenazaba peligrosamente; por lo tanto, retomó su vieja legalidad y se puso de parte del gobierno, contra los obreros que ella misma había al principio impulsado, y más tarde forzado a la huelga. Ella y sus fieles servidores prestaron juramento; también los comerciantes alemanes, en Manchester, tomaron parte e hicieron alarde en la forma más irritante, con sus gruesos bastones y los cigarros en la boca, a través de la ciudad; en Prestan, la burguesía dejó la agitación al pueblo y así, de golpe, frente a la huelga popular privada de perspectivas, no estuvo ya la

fuerza militar del gobierno, sino toda la clase propietaria. Los obreros, que no tenían objetivo, a poco se separaron, y la insurrección declinó sin consecuencias dolorosas.

A continuación, la burguesía cometió una infamia tras otra; manifestando horror por la intervención violenta del pueblo, que mal concordaba con el lenguaje revolucionario de la primavera, arrojó la culpa de la huelga a los “provocadores” cartistas, mientras ella había hecho todo para encaminar el paro, y retomó su vieja actitud por la santidad de la ley, con una impudicia sin igual. Los cartistas, que casi nada habían contribuido al paro, que habían hecho sólo lo que la burguesía se había propuesto que hicieran, es decir, aprovechar la ocasión, fueron conducidos ante el tribunal y condenados, mientras la burguesía, que había vendido sus reservas, durante la interrupción del trabajo, con utilidad conveniente, no sufrió ninguna molestia.

El fruto de la huelga fue el completo y definitivo alejamiento entre el proletariado y la burguesía. Los cartistas, hasta entonces, no habían ocultado que querían obtener la Carta por cualquier medio, incluso por una revolución; la burguesía, que comprendió el peligro, para su posición, de todo movimiento violento, no quiso saber más de “fuerza física”, sino simplemente de fuerza moral (como si ésta fuese otra cosa que la directa o indirecta amenaza de la fuerza física) para llevar a buen puerto sus fines.

Este fue el punto debatido que en efecto se puso de lado, si bien más tarde los cartistas, tan dignos de fe como la burguesía, simulasen no haber apelado a la fuerza física. El segundo y principalísimo punto en debate, que ponía en evidencia al cartismo en su pureza, fue la cuestión de la ley sobre los granos. En ésta estaba interesada la burguesía, no el proletariado. El partido cartista se dividió en dos partidos que, si bien concuerdan complementemente en los principios políticos enunciados, son enteramente diferentes e incompatibles.

En una reunión nacional realizada en Birmingham, en enero de 1843, Sturge, representante de la burguesía radical, propuso la omisión del nombre de la Carta en los estatutos de la asociación cartista, con el pretexto de que, a este nombre, por la insurrección, se unían violentos recuerdos revolucionarios; una conexión que ya había sido encontrada hacía años, y contra la cual el señor Sturge nunca había tenido nada que objetar.

Los obreros no querían dejarse robar el nombre, y aunque Sturge no obtuvo los votos suficientes, el leal cuáquero, con la minoría, salió de la sala y constituyó una “Asociación para el sufragio universal”, formada por la burguesía liberal. Estos recuerdos habían llegado a ser, en poco tiempo, tan detestables para el burgués, poco antes jacobino, que él mismo cambió el nombre de sufragio universal (*universal suffrage*) por el ridículo de sufragio completo (*complete suffrage*). Los obreros se rieron y continuaron tranquilos su camino.

Desde este momento, el cartismo fue netamente obrero, libre de elementos burgueses. Los diarios completos (*Weekly Dispatch*, *Weekly Chronicle*, *Examiner*, etc.) a poco cayeron en el trajín somnoliento de los otros diarios liberales; defendían la libertad de comercio, atacaban el *bill* de las diez horas y todas las nociones exclusivamente obreras y, en general, ponían en poco relieve al radicalismo. La burguesía radical se unió, en todos los conflictos, con los liberales, contra los cartistas y elevó como propia tarea principal la cuestión de la ley sobre los granos, que para los ingleses es la cuestión de la libre competencia. Por esto cae bajo el dominio de la burguesía liberal, y hace ahora el papel más lastimoso.

Los obreros cartistas se interesaron, con redoblado calor, en todas las luchas del proletariado contra la burguesía.

La libre competencia ha traído a los obreros bastantes dolores para serle odiosa; sus representantes son sus enemigos declarados. El obrero sólo tiene que esperar ventajas

de su completa liberación de la competencia. Las demandas hechas hasta ahora: el *bill* de las diez horas, la protección del obrero contra los capitalistas, buen salario, puesto garantizado, abolición de la nueva ley sobre los pobres, todas cosas que pertenecen esencialmente al cartismo, como los “seis puntos”, van directamente contra la libre competencia y el libre comercio.

No es ninguna maravilla, pues, que los obreros, cosa que la burguesía inglesa toda no puede concebir, no quieran saber de la libre competencia, de libertad de comercio, de abolición de la ley sobre los granos y que sean, por lo menos, indiferentes frente a esta última, pero estén exasperados contra sus defensores.

Este es, ciertamente, el terreno donde el proletariado se aparta de la burguesía, el cartismo del radicalismo, y una inteligencia burguesa no puede concebirlo porque ella no puede comprender al proletariado.

Pero está, también, la diferencia entre la democracia cartista y todas las democracias políticas burguesas, existentes hasta ahora. *El cartismo es sustancialmente, por su naturaleza, social*. Los “seis puntos”, que para la burguesía radical son todo, y que, a lo más, pueden provocar algunas reformas de la constitución, para el proletariado son solamente un medio. “La lucha política, nuestro medio; la felicidad social, nuestro fin”.

Este es el movimiento claramente declarado por los cartistas. La “cuestión del cuchillo y tenedor”, del pastor Stephens, fue una verdad para una parte de los cartistas de 1838; lo es para todos en 1845; no hay ya un hombre que sea sólo político, entre los cartistas. Y si todavía su socialismo está poco desarrollado, si hasta ahora el medio principal contra la miseria consiste en la división de la propiedad territorial (*allotmentsystem*) ya superada por la industria (ver el prefacio), si, generalmente, sus mayores propuestas prácticas (protección a los obreros) son de apariencia reaccionaria, en esas disposiciones está ya establecida, por una parte, la necesidad de que ellas caigan de nuevo bajo el poder de la competencia y remuevan el antiguo estado, o deban traer la cesación de la competencia; y por otro lado, la actual situación poco clara del cartismo, el separarse del partido político único, hace justamente que los *caracteres distintivos* del cartismo, caracteres que están en su orientación social, deban ser más desarrollados. El acercamiento al socialismo no puede dejar de producirse, especialmente en la próxima crisis, que seguirá a la actual condición animada de la industria y el comercio, a lo más en 1847⁹⁸, pero probablemente en el año próximo; especialmente en la próxima crisis, que superará a todas en aspereza y furor, y empujará a los obreros, por la miseria, cada vez más hacia la lucha social, en lugar de la política. Los obreros obtendrán su Carta, es natural; pero hasta entonces, sabrán claramente lo que pueden conseguir con la Carta, y esto lo saben todavía poco.

Entretanto, va adelante la agitación social. El *socialismo* inglés entra en escena, en cuanto influye sobre la clase obrera. Los socialistas ingleses piden la introducción gradual de la comunidad de bienes en asociaciones colonizadoras (*Heimatlos colonien*) de dos o tres mil hombres, que ejercen la industria y la agricultura; iguales derechos e igual instrucción; facilidad de divorcio; introducción de un gobierno de acuerdo con la más completa libertad de opinión y abolición de las penas, que deben ser compensadas con un trato racional del delincuente. Estas son las demandas *prácticas*; los principios teóricos no interesan aquí.

El socialismo proviene de *Owen*, un fabricante, y mientras no comprende la causa de la contradicción entre la burguesía y el proletariado, actúa con mucha indulgencia hacia la burguesía y con mucha injusticia hacia el proletariado.

⁹⁸ (1892) Se ha verificado puntualmente.

Los socialistas son, por tanto, dóciles y pacíficos, reconocen las condiciones existentes, malas como son, como justas, desapruueban cualquier otra vía que la de la pública persuasión y son, al mismo tiempo, tan abstractos, que nunca, en la forma actual de sus principios, ganarían esa pública persuasión. Además, deploran de continuo la desmoralización de las clases inferiores, son ciegos frente al elemento progresista que hay en esta descomposición del orden social y no piensan que la desmoralización del interés privado y la hipocresía de las clases dirigentes son mucho más graves. Los socialistas ingleses no reconocen ningún desarrollo histórico y, por lo tanto, quieren, sin más, sin proseguir la política hasta el fin, donde ella misma se anula, cambiar la nación en un estado comunista. Comprenden, a decir verdad, por qué razones el obrero está exasperado contra la burguesía, pero reputan tal exaltación, que es el solo medio para conducir a los obreros, como infructuoso, y predicán uno todavía más infructuoso para las presentes condiciones inglesas: filantropía y amor general. Reconocen sólo el desarrollo psicológico, el desarrollo del hombre abstracto, fuera de cualquier relación con el pasado, cuando, sin embargo, todo el mundo depende del pasado. De ahí que los socialistas ingleses sean demasiado eruditos, demasiado metafísicos y hagan poco. Se reclutan, en parte, en la clase obrera, de la que, sin embargo, han convencido sólo a un sector, a la verdad, el más instruido y de más carácter.

En su forma actual, el socialismo ya no podrá llegar a ser el bien común de la clase obrera; deberá humillarse, hasta retroceder al punto de vista cartista; pero el verdadero socialismo proletario, pasado a través del cartismo, depurado de sus elementos burgueses, como se desarrolla hoy entre muchos socialistas y jefes cartistas, que son casi todos socialistas⁹⁹, asumirá en breve una acción significativa en el desarrollo histórico del pueblo inglés. El socialismo inglés, que en su base va más allá del comunismo francés, pero en el desarrollo permanece atrás, deberá remontar el punto de vista francés para, justamente, superarlo.

Hasta entonces, los franceses irán mucho más lejos, en verdad, con su desarrollo. El socialismo es, al mismo tiempo, la expresión más tajante de la irreligiosidad que domina entre los obreros, expresión tan tajante, que [son irreligiosos *inconscientemente*], sólo irreligiosos prácticamente, a menudo se retraen de terror ante su rudeza. También aquí la miseria obliga a los obreros a renunciar a una creencia que, de más en más, comprenden que sólo sirve para hacerlos débiles y resignados ante su destino, obedientes y fieles frente a la clase que los agota.

Vemos, pues, que el movimiento obrero está dividido en dos sectores: cartistas y socialistas. Los cartistas han quedado atrás no se han desarrollado mucho, pero efectivos y verdaderos proletarios, son representantes del proletariado. Los socialistas observan más, proponen medios prácticos contra la miseria, pero originalmente provienen de la burguesía y por esto no están en condiciones de amalgamarse con la clase obrera. La fusión del socialismo y el cartismo, la reproducción del comunismo francés a la manera inglesa, está próxima y, en parte, ha comenzado ya. Por lo tanto, si esto se hace efectivo, la clase obrera inglesa será realmente la dominadora de Inglaterra; el desarrollo político y social, entretanto, precede y favorecerá a este nuevo partido que se va formando, a este progreso, en fin, del cartismo.

Estas diversas secciones de obreros a menudo unidas, a menudo divididas (miembros de las uniones, cartistas y socialistas) han fundado por propia iniciativa gran número de escuelas y salas de lectura, para elevar la educación intelectual. Toda institución socialista y casi toda institución cartista tienen tales institutos y tienen también uniones de cada oficio. Allí se da a los muchachos una verdadera educación proletaria,

⁹⁹ (1892) Socialistas, naturalmente, en sentido general, no el especial oweniano.

libre de toda influencia de la burguesía, y en las salas de lectura hay casi solamente diarios y libros proletarios. Estos institutos son demasiado peligrosos para la burguesía, que consiguió sustraerse cierto número de ellos, los “*Mechanics institutions*”, a la influencia proletaria y transformarlos en órganos para la difusión, entre los obreros, de las ciencias útiles a la burguesía. Se enseñan las ciencias físicas, que sacan al obrero de la posición contra la burguesía y ponen en sus manos el medio de hacer descubrimientos que den dinero a la burguesía, mientras al obrero los conocimientos naturales son en la práctica inútiles, porque ni una sola vez, en su gran ciudad y en el largo trabajo, está en situación de observar la naturaleza; allí se predica la economía nacional, cuyo ídolo es la libre competencia y cuyo solo resultado, para el obrero, es que no puede hacer nada más razonable que morir de hambre en la resignación más tranquila; allí toda la educación es dócil, maleable, servil, y dirigida hacia la política y la religión dominantes, de modo que, especialmente para el obrero, es una continua prédica de pacífica obediencia y pasividad, de resignación a su destino.

Naturalmente, la masa de los obreros nada quiere saber de esas instituciones, y va a las salas de lectura proletarias y a las discusiones sobre las condiciones que directamente se refieren a sus intereses, y por esto la burguesía presuntuosa dice el *Dixi et salvavi* y se aparta, con desprecio, de una clase “que refiere, a una sólida educación, los apasionados furores de demagogos malignos”.

Que los obreros, por otra parte, tienen inclinación también por la “educación sólida”, cuando se imparte sin entremezclarla con la sabiduría interesada de la burguesía, lo prueban las frecuentes lecturas sobre temas de ciencias naturales, de estética, de economía nacional, que se realizan con mucha frecuencia en todos los institutos proletarios, especialmente en los socialistas. He oído hablar alguna vez a obreros, cuyos trajes de pana parecían querer caerse a pedazos, con más conocimiento de cosas geográficas, astronómicas y otras que cualquier instruido burgués alemán. Bastante a menudo ha sucedido al proletariado inglés conquistarse una cultura independientemente, lo que muestra, en especial, que las obras de gran valor de la nueva literatura poética, filosófica y política son leídas, casi solamente, por obreros. El burgués, que es siervo de la condición social y de los prejuicios que están unidos a ésta, teme, bendice, hace la señal de la cruz ante todo aquello que cree un progreso; el proletario, en cambio, tiene los ojos abiertos y estudia con placer y éxito.

En este sentido, los socialistas, en especial, han hecho muchísimo por la educación del proletariado, han traducido a los materialistas franceses *Helvetius*, *Holbach*, *Diderot*, etc., y difundido las mejores obras inglesas en ediciones económicas. Sólo entre los proletarios circulan la *Vida de Jesús*, de Strauss, y la *Propiedad*, de Proudhon. Shelley, el genial poeta, Shelley y Byron, con su fuego sensual y con su amarga sátira sobre la moderna sociedad, tienen el mayor número de lectores entre los obreros; los burgueses poseen sólo las ediciones castradas (*famliy editions*), que protegen como es debido la moral hipócrita de hoy.

Los grandes filósofos practicistas de los últimos tiempos, *Bentham* y *Godwin*, son, especialmente el último, casi exclusiva propiedad del proletariado; si *Bentham* posee también una escuela entre la burguesía radical, sólo a los socialistas y al proletariado les fue dado derivar de él un progreso. El proletariado se ha formado, sobre estas bases, una literatura propia (que consiste, en su mayor parte, en diarios y opúsculos) muy superior como contenido a toda la literatura burguesa.

De esto hablaremos en otra ocasión.

Todavía hay que anotar otra cosa: los obreros de las fábricas y, entre ellos, especialmente los de los distritos del algodón, forman el alma del movimiento obrero. Lancashire, y en especial Manchester, son la sede de la unión obrera más fuerte, el punto

central del cartismo, la región que tiene el número mayor de socialistas. Cuanto más el sistema de fábrica los empuja a una sola rama de trabajo, tanto más los obreros toman parte en el movimiento; cuanto más áspera se hace la contradicción entre obreros y capitalistas, tanto más se desarrolla y agudiza en el obrero el sentimiento proletario.

Los pequeños maestros de Birmingham, aunque sufran crisis, están, sin embargo, en un medio fatal, entre el cartismo proletario y el radicalismo de los tenderos. Pero, en general, todos los obreros de la industria, de una u otra manera, están en rebelión contra el capital y la burguesía, y todos están de acuerdo en afirmar que ellos, como *working-men* (un título del que se sienten orgullosos y que es el apóstrofe habitual de las asambleas cartistas) forman una sola clase, con intereses y principios particulares, con miras especiales, frente a todos los proletarios y que, además, en ellos reposa la fuerza y la capacidad de desarrollo de la nación.

El proletariado de las minas

Proveer de materias primas una industria tan colosal como la inglesa requiere, ciertamente, un número importante de obreros. Pero Inglaterra misma provee los materiales necesarios a la industria (fuera de la lana, que viene de los distritos agrícolas) solamente los minerales, los metales y el carbón fósil. Mientras en Cornwall existen solamente minas de cobre, estaño, zinc, plomo; Staffordshire, Gales del Norte y otros distritos dan grandes cantidades de hierro, y casi todo el norte y el oeste de Inglaterra, el centro de Escocia y algunos distritos de Irlanda tienen mucho carbón, fósil¹⁰⁰.

En las minas de Cornwall se ocupan 19.000 hombres y 11.000 mujeres y niños, en parte bajo tierra y en parte sobre la superficie. En las minas trabajan solamente hombres y muchachos de 12 años para arriba. La condición material de estos obreros aparece, según el *Ch. E. Rept.*, casi insoportable y, no obstante, los ingleses se jactan a menudo de los fuertes y arriesgados mineros del Cornwall, los que van a buscar los filones hasta debajo del mar. Pero el *Ch. E. Rept.* juzga de otro modo la robustez de esta gente. Prueba, en el inteligente informe del doctor *Barham*, que la respiración de una atmósfera como la que se encuentra en el fondo de las minas, poco oxigenada y mezclada de polvillo y de humo, que se desprende de la pólvora que se usa en este trabajo, irrita los pulmones, perturba las funciones del corazón e influye sobre los órganos de la digestión; que el trabajo, especialmente el subir y bajar las escaleras, que en algunas minas toma una hora de tiempo en los hombres jóvenes y fuertes, y que se cumple todos los días antes y después del trabajo, contribuye al desarrollo de estos males, y que, en consecuencia, los hombres que van temprano a las minas no alcanzan la constitución ni siquiera de las mujeres que trabajan en la superficie; que muchos jóvenes, y en sus mejores años, mueren de tisis galopante o crónica; que envejecen pronto y se vuelven incapaces para el trabajo entre los 35 y los 45 años, y que muchos, por el rápido pasaje del aire caldeado del pozo, después de la intensa transpiración al ascender con fatiga las escaleras, al aire fresco del exterior, sufren inflamaciones de los órganos respiratorios ya enfermizos, que a menudo son mortales.

El trabajo en la superficie, que consiste en cortar y elegir los metales, es realizado por mujeres y niños, y está descrito como muy sano, a causa de efectuarse al aire libre.

¹⁰⁰ Según el censo de 1841, el número de obreros ocupados en la explotación de minas en Gran Bretaña (excepto Irlanda) asciende:

	Hombres	Hombres	Mujeres	Mujeres	
	+ de 20 años	- de 20 años	+ de 20 años	- de 20 años	En conjunto
Minas de carbón	89.408	32.475	1.185	1.165	118.230
Minas de cobre	9.816	3.428	913	1.200	15.307
Minas de plomo	9.427	11.932	40	20	11.419
Minas de hierro	7.733	2.679	424	73	10.949
Minas de estaño	4.602	1.349	68	82	6.101
Otras, en las cuales el material no es declarado	24.162	6.591	472	491	31.616
En conjunto	139.238	48.454	3.102	3.031	193.825

Como las minas de carbón y de hierro son, por lo general, trabajadas por los mismos obreros, una parte de los obreros inscritos en el último rubro deben inscribirse entre las mismas minas de hierro.

En el norte de Inglaterra, en los confines de los condados de Northumberland y Durham, se encuentran las importantes minas de estaño de Alston Moors. Los informes que se refieren a estas localidades (también en el informe del comisario Mitchell, en el *Ch. E. Rept.*) concuerdan casi completamente con los de Cornwall. También aquí hay quejas por la falta de oxígeno, la cantidad de polvo, de humo, de anhídrido carbónico, de gas sulfúreo en la atmósfera de las galerías.

A consecuencia de esto, los mineros, como en Cornwall, son pequeños de estatura y sufren, de los 30 años para arriba, dolores al pecho, que más adelante, si el trabajo continúa, se transforman en tisis declarada; de modo que la duración media de la vida de esta gente está, evidentemente, acortada.

Si los mineros de esta región viven un poco más que los de Cornwall ello se debe al hecho de que sólo comienzan a frecuentar los pozos a los 19 años, mientras que en Cornwall, como hemos visto, este trabajo ya ha empezado a los 12 años. Pero también aquí, la mayoría, según los datos médicos, muere entre los 40 y los 50 años. De 79 mineros, cuya muerte fue anotada en los registros públicos del distrito, y que tenían, término medio, 49 años, 37 habían muerto por tisis y 6 por asma. En las regiones vecinas de Allendale, Stanhope y Middleton, la duración media de la vida era, respectivamente, de 49, 48 y 47 años, y los casos de muerte, a consecuencia de afecciones al pecho, dan, respectivamente, el 48, 54 y 58 por ciento del número total. Debemos observar que todos estos datos se refieren, solamente, a la gente que no empieza a trabajar *antes de los 19 años*. Consultemos ahora las llamadas tablas suecas (minuciosas tablas de mortalidad de todos los habitantes de Suecia) que son válidas hasta ahora, en Inglaterra, como justa medida de la duración media de la vida de la clase obrera inglesa. Según ellas, los individuos del sexo masculino que pasan los 19 años alcanzan una edad media de 57 años y medio; por lo tanto, la vida de los mineros del norte de Inglaterra está acortada, término medio, en 10 años. Pero las tablas suecas valen para la medida de la duración de la vida de los *obreros*, y ofrecen, por tanto, una exposición de las probabilidades de vida, en las condiciones ya desfavorables del proletariado; dan una duración de vida, por lo tanto, más corta que la normal. En esta región encontramos los alojamientos y lugares para dormir que hemos conocido en las grandes ciudades, sucios, desagradables, demasiado llenos de gente, como allá. Mitchell estuvo en una habitación de 18 pies de alto y 15 de ancho y encontró 42 hombres y 14 muchachos, juntos, es decir, 56 personas en 14 camas; la mitad de ellas estaban como en un barco, puestas las unas *sobre* las otras. No había ninguna abertura que sirviese de ventilación; si bien durante tres noches ninguno había dormido, la atmósfera era tan pesada que Mitchell no pudo soportarla ni un instante. ¡Cómo sería esto, en una calurosa noche de verano, con 56 inquilinos!

Esto no es el puente de un barco americano para transportar esclavos, es la habitación de ingleses “nacidos libres”.

Pasaremos ahora a los ramos más importantes de la producción minera inglesa, las minas de hierro y las de carbón, que el *Ch. E. Rept.* trata al mismo tiempo, y verdaderamente con toda la minuciosidad requerida por la importancia del tema. Casi toda la primera parte de este informe habla de la condición de los obreros ocupados en estas ramas de la industria minera. Después de la minuciosa descripción que he dado de la condición de los obreros industriales, me será fácil ser breve, como lo exigen los límites fijados, desde el principio, para este escrito.

En las minas de carbón y de hierro, que son explotadas casi del mismo modo, trabajan chicos de cuatro, cinco y siete años, pero la mayor parte tienen más de ocho años. Se los utiliza para transportar el material en pedazos, del lugar donde es cortado a 1a calle, donde están los caballos, o bien al pozo principal, y también para abrir las puertas que separan los diversos compartimientos de la mina, para dejar libre paso a los obreros y al

material y volver a cerrarlas. Para la vigilancia de estas puertas se emplean generalmente muchachos, los que, de este modo, solos en la oscuridad, deben permanecer diariamente 12 horas, en un pasaje estrecho y húmedo, sin tener tanto trabajo como sería necesario, para evitarles la monotonía de no hacer nada, que idiotiza y embrutece.

Por el contrario, el transporte del carbón y del hierro es un trabajo durísimo, puesto que este material debe ser arrastrado en grandes cofines, sin ruedas, sobre el suelo desigual de las galerías, a veces sobre arcilla húmeda, o a través del agua, a menudo por declives abruptos y a través de pasajes escarpados, que obligan a los obreros a trepar con las manos y con los pies. Para cumplir este trabajo enervante, se ocupan muchachos de cierta edad y muchachas adultas. Según los casos, para arrastrar el cofín hay un obrero o dos jóvenes, uno de los cuales gira y el otro empuja. El trabajo de demoler con el pico, que es realizado por hombres adultos y por jóvenes muchachos de 16 años y más, es un trabajo fatigosísimo. La duración corriente de trabajo es de 11 a 12 horas, a menudo más; en Escocia, hasta 14 horas y con frecuencia se trabaja tiempo doble, de modo que todos los obreros, durante muchos días seguidos, están bajo tierra en una actividad continuada de 24 horas, y a veces de 36 horas. Las horas fijas para las comidas son desconocidas, de modo que la gente come cuando tiene hambre y cuando tiene tiempo.

La condición exterior de los mineros es descrita, en general, como bastante buena, y su salario es bastante elevado, en comparación al de los asalariados agrícolas de los alrededores (los cuales, en realidad, mueren de hambre), con excepción de una parte de Escocia y del distrito carbonífero irlandés, donde reina una gran miseria. Tendremos ocasión de volver sobre este informe, por lo demás de un valor relativo, hecho a propósito de la clase más pobre de toda Inglaterra. Mientras tanto, queremos considerar el mal que deriva del trabajo en las minas; el lector podrá después decidir si el salario puede indemnizar a los obreros.

Los muchachos y los jóvenes que están ocupados en el transporte del carbón y del hierro se quejan siempre de cansancio. Ni siquiera en los establecimientos industriales, en los que se hace trabajar sin miramientos, hemos encontrado un relajamiento tan general y llevado a tales extremos. Todo el informe ofrece, en este sentido, una serie de ejemplos. Sucede, a menudo, que los muchachos, cuando llegan a casa, se tiran sobre el piso de piedra, delante de la chimenea, y se quedan dormidos, de modo que no pueden tomar ningún bocado de comida y deben ser lavados mientras duermen y llevados a la cama por sus padres; sucede también que por el gran cansancio se echan en la calle, y en lo más avanzado de la noche son buscados y hallados durmiendo por sus padres. En general, estos muchachos se quedan en cama la mayor parte del domingo, para recuperarse en alguna forma de la fatiga de la semana; las iglesias y las escuelas son frecuentadas solamente por pocos, y en éstas los maestros lamentan la gran indolencia e incapacidad para cualquier estudio. Lo mismo se encuentra entre las muchachas adultas y las mujeres. Ellas también son explotadas de la manera más brutal.

Este cansancio, que llega a ser doloroso, tiene una influencia sobre la constitución física. La consecuencia más directa de esta fatiga exorbitante es que toda la fuerza vital es usada para la formación unilateral de los músculos, de modo que, especialmente los músculos de los brazos y de las piernas, de las espaldas y del pecho, que son puestos en movimiento en el arrastrar y empujar, alcanzan un extraordinario desarrollo, mientras todo el resto del cuerpo sufre por falta de nutrición. Ante todo, la estatura permanece detenida; casi todos los mineros tienen cuerpos mezquinos, excepción hecha de los del Warwickshire y del Leicestershire, que trabajan en especiales condiciones favorables. La pubertad, tanto entre los muchachos como entre las muchachas, está retardada; en los primeros, a menudo, hasta los 18 años; al comisario Symons se presentó un muchacho de 19 años que, excepción hecha de los dientes, tenía el desarrollo de un muchacho de 11 o

12 años. Esta Prolongación de la edad infantil no es más que una muestra del desarrollo detenido, y no deja, en la mayor edad, de traer sus consecuencias. Torcedura de las piernas, encorvadura de las rodillas, pies doblados hacia afuera, desviación de la espina dorsal y otras desfiguraciones, se encuentran a menudo en estos casos, y en constituciones debilitadas, a consecuencia de la posición casi siempre forzada del cuerpo durante el trabajo, y tan frecuentes son, que tanto en Yorkshire y en el Lancashire como en Northumberland y Durham muchos afirman que puede conocerse un minero entre 100 personas, por la conformación de su cuerpo. Las mujeres sufren especialmente por este trabajo, y puede decirse que nunca son como las demás.

Se ha atestiguado también que las deformaciones de la pelvis y partes contiguas, dolorosas y a veces mortales, derivan del trabajo de las mujeres en las minas. Además de estas lesiones locales, los mineros sufren todavía una serie de enfermedades especiales, que coinciden más o menos con las de los otros obreros de minas, y que son una consecuencia del modo de trabajo. Ante todo, sufre el bajo vientre; cesa el apetito; se presentan, en el mayor número de los casos, dolores de estómago, vómitos, náuseas, también sed ardiente, que puede ser saciada solamente con el agua sucia y a veces tibia de la mina; el acto de la digestión está trastornado, y las otras enfermedades se suceden fácilmente. Enfermedades del corazón, especialmente hipertrofia, inflamaciones del corazón y del pericardio, contracciones aurículoventriculares y del comienzo de la aorta, han sido denunciados como males frecuentes entre los mineros y explicadas fácilmente por el exagerado trabajo. Lo mismo dígase de las lesiones casi generales, que son consecuencia directa del esfuerzo muscular desorbitado. En parte por esta misma causa, en parte debido a las condiciones de la atmósfera (las que podrían evitarse fácilmente) de las galerías llenas de polvo, mezclado con anhídrido carbónico y grisú, derivan una cantidad de enfermedades crónicas dolorosas y peligrosas, especialmente el asma, que, en algunos distritos, sufre la mayor parte de los mineros cuando tienen cuarenta y aun treinta años, y los hace incapaces para el trabajo en poco tiempo.

En los que trabajan en las galerías húmedas la opresión del pecho se presenta, naturalmente, mucho antes; en algunas localidades de Escocia, entre los veinte y treinta años, tiempo en que los pulmones atacados por inflamaciones son muy sensibles. Una enfermedad propia de este trabajo es el esputo negro (*black spittle*), que proviene de la penetración del carbón fino en los pulmones, y se manifiesta, en general, con debilidad, dolores de cabeza, opresiones del pecho y expectoración negra y densa de mucosas. En algunas localidades este mal aparece en forma benigna; en otras, como en Escocia, es del todo incurable; los síntomas son numerosos: una respiración breve y silbante, pulsaciones rápidas (más de 100 en un minuto) y una tos quebrada aumentan el enflaquecimiento y la debilidad, y al poco tiempo los pacientes son ya incapaces para el trabajo. En todos los casos, este mal acarrea tras de sí la muerte. El Dr. Madellar, de Pencaithland, East-Lothian, afirma que en todas las galerías que están bien ventiladas no se presenta esta enfermedad, mientras a menudo, los obreros que pasan de las galerías bien ventiladas a las mal ventiladas, son atacados. La sed de ganancia de los propietarios de minas, que omiten la construcción de los pozos de ventilación, es culpable de la insistencia de esta enfermedad. Los reumatismos, excepción hecha del Warwickshire y del Leicestershire, son una afección común de los obreros, y provienen de que los locales de trabajo, a menudo, están mojados. El resultado de todas estas enfermedades es que, en todos los distritos sin excepción, los mineros envejecen rápidamente y después de los cuarenta años (la edad varía en los diferentes distritos) son incapaces para el trabajo. Sucede rara vez que un minero, después de los cuarenta y cinco o cincuenta años pueda seguir trabajando. A los cuarenta años se reconoce generalmente, estos obreros empiezan a entrar en la vejez. Esto es válido para los que extraen el carbón; los cargadores que deben

levantar pesados bloques de carbón en los cofines, envejecen a los veintiocho o treinta años. A propósito de esto, en los distritos carboníferos, hay un dicho: los cargadores envejecen cuando aún son jóvenes. Se comprende de por sí que esto es una vejez precoz, y raro es entre ellos el hombre que llega a los sesenta años; aun en Staifordshire del sur, donde las galerías son relativamente sanas, solamente algunos pocos alcanzan los cincuenta años de edad.

En esta vejez precoz de los obreros encontramos, como en las fábricas, la causa de incapacidad para el trabajo de los padres, que deben ser mantenidos por sus hijos, todavía demasiado jóvenes. Resumiendo, una vez más, brevemente, los resultados del trabajo en las minas del carbón, encontramos, concordando con uno de los comisarios, el Dr. Soutohwood Smith, que, por una parte, por el alargarse de la edad infantil y, por otra parte, a causa de la vejez precoz, la época de la vida en que el hombre está en plena posesión de sus fuerzas, la edad viril aparece notablemente acortada y disminuida la duración de la vida por una muerte prematura. ¡También esto se le debe a la burguesía!

Todo esto no es más que un término medio de las condiciones de las minas inglesas. Existen algunas en las que esto es peor, (especialmente aquellas donde se explotan filones raros de carbón). El carbón costaría demasiado caro, si se quisieran sacar del depósito carbonífero, aunque fuese en parte, los extractos de arcilla y de arena que están adheridos al carbón; por tanto, los propietarios lo hacen desenterrar, y las galerías altas de 4, 5 y más pies se vuelven tan bajas, que ya no es posible permanecer derecho. El obrero permanece inclinado sobre el costado, extrayendo el carbón con el pico, mientras apoya el codo como sostén. Por esto se produce la inflamación de la cintura, y en los casos en que debe arrodillarse, la inflamación de las rodillas.

Las mujeres y los muchachos que deben acarrear el carbón a través de las galerías bajas se arrastran sobre las manos y los pies con una cota y una cadena que, en muchos casos, pasa entre las piernas y está unida al cofín, mientras otro, con la cabeza y con las manos, empuja desde atrás. La opresión de la cabeza produce irritación local, hinchazones dolorosas y abscesos. En muchos casos las galerías están mojadas, de manera que los obreros deben arrastrarse a través del agua sucia y salobre, alta de varias pulgadas, acarreándoles esto la irritación de la piel. Puede fácilmente imaginarse cómo, por tan horrendo trabajo de esclavos, se favorecen las enfermedades propias de los mineros. Y no son, todavía, todos los males a que está sujeto el minero. En todo imperio británico no hay ningún trabajo en el que se pueda, tan fácilmente, perder la vida.

La mina de carbón es el teatro de un conjunto de desgracias de las más terribles, y éstas se producen, exclusivamente, a causa del egoísmo burgués. El grisú, gas que se forma a menudo en las galerías, produce, al mezclarse con el aire, una combinación explosiva que se enciende al contacto de una llama y mata a quien se encuentre próximo.

Tales explosiones se producen aquí y allá todos los días; el de setiembre de 1844 ocurrió una en Haswell Golliery (Durham) que mató a 96 personas. El anhídrido carbónico, que se desarrolla también en cantidad, yace en las localidades profundas de las minas, a menudo hasta la altura del hombre, y ahoga al que envuelve. Las puertas que separan las diferentes partes de la galería debieran impedir la expansión del gas, pero como se encarga la vigilancia de estas puertas a pequeños niños, que a veces duermen y las olvidan, esta precaución es ilusoria. Mediante una buena ventilación de las galerías, por medio de los pozos de aire se impediría la acción nociva de los dos gases, pero el burgués no quiere desembolsar dinero para hacer esto y ordena al obrero utilizar la lámpara Davy, la que le es completamente inútil por su escasa luz, y él cambia de buen grado por una simple vela. Entonces ocurre la explosión; la causa es la negligencia del obrero, aunque el burgués hubiera podido hacer casi imposible toda explosión mediante una buena ventilación.

Todavía más: a cada momento cae una galería, en parte o del todo sepulta a los obreros y los destroza; el interés del burgués es que los filones sean excavados en el mayor número posible y de esto deriva tal género de desgracias. Los ascensores con los que los obreros son conducidos a los pozos están, a menudo, en malas condiciones y se rompen, precipitando a estos infelices, que quedan destrozados. Todas estas desgracias (me falta espacio para cada ejemplo particular) matan anualmente, según el *Mining Journal*, alrededor de 1.400 vidas humanas. El *Manchester Guardian* trae, solamente del Lancashire, dos o tres por semana. En casi todos los distritos hay jurados para la inspección de los cadáveres en las desgracias que suceden en las minas, y donde no hay tal jurado procede la plaga de la costumbre, de modo que el veredicto reza: “*Muerte accidental*”.

El jurado, por lo demás, se preocupa poco del estado de las galerías, porque nada entiende de eso. Pero el *Ch. E. Rept.* duda en considerar responsables a los propietarios de las minas por estas desgracias.

En lo que se refiere a la instrucción y a la moralidad la población minera, según el *Ch. E. Rept.*, en Cornwall debe ser bastante buena y en Alston Moor excelente; por el contrario, en los distritos carboníferos el nivel de instrucción es muy bajo. La gente vive en el campo, en sitios olvidados, y cuando realiza su penoso trabajo nadie se preocupa por ella, fuera de la policía. De esto y de la tierna edad en que los niños son enviados a trabajar, resulta que su educación queda completamente descuidada. Las escuelas semanales no están abiertas para ellos; las escuelas nocturnas y dominicales son ilusorias, pues los maestros no sirven para nada. Pocos muchachos saben leer y menos aún escribir.

Según cuanto dice el comisario, ellos solamente se preocupaban de su salario, demasiado pequeño para su trabajo duro y peligroso. Nunca van a la iglesia; los pastores se quejan de su irreligiosidad. Encontramos, entre los muchachos, una ignorancia de las cosas religiosas y de otros temas, frente a la cual los ejemplos que hemos citado, de los distritos industriales, son poca cosa. Las categorías religiosas son conocidas para ellos solamente por las blasfemias. Su moralidad está destruida por el trabajo. No hay duda de que el recargo de trabajo de los mineros produce necesariamente la pasión de la bebida. Se puede pensar cómo serán las relaciones sexuales en esas minas, donde trabajan mujeres, hombres y muchachos, en muchos casos casi totalmente desnudos, en esas galerías oscuras y solitarias. El número de los hijos ilegítimos, que es aquí extraordinario, habla claramente de lo que sucede entre esta población semisalvaje, pero prueba, al mismo tiempo, que el comercio sexual ilegítimo no ha descendido, como en las ciudades, hasta la prostitución. El trabajo de las mujeres tiene las mismas consecuencias que hemos visto al hablar de las fábricas: desintegración de la familia e incapacidad de la madre para desempeñar las tareas domésticas.

Cuando fue llevado ante el parlamento el *Ch. E. Rept.*, lord Ashley se apuró a proponer un *bill* por el que era prohibido el trabajo de las mujeres en las minas y se limitaba el de los muchachos. El *bill* se aprobó, pero ha seguido siendo letra muerta en la mayor parte de las localidades, porque no se nombraron inspectores de las minas que vigilaran su aplicación.

La ley se elude fácilmente en los distritos de campo donde existen minas. No debe asombrarnos que el año pasado se hiciera, al ministro del interior, la denuncia oficial, por parte de la unión de los mineros, de que en las minas del ducado de Hamilton, en Escocia, trabajaban más de 60 mujeres y que el *Manchester Guardian* refiriera una vez, si no me equivoco, que cerca de Wigan una muchacha murió en una mina a causa de una explosión; nadie se preocupó de que se aclarara esta ilegalidad. En algunos casos particulares se ha puesto remedio a estas cosas, pero, en general, la vieja situación ha continuado siendo la misma.

Estas no son todas las penurias que deben soportar los mineros. La burguesía, no contenta con arruinar su salud, poner en peligro su vida y quitarles toda ocasión de educarse, los explota todavía con el *truck-system*, que no es una excepción, sino un sistema implantado de la manera más directa. Además, el *cottage-system*, que es generalmente una necesidad, es aquí usado para una mejor explotación de los obreros. Agréguese a esto los engaños de toda clase. Mientras el carbón es vendido según el peso, el salario del obrero es calculado de acuerdo con la medida, y si su cesto no está del todo lleno, no recibe ningún salario, mientras no se le paga ni un centésimo si pasa de la medida. Si en el cesto hay más de una cierta cantidad de arena, lo que más que del obrero depende de la formación de los filones de carbón, no sólo no se paga todo el salario, sino que el obrero incurre en una multa. El sistema de las penas en dinero es explotado tan bien en las minas, que no hace mucho un pobre diablo, que ha trabajado toda la semana y va a recibir su salario, oye del capataz (que castiga a placer y sin advertir al obrero) ¡que no le espera salario alguno y que debe pagar tanto y tanto de multa! El capataz tiene poder absoluto sobre el salario, apunta el trabajo entregado y puede pagar al obrero lo que quiera.

En algunas minas, donde se paga según el peso, se usan pesas falsas, que nunca son verificadas por ninguna autoridad pública; en una mina había una ordenanza por la que el obrero que quisiera reclamar por la falsedad de las pesas, *¡debía advertir, con tres semanas de anticipación, al capataz!* En muchas localidades del norte de Inglaterra se acostumbra tomar los obreros por un año; ellos se obligan, durante ese tiempo, a no trabajar para ningún otro; pero el propietario no se obliga a darles trabajo, de modo que a menudo están desocupados meses enteros, y si buscan trabajo en otra parte son detenidos y encerrados durante seis semanas, por haber descuidado el servicio. En otros pactos se asegura a los obreros trabajo por 14 días hasta 26 chelines, pero no siempre se cumple; en otros distritos, los propietarios prestan a los obreros pequeñas sumas, ganadas a fuerza de servicios, con lo que el obrero queda ligado a ellos. En el norte es costumbre general retener el salario de una semana, para tener así segura la gente. Para que sea más completa la esclavitud de estos obreros, casi todos los jueces de paz de los distritos carboníferos son los patrones mismos de las minas, o los administradores, o sus amigos, y gozan en estas regiones pobres, donde hay pocos diarios (y también éstos al servicio de la clase dominante) y donde existe poca agitación política, de un poder ilimitado. Apenas es posible formarse una idea de cómo han sido tiranizados estos pobres mineros por jueces de paz, que sentenciaban, como árbitros, en causas propias.

Durante mucho tiempo, así permanecieron las cosas. Los obreros no veían, sino que estaban destinados a ser exprimidos hasta lo último. Pero, poco a poco, comenzó a nacer entre ellos, especialmente en los distritos de fábricas, donde se hacía sentir la influencia del contacto con los inteligentes obreros de fábrica, un espíritu de oposición contra la tiranía “de los reyes del carbón”. Empezaron a formar asociaciones y a abandonar de cuando en cuando el trabajo. En las partes más civilizadas, se unieron en cuerpo y alma con los cartistas. El gran distrito carbonífero de Inglaterra del norte, que estaba cerrado al movimiento industrial, quedó siempre atrás, hasta que después de muchas tentativas y esfuerzos, por parte de los cartistas y de los mismos mineros inteligentes, se despertó, en el año 1843, también allí el espíritu de resistencia.

Este movimiento comprendió a los obreros de Northumberland y de Durham, de modo que se pusieron a la cabeza de la unión general de mineros de todo el imperio, y nombraron “procurador general” a un cartista, el abogado W. P. Roberts, de Bristol, quien

EMPLOYMENT OF CHILDREN.

305. Fig. 18 represents the mode of putting backwards with the sled in the rut.

Coal Pit
Narrow
Passage
East of St.

Fig. 18



305. The boxes or carriages employed in putting are of two sorts, the *hutch* and the *slupe*; the *hutch* being an oblong square-sided box with four wheels, which usually runs on a rail; and the *slupe* is a wood-framed box, with a *slupe* and sled with iron at the bottom, holding from 2½ to 3 cent. of coal, adapted to the seams through which it is dragged. The lad or lass is harnessed over the shoulders and back with a strong leather girth, which behind is furnished with an iron hook, which attaches itself to a chain fastened to the coal-cart or *slupe*, and is thus dragged along. The dresses of these girls are made of coarse hempen stuff, (sacking), fitting close to the figure, the coverings to their heads are of the same material; little or no flannel is used, and their clothing, being of an absorbent nature, frequently gets completely saturated shortly after descending the pit, especially where the roofs are soft. (Ibid. 305; p. 308.)

307. Where the seams are narrow and the roof low, Children and Young Persons of both sexes drag on all-fours, like horses. In these seams the carriages called *slupes*, already described, are used: Fig. 19. The workings in these narrow



Fig. 19

seams are from 100 to 200 yards from the main-rail, and the passages through which they have to crawl with their loads do not exceed from 22 to 28 inches in height. "The danger and the difficulties," observes the Sub-Commissioner, "of dragging on roads, dipping from one foot in three to one foot in six, may be more easily conceived than explained; and the state which females are in after pulling like horses through these holes—their perspiration, their exhaustion, and very frequently even their tears, it is painful in the extreme to witness; yet, when the work is done, they return to it with a vigour which is surprising, considering how they inwardly hate it" (Ibid. 308; App. Pt. I. p. 300).—(3) the severity of the labour performed by young women in these pits, the account of her work given by Margaret Hipps (fig. 19), may serve as an example.

Margaret Hipps, seventeen years old, putter, Sney Hagg Colliery, Scitlingshire: "My employment, after reaching the wall-face, is to fill a bag, or *slupe*, with 2½ to 3 cent. of coal. I then hook it on to my chain, and drag it through the seam, which is 25 to 28 inches high, till I get to the main-rail—a good distance, probably 200 to 400 yards. The pavement I drag over is wet, and I am obliged at all times to crawl on hands and feet with my legs hung to the chain and ropes. See fig. 19. It is not sweating and very fatiguing work, and frequently maims the wretches." (Ibid. 308; App. Pt. I. p. 300).—[Sub-Commissioner: "It is almost incredible that human beings can submit to such employment, crawling on hands and knees, harnessed like horses, over soft slushy floors more difficult than dragging the same weights through our lowest common-sewers, and more difficult in consequence of the inclination, which is frequently one in three to one in six." Ibid. 311.—See also witnesses, Nos. 102, 231, 235, 262, 302.]

308. Another form of severe labour, to which Children of eight years of age and upwards are put, is that of pumping water in the pits.

Abigail Gray, ten years old, water-pump-boy, New Craghead Colliery, Inveresk.

ya se había distinguido en anteriores luchas de los artistas. La Unión se agrandó rápidamente; por todos lados se nombraron agentes, hubo reuniones y se inscribieron muchos miembros; en la primera conferencia de delegados de Manchester, en enero de 1844, los miembros eran más de sesenta mil; en la segunda, en Glasgow, medio año después, eran ya cien mil. Se trataron todos los intereses de los mineros y se tomaron resoluciones sobre los paros. Fueron fundados varios periódicos (especialmente interesante la revista mensual *The Miner's Advocate* de Newcastle-upon-Tyne). que defendían los derechos de los obreros.

El 31 de marzo de 1844, en Northumberland y Durham, caducaban los contratos de servicio de todos los mineros. Se hicieron hacer un nuevo contrato por Roberts, en el que pedían: 1) Pago según el peso y no según la medida; 2) Control del peso mediante pesas y balanzas aprobadas por el inspector público; 3) Tiempo de servicio de seis meses; 4) Abolición del sistema de las multas y pago real del trabajo cumplido; 5) Obligación del propietario de garantizar, a los obreros que se encuentren a su servicio exclusivo, por lo menos cuatro días de trabajo a la semana, o el salario de cuatro días. Este contrato fue enviado a los reyes del carbón y nombrada una comisión para tratar con ellos; pero respondieron que para ellos la Unión no existía. que querían tratar con los obreros en particular y que no querían reconocer a la Unión. Los reyes del carbón presentaron otro contrato, que no quería saber nada con todos los puntos expuestos, y que, naturalmente, fue rechazado por los obreros. Con esto quedó declarada la guerra. El 31 de marzo de 1844, cuarenta mil mineros abandonaron sus picos y todas las minas de los dos condados quedaron vacías. Los fondos de estas asociaciones eran tan notables, que durante muchos meses cada familia pudo tener asegurados dos chelines y medio por semana. Mientras los obreros ponían a prueba, de tal modo, la paciencia de sus patrones, Roberts organizaba incansablemente el *turn-out* y la agitación, tenía reuniones, cruzaba Inglaterra a lo largo y a lo ancho, recolectaba ayuda para los huelguistas, predicaba la tranquilidad y la legalidad y dirigía una campaña contra los jueces de paz despóticos y los *trucmeister*, como nunca se había visto en Inglaterra. Esto había comenzado a principios de año. En cualquier lugar donde hubiese sido condenado un minero por el juez de paz, Roberts se procuraba, en el *Queens-Bench* (tribunal) un hábeas corpus, llevaba sus clientes ante la Corte de Londres y obtenía su libertad. Así, el juez Williams, del *Queens-Bench*, el 13 de enero ponía en libertad a tres mineros condenados por jueces de paz de Bilston (Staffordshire del sur); el delito de esta gente era haberse negado a trabajar en un lugar amenazado de desmoronamiento ¡y que antes de que pudieran llegar ya se había hundido!

El juez Patterson, en un caso anterior, había absuelto a seis obreros, de modo que el nombre de Roberts comenzó a ser, poco a poco, temido por jueces de paz propietarios de minas.

En Preston estaban presos cuatro clientes suyos. Roberts se puso en camino, la primera semana de febrero, para examinar el asunto de cerca, pero al llegar se encontró con que los condenados habían sido liberados *antes* de terminar su condena. En Manchester había siete presos; Roberts obtuvo del juez Wightman el hábeas corpus y la absolución completa. En Prescott estaban en la cárcel nueve mineros, que esperaban ser juzgados, y a los que se acusaba de haber perturbado el orden en St. Helens (Lancashire del sur); en cuanto llegó Roberts, fueron puestos en seguida en libertad. Todo esto sucedía en la primera mitad de febrero. En abril, Roberts libró del mismo modo a un minero de la prisión de Derby, cuatro de la Makefield (Yorkshire) y cuatro de la de Leicester. Las cosas anduvieron por un tiempo tan bien, que los "*Dogberries*", como se los llamaba, según el tipo descrito por Shakespeare en su comedia *Tanto ruido para nada*, conquistaron un poco el respeto.

Otro tanto sucedió con el *truck-system*. Roberts llevó ante el tribunal a estos propietarios sin honor, uno tras otro, y obtuvo contra ellos una condena de los jueces de paz. Tal temor cundió entre ellos ante ese enérgico procurador general, que apareció por todos lados al mismo tiempo, que en Belper, cerca de Derby, una firma que usaba el *truck* hizo colocar a su llegada el siguiente aviso:

“Aviso. Administración de las minas de Pentrich.

“Los señores Haslam creen necesario hacer saber (para prevenir cualquier engaño) que toda persona, ocupada por ellos, recibirá el salario en dinero y que podrá gastarlo donde y como quiera. El que compre los artículos en el negocio de los señores Haslam podrá obtenerlos a los precios al por mayor; no se exige que se compre en este negocio; se entregará a toda persona el mismo salario y se le dará el mismo trabajo, de modo que pueda comprar en éste u otro negocio.”

Tal triunfo produjo la mayor alegría entre toda la clase obrera inglesa y la Unión se engrosó con una cantidad de miembros nuevos. Mientras tanto, continuaba la huelga del norte. No trabajaba nadie, y Newcastle, puerto principal para la exportación del carbón, estaba tan desprovisto que se lo debió traer de las costas carboníferas de Escocia, aun cuando en inglés *to carry coals to Newcastle* (llevar carbón a Newcastle) sea como entre los griegos llevar lechuzas a Atenas, esto es hacer una cosa del todo superflua. Al principio, mientras había fondos en la Unión, todo anduvo bien, pero en el verano la lucha se agravó para los obreros. Dominaba entre éstos la mayor miseria: no tenían dinero, porque las contribuciones de los obreros de las otras ramas de la industria, en Inglaterra, no eran suficientes para el gran número de huelguistas; tuvieron que sacar mercaderías a crédito en las tiendas; toda la prensa, a excepción de los pocos diarios proletarios, estaba contra los obreros; los pocos, entre la burguesía, que tenían bastante sentido de la justicia como para haber podido ayudar a los huelguistas, no conocían más que mentiras sobre la huelga, leídas en las hojas venales de los liberales y conservadores; partió para Londres una delegación de doce mineros, que recolectó allí una suma, escasa, sin embargo, para la gran masa que necesitaba socorro; no obstante todo esto, los mineros se mantuvieron firmes, y lo que es más, tranquilos y pacíficos frente a las provocaciones y la hostilidad de los propietarios y sus fieles sirvientes. No se ejerció ningún acto de venganza, no se maltrató a ningún traidor, ni fue cometido ningún hurto. La huelga había durado ya cuatro meses, y los propietarios no tenían ninguna perspectiva de vencer. Les quedaba todavía un camino abierto: se acordaron del *cottage-system*; se dieron cuenta de que las casas de los rebeldes eran de su propiedad. En julio se les intimó el pago del alquiler, y en una semana los cuarenta mil fueron puestos en la calle. Esta medida fue ejecutada con una barbarie indignante. Enfermos y débiles, viejos y lactantes, hasta las mujeres parturientas, fueron sacados de sus lechos sin miramientos y puestos en la calle. Un agente se creyó en la obligación de arrastrar fuera de la cama, por los cabellos, a una mujer en extremo grado de debilidad.

Militares y agentes de policía, en cantidad, estaban prontos, al primer signo de resistencia, y a la primera señal de los jueces de paz acosaban a los que debían sufrir este brutal procedimiento. Los obreros soportaban, sin embargo, sin moverse. Se había creído que ellos usarían la violencia, y se trataba por todos los medios de irritarlos, para tener un pretexto y poner fin a la huelga mediante los soldados; los mineros sin techo recordaban las exhortaciones de su procurador, permaneciendo tranquilos, mientras colocaban silenciosamente sus muebles en la llanura pantanosa o sobre los campos en mies. Algunos que no sabían adónde ir, acamparon en las calles, otros sobre terrenos ajenos, por lo que se les iniciaron juicios por haber producido “daños por el importe de medio penique” y condenados a pagar una esterlina, que, como no la tenían, debían pagar con trabajos forzados. Así, los huelguistas, por ocho y más semanas, vivieron en la humedad del

verano del pasado año (1844) bajo el libre cielo, con sus familias, sin otro techo, para sí y sus hijos, que las cortinas de sus lechos, y sin otra ayuda exterior que la de la Unión y el crédito de los tenderos, que ya se iba agotando. Agréguese que lord Londonderry, que posee importantes minas en Durham, amenazó a los dueños de tiendas “de su ciudad” (Seaham) con su cólera, si continuaban dando crédito “a sus” desobedientes obreros. Este “noble” lord fue el Arlequín de todo el *turn-out* por los ucases ridículos, ampulosos y mal escritos, que lanzaba de tiempo en tiempo a los obreros, sin otro efecto que la hilaridad de la nación¹⁰¹.

Como ya nada les daba resultado, los propietarios, con grandes gastos, hicieron venir de Irlanda y de las partes lejanas de Gales, donde no había aún movimiento obrero alguno, gente para trabajar en sus minas, y al provocar así la competencia entre los obreros, quebraron la fuerza de los huelguistas. Los propietarios los obligaron a desafiliarse de la Unión y abandonar a Roberts, aceptando las uniones dirigidas por ellos. De tal manera, a fin de setiembre terminó la gran lucha de cinco meses contra los propietarios, una lucha que, de parte de los oprimidos, fue conducida con tal tenacidad, con tal coraje, con tal inteligencia y reflexión, que provocó la más alta admiración. ¡Qué grado de verdadera educación humana, de elevación y fuerza de carácter, supone una lucha semejante, en una masa de cuarenta mil hombres, que, sin embargo, todavía en 1840, eran descritos por el *Ch. E. Rept.* como groseros y sin costumbres! ¡Qué brutal ha de haber sido la opresión, que llevó a estos cuarenta mil hombres a levantarse como uno solo, como un ejército, no sólo disciplinado, sino entusiasta, con una sola voluntad para continuar la lucha con la mayor sangre fría y orden, hasta el punto en que toda ulterior resistencia hubiera sido una locura!

Si una lucha así (no contra enemigos visibles mortales, sino contra el hambre y la necesidad, la miseria y la falta de techo, contra las pasiones provocadas hasta la locura, por la brutalidad de los ricos) se hubiese llevado violentamente, ellos, los sin defensa, habrían sido fusilados en masa, y un par de días habrían decidido la victoria de los propietarios.

Una vez más, los obreros, no obstante su tenacidad sin par, se doblegaron a la fuerza de los capitalistas. Pero sus esfuerzos no fueron vanos. Ante todo, ese *turn-out* de diecinueve semanas sacó para siempre a los mineros del norte de Inglaterra de la muerte intelectual en que hasta entonces habían vegetado. Dejaron de ser indiferentes, se volvieron alertas para su interés y se unieron al movimiento del progreso, pero especialmente al movimiento obrero. El *turn-out*, que, en primer lugar, demostró toda la barbarie de los propietarios contra el movimiento obrero, estableció para siempre la oposición obrera, y a él se deben las tres cuartas partes del número de los cartistas, y esta conquista de treinta mil individuos, tan enérgicos y probados, fue para los cartistas de gran valor. La perseverancia y la legalidad de todo el *turn-out*, unidas a la activa agitación que lo acompañó, atrajeron la atención pública sobre los mineros. En ocasión de los debates sobre el impuesto a la exportación del carbón, Thomas Duncombe, que era el único diputado cartista de la Cámara Baja, habló en el parlamento sobre la condición de los mineros, leyó en alta voz sus peticiones y obligó con su discurso, aun a los diarios de la burguesía, a dar una versión exacta del asunto, por lo menos a través de las discusiones parlamentarias. En seguida después del *turn-out* ocurrió la explosión de Haswell; Roberts se dirigió a Londres, pidió audiencia a Peel, insistió (como representante de los mineros) en una investigación a fondo de aquel caso y obtuvo que las primeras notabilidades geológicas y químicas de Inglaterra, los profesores Lyell y Faraday, fueran encargados de trasladarse al lugar del hecho.

¹⁰¹ (1892) Nada nuevo bajo el sol, por lo menos en Alemania. Nuestros “re Stumm” no son otra cosa que copias de originales ingleses, ya hace mucho tiempo olvidados, e imposibles actualmente en su patria.

Siguieron todavía muchas explosiones, y las actas de Roberts fueron puestas nuevamente ante el primer ministro y éste prometió, en la próxima sesión (la de 1845) proponer, donde fuera posible, medidas necesarias para la protección de los obreros. No se habría conseguido esto si los miembros no hubieran probado, con la huelga, ser hombres amantes de la libertad y valerosos, y si no hubieran contratado a Roberts.

Apenas se supo que los mineros del norte se habían visto obligados a dejar la Unión y a abandonar a Roberts, los mineros del Lancashire formaron una Unión de cerca de diez mil obreros y garantizaron a su procurador un sueldo de 1.200 libras anuales. En el verano del año pasado, recolectaron más de 700 libras mensuales, de las cuales 200 fueron gastadas en sueldos, gastos de la justicia, etc. y el resto en gran parte para ayuda a los obreros huelguistas, cierto número de los cuales estaban sin pan y otros habían dejado su trabajo por disensiones con los propietarios. De tal manera los obreros se dan cuenta, cada vez más, de que unidos son una fuerza respetable y de que, en caso de necesidad, podrán afrontar la fuerza de la burguesía. Y esta conciencia, que es la ventaja de todos los movimientos obreros, se formó en parte en los mineros de Inglaterra por la Unión y el *turn-out* de 1844. En poco tiempo desaparecerá la distinción que persiste, a favor de los obreros industriales, y los mineros del imperio podrán ponerse a su lado en todas las circunstancias. De tal modo, un poco cada vez, va cediendo el terreno bajo los pies de la burguesía, hasta que todo el edificio político y social se vendrá abajo, junto con la base sobre la que reposa.

Pero la burguesía no se deja amonestar. La insubordinación de los mineros la amargó todavía más; en lugar de ver en ello un progreso del movimiento obrero, en vez de enmendarse, la clase poseedora encontró sólo motivo de cólera contra una clase de hombres, bastante loca para no declararse de acuerdo con el tratamiento hasta ahora recibido. Vio, en las justas demandas de los que nada tenían, sólo un insolente descontento, una absurda rebelión “contra el orden divino y humano” y, en el caso más favorable, un éxito, que debía reprimirse con toda la fuerza, “de demagogos malintencionados, que viven en la agitación y son demasiado perezosos para trabajar”. Trató de presentar, naturalmente sin éxito, a hombres como Roberts, o los agentes de la Asociación, como embrollones y vivos, que a los pobres obreros les sacaban del bolsillo hasta el último centavo.

Si la clase poseedora está afectada por tal insensatez, si se ciega por una ventaja momentánea, porque ya no tiene ojos para ver las señales evidentes del tiempo, se han perdido todas las esperanzas de una pacífica solución de la cuestión social en Inglaterra. Única vía de salida posible, resulta la revolución violenta, que ciertamente no ha de tardar.

El proletariado agrícola

En la introducción hemos visto cómo, al mismo tiempo que la pequeña burguesía y el bienestar de los obreros, se arruinó también la clase de los pequeños propietarios terratenientes; cómo, mientras se disuelve la unión del trabajo industrial y agrícola, se ponen simultáneamente en grandes arriendos los campos que quedaron libres y cómo los pequeños agricultores fueron echados de la tierra, por la preponderante competencia de la economía en grande. En vez de ser, como hasta entonces, propietarios o arrendatarios, se vieron obligados a abandonar su economía y a servir como peones junto a los grandes arrendatarios o propietarios. Tales condiciones fueron, por cierto tiempo, soportables, si bien habían empeorado comparadas con las precedentes. El desarrollo de la industria mantuvo el equilibrio de la balanza, por el aumento de la población, hasta que, al fin, el progreso industrial comenzó a hacerse más lento y nuevos perfeccionamientos de las máquinas colocaron a la industria en la imposibilidad de absorber todo el excedente de la población que trabajaba en los distritos agrícolas. Desde ese momento, la miseria (que hasta entonces existía sólo en los distritos de fábricas y sólo de cuando en cuando) se presentó también en los distritos agrícolas. Sucedió, además, que fortuitamente cesó, al mismo tiempo, la guerra con Francia, que durara veinticinco años; la producción, disminuida en las plazas alcanzadas por la guerra, el bloqueo de los transportes y la necesidad de proveer a los ejércitos ingleses en España, habían dado a la agricultura inglesa un aumento artificial y sustraído gran número de energías al trabajo. La paralización de los transportes, la necesidad de exportar y la falta de obreros, cesaron de golpe; la lógica consecuencia fue la *agricultural distress* (miseria agrícola).

Los arrendatarios debieron vender el grano a bajo precio y por ello no podían pagar sino salarios bajos. Para mantener alto el precio del grano, en 1815 se aprobaron las leyes sobre los granos, que prohibían su importación, de modo que el precio del trigo subió a 80 chelines el quintal. Posteriormente estas leyes, como es natural, infructuosas, fueron todavía cambiadas, muchas veces, sin disminuir la miseria de los distritos agrícolas. Todo lo que lograron se resume así: la enfermedad, que se hubiera vuelto aguda por la libre competencia del extranjero y tenido su crisis, se hizo crónica y produjo una opresión, proporcionalmente, más áspera en la condición de los obreros agrícolas.

En los primeros tiempos, que siguieron al surgimiento del proletariado agrícola, se desarrolló la condición patriarcal, que fue destruida a favor de la industria, la misma condición de los agricultores frente a sus peones (siervos agrarios, *ackerknechten*), como todavía subsiste casi en todas partes de Alemania. Mientras duró esa situación, la miseria se presentó rara vez entre los obreros; los peones participaban de la suerte del arrendatario y sólo eran abandonados en el peor caso. Ahora es otra cosa. Los trabajadores están casi todos a jornada y son ocupados por los arrendatarios cuando los necesitan. Por esto, a menudo y durante semanas enteras, especialmente en invierno, no tienen trabajo.

En el estado patriarcal, en el que los peones y sus familias habitaban en la granja del arrendatario y sus hijos crecían en ella, y el arrendatario, naturalmente, trataba de ocupar la generación crecida en su granja, y los jornaleros eran la excepción y no la regla, se encontraba en toda propiedad un número de obreros más grande que el estrictamente necesario. Por lo tanto, interesaba también al arrendatario disolver ese estado de cosas, sacar de la granja al campesino y convertirlo en jornalero. Esto sucede al fin del vigésimo año de este siglo, y, en consecuencia, adoptando una expresión de la física, se disolvió el

latente excedente de población, se rebajó el salario y crecieron enormemente los impuestos de los pobres. Desde ese momento, los distritos agrícolas se convirtieron en la sede principal del *pauperismo permanente*, como los de las *fábricas lo eran del alternante* [*variable* en otras versiones], y la transformación de las leyes sobre los pobres fue la primera medida que el poder público concibió contra la miseria creciente de las comunas agrícolas. Pero todavía hay que agregar que el continuo extenderse del sistema de la administración en grande, la introducción de las máquinas trilladoras y otras, en la agricultura, y el múltiple trabajo de las mujeres y los niños en los campos, tan general que por sus consecuencias fueron examinadas recientemente por una comisión oficial, dejaron desocupados a gran número de obreros. Vemos, pues, cómo también aquí se ha creado el sistema de la industria, por medio de la gran economía, al disolverse el estado patriarcal (que es aquí lo más importante) y con la introducción de las máquinas, del vapor y del trabajo de las mujeres y los niños, y cómo ha empujado, a la parte extrema y más estable de la humanidad trabajadora, al movimiento revolucionario.

Cuanto más había probado la agricultura su estabilidad, tanto más grave peso caía sobre el obrero, tanto más violenta se manifestaba la desorganización del antiguo nexo social.

La “superabundancia de población” se presentó a la luz del día y no fue posible, como en los distritos industriales, ocuparla para aumentar la producción. Se podían establecer siempre nuevas fábricas, si existían quienes adquirieran los productos, pero no se podían crear nuevos campos. La cultura de la tierra inculta era una especulación demasiado arriesgada, para que se pudieran distraer, después de la paz, muchos capitales. La consecuencia necesaria fue que la competencia de los trabajadores entre sí subió al grado máximo y el salario descendió al mínimo. Mientras existía la vieja ley sobre los pobres, los obreros eran socorridos con la caja de pobres; naturalmente, con esto, el salario caía aún más; entretanto, los arrendatarios trataban de endosar la mayor parte posible de los obreros a la caja de los pobres. El aumento de los impuestos sobre los pobres se hizo necesario por la población superabundante; creció, por lo tanto, aún más, y así la nueva ley sobre los pobres, de la que volveremos a hablar, se hizo necesaria. No por ello mejoraron las cosas. El salario no subió, la población superabundante no fue alejada y la ferocidad de las nuevas leyes sirvió sólo para exasperar al pueblo al grado máximo.

Igualmente, el impuesto sobre los pobres, que al principio disminuyó, después de pocos años alcanzó el mismo nivel anterior. El único resultado fue que, si antes eran asistidos de tres a cuatro millones de semi pobres, ahora se tenía un millón de pobres completos, y los otros, por el hecho de ser pobres a medias, quedaron sin ayuda. La miseria de los distritos agrícolas ha aumentado cada año. La gente vive en la mayor indigencia, familias enteras van tirando así, con seis, siete u ocho chelines por semana y, a veces, no tienen absolutamente nada. Escuchemos una descripción, que hace un miembro liberal del parlamento, del estado de esa población, ya en 1830: “Un campesino inglés (es decir, uno que trabaja en el campo a jornal) y un pobre inglés son sinónimos. Su padre era pobre y la leche de su madre no tenía fuerza nutritiva; desde chico ha recibido mala alimentación y fue siempre saciado a medias, y aún ahora, siente el tormento del hambre insatisfecha. Está vestido a medias, no tiene más calor que el necesario para cocer las magras comidas y el frío y la humedad entran en su casa con el cambio de tiempo, y salen cuando éste cambia.”

“Está casado; pero no conoce la alegría de esposo y de padre. Su mujer y sus niños hambrientos, raramente calentados, a menudo enfermos y sin ayuda, siempre llenos de preocupaciones. Y como él sin esperanza, son, como es natural, ávidos, egoístas y fastidiosos, en una palabra, él odia su vista (*hates the sight of them*) y retorna a su barraca sólo porque ésta lo preserva un poco más de la lluvia y del viento que un matorral. Debe

soportar a su familia, aunque no pueda; esto lo conduce a la mendicidad, a las maquinaciones familiares de todo género, y termina en la astucia refinada. Si tuviese la voluntad, le faltaría el coraje para convertirse, como otra gente enérgica, en cazador furtivo o contrabandista en grande; pero él roba ocasionalmente, y enseña a mentir y a robar a sus hijos. Su proceder, humilde y servil hacia sus ricos vecinos, muestra que lo tratan duramente y con suspicacia; de ahí que los teme y los odia, pero no les hará ningún mal de manera violenta. Está del todo depravado, está demasiado oprimido para tener la fuerza de la desesperación. Su miserable vida es breve, el reumatismo y el asma lo llevan a la casa del trabajo (*workhouse*), donde exhalará su último suspiro sin un solo recuerdo grato y dejará el lugar para otro infeliz, que como él debe vivir y morir”.

Nuestro autor agrega, además, que fuera de esta clase de campesinos a jornal existe otra, un poco más enérgica y mejor física intelectual y moralmente; vive también en la miseria, pero no ha nacido en tal condición. Estos son los mejores miembros de la familia, pero los contrabandistas y los cazadores furtivos, que tienen a menudo conflictos sangrientos con los guardias forestales y con los agentes de aduana de las costas, frecuentemente, por las prisiones que a menudo constituyen su morada, se exacerban todavía más contra la sociedad, y en su odio contra los propietarios, son equiparables a la primera clase.

“Y, concluye, toda esta clase es llamada, por cortesía (*by courtesy*), valiente gente del campo (*gold peasantry of England*), según Shakespeare”¹⁰².

Hasta el día de hoy, tal descripción es buena para la mayor parte de los asalariados a jornal de los distritos agrícolas. El *Times* envió, en junio de 1844, un corresponsal a estas regiones, para informar sobre la condición de vida de esa clase, y el informe que dio concuerda completamente con lo citado. En algunas localidades el salario no sobrepasaba los seis chelines a la semana, así, no era más alto que el de muchas regiones de Alemania, mientras el precio de todos los artículos de primera necesidad es, en Inglaterra, por lo menos el doble que en Alemania. Qué clase de vida es la que lleva esta gente es fácil imaginarlo. El alimento es malo e insuficiente, los vestidos están destrozados y las habitaciones son estrechas y miserables; una pequeña y pobre cabaña. sin ningún confort, y para la gente joven, alojamientos donde hombres y mujeres no están casi separados, y que incitan a las relaciones ilegítimas. Un par de días desocupados por mes han de precipitar a estos trabajadores en la miseria más profunda. Además, no pueden asociarse para mantener alto el salario, porque viven separados. Si uno se niega a trabajar por un salario bajo, hay una docena de desocupados, o de compañeros de la casa de los pobres, que se alegran cuando se les ofrece el mínimo, mientras a aquel que se negó a trabajar la administración de pobres le rehúsa toda ayuda, salvo la odiada casa de los pobres, como si fuese un holgazán disoluto, que no sirve para nada; por otra parte, en la administración están también los arrendatarios, que son, con sus vecinos y compañeros de clase, los únicos que pueden darle trabajo.

Y no recibimos informes semejantes sólo de uno u otro distrito agrícola de Inglaterra; por el contrario, la miseria es igualmente grande al sur y al oeste, al norte y al este; la condición de los obreros, en Suffolk y en Norfolk, es similar a la del Devonshire, Hampshire y Sussex; el salario en Dorsetshire y en Oxfordshire, es tan bajo como en Kent y en Surrey, Buckinghamshire y Cambridgeshire.

Las leyes sobre caza constituyen una barbarie, que afecta particularmente al proletariado agrícola; estas leyes, en Inglaterra, son rigurosas como en ningún otro país, mientras la caza es abundantísima. El campesino inglés, que, según la costumbre antigua

¹⁰² E. G. Wakefield, M. P. *Swing inmasked, or the Cause of Rural Incendiarium*, Londres, 1831. Opúsculo. Lo que citamos está en las páginas 9-13; los pasajes que, en el original, se refieren a la vieja ley sobre los pobres, entonces todavía vigente, se han omitido en la traducción.

y el hábito, ve en la caza de contrabando sólo una noble y natural expresión de valor y de audacia, se exaspera todavía más ante el contraste entre su miseria y el cartel *est notre plaisir del lord*, que encierra centenares de liebres y de aves para su placer particular. El campesino tiende los lazos, cierra bien una parte del bosque; en el fondo, esto no daña al lord, que tiene de todo superabundantemente y que da al campesino un asado para él y su familia hambrienta. Si es descubierto, se lo envía preso; en caso de reincidencia, se lo tiene por lo menos siete años. De la rigurosidad de esta pena derivan los conflictos sangrientos con los guardias, de los que cada año muere un buen número. El oficio de guardabosque, pues, no es sólo peligroso, sino también difamante, y determina el aislamiento de quien lo ejerce.

En el curso del año sucedieron dos casos, en que los guardias se mataron de un balazo en la cabeza, antes de continuar su oficio. Este es el precio por el que la aristocracia terrateniente adquiere el noble placer de la caza; pero, ¿qué les importa esto a los nobles *lords of the soil*? si un par de “superfluos” vive o no, es del todo indiferente, y aunque la mitad de los “superfluos”. a consecuencia de las leyes sobre la caza, fueran puestos de lado, andaría mejor la otra mitad que queda; así razona la filantropía de la burguesía inglesa.

Pero, aunque la condición de los distritos agrícolas, las habitaciones aisladas, la estabilidad del ambiente y de las ocupaciones y, en consecuencia, también de las ideas, sean decididamente desfavorables a todo desarrollo, todavía la miseria da sus frutos aquí también. Los obreros de las minas y de las industrias sobrepasaron pronto el primer grado de la oposición contra el orden social, la rebelión directa mediante el delito; los campesinos se encuentran, todavía hoy, en este primer grado. Su modo preferido de guerra social es el incendio. En el invierno que siguió a la Revolución de Julio, en el invierno de 1830-31, estos incendios fueron, por primera vez, generales, después que ya a principio de octubre, en Sussex y condados vecinos, habían estallado desórdenes por la enérgica limpieza del litoral (por la cual el contrabando se hizo difícil, y el litoral, según la expresión de un arrendatario, se arruinó), a causa de las innovaciones en la administración de los pobres, del salario rebajado y de la introducción de las máquinas; todo el país estaba sublevado.

En el invierno, pues, a los arrendatarios les incendiaron el grano y el heno de los campos, los graneros y establos, bajo sus ventanas. Casi todas las noches ardía un par de tales hogueras, difundiendo el terror entre los arrendatarios y los propietarios de los fundos. Los autores rara vez fueron descubiertos, y el pueblo imputaba todos estos incendios a una sola persona, que llamaba *Swing*. Se rompieron la cabeza para saber quién pudiese ser este *Swing*, de dónde provenía esta rabia de los pobres de los distritos del campo; los menos pensaban (ninguno, ciertamente, en las regiones agrícolas) en la gran fuerza motriz la *miseria*, la opresión. Después de aquel año, los incendios retornaron cada invierno, en el período en que los asalariados a jornal estaban desocupados. En el invierno de 1843-44 los incendios fueron extraordinariamente frecuentes. Tenemos a la vista una serie de números de la *Northern Star* de aquel tiempo, que contienen, todos, noticias similares de incendios, con datos originales. No tengo los números completos de la serie de este semanario, pero en cada caso contiene un gran número de casos. Una hoja así no puede, por lo demás, darlos todos. *N. S.* 25 de noviembre de 1843: *dos* casos: se habla también de antecedentes similares. 16 de diciembre: en Bedfordshire, 14 días hay agitación general, a causa de frecuentes incendios, que se producían cada noche. En los últimos días se quemaron *dos* grandes granjas. En Cambridgeshin fueron incendiadas *cuatro* grandes granjas, en Aertfordshire una, y otros *quince* incendios tuvieron lugar en distintas localidades. 30 de diciembre: en Norfolk *uno*, en Suffolk *dos*, en Essex *dos*, en Hearts, tres, en Cheshire, *uno*, en Lancashire *uno*, en Derby, Lincoln y en el sur, *doce*

incendios. El 6 de enero de 1844, en total *diez*; el 13 de enero, *siete*; el 20 de enero, *cuatro* incendios. De entonces en adelante, cada semana había término medio de *tres* o *cuatro* incendios y no, como antes, sólo hasta la primavera, sino hasta julio y agosto; con la proximidad del período difícil de 1844-45 esta especie de delito tomó nuevo desarrollo, como lo prueban los diarios ingleses que han llegado, y las noticias de las hojas alemanas.

¿Qué dice el lector, frente a tal estado de cosas en los tranquilos distritos idílicos de Inglaterra? ¿Es o no la guerra social? ¿Es ése un estado natural y apto para perdurar? Los arrendatarios y los propietarios son tan estúpidos y obstinados, tan ciegos frente a todo lo que no produce dinero contante en los bolsillos, como los fabricantes y los burgueses en los distritos industriales. Si éstos prometen a sus obreros la salvación por la *supresión* de las leyes sobre los granos, los propietarios de tierras, y gran parte de los arrendatarios, prometen a los suyos el paraíso, con la *conservación* de las mismas. Pero en los dos casos los propietarios no consiguen ganar a los obreros para sus caprichos favoritos. Como los obreros de las fábricas, los asalariados del campo son indiferentes a la supresión o conservación de las leyes sobre los granos. Sin embargo, la cuestión es importante, tanto para los primeros como para los segundos. Por la abolición de las leyes sobre los granos es elevada a la cumbre la libre competencia, la moderna economía social; cesa todo desarrollo ulterior de las relaciones existentes, y el único progreso posible es la evolución radical del orden social. Para los asalariados agrícolas esto tiene importancia inmediata. La liberación de la importación de los granos implica (como no podré tratar aquí *extensamente*) la emancipación de los arrendatarios con respecto a los propietarios, en otras palabras, el cambio de los arrendatarios *tories* en liberales. Además, la Liga Contra las Leyes sobre los Granos (y éste es su único mérito) ha preparado ya un trabajo hábil. Si los arrendatarios se vuelven liberales, es decir, burgueses convencidos, los asalariados se hacen cartistas y socialistas, necesariamente; es decir, proletarios conscientes,

De una cosa nace la otra. Y que ya ahora, entre los proletarios agrícolas, comienza a hacerse valer un nuevo movimiento, lo prueba una reunión que el conde *Radnor*, propietario *liberal*, realizó en octubre de 1844, en *Higwort*, donde están sus bienes, para que se deliberase contra las leyes sobre los granos, y donde los obreros, apáticos frente a estas leyes, pidieron para sí otras cosas muy distintas, especialmente pequeños arrendamientos a bajo precio, y dijeron a la cara, al conde Radnor, amargas verdades de todo género.

El movimiento de la clase obrera penetra también en los distritos agrícolas abandonados, inmóviles, intelectualmente muertos. y se establecerá, por la miseria dominante, con rapidez, firmeza y vivacidad, como en los distritos industriales de las fábricas.

En lo que respecta al grado de religiosidad de los asalariados agrícolas, se puede decir que tienen más religión que los obreros industriales, si bien son muy contrarios a la iglesia; en estos distritos son, casi exclusivamente, adherentes a la *High Church* (iglesia protestante). Un corresponsal del *Morning Chronicle*, bajo el título “Uno que ha silbado detrás del arado”, informa sobre los distritos agrícolas visitados por él; cuenta, entre otras cosas, la siguiente conversación sostenida con muchos asalariados, sobre la iglesia: “Pregunté a uno de éstos si el predicador era su propio pastor (*yes blast him*, él es nuestro pastor, pide limosna de continuo, él ha pedido siempre limosna desde que lo conozco. (Había tenido lugar una prédica por las misiones entre los paganos.) Y desde que lo conozco, continuó otro, no he conocido un sacerdote que, por esto o por aquello, no pida limosna). Sí, dijo una mujer, que salía de la iglesia, ved cómo el salario baja, y ved los ricos vagabundos con quienes los curas comen y beben y van de caza. Así dios me ayuda, estamos obligados a ir a la casa de trabajo y padecer hambre, para mantener a los curas

que van en misión entre los paganos. -¿Y por qué, decía otra, por qué no mandan a los pastores, que todos los días barbotan en la catedral de Salisbury, para nadie, fuera de las piedras desnudas? ¿Por qué no se van con los paganos? -Ellos no van, continuó el viejo que había interrogado primero, porque son ricos, tienen más tierras de las que necesitan, quieren tener dinero para sacarse de encima a los curas pobres; yo sé lo que quieren, porque los conozco de hace tiempo. -Pero, buenos amigos, interrumpí yo, ¿vosotros salís de la iglesia, siempre, con esos sentimientos amargos contra los curas? ¿Por qué vais, sin embargo? -Tenemos que ir, dijo una mujer, si no queremos perder todo, el trabajo y todo; por eso vamos. - Vi más tarde que obtenían algunos privilegios si iban a la iglesia, en lo referente al combustible, y un poco de terreno para cultivar papas, ¡terreno que debían pagar!” Después de describir su miseria y su ignorancia, nuestro corresponsal termina: “Puedo asegurar que la condición de esta gente, su miseria, su odio contra la iglesia, su sumisión exterior, su íntima irritación contra los vendedores de milagros de la Iglesia, *son la regla en los distritos agrícolas de Inglaterra* y lo contrario sólo la excepción”.

Si la clase de los campesinos de Inglaterra, propiamente dicha, muestra las consecuencias sobre el estado de las comunas rurales, consecuencias que han producido un numeroso proletariado agrícola, concentrado en grandes propiedades, veamos ahora en Gales la disolución de los pequeños arrendatarios. Si las comunas agrícolas inglesas reproducen la contradicción entre los grandes capitalistas y los proletarios, la condición de los campesinos de Gales corresponde a la ruina progresiva de la burguesía de las ciudades. En Gales existen, en su mayoría, sólo pequeños arrendatarios, que no están en situación de vender sus productos agrícolas con igual beneficio y tan barato como los grandes y favorecidos arrendatarios ingleses, con quienes compiten en los mismos mercados. Además, la naturaleza del terreno permite, en muchos lugares, sólo el pasturaje, que es de poco beneficio, y por esto los habitantes de Gales, a causa de su zona apartada, en la que permanecen fijos, son mucho más estables que los arrendatarios ingleses. Pero, ante todo, la competencia entre sí y con los vecinos ingleses, y el aumento consiguiente del interés de los fundos, han hecho que ellos apenas puedan vivir, y puesto que no se percatan de las verdaderas causas de su mala situación, la buscan con todo género de peligros, con los altos peajes, etc., que detienen la formación de la agricultura y del comercio, pero que, a cada uno que toma un arrendamiento, le son calculados como cargas inherentes, y, en substancia, son pagados por los propietarios de las tierras. Además, la nueva ley sobre los pobres se ha hecho odiar profundamente, porque los arrendatarios mismos están siempre en peligro de caer bajo ella. En febrero de 1843, el descontento de los campesinos de Gales estalló en los conocidos desórdenes de Rebeca; los hombres se pusieron trajes de mujer, se ennegrecieron las caras, y en numerosas cuadrillas armadas sorprendieron las puertas que en Inglaterra representan los pasos de las barreras, las rompieron entre gritos de júbilo y disparos de fusil, demolieron las chozas de los recibidores, escribieron cartas amenazadoras en nombre de la fingida “Rebeca” y asaltaron, por fin, la Casa de Trabajo en Caenmarthen. Cuando fueron llamadas las tropas, y la policía fue reforzada, consiguieron, con extraordinaria habilidad, hacerlos extraviar; rompieron las puertas, mientras los militares, que de todos los montes recibían señales con el cuerno, marchaban en dirección opuesta, y finalmente, cuando las tropas fueron demasiado reforzadas, comenzaron con los incendios y las tentativas de homicidio.

Como siempre, estas grandes depredaciones pusieron fin al movimiento. Muchos desistieron por indignación, otros por temor, y la tranquilidad volvió de nuevo por sí misma.

El gobierno envió una comisión para hacer una investigación sobre lo acaecido y sus causas, y así terminó todo. La miseria de los campesinos continuó, y puesto que en las condiciones existentes de la sociedad no puede reducirse sino crecer, tales hechos se

reproducirán, en su oportunidad, más agravados que estas humorísticas mascaradas de Rebeca.

Si en Inglaterra se nos presenta, en sus resultados, el sistema de la gran administración, y en Gales el del pequeño arrendamiento, en *Irlanda* tenemos ante los ojos las consecuencias del parcelamiento de la tierra. La gran masa de la población irlandesa está formada de pequeños arrendatarios, que tienen en arriendo una miserable cabaña, sin división interior, y un pedazo de terreno para papas; tan grande, que en invierno les produce apenas el alimento necesario. Por la gran competencia que predomina entre estos pequeños arrendatarios, el rédito del terreno ha subido a un nivel inaudito, al doble, al triple del inglés. Por esto, todo asalariado agrícola a jornal busca volverse arrendatario, y aunque la división de la tierra haya aumentado mucho, subsiste todavía una gran masa de braceros que buscan un arriendo.

Aunque en Gran Bretaña se cultiven 32 millones de acres ingleses y en Irlanda sólo 14, aunque Gran Bretaña produzca anualmente 150 millones de esterlinas de productos agrícolas, e Irlanda sólo 36, sin embargo, en Irlanda hay 75.000 asalariados agrícolas a jornal, más que en las islas vecinas¹⁰³.

Cuán grande ha de ser, en Irlanda, la competencia por el terreno, resulta de esta extraordinaria proporción, especialmente si se tiene en cuenta que ya los asalariados ingleses viven en la más extrema miseria. La consecuencia de tal competencia es, naturalmente, un interés tan elevado del terreno, que a los arrendatarios no les es posible vivir mejor que los asalariados. De este modo, el pueblo irlandés es mantenido en una miseria deprimente, de la que no puede salir en las condiciones actuales. La gente vive en cabañas tan miserables, que poco difieren de los establos para los animales; en invierno, el alimento es más que insuficiente, o (como dice el informe) por treinta semanas, en un año, hay que quitarse el hambre a medias y nada durante las otras veintidós semanas.

En la primavera, llega la época en que la reserva se termina, o se vuelve incomible porque empieza a germinar, y entonces la mujer, con los hijos, va a pedir limosna y atraviesa el país con la ramita de té en la mano, mientras el marido, en seguida, después de la siembra, en el mismo radio o en Inglaterra, busca trabajo y vuelve a reunirse con su familia en la época de la recolección de las papas. En estas condiciones viven nueve décimas partes del pueblo irlandés. Los habitantes de Irlanda son pobres como las ratas, visten los andrajos más miserables y están en el grado más bajo de cultura posible en un país medio incivilizado. Según el informe citado, forman una población de ocho millones y medio, con 385.000 jefes de familia, en una total miseria (*destitution*), y según otros datos de Sheriff Alison¹⁰⁴, hay en Irlanda 2.300.000 hombres que no podrían vivir, sin la beneficencia pública o privada; por lo tanto, ¡el 27 por ciento de la población está formada por pobres!

Las causas de tal miseria residen en el orden social existente, y sobre todo en la competencia, que allí se presenta sólo en otra forma, en el parcelamiento del terreno. Se ha intentado descubrir otras causas; se cree que la razón de la miseria está en la posición del arrendatario frente al propietario, que arrienda sus fundos en grandes fracciones al arrendatario, quien, a su vez, tiene subarrendatarios, de modo que, a menudo, diez intermediarios están entre el propietario y el verdadero agricultor, y también en la ley perjudicial, que da al propietario el derecho, si su más próximo arrendatario no paga, de echar al verdadero agricultor, aun si éste paga su interés a quien le arrienda directamente el fundo. Pero esto se refiere sólo a la *forma* en que se presenta la miseria. Haced propietarios a los pequeños arrendatarios, ¿cuál será la consecuencia?

¹⁰³ Informe de la Comisión Sobre las Leyes de Pobres en Irlanda. Sesión parlamentaria de 1837.

¹⁰⁴ *Principles of Population*, vol. II.

La mayoría, aunque no tenga que pagar el arriendo, no podrá vivir de su campo, y si no mejora algo, volverá en pocos años a la situación anterior, por el continuo y rápido aumento de la población. A los que por esto se encontrasen en mejores condiciones, les crecerán los hijos, que de otro modo morirían en los primeros años, como consecuencia de la miseria y la falta de alimento. Por otro lado, se ha afirmado que la causa es la infame opresión del pueblo por parte de los ingleses. Ciertamente, esto es verdad, *en cuanto* que la miseria surgía prematuramente, pero no en el hecho general de que implantasen la miseria. O la iglesia de estado protestante, que es impuesta a la nación católica, reparte entre los irlandeses lo que les toma, no correspondiéndoles ni siquiera dos táleros *por cabeza*. Además, los diezmos están a cargo del *propietario de la tierra*, no del arrendatario, si bien éste lo paga; ahora (según el *act* de conmutación de 1838) lo paga directamente el propietario y por esto, tanto más, es computado en el arriendo, de modo que el arrendatario no está mejor que antes. Pueden alegarse aún centenares de causas, pero poco prueban. La miseria es una consecuencia necesaria de las presentes condiciones sociales y, fuera de éstas, sólo puede encontrarse una causa para la especie y el modo en que se presenta la miseria, pero no para la miseria misma. Que la miseria, en Irlanda, se presente así y no de otro modo, está en el carácter nacional del pueblo y en su desenvolvimiento histórico. Los irlandeses son un pueblo afín, por el carácter, con las naciones latinas, con los franceses y especialmente con los italianos.

Más arriba habíamos visto, tratados por Carlyle, los lados ingratos de su nacionalidad; escuchemos ahora a un irlandés, que tiene, por lo menos, algo más de derecho que Carlyle, prevenido a favor de la raza germánica: “Son inquietos e indolentes, (*indolent*); vigilantes e indiscretos, violentos, intolerantes y sin precisión; valerosos por instinto, arrojados sin mucha reflexión; prontos a vengar las ofensas y a perdonar, a trabar y renunciar amistades; provistos espléndidamente de inteligencia, parcamente de raciocinio”¹⁰⁵.

Entre los irlandeses domina el sentimiento y siempre la pasión; la inteligencia debe adaptarsele. Su naturaleza sensual e irritable no permite que se desarrollen la reflexión y la actividad tranquila y asidua; un pueblo así no es apto para la industria, tal como se ejerce ahora. Por esto, siguen dedicados a la agricultura en modestas proporciones. En las pequeñas parcelas, que aquí no resultaron artificialmente¹⁰⁶, como en Francia y sobre el Rhin, de la división de las grandes propiedades, sino que son antiquísimas, no, se podía pensar en un mejoramiento del suelo con capital invertido, pues, según los datos de Alison, se requerirían 120 millones de libras esterlinas, para llevar el suelo de Irlanda, al no muy alto grado de productividad del suelo inglés. La inmigración inglesa, que hubiera podido elevar el grado de cultura del pueblo irlandés, se ha contentado con la explotación brutal del mismo, y mientras los irlandeses, por su inmigración, han comunicado a la nación inglesa un fermento que dará en el futuro sus frutos, Irlanda, tiene poco que agradecer a la inmigración inglesa.

Las tentativas de la nación irlandesa para salvarse de la perdición consisten, por un lado, en delitos (a la orden del día en los distritos agrícolas y casi todos homicidios, especialmente frecuentes al sur y al oeste, contra los más próximos enemigos: los agentes de los propietarios o sus servidores obedientes, los intrusos protestantes, los grandes arrendatarios, cuyos bienes se componen de campos de papas, cultivados por centenares de familias, etc.); por otro lado, tales tentativas se producen en la agitación del *repeal* (autonomía).

¹⁰⁵ *The State of Ireland*, London 1807; second edition, 1821.-Opúsculo.

¹⁰⁶ (1882) Error. Después de la Edad Media, la pequeña agricultura fue la forma predominante de cultura. Las pequeñas granjas existían, por lo tanto, ya antes de la Revolución Francesa. Ésta sólo cambió la propiedad; tomó la propiedad a los señores feudales y la cedió directa o indirectamente a los campesinos.

De lo que se ha dicho, resulta claro que los irlandeses ignorantes han de ver en los ingleses su más próximo enemigo y el primer progreso, para ellos, está en la conquista de la independencia nacional. También es claro que la miseria no se puede anular con ningún *repeal*, pero con él puede llegarse a probar que la causa de la miseria irlandesa, que parece residir afuera, debe buscarse en casa. Si, por lo tanto, es necesaria la introducción efectiva del *repeal*, para llevar a los irlandeses a pensar así, dejo el asunto sin prejuizar. Hasta ahora ni el socialismo ni el cartismo han tenido éxito en Irlanda.

Cierro mis observaciones sobre Irlanda, porque la agitación por el *repeal*, en 1843, y el proceso de O'Connell, fueron la causa de que la miseria irlandesa fuera de más en más conocida en Alemania.

Hemos seguido, así, al proletariado de las islas británicas, en todas las ramas de su actividad, y en todas partes encontramos indigencia y miseria, por todas partes condiciones de vida inhumanas. Hemos visto, con el proletariado, nacer, crecer, formarse, organizarse el descontento; hemos visto las luchas abiertas, cruentas e incruentas, del proletariado contra la burguesía. Hemos estudiado los principios que determinan el destino, las esperanzas y temores de los proletarios y hemos encontrado que no hay ninguna perspectiva de mejoramiento de su condición. Hemos tenido, aquí y allá, la ocasión de observar la conducta de la burguesía frente al proletariado, y encontramos que ella sólo se contempla a sí misma, que sólo sigue su propio interés particular Y, entretanto, para no ser injustos. estudiemos un poco más de cerca su conducta.

La posición de la burguesía frente al proletariado

Cuando hablo aquí de la burguesía, entiendo hablar también de la aristocracia, porque ésta lo es sólo, y sólo privilegiada, frente a la burguesía, pero no frente al proletariado. El proletariado ve, en ambas, sólo a los propietarios, esto es, burgueses. La diferencia consiste en que el burgués propiamente dicho está frente al proletariado industrial y en parte al de las minas, y como *arrendatario*, también frente al asalariado agrícola, mientras el llamado aristócrata está en contacto sólo con una parte del proletariado de las minas y con el agrícola.

No he visto nunca una clase tan profundamente desmoralizada, tan irremediablemente corrompida por el egoísmo, íntimamente corroída e incapaz de todo progreso, como la burguesía inglesa; y aquí aludo a la burguesía genuina, especialmente a la liberal, a la que quiere abolir las leyes sobre los granos. Para ella nada existe en el mundo fuera del amor al dinero, porque no aspira a otra cosa que a ganar dinero; no conoce beatitud alguna fuera de la fácil ganancia; ningún dolor, excepto la pérdida del dinero¹⁰⁷. En la avidez y en la sed de ganancia no es posible que quede inmaculada una sola idea humana. Ciertamente, estos burgueses ingleses son buenos maridos y buenos miembros de familia, poseen toda clase de virtudes privadas y aparecen, en las relaciones privadas respetables y decorosos como los otros burgueses; también en el comercio son más tratables que los alemanes, no regatean tanto como nuestros tenderos. Pero ¿de qué vale todo esto? En última instancia, sólo el interés y especialmente la ganancia de dinero es lo único que tiene valor. Yo iba una vez por Manchester con uno de estos burgueses y le hablaba de la mala estructura de las casas, de la horrible condición de un cuarto de obreros y declaraba no haber visto nunca una ciudad tan mal construida. El señor observó todo tranquilamente, y en la esquina me dejó, diciendo: *And yet, there is a great deal of money made here* (y, sin embargo, aquí se ha ganado mucho dinero), ¡buenos días, señor!

Al burgués inglés le es indiferente que sus obreros sufran hambre, si él gana dinero. Todos los medios de existencia son mensurados por la ganancia de dinero y lo que no rinde dinero es tontería no práctica, idealista. Para ello está la economía nacional, la ciencia que enseña a ganar dinero, la ciencia favorita de estos sórdidos hebreos. La relación que existe entre el fabricante y el obrero no es humana, sino simplemente económica. El fabricante es el “capital”, el obrero es el “trabajo”. Y si el obrero no quiere dejarse encerrar en esta abstracción; si afirma no ser el “trabajo”, sino un hombre que, entre otras, tiene también la calidad de obrero; si piensa que no debe ser empleado como trabajo, que no debe ser comprado y vendido como mercancía en el mercado, entonces el burgués ya no entiende más nada. Los burgueses no pueden concebir que, frente a los obreros, puedan ellos estar en otra relación que la de la compra y venta; no ven en los obreros hombres, sino *manos (hands)*, como los califican abiertamente; no reconocen otro ligamento entre hombre y hombre, como dice Castely, que el simple pago. Así, el vínculo que los une a la mujer es, en el noventa y nueve por ciento de los casos, sólo un “*simple cálculo*”. La miserable esclavitud, en que mantiene al burgués el dinero, está, a causa del

¹⁰⁷ Carlyle da. en su “Past and Present” (Londres, 1843). una descripción bien hecha de la burguesía inglesa y de su repugnante avidez, descripción que he traducido, en parte, en los Anales franco-alemanes a lo que remito. [*La situación en Inglaterra*, Federico Engels, en nuestra serie *Marx y Engels, algunos materiales.*]

dominio burgués, impresa en el lenguaje. El dinero determina el valor del hombre; este hombre vale cien mil libras. *He is worth ten thousand pounds*, es decir, él las posee, El que tiene dinero es *respectable*, pertenece “a la mejor sociedad (*the better sorte of people*) es influyente (*influential*) y cuanto hace descuellla en su círculo. Todo el lenguaje está lleno de su espíritu tacaño, todas las relaciones se presentan con expresiones del comercio y se explican con categorías económicas. Demanda y oferta, encuesta y oferta, *supply and demand*, éstas son las fórmulas por las que la lógica de los ingleses juzga toda la vida humana.

De ahí la libre competencia en todas las cosas, de ahí el régimen del *laissez-faire* y del *laissez-aller*, en la administración, en la medicina, en la instrucción y bien pronto también en la religión, donde el dominio de la Iglesia de Estado tambalea aún más. La libre competencia no quiere ningún freno, ninguna intromisión del estado; el estado le es un estorbo; estaría a sus anchas en un estado de cosas privado de cualquier ordenación coordinadora, donde cada uno pudiera explotar al otro a su gusto, como, por ejemplo, en la “Unión” del amigo Stirner. Pero como la burguesía no puede tener frenado al proletariado sin el estado, que le es necesario, entonces lo vuelve contra aquél y trata de tenerlo alejado de sí lo más posible.

No se crea, sin embargo, que el inglés “instruido” muestre tan abiertamente este egoísmo. Al contrario, lo cubre con la más baja hipocresía. ¿Cómo los ricos ingleses no habrían de pensar en los pobres, ellos que han erigido institutos de beneficencia, como en ningún otro país? ¡Sí, institutos de beneficencia! ¡Como si al proletario le fuese de utilidad que vosotros le chupéis la sangre hasta la última gota, para poder ejercitar vuestros pruritos de vanidosa y farisaica beneficencia, y mostraros ante el mundo cual potentes benefactores de la humanidad, cuando restituís al desangrado la centésima parte de lo que le pertenece! Beneficencia que envilece más al que la hace que al que la recibe; beneficencia que echa aún más en el polvo al aplastado; beneficencia que pretende que el paria, degradado y arrojado fuera de la sociedad, deba renunciar a su último derecho de humanidad, deba *mendigar* la *clemencia* de la burguesía, para que ésta tenga la bondad de imprimir en la frente del pobre, con la limosna, la marca de la degradación.

Y esto no es todo. Escuchemos a la misma burguesía inglesa No hace todavía un año que leía en el *Manchester Guardian* la siguiente carta dirigida a un redactor, carta que fue publicada sin ningún comentario, como cosa natural y razonable:

“Señor redactor:

Desde hace tiempo, se encuentran en las calles principales de nuestra ciudad una cantidad de pobres que, en parte con sus vestidos rotos; en parte con su aspecto enfermo, en parte con heridas abiertas y mutilaciones, buscan atraerse la compasión de los paseantes con maneras frecuentemente insolentes y molestas Yo pienso, desde que no sólo se pagan las tasas para pobres, sino también se contribuye suficientemente a los institutos de beneficencia, que se ha hecho bastante para tener el derecho de no verse colocado ante semejantes molestias, desagradables y obscenas; y ¿para qué se paga un impuesto tan alto para el mantenimiento de la policía de la ciudad, si ésta ni una sola vez provee a que se pueda caminar por las calles tranquilamente?

Espero que la publicación de estos renglones en su difundido diario inducirá a la fuerza pública a suprimir este inconveniente (*nuisance*).

Una señora”

¡Esto es! La burguesía inglesa es benefactora por interés, no echa nada por la ventana, trata sus donaciones como una operación comercial; hace un negocio con los pobres y dice: Si yo gasto tanto con fines de caridad, yo *me compro con ello el derecho de no ser molestada* posteriormente así os obligo a permanecer en vuestras oscuras cuevas y a no molestar mis nervios delicados con la exhibición de vuestra miseria. Podéis todavía

desesperaros, pero debéis hacerlo en silencio; esto me lo reservo esto me lo compro con mi suscripción de veinte pesos a favor del hospital.

¡Oh, ésta es la infame beneficencia de un burgués cristiano! ¡Y así escribe una “señora”, seguramente, una señora!; hace bien en firmar así; ¡no tiene, afortunadamente, el coraje de llamarse una *mujer*! Pero si las “señoras” son así, ¿cómo estaremos con los “señores”? Se me dirá que se trata de un caso aislado. Pero no, la carta suscrita expresa el sentimiento de la gran mayoría de la burguesía inglesa; de otro modo, no hubiera sido recibida por el redactor, y éste hubiera hecho una réplica que he buscado en vano en los números siguientes.

Y en lo que concierne a la eficacia de la beneficencia, el canónigo *Parkinson* dice que los pobres son mucho más socorridos por sus iguales que por la burguesía, y la ayuda de un buen proletario, que sabe lo que es el hambre y para quien dividir la magra comida es un sacrificio que cumple con alegría, tiene también otro significado que la limosna arrojada por el burgués crapuloso.

La burguesía finge, además, una humanidad ilimitada, pero sólo cuando lo requiere su interés particular, así en su política como en su economía nacional. Se atormentó durante cinco años en demostrar a los obreros que deseaba, sólo en el interés de los proletarios, abolir las leyes sobre los granos. La cuestión es ésta: las leyes sobre los granos, que mantienen el precio del pan más alto que el de otros países, mantiene alto también el salario y hace difícil al fabricante la competencia contra esos otros países en donde el precio del pan, y por lo tanto el salario, son más bajos. Abolidas las leyes sobre los granos, disminuye el precio del pan, y el salario se acerca al de los otros países civilizados de Europa, lo que resultará claro a todos, según los principios arriba desarrollados sobre la regulación del salario. El fabricante puede, pues, hacer más fácilmente la competencia, crece la demanda de las mercaderías inglesas y con ella la demanda de obreros. A continuación del aumento de la demanda crecerá, por cierto, un poco el salario, serán ocupados los obreros sin pan; pero ¿hasta cuándo dura esto? La “población superflua” de Inglaterra, y especialmente de Irlanda, es suficiente para proveer los obreros necesarios a la industria inglesa, aun si ésta se duplicase; en pocos años, el leve beneficio de la abolición de las leyes sobre los granos estaría otra vez a la par, seguiría una nueva crisis y estaríamos en la misma condición anterior, mientras el primer estímulo en la industria aceleraría también el aumento de la población. Los proletarios ven todo esto claramente y lo han dicho centenares de veces a la cara del burgués; la clase de los fabricantes, que toma a pecho sólo el interés *inmediato* que le aportaría la abolición de las leyes sobre los granos, es bastante limitada para no ver que tampoco a ella le traerá esta medida ninguna ventaja *duradera*, mientras que la competencia de los fabricantes entre sí llevaría bien pronto la ganancia de cada uno al más alto nivel; si, no obstante, esta clase grita hasta hoy, ante los obreros, que todo se hace para su bien, que sólo por los millones de hambrientos contribuyen los ricos del partido liberal con centenares y millares de esterlinas para la caja de la Liga, contra las leyes sobre los granos, todos saben que ellos tiran la salchicha para tener el jamón, que calculan ganar diez o cien veces más, en los primeros años, con la abolición de las leyes sobre los granos. Los obreros no se dejan desviar más por la burguesía, especialmente después de la insurrección de 1842. A cada uno que finge atormentarse por su bienestar, le exigen, como piedra de toque de la pureza de sus opiniones, que se declare a favor de la “Carta del Pueblo”, y de este modo protestan contra toda ayuda extraña, ya que en la Carta no piden más que la *facultad* de ayudarse *por sí mismos*.

Al que no hace esto le declaran la guerra con pleno derecho, sea un enemigo abierto o un falso amigo. Además, la Liga contra las leyes sobre los granos ha empleado, para ganarse a los obreros, las más despreciables mentiras y los artificios más

despreciables. Quiere hacerles creer que el precio del trabajo está en relación inversa al precio del grano, que el salario es alto cuando el costo del grano es bajo y viceversa, hecho que ha intentado probar con los argumentos más ridículos, hecho que es en sí mismo ridículo, como cualquier afirmación que sale de la boca del economista. Por si esto no bastase, se promete a los obreros la más prodigiosa felicidad, a consecuencia de la creciente demanda en los mercados de trabajo; no se tuvo vergüenza de llevar por las calles dos modelos de hogazas, en la mayor de las cuales estaba escrito: *Hogaza americana de ocho centavos, salario de cuatro chelines por día*, y en la otra, mucho más pequeña: *Hogaza inglesa de ocho centavos, salario de dos chelines por día*. Pero los obreros no se han dejado inducir en error. Conocen demasiado bien a sus patrones.

Si se quiere conocer bien la hipocresía de estas hermosas promesas, obsérvese la práctica. Hemos visto, en el curso de nuestra exposición, cómo la burguesía explota, en toda forma, al proletariado para sus fines. Hasta ahora hemos visto a los burgueses aislados maltratar a su modo propio al proletariado. Pasemos ahora a las relaciones en que la burguesía, como partido, como poder del estado, se presenta frente al proletariado. Es claro que toda la legislación tiende a proteger a los propietarios contra los que nada poseen. Las leyes son necesarias, solamente, porque existen los que nada poseen, y aun cuando esto esté directamente expresado en pocas leyes, en algunas, por ejemplo, contra la vagancia y la falta de asilo, por las que el proletariado, como tal, es considerado contrario a la ley, la hostilidad contra el proletariado está tan en el fondo de la ley, que los jueces, especialmente los de paz, que también son burgueses, y con quienes el proletariado está más en contacto, encuentran en la ley, sin más ni más, este significado de hostilidad. Si un rico es llevado ante la justicia o, mejor dicho, citado, el juez se lamentará de obligarlo a tanta molestia, vuelve el asunto en su favor cuanto puede, y si debe condenarlo, le duele infinitamente, etcétera, y el resultado es una misera multa, que el burgués arroja sobre la mesa con desprecio y altanería. Cuando le toca a un pobre diablo el comparecer ante el juez de paz, pasa, casi siempre, la noche en prisión con otros muchos; desde el principio es considerado culpable y tratado duramente, y su defensa es anulada con un expresivo: “¡Oh!, conocemos esa escapatoria”, se le inflige una multa que no puede pagar y que expiará con dos meses de trabajos forzados. Y si nada se le puede probar, se lo envía a trabajos forzados como pillo y vagabundo (*a rogue and a vagabound*), dos expresiones que van casi siempre juntas.

El partidismo del juez de paz, especialmente en el campo, supera cualquier imaginación, y está tan a la orden del día, que todos los casos no demasiado ruidosos son referidos tranquilamente en los diarios, sin comentario alguno ni es de esperarse otra cosa. Por un lado, estos *Dogberries* interpretan la ley según el sentido que tiene, y, por otro lado, son burgueses que, ante todo, ven en los intereses de su clase la base de todo el orden social verdadero. Y como los jueces de paz, se comporta la policía. El burgués puede hacer lo que quiere; frente a él, el agente de policía es siempre cortés y se atiene estrictamente a la ley; pero el proletariado es tratado brutalmente; su miseria hace recaer en él la *sospecha* de todo posible delito, y le impide los medios legales contra todas las arbitrariedades de los patrones; para el obrero no existen las formas protectoras de la ley; la policía entra, sin más ni más, en su casa, lo arresta y maltrata. Sólo a veces, una asociación obrera, como la de los mineros, contrata un Roberts. sólo entonces se manifiesta cómo la parte protectora de la ley casi no existe para el proletariado; cómo, a menudo, los proletarios deben soportar todo el peso de la ley, sin gozar uno solo de sus beneficios.

Hasta ahora, la clase poseedora combate en el parlamento contra los sentimientos mejores de quienes no están todavía vencidos por el egoísmo, para sojuzgar, más y más al proletariado. Una plaza comunal [*tierras comunales*, en otras versiones] tras otra es

ocupada y cubierta de fábricas, con lo que, por cierto, se eleva la civilización, pero se hace mucho daño al proletariado. Donde existían plazas comunales, el pobre podía tener un asno, un cerdo o algunos gansos; los muchachos y los jóvenes tenían un lugar donde podían jugar y correr al descubierto; esto va disminuyendo cada día; el bienestar de los pobres se limita más aún, y la juventud a quien se roba su plaza comunal, va a las tabernas. Los *acts* parlamentarios, para la disolución de las plazas comunales, fueron aprobados en gran número en cada sesión. Cuando el gobierno, en la sesión de 1844, se decidió a obligar a la sociedad ferroviaria, monopolista de todo servicio, a hacer posible también para los obreros el viajar en ferrocarril con un boleto de costo proporcionado a su condición (un *penny* la milla) y cuando el gobierno propuso que, diariamente, un tren de tercera clase fuese introducido en cada ferrocarril, “el venerable padre en Dios”, el obispo de Londres, pidió que el domingo, único día que los obreros ocupados *podían* viajar, fuese excluido de dicha obligación, y así el domingo se permitió viajar solamente a los ricos. Esta propuesta era demasiado evidente y clara para que pudiese pasar, y por ello cayó.

No tengo aquí bastante espacio para enumerar los muchos ataques ocultos que se han hecho al proletariado, sólo en una sesión. Hablaré, únicamente, de uno, de la misma sesión de 1844. Un oscurísimo miembro del parlamento, un señor Miles, propuso un *bill* para reglamentar las relaciones entre patrones y servidores, un *bill* que parecía casi sin importancia. El gobierno aceptó el *bill* y éste fue remitido a una comisión. Entretanto, estalló el paro entre los mineros del norte y Roberts emprendió una gira triunfal a través de Inglaterra, con sus obreros puestos en libertad. Cuando el *bill* salió de la comisión, se vio que habían sido inscriptas algunas cláusulas despóticas al más alto grado, en especial una por la que se daba al patrón el poder de trasladar, ante cualquier (*any*) juez de paz, al obrero que verbalmente o por escrito hubiese firmado contrato por cualquier trabajo, aun una ayuda ocasional, en caso de negativa de servicio, *o simplemente de mala conducta* (*misbehaviour*). Bajo el juramento del patrón o de sus agentes y capataces (es decir, por el juramento del querellante), el obrero podía ser condenado a prisión o hasta dos meses de trabajos forzados.

Este *bill* excitó en los obreros la mayor cólera, tanto más que el parlamento trataba, a la sazón, el *bill* de las diez horas y se había producido gran agitación. Se realizaron centenares de asambleas y se expidieron a Londres centenares de peticiones obreras, al defensor del proletariado en el parlamento, Thomas Duncombe. Este era, fuera del “joven inglés” Ferrand, el único opositor enérgico, pero como los otros radicales vieron que el pueblo se declaraba contra el *bill*, uno tras otro fueron cambiando de frente y se pusieron de parte de Duncombe, ya que tampoco la burguesía liberal tenía valor ante la agitación obrera, de pronunciarse a favor del *bill*; y como nadie, frente al pueblo, se interesaba con energía por ese *bill*, éste cayó brillantemente.

La más abierta declaración de guerra de la burguesía contra el proletariado es la *teoría malthusiana de la población*, y la *nueva ley de los pobres* proviene de ella. He hablado muchas veces de la teoría malthusiana. Resumamos brevemente sus principales conclusiones, según las cuales la tierra tendría siempre superabundancia de población y debería, por tanto, imperar siempre la indigencia, la miseria, la pobreza y la inmoralidad; la suerte y el destino eterno de la humanidad sería de existir en número demasiado grande, y, por lo tanto, en clases diferentes, unas más o menos ricas, instruidas, morales; otras más o menos pobres, miserables, ignorantes e inmorales. Resulta, prácticamente (y Malthus mismo saca esas conclusiones) que la beneficencia y las cajas para pobres no tendrían sentido, porque servirían sólo para mantener y provocar el aumento de la población, cuya competencia rebajaría el salario; que el empleo de pobres, por parte de las congregaciones de caridad, sería algo insensato, porque mientras sólo una determinada cantidad de productos de trabajo puede ser consumida, por cada obrero sin pan que es

ocupado debe quedar sin trabajo otro, que hasta ese momento lo tenía, y así la industria privada sufre perjuicios, en beneficio de las industrias de las congregaciones de caridad; que no se trata, pues, de nutrir la población de más, sino de limitarla de uno u otro modo. Malthus declara, con palabras ásperas, un absurdo, el derecho, afirmado hasta ahora, de cada hombre, que existe en el mundo, a los medios de subsistencia. Cita las palabras del poeta: el pobre viene a la mesa solemne de la naturaleza y no encuentra para sí ningún cubierto (y agrega): la naturaleza le ordena irse (*she bids him to be gone*), “porque antes de su nacimiento no preguntó a la sociedad si ésta lo quería”. Esta teoría es ahora la preferida de todos los genuinos burgueses de Inglaterra, y es natural, porque para ellos constituye el más cómodo lecho de ociosidad y es muy buena para la actual situación.

Si no se trata ya de utilizar la “población exuberante”, de transformarla en población *útil*, sino simplemente de dejar morir de hambre a la gente, de la manera más fácil, y de oponerse a que dé al mundo demasiados niños, se llega a la insignificancia de que la “población superflua” debe comprender su propia inutilidad, y dejarse, de buen grado, morir de hambre. Los proletarios se han empeinado en creer, con sus manos de carne, que son justamente los útiles, y que los ricos señores capitalistas no son nada, son los verdaderos inútiles.

Pero puesto que los ricos poseen todavía el poder, los proletarios deben someterse, en caso de que no quieran comprenderlo de buena voluntad, a ser declarados, por la ley, como realmente inútiles. Esto sucede en la nueva ley sobre los pobres. La vieja ley, que se basa en el *act* del año 1601 (*43rd of Elizabeth*), deriva todavía ingenuamente del principio de que era deber de la comunidad el proveer a los pobres de los medios de subsistencia. Quien no tenía trabajo, recibía ayuda, y el pobre veía cómo, con el tiempo, la comuna estaba obligada a socorrerlo, antes que muriese de hambre. Pedía el socorro semanal como un derecho y no como una gracia, y esto, al fin, pareció demasiado grave a la burguesía. En 1833, cuando por el *bill* de reformas asumía el gobierno, y, al mismo tiempo, se desarrollaba por completo el pauperismo de los distritos agrícolas, puso mano, de pronto, a la reforma de las leyes sobre los pobres, desde su punto de vista. Fue nombrada una comisión, con el encargo de estudiar el ejercicio de las leyes sobre los pobres y descubrir una gran cantidad de abusos. Se encontró que la clase obrera del campo estaba desnuda, pauperizada, completamente o en parte, y dependía de la caja de los pobres, porque ésta, si el salario era bajo, daba a los pobres el suplemento; se encontró que este sistema, que mantenía al sin trabajo y ayudaba al mal pagado con muchos hijos, concedía alimentación al padre de hijos legítimos, reconocía que la pobreza estaba necesitada de protección, era un sistema que arruinaba al campo, que era un obstáculo para la industria, una recompensa para los matrimonios imprudentes, un estímulo al aumento de la población y que la influencia de la mayor población rebajaba el salario; que era una institución nacional para estancar a los diligentes y honestos y estimular a los pillos, viciosos e imprevisores; que rompía los lazos de la familia, impedía la acumulación sistemática del capital, disolvía el capital existente y arruinaba a los contribuyentes; además, concediendo alimento al padre de hijos legítimos, “ponía un premio a éstos” (palabras del informe de los comisionados para la ley sobre los pobres)¹⁰⁸. Esta descripción de las influencias de la vieja ley sobre los pobres es muy justa; la limosna favorece la holgazanería y el aumento de la “población superflua”. En la condición actual, está clarísimo que el pobre es forzado a hacerse egoísta, y, si puede, apenas está bien, antes que trabajar permanece ocioso.

¹⁰⁸ *Extracts from Information received by the Poor-Law-Commissioners. Published by Authority, Londres, 1833.*

Pero de esto sólo se sigue que las condiciones actuales de la sociedad no son buenas para nada, pero no que, como pretenden los comisionados malthusianos, la pobreza deba tratarse como un delito, según la teoría de la intimidación.

Estos sabios malthusianos estaban tan convencidos de la infalibilidad de su teoría, que no dudaron un momento en arrojar a los pobres al lecho de Procusto de las propias opiniones, y tratarlos, según éstas, con severidad repugnante. Convencidos, con Malthus y otros partidarios de la libre competencia, que era lo mejor dejar a cada uno el cuidado de sí mismo, de introducir por consiguiente el *laissez-faire*, hubieran querido de buena gana abolir del todo las leyes sobre los pobres. Como todavía no tenían autoridad ni valor, propusieron una ley sobre los pobres, malthusiana al máximo, que es más bárbara que el *laissez-jaire*, porque es activa, mientras éste es sólo pasivo.

Vimos cómo Malthus proclamó la miseria, más exactamente, la falta de pan, con el nombre de “superfluidad”, un delito que la sociedad debe condenar con la muerte por hambre. Los comisionados no eran tan bárbaros; la muerte directa por hambre tiene, para un comisionado de las leyes sobre pobres, algo de terrible.

Bien, dijeron los comisionados, vosotros pobres, tenéis el derecho de existir, pero *solamente* de existir; no tenéis el derecho de progresar, como tampoco el de existir *humanamente*. Sois un flagelo de los campos, y si nosotros podemos suprimiros como a cualquier otra plaga del campo, debéis sentir que lo sois, y al menos deberíais ser frenados y puestos fuera de condiciones de producir otros “superfluos”.

Vivid, pero que vuestra vida sirva de ejemplo a todos aquellos que puedan tener la ocasión de llegar a ser superfluos.

Los comisionados propusieron la nueva ley sobre los pobres, aprobada por el parlamento en 1834 y aun hoy en vigor. Se suprimieron todas las ayudas en dinero y víveres; el único socorro que se mantuvo fue el asilo en las casas de trabajo, que se construyeron por todas partes. La organización de estas casas de trabajo (*work-houses*), o como el pueblo las llama: bastillas de la ley sobre los pobres (*poor-law-bastiller*), está dispuesta en tal forma, que aterrorizaría a cualquiera que pueda tener todavía alguna perspectiva de abrirse camino, sin esta beneficencia pública. A fin de que la casa de los pobres no sea requerida más que en casos extremos, y que el esfuerzo de cada uno sea llevado al máximo grado, antes de hacerse ayudar por las mismas, la casa de los pobres está organizada de la manera más repugnante, que el refinado talento de un malthusiano pueda concebir. El alimento es más malo que el del más pobre de los obreros ocupados, mientras el trabajo es más duro; de lo contrario, éstos preferirían permanecer en la casa de los pobres más bien que llevar su lamentable existencia. Muy rara vez se les da carne, y menos fresca; generalmente comen papas, el pan más inferior, harina de avena, poca o ninguna cerveza. También la dieta de los prisioneros es mejor, de modo que los inquilinos de las casas de trabajo cometen voluntariamente alguna falta, sólo para ir presos. Una casa de trabajo es una prisión; el que no cumple con su trabajo reglamentario, no recibe de comer; el que quiere salir, debe pedir un permiso que le puede ser negado, según su conducta, o la opinión que el inspector tiene de él; es prohibido fumar, así como aceptar regalos de amigos y parientes de afuera; los pobres llevan un uniforme especial, y están, sin protección, en poder y al arbitrio del inspector.

A fin de que su trabajo no haga competencia a la industria privada, se da a los pobres, por lo general, ocupaciones casi inútiles; los hombres pican piedras “tantas cuantas un hombre pueda en una jornada”; las mujeres, los chicos y los viejos, deben tirar de los cables de los barcos, no recuerdo para qué fin insignificante. Para que los “superfluos” no se multipliquen y los padres “desmoralizados” no puedan ejercer influencia sobre sus hijos, se disuelven las familias: el marido es enviado a una de las casas, la mujer a otra, los hijos a una tercera, y sólo pueden verse en fechas determinadas,

nunca con frecuencia, y siempre que se hayan portado bien a juicio del empleado. Y para que las miasmas del pauperismo queden completamente aisladas, en estas bastillas del mundo exterior, los inquilinos sólo pueden recibir visitas en el locutorio y a voluntad de los empleados, en general bajo su vigilancia, y sólo con su permiso pueden tener relación con gente de afuera.

El alimento debería ser sano, el tratamiento humano. Pero el espíritu de la ley habla demasiado fuerte para dejar oír esta exigencia. Los comisionados de la ley sobre los pobres y toda la burguesía inglesa se engañan cuando consideran posible la aplicación del principio, sin tener en cuenta las consecuencias. El trato que la nueva ley prescribe, en su letra, está en contradicción con el significado de la ley misma; si la ley declara delincuentes a los pobres, cárceles a las casas de los pobres, coloca a sus inquilinos fuera de la ley, como objetos de asco y horror existentes al margen de la humanidad; toda orden en contra no vale nada.

En la práctica se sigue, en el trato a los pobres, el espíritu y no la letra de la ley.

He aquí un ejemplo:

En la casa de trabajo de Greenwich, en el verano de 1843, un chico de cinco años fue encerrado en castigo, durante tres noches, en la cámara mortuoria, donde tuvo que dormir sobre las tapas de los ataúdes. En la casa de trabajo de Home sucedió lo mismo con una niña que durante la noche no había mantenido seca su cama; esta clase de castigo parece ser el preferido. Esta casa de trabajo, que está situada en uno de los más bellos lugares de Kent, se distingue también porque todas sus ventanas miran hacia el interior, hacia el patio, y sólo dos, hacia afuera, permiten a los inquilinos echar una mirada al mundo exterior. El escritor que cuenta esto, en el *Illuminated Magaz.*, cierra su descripción con estas palabras: “Si Dios condena a los hombres por los delitos, como el hombre castiga a otros por la pobreza, ¡ay de los hijos de Adán!” En noviembre de 1843 murió en Leicester un hombre que había sido enviado, hacía dos días, de la casa de trabajo de Coventry. Los detalles sobre el trato que se da a los pobres en este instituto producen indignación. Un hombre, George Robson, tenía una herida que no le habían curado; se lo hacía trabajar en una bomba, que debía poner en movimiento con el brazo sano; además, recibía sólo el alimento común de la casa de trabajo, que no podía digerir por debilidad, a consecuencia de la herida no curada; se debilitó, forzosamente, más aún, y cuando más se lamentaba, tanto más brutal era el trato. Cuando su mujer, que también estaba en una casa de trabajo, quería llevarle un poco de cerveza, le gritaban y debía beberla toda en presencia de la celadora. Dos días después moría en Leicester, como declaró el médico de la inspección de los cadáveres, a consecuencia de la herida descuidada y de la comida indigerible para su estado de salud; cuando había sido despedido, llegaron cartas para él que contenían dinero, ¡cartas que fueron retenidas seis semanas y habían sido abiertas por el director según una norma del establecimiento! En la casa de trabajo de Birmingham sucedían cosas tan feas, que a fines de 1843 fue enviado un empleado para hacer una investigación. Encontró que cuatro *trampers* (antes hemos explicado qué significa esta palabra¹⁰⁹) habían sido encerrados desnudos en una perrera (*blackhole*) debajo de la escalera y mantenidos así ocho o diez días, hambrientos, sin darles nada de comer antes de mediodía, durante la estación más rigurosa. Un niño había sido mandado a todas las prisiones del establecimiento, primero a una cámara sucia y estrecha; después, dos veces a una perrera; la segunda vez, tres días y tres noches preso en la vieja perrera, que era todavía peor; después, en el *trampzimmer* (cámara de los vagabundos), un agujero estrecho, hediondo, sucio, repugnante, con un asiento de madera donde el empleado, en su revisión, encontró dos chicos andrajosos y encogidos por el frío, que estaban allí desde

¹⁰⁹ Vagabundos. Ver más arriba en página 150.

hacía cuatro días. En la perrera había, a veces, siete, y en la *trampzimmer*, hasta veinte *trampers*. También las mujeres eran confinadas en la perrera, en castigo por no querer ir a la iglesia, y una había sido dejada en la *trampzimmer* hasta por cuatro días, donde Dios sabe en qué sociedad estuvo, y todo esto mientras estaba enferma y tomaba medicinas. Otra mujer habla sido mandada, por castigo, al hospital de locos, aunque estaba cuerda.

En la casa de trabajo Bacton, en Suffolk, se hizo una investigación similar, de la que resultó que una imbécil había sido colocada como enfermera, y usaba toda clase de malos tratos con los enfermos, y los que, de noche, eran inquietos o levantiscos, eran atados con cuerdas, arriba o debajo del lecho, a fin de ahorrar a la celadora la fatiga de vigilarlos; un enfermo fue encontrado muerto en tales condiciones.

En la casa de los pobres de St. Paneras en Londres, donde se cosen camisas baratas, un epiléptico se asfixió en el lecho, sin que nadie fuese a socorrerlo. En la misma casa duermen de cuatro a seis, a veces hasta ocho chicos, en una sola cama. En la casa de trabajo de Shoreditch, en Londres, un hombre fue puesto una noche en cama con un enfermo que tenía la fiebre más violenta, y el lecho estaba lleno de insectos nocivos. En la casa de trabajo de Bethnalgreen, en Londres, una mujer encinta de seis meses fue encerrada con su hijo, que no tenía dos años, desde el 28 de febrero hasta el 20 de marzo de 1844, en la salita de recibo, sin dejarle usar cama o el lugar para satisfacer sus necesidades. Su marido fue llevado a la casa de trabajo y cuando rogó que se librase a su mujer de esta prisión, recibió, por su insolencia, veinticuatro días de arresto a pan y agua. En la casa de trabajo de Shough, cerca de Windsor, en setiembre de 1844, se estaba muriendo un hombre; su mujer fue, llegando a las 12 de la noche a la casa de trabajo, donde no la admitieron; a la mañana siguiente, recibió el permiso de ver a su marido sólo por media hora, y en presencia de la celadora, que se irritaba por la visita de la mujer y le decía a cada instante que se fuera.

En la casa de trabajo de Middleton, en Lancashire, había, a veces, dieciocho pobres de ambos sexos que dormían en una sola pieza. Este instituto no estaba sometido a la nueva sino a la precedente ley sobre los pobres (*Gilbert's Acts*). El inspector tenía una cervecería por su cuenta en la casa de trabajo. En Stockport, un viejo de setenta y dos años fue, el 31 de julio de 1844, llevado de la casa de los pobres ante el juez de paz, porque no quería cortar piedras y pretendía no poder hacer este trabajo por la edad y la rigidez de una rodilla. En vano se ofrecía a tomar cualquier otra tarea que fuese apropiada a sus fuerzas; fue condenado a catorce días de trabajo forzados en la rueda. En la casa de trabajo de Basford un empleado investigador, en febrero de 1844, encontró que no habían sido cambiadas las sábanas de las camas en trece semanas, las camisas en cuatro semanas, las medias de dos a diez meses, de modo que, de cuarenta y cinco chicos, sólo tres tenían todavía medias y todas las camisas estaban a pedazos. Las camas hervían de insectos nocivos y las escudillas eran lavadas en los recipientes para la orina.

En la casa de trabajo del oeste de Londres, un portero que era sifilítico y que había comunicado su enfermedad a cuatro niños, no fue despedido, y otro portero se llevó una chica de una de las salas, la escondió cuatro días en su cama y durmió con ella. Tampoco éste fue echado.

Como en la vida, así en la muerte; los pobres son enterrados sin el menor miramiento, como bestias. El cementerio de los pobres de St. Bride's, en Londres, es un pantano desnudo, que después de Carlos II fue utilizado como cementerio, lleno de montones de huesos; cada miércoles, los pobres muertos son tirados en un agujero de catorce pies de profundidad, el pastor barbota apuradamente su letanía, el agujero es cubierto con tierra de cualquier modo, para ser reabierto el miércoles siguiente, y así hasta que está lleno de cadáveres. El olor de putrefacción apesta la vecindad. En Manchester, el cementerio de los pobres de la ciudad vieja yace frente al Irk, lugar desierto e irregular.

Hace como dos años, a través de ese lugar se construyó una vía férrea. Si hubiera sido éste un cementerio respetable, ¡cómo habrían gritado, burgueses y clero, por la profanación! Pero era el cementerio de los pobres, el lugar de descanso de los pobres y de los “superfluos”, y así, a nadie molestaba esto. No se tuvo nunca el cuidado de trasladar los entremezclados cadáveres a la otra parte del cementerio, se cavó cuanto se quiso, se hundieron estacas en las tumbas recién hechas, de modo que salía el agua del suelo pantanoso, mezclado con materias pútridas, llenando los alrededores con los gases más nauseabundos y dañosos.

¿Podrá asombrar que los pobres se nieguen a aceptar la beneficencia pública en estas condiciones? ¿Que mueran de hambre, antes que ir a estas bastillas? Tenemos delante cinco casos de desdichados que murieron de hambre, real y voluntariamente, y aun pocos días antes de morir, habiéndoles la administración de los pobres negado ayuda fuera de la casa de trabajo, prefirieron la propia miseria a entrar en ese infierno.

Mientras tanto, los comisionados por las leyes de los pobres han logrado completamente su finalidad, pero, al mismo tiempo, las casas de trabajo acrecentaron todavía más el resentimiento de la clase trabajadora contra la poseedora, que va a la locura, más por la nueva ley sobre los pobres que por cualquier otra medida del partido dominante.

De Newcastle hasta Dover, se oye *una sola* voz de rebelión contra la nueva ley. La burguesía ha expresado en ella, tan claramente, su opinión sobre cuáles son sus deberes frente al proletariado, que podría ser entendida hasta por los más estúpidos. No se había afirmado nunca, con tanta evidencia y franqueza, que los que nada tienen son tales para dejarse explotar por los poseedores, y para morir de hambre, si los poseedores no tienen ninguna necesidad de ellos. Pero esta nueva ley sobre los pobres ha contribuido, de manera esencial, a la aceleración del movimiento obrero, y especialmente a la difusión del cartismo, y porque, en efecto, esta ley es aplicada en el campo, ha facilitado el desarrollo del movimiento proletario, inminente en los distritos agrícolas.

Agreguemos, todavía, que aun en *Irlanda*, desde 1828, existe una ley sobre los pobres, que dispone asilos para 80.000 pobres. También allí se ha vuelto odiosa y sería todavía más odiosa si pudiera llegar a la importancia que ha alcanzado en Inglaterra.

¿Pero qué significa el mal trato de 80.000 proletarios, en un país donde hay dos millones y medio? En Escocia, salvo excepciones locales, no hay leyes sobre los pobres.

Espero, después de esta descripción de la nueva ley sobre los pobres y su acción, que no se encontrará palabra alguna demasiado dura en lo que he dicho para calificar a la burguesía inglesa. Es en disposición pública, donde esa burguesía *in corpore* como potencia manifiesta claramente lo que quiere y lo que piensa contra el proletariado, aun en las más pequeñas actitudes, y aunque critique hechos aislados.

Y que esta medida no proviene sólo de una parte de la burguesía, sino que goza del asentimiento de toda la clase, lo prueban, entre otras, las discusiones parlamentarias de 1844. El partido liberal había dictado la nueva ley; el partido conservador, con su ministro Peel a la cabeza, la defendió y mudó sólo en algunas pequeñeces, en el *Poor-Law-Amendment-Bill* de 1844. Una mayoría liberal dio la ley, una mayoría conservadora la ratificó y los nobles *lords* la aprobaron dos veces. De tal manera, se pronunció la expulsión del proletariado del estado y de la sociedad; de tal modo, se declaró abiertamente que los proletarios no son hombres y que no merecen ser tratados como hombres. Dejemos tranquilamente a los proletarios del imperio británico en la conquista de sus derechos civiles¹¹⁰.

¹¹⁰ Para prevenir todas las malas interpretaciones y las consiguientes objeciones, quiero hacer notar, que he hablado de la burguesía como una clase, y las cosas referidas respecto a individuos aislados valen sólo como prueba del modo de pensar y actuar de la clase. Por lo tanto, no me he mezclado en las distinciones

Esta es la condición de la clase obrera inglesa, tal como yo la conocí en veintiún meses, con mis ojos y con los datos oficiales auténticos. Y si considero tal condición mala e insoportable, como lo he repetido ya suficientemente, puedo decir que no soy el único que piensa así. Ya Gaskell declaró, en 1833, que él desesperaba de una salida pacífica, y que una revolución difícilmente podría tardar. Carlyle, declara, en 1838, que el cartismo y la acción revolucionaria de los obreros provienen de la miseria en que viven, y se maravilla de que se hayan quedado tranquilos durante ocho largos años en la mesa de Barmek, donde han sido alimentados, por la burguesía liberal, con vanas promesas; y en 1844, declara que la organización del trabajo debía ser inmediatamente iniciada, “si Europa, o por lo menos Inglaterra, quieren seguir siendo habitables”. Y el *Times*, el “primer diario de Europa”, en junio de 1844 dice precisamente: “*Guerra a los palacios, paz en las cabañas; éste es el grito de batalla del terror, que aún volverá a oírse, como un eco, por nuestras campiñas. ¡Que estén en guardia los ricos!*”

Examinemos, una vez más, la suerte de la burguesía inglesa. Ocurre que la industria extranjera, y especialmente la americana, pueden sostener la competencia inglesa, aun después de la abolición, en pocos años segura, de las leyes sobre los granos. La industria alemana realiza ahora grandes esfuerzos; la industria americana se ha desarrollado a pasos de gigante. América, con sus medios de existencia todavía desconocidos, con sus inconmensurables depósitos de carbón y de hierro, con la riqueza sin par de fuerza hidráulica y de ríos navegables, pero especialmente con su población activa y enérgica, frente a la cual los ingleses son flemáticos gorros de dormir, la América, en menos de diez años, ha creado una industria, que ya ahora hace la competencia a Inglaterra en los artículos comunes de algodón (el artículo principal de la industria inglesa), que ha arrojado a los ingleses de los mercados nor-sudamericanos y se encuentra en China al nivel de la inglesa. Lo mismo sucede en otros ramos de la industria. Si hay un país que se apropia del monopolio industrial, es América.

De este modo es vencida la industria inglesa. Si en los próximos años subsisten las modernas condiciones sociales, la mayoría del proletariado se hará cada vez más “superflua” y no tendrá otra alternativa que la muerte por hambre o la revolución.

¿Piensa la burguesía inglesa en tal acontecimiento? Al contrario; su economista predilecto, Mac Culloch, dice en su estudio: “No podemos pensar que un país joven como América, que no está normalmente poblado, pueda ejercer con éxito la industria y hacer competencia a un viejo país industrial como Inglaterra. Sería una locura, de parte de los americanos, si quisieran intentar tal cosa, puesto que en esta tentativa no podrían sino perder el dinero que deberían emplear con más utilidad en la agricultura; cuando hayan

de las diversas secciones y partidos de la burguesía, que tienen sólo significado histórico y teórico y, por lo tanto, puedo nombrar incidentalmente a los pocos miembros de la burguesía que se han mostrado como excepciones honorables. De un lado, éstos son radicales decididos, casi cartistas, como los miembros de la Cámara Baja y los fabricantes Hindley, de Ashton y Fielden, de Todmorden (Lancashire). y, por otra parte, los *tories*, humanitarios, que han formado recientemente “la Joven Inglaterra”, asociación a la que pertenecen los diputados D’Israeli, Borthwick, Ferrand, lord John Manners, etcétera. También lord Ashley está con ellos. El objetivo de la “Joven Inglaterra” es la resurrección de la vieja “*merry England*” con todo su esplendor y romántico feudalismo; este fin, naturalmente, es impracticable y hasta ridículo, una burla frente a todo el desarrollo histórico, pero el buen fin, el valor de volverse contra todo lo que existe y contra los prejuicios, es ya digno de mención. Del todo solitario está el anglo-germano Thomas Carlyle, quien, originariamente *tory*, va más lejos que los nombrados. Va, más que todos los burgueses ingleses, al fondo del desorden social y pide la organización del trabajo. Espero que Carlyle, que ha encontrado el camino recto, estará en condiciones de seguirlo. Lo acompañan mis augurios y los de muchos alemanes. (1892.) Pero la revolución de febrero lo convirtió en el más perfecto reaccionario; el justo desprecio, como a los filisteos, se cambió en despecho exacerbado de filisteo, el flujo histórico pasó más allá, arrojándolo sobre la playa.

cultivado toda la tierra, ya vendrá el tiempo en que podrán ejercer con ventaja la industria”.

Esto dice el sabio burgués y toda la burguesía lo repite con él, mientras, los americanos conquistan un mercado tras otro; mientras, no hace mucho, un audaz especulador americano enviaba una partida de artículos americanos a *Inglaterra*, donde fueron vendidos para ser reexportados.

Pero aun cuando Inglaterra mantenga el monopolio industrial, ya que los fabricantes aumentan cada día de número, ¿cuál será la consecuencia? Las crisis industriales subsistirán, y con el crecimiento de la industria y el aumento del proletariado se harán cada vez más violentas y más terribles. El proletariado, por la progresiva ruina de la clase media, por la centralización del capital en pocas manos, que llega a pasos gigantescos, aumentaría en proporción geométrica y pronto constituiría toda la nación, excepción hecha de unos pocos millonarios.

Este desarrollo llega a un grado en que el proletariado comprueba qué fácil le sería abatir la existente fuerza social, y de esto derivaría una revolución.

No se presentará uno ni otro caso. Las crisis comerciales, la fuerte palanca de todo desarrollo independiente del proletariado, unidas a la competencia extranjera y a la progresiva ruina de la clase media, pondrán fin más brevemente a tal estado de cosas. No creo que el pueblo sufra todavía una crisis. Probablemente, ya la próxima crisis, del año 1846 o 1847, traerá la abolición de las leyes sobre el grano y la Carta. Es de esperarse lo que ocasionará la Carta en los movimientos revolucionarios. Pero hasta la crisis siguiente, que según la analogía de las que hasta ahora han sucedido, tendría que sobrevenir en 1852 o 1853, aunque podría retardarse por la abolición de las leyes sobre el grano o por otras circunstancias, o acelerarse por la competencia extranjera, etcétera, hasta la próxima crisis, el pueblo inglés estará descuidado, se dejará explotar en beneficio de los capitalistas y hambrear hasta que los capitalistas quieran. Si hasta entonces la burguesía no entra en juicio (y, según todas las apariencias, no entrará), estallará una revolución cuyas consecuencias no se puede medir.

Por la desesperación, los proletarios blandirán las antorchas de que habló Stephens; la venganza popular se desencadenará con un furor del que no tenemos ejemplos ni en 1793.

La guerra de los pobres contra los ricos será la más sangrienta que se haya visto jamás. Entonces, aun la conversión de una parte de la burguesía hacia el partido del proletariado, aun la general reforma de la burguesía, serían inútiles.

Un cambio general de sentimientos, por parte de la burguesía, sólo podría conseguir un lento *juste-milieu*; los que se unieran decididamente a los trabajadores formarían una nueva Gironda, y morirían en el curso del violento movimiento.

No se quitan como un traje los prejuicios de toda una clase, por lo menos, entre la egoísta burguesía inglesa, inmutable y llena de prevenciones. Estas son todas las conclusiones que pueden deducirse con la mayor precisión, conclusiones cuyas premisas se apoyan, por una parte, en hechos indiscutibles del desarrollo histórico, y, por otra, en la naturaleza humana. En parte alguna, como en Inglaterra, son fáciles las profecías, porque allí todo está claro y netamente desarrollado en la sociedad. La revolución *debe* venir, es ya demasiado tarde para llegar a una solución pacífica del conflicto, pero podría ser más benigna de lo que hemos previsto.

Esto dependerá menos del desarrollo de la burguesía, que del proletariado. En la medida en que el proletariado acoja en su seno elementos socialistas y comunistas, justamente en esa misma medida, la revolución ahorrará sangre, venganza y furor. El comunismo se yergue, según su principio, sobre la oposición entre la burguesía y el proletariado; la reconoce, en el presente, sólo en su desarrollo histórico, pero no la

justifica en el porvenir; quiere, justamente, suprimir tal oposición. Reconoce, mientras perdura el conflicto, el resentimiento del proletariado contra sus opresores, como una necesidad, como la palanca más importante del *incipiente* movimiento obrero, pero supera este resentimiento porque el comunismo es una cuestión de humanidad, no solamente una cuestión obrera.

A ningún comunista se le ocurriría ejercitar, o creer, sobre todo, en las venganzas individuales, por las que el burgués, en las modernas condiciones, actuaría en forma distinta de lo que acostumbra. El socialismo inglés (es decir, el comunismo) reposa sobre el principio de la irresponsabilidad de los individuos aislados. Por lo tanto, cuanto más los obreros hagan suyas las ideas socialistas, tanto más su actual encarnizamiento, que no conduciría a nada si siguiese tan violento como ahora, se vuelve inútil y tanto más sus pasos contra la burguesía pierden en brutalidad y barbarie. Si fuese posible organizar al proletariado bajo el comunismo, antes que comience la lucha, todo se haría del modo más pacífico; pero esto no es posible, es demasiado tarde.

Creo, mientras tanto, que, hasta el estallido de la *guerra abierta y directa* de los pobres contra los ricos, que en Inglaterra se ha vuelto inevitable, la conciencia de la cuestión social se difundirá tanto en el proletariado, que, con la ayuda de los acontecimientos, el partido comunista estará, con el tiempo, en condición de controlar el elemento brutal de la revolución y prevenir un nuevo Termidor. La experiencia de los franceses no habrá sido inútil y, además, la mayor parte de los jefes cartistas ya ahora es comunista. Y como el comunismo *se apoya* en la contradicción entre el proletariado y la burguesía, así también, a la parte mejor de la burguesía (terriblemente pequeña, sin embargo, y solamente reclutable entre aquellos cercanos a la edad adulta) le será más fácil unirse a éste, antes que al cartismo, exclusivamente proletario.

Si estas conclusiones no pueden ser probadas aquí suficientemente, no faltará otra ocasión de probarlas, como necesarios resultados del desarrollo histórico de Inglaterra. Pero continúo creyendo que la guerra de los pobres contra los ricos, que ahora se hace poco a poco e indirectamente, se hará general y directa en toda Inglaterra. Es demasiado tarde para una solución pacífica.

Las clases se separan más claramente, el espíritu de resistencia penetra de más en más en los obreros, el resentimiento crece, las escaramuzas aisladas se transforman en batallas importantes, y un pequeño hecho cualquiera será suficiente para poner en movimiento la avalancha.

El grito de batalla resonará entonces, ciertamente, por el país:

¡Guerra a los palacios, paz en las cabañas!, pero será demasiado tarde para que los ricos puedan todavía ponerse en guardia.

Apéndice

La canción de la camisa

THE SONG OF THE SHIRT

With fingers weary and worn,
With eyelids heavy and red,
A woman sat, in unwomanly rags,
Plying her needle and thread –
Stitch! Stitch! Stitch!
In poverty, hunger, and dirt,
And still with a voice of dolorous pitch
She sang the Song of the Shirt!

Work! Work! Work!
While the cock is crowing aloof!
And work-work-work,
Till the stars shine through the roof!
It's Oh! to be a slave
Along with the barbarous Turk,
Where woman has never a soul to save,
If this is Christian work.

Work-work-work,
Till the brain begins to swim;
Work-work-work,
Till the eyes are heavy and dim!
Seam, and gusset, and band,
Band, and gusset, and seam,
Till over the buttons I fall asleep,
And sew them on in a dream!

Oh, Men with Sisters dear!
Oh, Men, with Mothers and Wives!
It is not linen you're wearing out
But human creatures lives!
Stitch-stitch-stitch,
In poverty, hunger, and dirt,
Sewing at once, with a double thread,
A Shroud as well as a Shirt.

But why do I talk of Death?
That Phantom of grisly bone, I hardly fear its terrible shape,
It seems so like my own -
It seems so like my own,
Because of the fasts I keep;
Oh! Good, that bread should be so dear,

And flesh and blood so cheap!

Work-work-work!
My labor never flags;
And what are its wages? A bed of straw,
A crust of bread - and rags.
That shattered roof - this naked floor -
A table - a broken chair -
And a wall so blank, my shadow I thank
For sometimes falling there!

Work-work-work!
From weary chime to chime,
Work-work-work,
As prisoners work for crime!
Band, and gusset, and band,
Till the heart is sick, and the brain benumbed,
As well as the weary hand.

Work-work-work,
In the dull December light,
And work-work-work -
When the weather is warm and bright,
While underneath the eaves
The brooding swallows cling
As if to show me their sunny backs
And twit me with the spring.

Oh! but to breathe the breath
Of the cowslip and primrose sweet -
With the sky above my head,
And the grass beneath my feet;
For only one short hour
To feel as I used to feel,
Before I knew the woes of want
And the walk that costs a meal.

Oh! But for one short hour!
A respite however brief!
No blessed leisure for Love or Hope,
But only time of grief!
A little weeping would ease my heart,
But in their briny bed
My tears must stop, for every drop,
Hinders needle and thread!

With fingers weary and worn,
With eyelids heavy and red,
A woman sat, in unwomanly rags,
Plying her needle and thread -

Stitch! Stitch! Stitch!
In poverty, hunger, and dirt,
And still with a voice of dolorous pitch,
Would that its tone could reach the Rich -
She sang this Song of the Shirt.

THOMAS HOOD
(1798-1845)

LA CANCIÓN DE LA CAMISA
Con los dedos cansados y consumidos,
con los párpados pesados y enrojecidos,
hallábase una mujer sentada, vistiendo harapos inhumanos,
manejando aguja e hilo,
¡Coser! ¡Coser! ¡Coser!
En la pobreza. en el hambre y en la mugre;
y pese a todo, con voz de dolorido acento,
contaba la canción de la camisa.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
¡Mientras el gallo canta a lo lejos!
¡Y trabajar, trabajar, trabajar,
hasta que las estrellas brillen por los intersticios del techo!
Esto es ¡ay!, ser una esclava,
como en los dominios de los turcos bárbaros,
donde la mujer no tiene siquiera un alma que salvar,
si es que a este trabajo puede llamársele cristiano.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!,
hasta que la mente padezca vahídos;
¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
¡Hasta que los ojos estén pesados y turbios!/
Dobladillo, bocamanga y tablones,
tablones, bocamanga y dobladillo,
¡hasta que caigo dormida sobre los botones,
para seguirlos cosiendo en sueños!

¡Oh hombres con hermanas queridas!
¡Oh hombres con madres y e posas!
¡No es ropa blanca la que desgastáis con el uso,
sino vidas de criaturas humanas!
¡Coser! ¡Coser! ¡Coser!
En la pobreza, en el hambre y en la mugre
se cose a la vez con un hilo doble,
tanto una mortaja como una camisa.

Pero ¿por qué hablo de muerte,
ese fantasma de espantosos huesos?
Apenas temo su terrible forma,
¡pues se me parece tanto!

Se me pareced tanto,
Debido a los ayunos que paso.
¡Oh Dios! ¡Por qué tendrá que ser tan caro el pan
Y tan barata nuestra carne y nuestra sangre!

¡Trabajar ¡Trabajar! ¡Trabajar!
Mi trabajo nunca flaquea.
¿Y cuál es su paga? Un camastro de paja,
un mendrugo y harapos.
Ese techo quebrado, este suelo desnudo,
una mesa, una silla rota
y una pared tan pelada que agradezco que mi sombra
se proyecte a veces en ella.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
De un monótono Angelus al otro.
¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
¡Como trabajan los penados por un crimen!
Tablón y bocamanga y tablón,
hasta que el corazón se enferma y la mente se entumece
tanto como la mano agotada.

¡Trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!,
en la triste luz de diciembre,
¡Y trabajar! ¡Trabajar! ¡Trabajar!
cuando el tiempo es cálido y espléndido,
mientras bajo el alero
se refugian los pichones de golondrina
como para mostrarme su plumaje soleado
y advertirme que es ya la primavera.

¡Oh! Pero bastante es aspirar el aliento
de las velloritas y de las primulas dulces,
con el cielo sobre la cabeza
y la hierba bajo mis pies;
sentirme, aunque sea sólo durante una hora fugaz,
como solía sentirme antes,
antes de que conociera las calamidades de la necesidad
y lo mucho que cuesta una comida.

¡Ah! ¡Pero, aunque sólo sea por una hora fugaz!
¡Una tregua, por corta que sea!
No tener siquiera un descanso bendito para el Amor o la Esperanza.
¡No tener tiempo más que para el dolor!
Sollozar un poco me aliviaría el corazón, pero en su amargo cauce
mis lágrimas deben detenerse,
¡porque cada gota,
traba aguja e hilo!

Con los dedos cansados y consumidos,

con los párpados pesados y enrojecidos,
hallábase una mujer sentada, vistiendo harapos deshumanizados,
manejando aguja e hilo;
¡Coser! ¡Coser! ¡Coser!
En la pobreza, en el hambre y en la mugre;
y pese a todo, con voz de dolorido acento
como si pudiera hacerse oír del rico
cantaba esta Canción de la Camisa.

**Notas adicionales a la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra. Un
turn-out inglés
(fines de 1846)**

En mi libro referente al tema anterior no me fue posible aportar pruebas efectivas para los diversos puntos en particular. A fin de que el libro no resultase demasiado grueso e indigesto, hube de considerar mis manifestaciones como suficientemente demostradas si las había acreditado mediante pasajes probatorios de documentos oficiales, escritores o escritos no interesados o pertenecientes a los bandos contra cuyos intereses me oponía. Esto resultaba suficiente para protegerme de las réplicas en aquellos casos en los cuales no podía hablar por propia observación, en la medida en que entré en descripciones detalladas de determinados modos de vida. Pero no era suficiente para engendrar en el lector la certeza incontrovertible que sólo puede darse mediante *hechos* contundentes e indiscutibles y que no puede ser producida por meros razonamientos, sobre todo en un siglo que, a causa de la infinita “sabiduría de los padres”, está obligado al escepticismo, por buenas que sean las autoridades que produzcan dichos razonamientos. Por último, cuando los hechos se agrupan para constituir principios, cuando no se trata de describir la situación de pequeñas secciones individuales del pueblo, sino la posición recíproca de clases íntegras, los hechos son absolutamente necesarios. Por los motivos que acabo de mencionar, no he podido aportarlos en todos los casos. Ahora compensaré esta deficiencia inevitable, y de tanto en tanto aportaré hechos tales como los que hallo en las fuentes que se encuentran a mi disposición. Para demostrar al mismo tiempo que mi descripción aún conserva vigencia en la fecha de hoy, sólo acudiré a hechos que hayan ocurrido el año anterior, después de mi partida de Inglaterra, y que sólo han llegado a mi conocimiento desde la impresión de este libro.

Los lectores del mismo recordarán que lo que me importaba principalmente era describir la posición recíproca de la burguesía y del proletariado y la necesidad de la lucha entre estas dos clases; pero que en lo que me hallaba especialmente empeñado era en demostrar la total justificación del proletariado para esta lucha y en desplazar las bonitas palabras de la burguesía mediante sus horribles hechos. Desde la primera hasta la última página escribí un acta de acusación contra la burguesía inglesa. Aún presentaré ahora algunas bellas piezas probatorias. Por lo demás, he insinuado suficiente pasión en lo que a estos burgueses ingleses respecta; ni se me ocurre volver a acalorarme retrospectivamente sobre el particular y, en cuanto de mí dependa, conservaré, mientras trate este asunto, mi buen humor.

El primer buen ciudadano y excelente padre de familia con quien nos encontramos es un viejo amigo o, mejor dicho, son dos. Los señores *Pauling & Henfrey* ya tuvieron en 1843 (sabe Dios por cuánta vez) una disputa con sus obreros, a quienes no fue posible

disuadir con buenas razones de su exigencia de recibir mayor salario por mayor trabajo y que por ello paralizaron el trabajo. Los señores Pauling & Henfrey, que son importantes empresarios de construcciones y ocupan a muchos ladrilleros, carpinteros, etc., tomaron a otros obreros; esto dio origen a disputas y, en definitiva, a una batalla sangrienta con fusiles y garrotes en la fábrica de ladrillos de Pauling & Henfrey, que concluyó con la deportación de media docena de obreros a Van Diemens Land, tal como puede leerse con mayor extensión en el trabajo citado. Pero los señores Pauling & Henfrey deben tener algún asunto con sus obreros todos los años, pues de lo contrario no son felices, y fue así como en octubre de 1844 recomenzaron los altercados. Esta vez se trataba de los carpinteros, cuyo bienestar se habían propuesto lograr los filantrópicos empresarios de la construcción. Desde tiempos inmemoriales reinaba entre los carpinteros de Manchester y sus inmediaciones la costumbre de no encender luces desde la fiesta de la Candelaria¹¹¹ hasta el 17 de noviembre, es decir, de trabajar, durante los días largos, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, y durante los días cortos iniciar las tareas en cuanto aclarase y cesar en cuanto oscureciese. Luego, a partir del 17 de noviembre, se encendían las luces y se trabajaba a tiempo completo. Pauling & Henfrey, cansados ya desde hacía mucho de esa costumbre “bárbara”, decidieron aniquilar este resabio de la “época oscurantista” con ayuda de la iluminación de gas, y una tarde en que los carpinteros, al no alcanzarles la vista antes de las seis horas, abandonaron sus herramientas y echaron mano a sus chaquetas, el capataz encendió el gas y señaló que debían trabajar hasta las seis. Los carpinteros, disconformes con esto, convocaron una asamblea general de los trabajadores de su oficio. Asombradísimo, el señor Pauling preguntó a sus obreros si no estaban conformes, ya que habían convocado una asamblea. Algunos observaron que no habían sido directamente ellos, sino la comisión directiva de la asociación obrera de su oficio la que había convocado la asamblea, a lo cual respondió el señor Pauling que la asociación obrera no le importaba. un bledo y que quería proponerles algo: si permitían que se encendiesen las luces, les daría a cambio tres horas libres los sábados y (¡qué magnánimo!) también les permitiría trabajar un cuarto de hora extra por día, la cual se pagaría aparte. Pero, eso sí, cuando todas las demás fábricas comenzasen a encender las luces, ¡debían trabajar media hora más a cambio! Los obreros pensaron esta propuesta y calcularon que, en virtud de ella, durante los días cortos los señores Pauling & Henfrey aprovecharían una hora de trabajo íntegra diariamente, que cada obrero debería trabajar en total 92 horas, vale decir 91/4 días extra, sin percibir a cambio de ello ni un céntimo; y que, dado el número de obreros ocupados por la firma, ello haría que los citados señores ahorrasen, durante los meses de invierno, £. 400 (2.100 táleros) en materia de salarios. Los obreros celebraron pues su asamblea, explicaron a sus camaradas de oficio que, si una firma lograba esto, todas las demás la seguirían y que ello daría lugar a una disminución general e indirecta del salario que despojaría a los carpinteros del distrito de cerca de £. 4.000 anuales. Por consiguiente, se resolvió que todos los carpinteros de Pauling & Henfrey presentasen al lunes siguiente su preaviso trimestral de despido y que, en caso de que sus patrones no recapacitasen, paralizarían las tareas una vez transcurrido dicho lapso. A cambio de ello, la asociación obrera les prometió que durante la eventual huelga les prestaría la ayuda de una contribución general.

El lunes 21 de octubre los obreros concurrieron a su trabajo y dieron el preaviso de despido, a lo cual se les contestó que podían irse de inmediato, cosa que, como es natural, hicieron. Esa misma noche tuvo lugar otra asamblea de todos los trabajadores de la construcción, en la cual todos los distintos ramos laborales ocupados en la construcción aseguraron su apoyo a los desocupados. El miércoles y el jueves siguientes, todos los

¹¹¹ 2 de febrero.

carpinteros de las inmediaciones, ocupados para Pauling & Henfrey, paralizaron asimismo sus tareas, y con ello el *strike* se hallaba en plena marcha.

Los empresarios de la construcción, que de este modo quedaron súbitamente en seco, enviaron de inmediato gente en todas direcciones, inclusive hasta Escocia, para contratar obreros, ya que en todas las inmediaciones no podía hallarse ni una sola alma que quisiese trabajar a su servicio. En pocos días llegaron exactamente trece personas provenientes de Staffordshire. Pero en cuanto los huelguistas tuvieron ocasión de hablar con ellos y de explicarles que habían paralizado el trabajo por discrepancias, cuyos motivos explicaron, varios de los recién llegados se negaron a seguir trabajando. Contra esto los patrones disponían de un medio práctico: hicieron citar a los rebeldes, junto con su instigador, ante el juez de paz *Daniel Maude, esquire*. Pero antes de seguirlos allí debemos exponer como corresponde las virtudes de Daniel Maude, *esquire*.

Daniel Maude, *esquire*, es el “*stipendiary magistrate*”; o juez de paz remunerado de Manchester. Habitualmente los jueces de paz ingleses son ricos burgueses o terratenientes, a veces también sacerdotes, nombrados por el ministerio. Pero puesto que estos *dogberries* nada saben de la ley, cometen los mayores errores, dejan en ridículo a la burguesía y la dañan, pues si un obrero cuenta con la defensa de un abogado listo, muy a menudo los confunde, haciendo que al condenarlo omita alguna forma legal (lo cual trae aparejada una apelación con buenos resultados) o hasta que se deje inducir a la absolución. Además de ello, los ricos fabricantes de las grandes ciudades y de los distritos industriales no tienen tiempo para aburrirse a diario en el juzgado de paz, y prefieren colocar allí a un *remplaçant*.¹¹² En consecuencia, en estas ciudades se suelen emplear jueces de paz a sueldo, juristas que han efectuado estudios, por pedido de las propias ciudades, capaces de favorecer a la burguesía con todos los trucos y distingos del derecho inglés, con agregados y enmiendas en caso de necesidad. En el ejemplo siguiente veremos cómo se comportan en ese cometido.

Daniel Maude, *esquire*, es uno de los jueces de paz liberales que fueron empleados masivamente bajo el gobierno de los *whigs*. De entre sus hazañas cometidas dentro y fuera de la arena de la Manchester Borough Court hay dos que hemos de mencionar aquí. Cuando en 1842 los fabricantes lograron obligar a los obreros de Lancaster del Sur a una insurrección, la cual estalló a comienzos de agosto en Stalybridge y Ashton, el 9 de agosto unos 10.000 obreros se dirigieron desde allí hacia Manchester, con el cartista Richard Pilling al frente, “para negociar con los fabricantes en la Bolsa de Manchester, y también para ver qué aspecto presentaba el mercado local”. En el acceso de la ciudad los recibió Daniel Maude, *esquire*, con todo el loable personal de la policía, un destacamento de caballería y una compañía de cazadores. Pero todo esto era solamente formal, ya que los fabricantes y los liberales estaban interesados en que la insurrección se expandiese y obligase a la derogación de las leyes cerealeras. En esto Daniel Maude, *esquire*, estaba completamente de acuerdo con sus honorables colegas, comenzó a capitular con los obreros y les permitió entrar en la ciudad bajo la promesa de “mantener la paz” y de seguir una ruta determinada. Sabía muy bien que los insurgentes no lo harían, y tampoco lo deseaba; mediante el empleo de un poco de energía hubiese podido dispersar en aquella fase embrionaria toda la forzada insurrección, pero en tal caso no hubiese obrado en interés de sus amigos abolicionistas de las leyes cerealeras, sino en interés del señor Peel; fue así como hizo retirarse al ejército y permitió la entrada de los obreros en la ciudad, donde de inmediato paralizaron todas las fábricas. Pero cuando la insurrección asumió un carácter decididamente *opuesto* a la burguesía liberal, ignorando por entero las “infernales leyes cerealeras”, entonces Daniel Maude, *esq.*, volvió a asumir su dignidad de juez, hizo

¹¹² Reemplazante.

arrestar a los obreros por docenas y enviar sin compasión alguna a la cárcel por “alteración de la paz”, de modo que primeramente provocó las alteraciones de la paz y luego las castigó. Otro rasgo característico de la carrera de este Salomón de Manchester es el siguiente. Desde que en varias ocasiones ha recibido palizas públicamente, la liga anti-leyes cerealeras celebra asambleas secretas en Manchester, para las cuales es menester poseer entradas, pero cuyas resoluciones y peticiones se pretende que sean consideradas por el gran público como las de una asamblea pública, como manifestaciones de la “opinión pública” de Manchester. A fin de poner término a esta mendaz fanfarronería de los fabricantes liberales, tres o cuatro artistas, entre ellos mi buen amigo *James Leach*, se procuraron algunos billetes y asistieron a una de tales asambleas. Cuando el señor *Cobden* se puso de pie para hablar, *James Leach* preguntó al presidente si ésa era una asamblea pública. ¡En lugar de responder, éste hizo entrar a la policía y arrestar sin más a *Leach*! Un segundo artista repitió la pregunta, y luego un tercero y un cuarto; uno tras otro fueron aprehendidos por los “cangrejos crudos” (la policía), que se hallaban en gran número junto a la puerta, y enviados al ayuntamiento. A la mañana siguiente comparecieron ante *Daniel Maude, esq.*, quien ya estaba al corriente de todo. Se les acusó de haber perturbado una asamblea, apenas si se les dejó hablar, y luego escucharon un solemne discurso de *Daniel Maude, esq.*, en el cual éste les decía que los conocía, que eran vagabundos políticos que no hacían otra cosa que provocar escándalos en todas las asambleas, intranquilizar a gentes serias y decentes y que había que poner fin a todo esto. Por eso (ya que *Daniel Maude, esq.*, sabía muy bien que no podía condenarlos a una pena real), por esta vez los condenaba a pagar las costas.

Ante este *Daniel Maude, esquire*, cuyas virtudes burguesas acabamos de describir, fueron traídos pues, a la rastra, los obreros rebeldes de *Pauling & Henfrey*. Pero éstos tuvieron la precaución de traer consigo a un abogado. En primer lugar, le tocó el turno al obrero recién llegado de *Staffordshire*, quien se negó a proseguir trabajando allí donde otros habían parado las tareas en defensa propia. Los señores *Pauling & Henfrey* tenían en sus manos un compromiso escrito de los obreros arribados desde *Staffordshire*¹¹³, el cual se sometió entonces al juez de paz. El defensor de los obreros alegó que este convenio había sido firmado en domingo, por lo cual carecía de validez. *Daniel Maude, esq.*, admitió con gran dignidad que las “transacciones comerciales” llevadas a cabo en domingo carecían de validez; pero él no podía creer que los señores *Pauling & Henfrey* considerasen a ésta como una “transacción comercial”. En consecuencia, le explicó al pobre diablo, sin preguntarle mucho si “consideraba” este documento como una “transacción comercial”, que debía seguir trabajando o bien divertirse durante tres meses en la cárcel. (¡Oh, Salomón de Manchester!). Una vez despachado este caso, los señores *Pauling & Henfrey* hicieron comparecer al segundo acusado. Éste se llamaba *Salmon* y era uno de los antiguos obreros de la firma que habían paralizado las tareas. Se le acusaba de haber intimidado a los nuevos obreros, para inducirlos asimismo a la huelga. El testigo (uno de estos últimos) declaró que *Salmon* lo había tomado del brazo y que había hablado con él. *Daniel Maude, esq.*, preguntó si el acusado había empleado tal vez amenazas o si le había pegado. (¡No!, dijo el testigo).

Daniel Maude, esq., contento de hallar una ocasión para dejar resplandecer su imparcialidad (después de que acababa de cumplir con sus deberes para con la burguesía)

¹¹³ Este contrato contenía lo siguiente: el obrero se comprometía a trabajar *durante seis meses* para *Pauling Henfrey* y a *darse por satisfecho con el salario que éstos le dieran*; pero que *Pauling & Henfrey* no estaban obligados a tenerlo durante seis meses, sino que podían despedirlo en *cualquier momento* con una semana de preaviso; y que si bien *Pauling & Henfrey* adelantaban sus gastos de viaje desde *Staffordshire* hasta *Manchester*, los recuperarían reteniendo semanalmente 2 chelines (20 *groschen* de plata) de su salario. ¿Qué os parece este hermoso ejemplar de contrato?

declaró que no había nada que incriminase al acusado. Que éste tenía pleno derecho de pasear por la vía pública y de hablar con otras gentes, mientras no incurriese en palabras o acciones intimidatorias; y que por ello lo absolvía. Pero los señores Pauling & Henfrey por lo menos habían tenido el placer de hacer pasar a Salmon una noche encerrado a cambio de pagar los costos judiciales, etc., y eso ya era algo. La alegría de Salmon tampoco duró mucho. Había sido liberado el jueves 31 de octubre; ya al martes siguiente, 5 de noviembre, volvía a ser acusado por Daniel Maude, esq., de haber agredido en la calle a los señores Pauling & Henfrey. El mismo jueves en que fuera absuelto Salmon, llegaba un número de escoceses a quienes habían atraído a Manchester mediante pretextos mendaces en el sentido de que las reyertas habrían acabado y que Pauling & Henfrey no podían hallar en su comarca suficientes obreros para sus vastos contratos, etcétera. El viernes vinieron a verlos varios carpinteros escoceses que trabajaban desde hacía bastante tiempo en Manchester, para explicarles a sus compatriotas la causa de la paralización de las tareas. Gran cantidad de sus colegas (cerca de 400) se reunieron en torno a la posada donde habían sido alojados los escoceses. Pero se los mantenía prisioneros allí, poniéndose un capataz como centinela en la puerta. Algún tiempo más tarde llegaron los señores Pauling & Henfrey, para conducir personalmente a sus nuevos obreros hacia la fábrica. Al salir el cortejo, los afuera reunidos dijeron a los escoceses que no trabajasen en contra de las reglas del oficio en Manchester y que no causaran la vergüenza de sus coterráneos. Dos de los escoceses quedaron realmente un tanto rezagados y el propio señor Pauling corrió en pos de ellos para arrastrarlos hacia adelante. La multitud se mantuvo en calma, impidiendo solamente el rápido andar del cortejo y diciéndole a las gentes que no se mezclasen en asuntos ajenos, que volviesen a sus casas, etcétera. Finalmente, el señor Henfrey se enfadó; veía a varios de sus antiguos obreros, y entre otros a Salmon; entonces, para poner fin a esta situación, tomó a éste del brazo; el señor Pauling le cogió el otro, y ambos gritarán con todas sus fuerzas reclamando la presencia de la policía. Se acercó entonces el comisario de policía y preguntó de qué se acusaba a ese hombre, ante lo cual los dos socios se vieron en una situación muy embarazosa; pero, según dijeron, “conocemos a este hombre”. Oh, dijo el comisario, eso es suficiente, entonces podemos dejarlo ir por ahora. Los señores Pauling & Henfrey, forzados a presentar alguna demanda contra Salmon, reflexionaron durante varios días hasta que, finalmente y por consejo de su abogado, presentaron la demanda anteriormente citada. Después de haberse interrogado a todos los testigos contrarios a Salmon, se incorporó súbitamente en defensa del acusado *W. P. Roberts*, “el procurador general de los mineros”, terror de todos los jueces de paz, y preguntó si aún debía presentar a sus testigos, ya que nada se había expuesto en contra de Salmon. Daniel Maude, *esq.*, le hizo interrogar a sus testigos, quienes demostraron que Salmon se había comportado con toda calma hasta que el señor Henfrey lo asiera del brazo. Cuando hubieron concluido las argumentaciones en pro y en contra, Daniel Maude, *esq.*, declaró que emitiría su fallo el día sábado. La presencia del procurador general Roberts lo indujo evidentemente a reflexionar dos veces antes de hablar una.

El sábado, Pauling & Henfrey presentaron, además de la acusación en trámite, una querrela criminal, por conjuración e intimidación, contra tres de sus antiguos obreros, Salman, Scott y Mellar. Con ello pretendían asestar a la asociación obrera una puñalada mortal, y para estar seguros frente al temido Roberts hicieron venir desde Londres a un prestigioso jurista, el señor *Monk*. Éste trajo como testigo primeramente a uno de los nuevos escoceses contratados, *Gibson*, quien también había servido ya de testigo contra Salmon el martes anterior. Éste declaró que el viernes 1 de noviembre, cuando él y sus compañeros salían de la posada, fueron rodeados por una muchedumbre, ocasionalmente empujados y tironeados por ella, y que los tres acusados se hallaban entre esa multitud.

Entonces Roberts comenzó a interrogar a este testigo, lo confrontó con otro obrero y le preguntó si él, Gibson, no le había dicho la noche anterior a este obrero que el martes anterior, en ocasión de deponer como testigo, *no sabía que había sido interrogado bajo juramento*, y que en general no sabía qué hacer ni decir en el tribunal de justicia. Gibson replicó que no conocía a ese hombre, que la noche de la víspera había estado junto con dos personas; pero puesto que estaba oscuro, no podía decir si éste había sido uno de ellos; *que también es posible que haya dicho algo por el estilo*, ya que en Escocia la forma del juramento es diferente a la de Inglaterra, y que no recordaba con exactitud. Ante esto se incorporó el señor Monk, afirmando que el señor Roberts no tenía el derecho de formular esta clase de preguntas, ante lo cual el señor Roberts replicó que esta clase de interrupciones estaban completamente en su lugar cuando se defendía una causa injusta, pero que él tenía el derecho de preguntar lo que quisiera, no sólo dónde había nacido el testigo, sino también dónde había permanecido desde ese día y qué había comido a cada día. Daniel Maude, *esq.*, confirmó este derecho del señor Roberts y sólo le aconsejó paternalmente que se atuviese en lo posible al asunto. El señor Roberts despidió entonces al testigo después de hacerle declarar aún que sólo al día siguiente del incidente que fundamentaba la acusación, es decir el dos de noviembre, había comenzado a trabajar realmente para Pauling & Henfrey. Entonces compareció como testigo el propio señor Henfrey quien declaró acerca del incidente lo mismo que Gibson. De inmediato, el señor Roberts le formuló la siguiente pregunta: ¿No está buscando usted alguna ventaja injusta con respecto a sus competidores? El señor Monk volvió a formular objeciones contra esta pregunta. Bien, dijo Roberts, la formularé más claramente. ¿Sabe usted, señor Henfrey, que las horas de trabajo de los carpinteros de Manchester se hallan determinadas de conformidad con ciertas reglas?

Señor Henfrey: No tengo nada que ver con esas reglas; tengo el derecho de hacer mis propias reglas.

Señor Roberts: Muy bien. Bajo juramento, señor Henfrey, ¿no exige usted a sus obreros una jornada de labor más prolongada que los demás empresarios de construcciones y maestros carpinteros?

Señor Henfrey: Sí.

Señor Roberts: ¿Cuántas horas, aproximadamente?

El señor Henfrey no lo sabía con exactitud, pero sacó su agenda para calcularlo.

Daniel Maude, *esq.*: No es necesario que usted lo calcule mucho tiempo, con tal de que nos diga aproximadamente a cuánto asciende.

Señor Henfrey: Pues bien, aproximadamente una hora por la mañana y una hora por la tarde durante seis semanas antes de la época en la cual se encienden habitualmente las luces, y otro tanto durante seis semanas después del día en que se termina habitualmente de encender la luz.

Daniel Maude, *esq.*: ¿Eso asciende entonces a 72 horas antes de encender las luces y 72 horas después de ello, es decir a 144 horas en doce semanas que debe trabajar de más cada uno de sus obreros?

Señor Henfrey: Sí.

Este anuncio fue recibido por el público con fuertes muestras de desagrado; el señor Monk contempló furioso al señor Henfrey y éste miró confuso a su jurista mientras el señor Pauling tironeaba al señor Henfrey de los faldones de su levita, pero ya era demasiado tarde; Daniel Maude, *esq.*, quien comprendió por cierto que ese día debía volver a desempeñar el papel de hombre imparcial, había oído la confesión y la había hecho pública.

Después de haber sido interrogados aún dos testigos sin importancia, el señor Monk dijo que con ello quedaban concluidas sus pruebas contra los acusados.

Daniel Maude, *esq.*, dijo entonces que la parte demandante no había fundamentado ninguna investigación criminal contra la parte demandada, pues no había demostrado que los escoceses amenazados hubiesen sido tomados al servicio de Pauling & Henfrey antes del primero de noviembre, ya que no se demostraba la existencia de contrato de servicios u ocupación de esas personas antes del dos de noviembre, mientras que la denuncia había sido formulada el *primero* de noviembre; por consiguiente, ese día dichas personas aún no se hallaban al servicio de Pauling & Henfrey y los acusados estaban justificados si les hacían desistir, por todos los medios legales, de entrar al servicio de Pauling & Henfrey. En cambio, el señor Monk afirmó que los demandantes estaban contratados desde el mismo instante en que habían abandonado Escocia y se habían embarcado en el vapor. Daniel Maude, *esq.*, observó que por cierto se había dicho que se había hecho un contrato de servicios de esta índole, pero que ese documento no había sido presentado. El señor Monk replicó que ese documento se hallaba en Escocia y que le rogaba al señor Maude que dejase en suspenso el caso hasta tanto pudiese aportarlo. Aquí interrumpió el señor Roberts, afirmando que esto era nuevo para él. Se había declarado cerrado el período de pruebas para la parte demandante, y sin embargo ésta solicitaba la postergación de la causa para aportar nuevas pruebas. Él insistía en que se prosiguiese el caso. Daniel Maude, *esq.*, resolvió que ambas cosas eran superfluas, ya que no había una demanda fundada, a raíz de lo cual se dejó en libertad a los acusados.

Pero entretanto, los obreros no habían permanecido inactivos. Semana tras semana realizaban asambleas en el salón de los carpinteros o en el salón de los socialistas, solicitaban a las diversas asociaciones obreras ayudas, las cuales llegaron en abundancia, no dejaron de dar a conocer por doquier el modo en que procedían Pauling & Henfrey, y, por último, enviaron delegados en todas direcciones para que, en todos aquellos lugares en los que Pauling & Henfrey tratasen de contratar personal, diesen a conocer la causa de esa tentativa de contratar personal a sus compañeros de oficio y de ese modo impidiesen que entrasen al servicio de esa firma. Apenas unas pocas semanas después de iniciarse el paro había siete delegados en viaje y carteles en las esquinas de todas las ciudades importantes del país alertando a los carpinteros desocupados ante Pauling & Henfrey. El 9 de noviembre algunos de estos delegados informaron, a su retorno, acerca de su misión. Uno de los mismos, de apellido *Johnson*, que había estado en Escocia, relató que el enviado de Pauling & Henfrey había contratado treinta obreros en Edimburgo; pero en cuanto éstos supieron por él el verdadero estado de cosas, declararon que preferirían morir de hambre que dirigirse a Manchester bajo semejantes circunstancias. Otro había estado en Liverpool y había vigilado los vapores que llegaban; pero no llegó ni un solo hombre, de modo que no halló nada que hacer. Un tercero había viajado por Cheshire, pero adonde llegase ya no encontraba qué hacer, pues el *Northern Star*, el periódico de los obreros, había difundido por doquier la verdadera situación de este asunto y la gente había perdido todo deseo de viajar a Manchester; más aún, en una ciudad, en Macclesfield, los carpinteros ya habían recaudado una contribución para ayudar a los huelguistas, prometiendo que en caso de necesidad aún aportarían con posterioridad un chelín por persona. En otros lugares indujo a sus compañeros de oficio a recaudar esta clase de contribuciones.

Para volver a dar a los señores Pauling & Henfrey, una vez más, la ocasión de llegar a un acuerdo con los obreros, el lunes 18 de noviembre se reunieron todos los oficios que participan en la construcción en el salón de los carpinteros, nombraron una diputación que debía llevar un mensaje a esos señores, y se dirigieron en procesión, con banderas y emblemas, hacia el local de Pauling & Henfrey. Al frente iba la diputación, seguida por el comité de organización del paro; luego, los carpinteros, los ladrilleros encargados de dar forma a los ladrillos y de someterlos a cocción, los jornaleros, los

albañiles, los aserradores de madera, los vidrieros, los pintores, un grupo de músicos, los marmolistas, los carpinteros de muebles. Pasaron frente al hotel de su procurador general, Roberts, y a su paso lo saludaron con sonoros hurras. Al llegar frente al local, la diputación se adelantó, mientras que la muchedumbre prosiguió su camino para celebrar una asamblea pública en Steversons Square. La diputación fue recibida por la policía, la cual les exigió sus nombres y direcciones antes de permitirles seguir su camino. Una vez llegados a las oficinas, los socios señores Sharps & Pauling declararon que no recibirían ningún mensaje escrito de una masa que sólo se había reunido con fines intimidatorios. La diputación negó tal finalidad, ya que la procesión ni siquiera se había detenido, sino que había proseguido su camino de inmediato. Mientras esta procesión, que contaba cinco mil integrantes, proseguía su marcha, la diputación fue finalmente recibida y, en presencia del jefe de policía, un oficial y tres cronistas periodísticos, llevada a una habitación. El señor Sharps, socio de Pauling & Henfrey, usurpó el sillón presidencial con la observación de que la diputación debía cuidarse con lo que decía, ya que todo iba a ser recogido en un protocolo, como corresponde, y dadas las circunstancias sería judicialmente empleado en su contra. - . Entonces comenzaron a preguntarles cuáles eran sus quejas, etc.; se dijo que querían darles trabajo a las gentes según las reglas usuales en Manchester. La diputación preguntó si las personas reclutadas en Staffordshire y Escocia trabajaban en Manchester de acuerdo a las estipulaciones del oficio.- . No, fue la respuesta, con esas personas tenemos un acuerdo peculiar.- . ¿ Es decir que volveríais a dar trabajo a vuestra gente, y ello bajo las condiciones habituales? -Oh, no negociamos con ninguna diputación, pero si la gente viene sabrá en qué condiciones queremos darles trabajo.- . El señor Sharps añadió que todas las firmas en las cuales se hallaba su nombre siempre se habían comportado bien con respecto a los obreros y abonado los salarios más elevados. La diputación respondió que, si estaba asociado a la firma Pauling, Henfrey & Co., ella había oído decir que dicha firma se había opuesto violentamente a los más sentidos intereses de los obreros.- . Un ladrillero, integrante de la diputación, fue interrogado acerca de cuáles eran las quejas de su oficio. -Oh, ninguna en este momento precisamente, pero ya hemos tenido, suficientes¹¹⁴. - . ¿Oh, ya habéis tenido suficiente, verdad?, replicó riendo sarcásticamente el señor Pauling, y aprovechó la oportunidad para pronunciar una larga conferencia sobre asociaciones obreras, paros laborales, etc., y respecto a la miseria en que sumirían a los obreros, ante lo cual un miembro de la diputación observó que de ninguna manera tenían la intención de permitir que se les quitasen sus derechos parte tras parte ni de trabajar 144 horas gratuitas por año, como se les exige ahora, por ejemplo.- . El señor Sharps observó que también había que contar las pérdidas experimentadas por los participantes de la procesión por el hecho de no trabajar ese día, así como los costos del paro, la pérdida de los huelguistas en materia de salarios, etc.- . Uno de la diputación: eso no le importa a nadie salvo a nosotros mismos y no os pediremos que contribuyáis a ello siquiera con un solo céntimo de vuestros bolsillos. A continuación, la diputación se retiró, informó a los obreros reunidos en el salón de los carpinteros, ocasión en la cual se supo que habían venido no sólo todos los obreros que trabajaban para Pauling & Henfrey en la comarca (y que no eran carpinteros, por lo cual no habían paralizado sus tareas) para tomar parte en la procesión, sino que esa mañana también habían abandonado el trabajo varios de los escoceses recién importados. Un pintor también denunció que Pauling & Henfrey habían formulado asimismo a los de su oficio las mismas exigencias injustas que a los carpinteros, pero que también ellos pensaban ofrecer resistencia. Se resolvió que, a fin de simplificar las cosas y abreviar la lucha, paralizasen las tareas todos los obreros de la construcción de la firma Pauling &

¹¹⁴ Cf. anteriormente la sangrienta lucha en la fábrica de ladrillos de Pauling & Henfrey [véase más arriba en página 155 y siguientes.

Henfrey. Así ocurrió. Al sábado siguiente dejaron de trabajar los pintores y el lunes dejaron de hacerlo los vidrieros, y en el nuevo teatro para cuya construcción se había contratado a Pauling & Henfrey, pocos días más tarde sólo trabajaban aún dos albañiles y cuatro jornaleros, en lugar de 200 obreros. Varios de los recién llegados también suspendieron sus tareas.

Pauling, Henfrey & Co. echaban espuma. Cuando, una vez más, tres de los recién llegados comenzaron a parar sus actividades, fueron arrastrados ante Daniel Maude, *esq.*, el 22 de noviembre. Los descalabros anteriores no habían servido de nada. Primeramente compareció un tal *Read*, acusado de violación de contrato; fue presentado un contrato que el acusado había firmado en Derby. Roberts, quien se hallaba nuevamente en su sitio, observó de inmediato que entre el contrato y la demanda no existía la más remota afinidad, ya que eran dos cosas totalmente diferentes. Daniel Maude, *esq.*, lo comprendió de inmediato, ya que lo había dicho el terrible Roberts, pero debió afanarse durante mucho tiempo y en vano para hacérselo comprender al defensor de la parte antagónica. Por último, éste logró autorización para modificar esto, y después de algún tiempo volvió con una demanda mucho peor aún que la primera. Cuando vio que tampoco esto marchaba, pidió una nueva postergación, y Daniel Maude, *esq.*, le permitió reflexionar hasta el viernes 30 de noviembre; es decir, una semana completa. No tengo registrado aquí si logró abrirse paso entonces, ya que precisamente aquí me falta un número en la serie de los periódicos: aquél que debe contener el veredicto. Por su parte, Roberts pasó entonces a la ofensiva e hizo citar a varios de los obreros reclutados, así como a un capataz de Pauling & Henfrey porque habían irrumpido en casa de uno de los huelguistas y maltratado a su mujer; en otros dos casos habían sido atacados algunos de los obreros en huelga. Con gran pesar de su parte, Daniel Maude, *esq.*, debió condenar a todos los acusados, pero los trató con la mayor benevolencia posible y sólo les hizo abonar una caución con promesa de futuro buen comportamiento.

Por último, durante los últimos días de diciembre, los señores Pauling, Henfrey & Co. lograron un juicio favorable contra dos de sus adversarios, asimismo por malos tratos dispensados a uno de sus obreros. Pero esta vez el tribunal no fue tan benévolo. Los condenó sin más a un mes de cárcel y a caución por buena conducta una vez transcurrido ese lapso. A partir de este momento, las noticias acerca del *strike* se van tornando escasas. El 18 de enero aún se hallaba en plena marcha. No he hallado informes posteriores. Presumiblemente haya ocurrido lo que en la mayor parte de los demás; en el curso del tiempo, Pauling, Henfrey & Co. se habrán procurado un número suficiente de obreros de comarcas distantes y de desertores individuales de los adversarios; después de un paro de actividades de mayor o menor duración, y de la miseria vinculada con ello, la gran mayoría de los adversarios habrá hallado refugio en otra parte (y hallará el consuelo de no haber faltado a su propia dignidad y de haber mantenido en alto el salario de sus compañeros); y en lo que concierne a los puntos en disputa, Pauling, Henfrey & Co. habrán descubierto que no es posible imponerlos tan estrictamente, que también para ellos el *strike* estuvo vinculado con grandes pérdidas; y después de una lucha tan violenta, los restantes empresarios no pensarán en alterar tan fácilmente las antiguas reglas del oficio de carpintero.

F. ENGELS

Apéndice a la primera edición norteamericana (25 de febrero de 1886)

El libro que aquí se presenta al público de habla inglesa en su propio idioma, fue escrito hace algo más de cuarenta años. En aquellos momentos, el autor era joven, tenía veinticuatro años, y su producción lleva el sello de su juventud, con sus rasgos buenos y defectuosos, de los que no se siente avergonzado. El hecho de que ahora se traduzca al inglés no se debe en absoluto a su iniciativa. Sin embargo, sí tiene la oportunidad de decir algunas palabras, “para mostrar la causa” por la que esta traducción debe ver la luz del día.

En lo que atañe a Inglaterra, el estado de cosas descrito en este libro pertenece hoy en muchos aspectos al pasado. Aunque no está expresamente establecido en nuestros tratados reconocidos, sigue siendo una ley de la economía política moderna que, cuanto mayor es la escala en la que se lleva a cabo la producción capitalista, menos puede soportar los mezquinos dispositivos de estafa y robo que caracterizan sus primeras etapas. Los mezquinos trucos comerciales del hebreo polaco, representante en Europa del comercio en su etapa más baja, esos trucos que le sirven tan bien en su propio país, y que generalmente se practican allí, los encuentra desfasados y fuera de lugar cuando llega a Hamburgo o Berlín; y también el comisionista que viene de Berlín o de Hamburgo, hebreo o cristiano, después de frecuentar la Bolsa de Manchester durante algunos meses, descubre que para comprar hilo de algodón o telas baratas, también él debe abandonar esas artimañas y subterfugios un poco más refinados, pero todavía miserables, que se consideran la cima de la astucia en su país natal. El hecho es que esos trucos ya no son rentables en un gran mercado, en el que el tiempo es dinero, y en el que se desarrolla inevitablemente unas ciertas normas de moralidad comercial, simplemente como medio de ahorrar tiempo y problemas. Y lo mismo ocurre con la relación entre el fabricante y sus “manos”. La derogación de las leyes del maíz, el descubrimiento de los yacimientos de oro californianos y australianos, la eliminación casi total del tejido a mano doméstico en la India, el creciente acceso al mercado chino, la rápida multiplicación de los ferrocarriles y los barcos de vapor en todo el mundo, y otras causas menores, han conferido a la industria manufacturera inglesa un desarrollo tan colosal, que la situación de 1844 nos parece ahora comparativamente primitiva e insignificante. Y en la proporción en que se produjo este incremento, en la misma proporción se moralizó aparentemente la industria manufacturera. La competencia de fabricante contra fabricante por medio de pequeños robos a los trabajadores ya no es rentable. El comercio ha superado esos medios tan bajos de hacer dinero; no vale la pena para el millonario de la manufactura, y simplemente sirven para mantener viva la competencia de los comerciantes más pequeños, agradecidos de recoger un centavo doquiera que puedan. Así pues, se suprimió el *truck-system*, se promulgó el proyecto de ley de las diez horas y se introdujeron otras reformas secundarias, muy contrarias al espíritu del libre comercio y de la competencia desenfrenada, pero igualmente favorables al gran capitalista en su competencia con su hermano menos favorecido. Además, cuanto más grande es la empresa, y con ella el número de empleados, mayores son las pérdidas y los inconvenientes causados por cada conflicto entre el patrón y los hombres; y así llegó un nuevo espíritu a los patrones, especialmente a los grandes, que les enseñó a evitar disputas innecesarias, a aceptar la existencia y el poder de los sindicatos, y finalmente incluso a descubrir en las huelgas (en momentos oportunos) un poderoso medio para servir a sus propios fines. Los mayores fabricantes, antes líderes de la guerra contra la clase obrera, son ahora los primeros en predicar la paz y la armonía. El hecho es que todas estas concesiones a la justicia y a la

filantropía no son más que medios para acelerar la concentración del capital en manos de unos pocos, para quienes las mezquinas extorsiones adicionales de años anteriores han perdido toda importancia y se han convertido en verdaderas molestias; y para aplastar tanto más rápido y tanto más seguro a sus competidores más pequeños que no podían llegar a fin de mes sin tales prebendas. Así, el desarrollo de la producción sobre la base del sistema capitalista ha bastado por sí mismo (al menos en las industrias más importantes, ya que en las ramas menos importantes esto dista mucho de ser así) para eliminar todas aquellas molestias menores que agravaban la suerte del trabajador en sus primeras etapas. Y así se hace cada vez más evidente el gran hecho central de que la causa de la miserable condición de la clase obrera hay que buscarla, no en estas molestias menores, sino en el propio sistema capitalista. El trabajador asalariado vende al capitalista su fuerza de trabajo por una determinada suma diaria. Después de unas horas de trabajo ha reproducido el valor de esa suma; pero la sustancia de su contrato es que tiene que trabajar otra serie de horas para completar su jornada laboral; y el valor que produce durante estas horas adicionales de plus trabajo es una plusvalía que no le cuesta nada al capitalista, pero que va a parar a sus bolsillos. Esta es la base del sistema que tiende cada vez más a dividir la sociedad civilizada en unos pocos Vanderbilt, dueños de todos los medios de producción y subsistencia, por un lado, y un inmenso número de trabajadores asalariados, dueños de nada más que su fuerza de trabajo, por el otro. Y que este resultado es causado, no por este o aquel agravio secundario, sino por el sistema mismo; este hecho ha sido puesto en evidencia por el desarrollo del capitalismo en Inglaterra desde 1847.

Además, los repetidos castigos del cólera, el tifus, la viruela y otras epidemias han mostrado al burgués británico la urgente necesidad de saneamiento en sus pueblos y ciudades, si quiere salvarse a sí mismo y a su familia de caer víctimas de tales enfermedades. En consecuencia, los abusos más flagrantes descritos en este libro han desaparecido o se han hecho menos llamativos. Se ha introducido o mejorado el drenaje, se han abierto amplias avenidas frente a muchos de los peores “barrios malos” que tuve que describir. La “Pequeña Irlanda” ha desaparecido y los “Seven Dials” están los siguientes en la lista para ser barridos. ¿Pero qué significa eso? Barrios enteros que en 1844 podía describir como casi idílicos han caído ahora, con el crecimiento de las ciudades, en el mismo estado de dilapidación, incomodidad y miseria. Ya no se toleran los cerdos y los montones de basura, solamente. La burguesía ha progresado aún más en el arte de ocultar la desgracia de la clase obrera. Pero que, en lo que respecta a sus viviendas, no se ha producido ninguna mejora sustancial, lo demuestra ampliamente el informe de la comisión real “sobre la vivienda de los pobres”, de 1885. Y este es el caso, también, en el resto de aspectos. Las regulaciones policiales han sido tan abundantes como las moras; pero sólo pueden cercar la desgracia de los trabajadores, no pueden eliminarla.

Pero mientras Inglaterra ha superado así el estado juvenil de explotación capitalista descrito por mí, otros países apenas lo han alcanzado. Francia, Alemania y, sobre todo, Estados Unidos, son los formidables competidores que en este momento (como preveía yo en 1844) están rompiendo cada vez más el monopolio industrial de Inglaterra. Sus manufacturas son jóvenes en comparación con las de Inglaterra, pero aumentan a un ritmo mucho más rápido que éstas; pero, curiosamente, han llegado en estos momentos a la misma fase de desarrollo que las manufacturas inglesas en 1844. En lo que respecta a Norteamérica, el paralelismo es realmente sorprendente. Es cierto que el entorno externo en el que se encuentra la clase obrera en América es muy diferente, pero actúan las mismas leyes económicas, y los resultados, si no son idénticos en todos los aspectos, deben ser del mismo orden. De ahí que encontremos en América las mismas luchas por la reducción de la jornada laboral, por la limitación legal del tiempo de trabajo,

especialmente de las mujeres y los niños en las fábricas; encontramos el *truk-system* en pleno auge, y el *cottage-system*, en los distritos rurales, utilizado por los *bosses* [patronos] como medio de dominación sobre los trabajadores. En este mismo momento estoy recibiendo los periódicos norteamericanos con relatos de la gran huelga de 12.000 mineros de carbón de Pensilvania en el distrito de Connellsville, y me parece que no hago más que leer mi propia descripción de la huelga de los mineros del norte de Inglaterra de 1844. El mismo engaño a los trabajadores con falsas medidas; el mismo *truck-system*; el mismo intento de romper la resistencia de los mineros mediante el último, pero aplastante, recurso de los capitalistas, el desalojo de los hombres de sus viviendas, propiedad de las compañías.

Hubo dos circunstancias que durante mucho tiempo impidieron que las inevitables consecuencias del sistema capitalista se manifestaran a plena luz del día en América. Estas fueron el fácil acceso a la propiedad de tierras baratas, y la afluencia de la inmigración. Permitieron, durante muchos años, que la gran masa de la población nativa americana se “retirara” del trabajo asalariado en su temprana edad y se convirtiera en agricultora, comerciante o empleadora de mano de obra, mientras que el trabajo duro por un salario, la posición de un proletario de por vida, recayó en su mayoría en los inmigrantes. Pero América ha superado esta primera etapa. Los ilimitados bosques han desaparecido, y las aún más ilimitadas praderas están pasando rápidamente de las manos de la nación y de los estados a las de los propietarios privados. La gran válvula de seguridad contra la formación de una clase proletaria permanente ha dejado prácticamente de actuar. Una clase de proletarios de por vida, e incluso hereditarios, existe en Estados Unidos en estos momentos. Una nación de sesenta millones de habitantes que se esfuerza por convertirse (y con todas las posibilidades de éxito) en la principal nación manufacturera del mundo, no puede importar permanentemente su propia clase asalariada; ni siquiera si llegan inmigrantes a razón de medio millón al año. La tendencia del sistema capitalista hacia la división final de la sociedad en dos clases, unos pocos millonarios por un lado, y una gran masa de meros trabajadores asalariados por el otro, esta tendencia, aunque constantemente atravesada y contrarrestada por otras instancias sociales, no funciona en ningún lugar con mayor fuerza que en Norteamérica; El resultado ha sido la creación de una clase de asalariados nativos de Estados Unidos, que forman, ciertamente, la aristocracia de la clase asalariada en comparación con los inmigrantes, pero que cada día son más conscientes de su solidaridad con estos últimos y que sienten con mayor intensidad su condena actual al trabajo asalariado de por vida, porque todavía recuerdan los días pasados, cuando era comparativamente fácil ascender a un nivel social más alto. En consecuencia, el movimiento de la clase obrera, en Norteamérica, ha comenzado con un vigor verdaderamente norteamericano, y como en ese lado del Atlántico las cosas marchan al menos con el doble de velocidad que en Europa, es posible que vivamos para ver a Norteamérica tomar la delantera también en este aspecto.

En esta traducción no he intentado poner el libro al día, señalar en detalle todos los cambios que han tenido lugar desde 1844. Y ello por dos razones: en primer lugar, para hacerlo correctamente, el tamaño del libro debería duplicarse, y la traducción se me presentó de forma demasiado repentina como para permitirme emprender tal trabajo. Y, en segundo lugar, el primer volumen de *Das Kapital*, de Karl Marx, cuya traducción al inglés está a punto de aparecer, contiene una descripción muy amplia del estado de la clase obrera británica, tal como era hacia 1865, es decir, en el momento en que la prosperidad industrial británica alcanzó su punto culminante. Por lo tanto, me habría visto obligado a repasar el terreno ya cubierto por la célebre obra de Marx.

Apenas será necesario señalar que el punto de vista teórico general de este libro (filosófico, económico y político) no coincide exactamente con mi punto de vista de hoy.

El socialismo internacional moderno, que desde entonces se ha desarrollado plenamente como ciencia, sobre todo y casi exclusivamente gracias a los esfuerzos de Marx, no existía todavía en 1844. Mi libro representa una de las fases de su desarrollo embrionario; y al igual que el embrión humano, en sus primeras etapas, sigue reproduciendo los arcos branquiales de los peces de nuestros antepasados, este libro exhibe en todas partes las huellas de la descendencia del socialismo moderno de uno de sus antepasados, la filosofía alemana. Así, se hace gran hincapié en el dictamen de que el comunismo no es una mera doctrina de partido de la clase obrera, sino una teoría que abarca la emancipación de la sociedad en general, incluida la clase capitalista, de sus estrechas condiciones actuales. En abstracto, esto es bastante cierto, pero en la práctica es absolutamente inútil, y peor. Mientras las clases ricas no sólo no sientan la necesidad de ninguna emancipación, sino que se opongan enérgicamente a la autoemancipación de la clase obrera, la revolución social tendrá que ser preparada y combatida sólo por la clase obrera. También los burgueses franceses de 1789 declararon que la emancipación de la burguesía era la emancipación de todo el género humano; pero la nobleza y el clero no quisieron verlo; la proposición (aunque en aquellos momentos, con respecto al feudalismo, una verdad histórica abstracta) pronto se convirtió en un mero sentimentalismo, y desapareció por completo en el fuego de la lucha revolucionaria. Y hoy en día, las mismas personas que, desde la imparcialidad de su “punto de vista superior”, predicaban a los trabajadores un socialismo que se eleva por encima de sus intereses y luchas de clase, y que tiende a reconciliar en una humanidad más elevada los intereses de ambas clases contendientes, estas personas son neófitos, que todavía tienen que aprender mucho, o son los peores enemigos de los trabajadores, lobos con piel de cordero.

El período recurrente de las grandes crisis industriales se indica en el texto como cinco años. Este fue el período aparentemente indicado por el curso de los acontecimientos de 1825 a 1842. Pero la historia industrial de 1842 a 1868 ha demostrado que el período real es de diez años; que las revoluciones intermedias eran secundarias y tendían cada vez más a desaparecer. Desde 1868, el estado de cosas ha cambiado de nuevo, de lo que se hablará más adelante.

He tenido cuidado de no eliminar del texto las numerosas profecías, entre otras la de una inminente revolución social en Inglaterra, que mi ardor juvenil me indujo a aventurar. Lo maravilloso no es que muchas de ellas se hayan demostrado equivocadas, sino que muchas de ellas han resultado ser correctas, y que el estado crítico del comercio inglés, provocado por la competencia alemana y, sobre todo, norteamericana, que yo preveía entonces (aunque en un período demasiado corto), se haya hecho realidad. A este respecto puedo, y estoy obligado, a poner el libro al día, colocando aquí un artículo que publiqué en el *Commonweal* de Londres del 1 de marzo de 1885, bajo el título: *Inglaterra en 1845 y en 1885*. Da al mismo tiempo una breve reseña de la historia de la clase obrera inglesa durante estos cuarenta años¹¹⁵.

¹¹⁵ Ver este artículo reproducido más arriba, en el “Prefacio a la edición alemana de 1892”, página 12 y siguientes.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
 - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
 - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
 - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
 - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 de nuestro sello hermano
(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

